
ANTOLOGIA DEL TEMPRANO RELATO ANTIOQUEÑO

**Presentación y Selección:
JORGE ALBERTO NARANJO M.**

Medellín, 1995

Aun cuando en Antioquia se escribió mucho desde los tiempos de la Independencia, la literatura de relato solamente aparece en la segunda mitad del siglo pasado, y una verdadera “cultura de la narración” solo se constata cuando ya concluye, durante el “quinquenio de oro” de nuestras letras.

La década de 1850 a 1859 está dominada por los artículos de costumbres y la personalidad literaria de Emiro Kastos, aunque se encuentran por la misma época algunas narraciones muy estimables de otros autores. De todas formas el acontecimiento literario de esa década fue la publicación, en 1859, de los “Artículos escogidos” de Emiro Kastos, y solamente el silencio voluntariamente asumido por ese escritor a partir de esa época explica porque fue tan débil su influjo en la narrativa de las tres décadas siguientes. Esto implicó a su vez que, en lugar de desarrollarse como una “literatura de grandes maestros”, nuestra narrativa pudiera desarrollarse en la forma de una “literatura menor”, con las ventajas que acarrea para el surgimiento de una verdadera cultura literaria: proliferación de autores, obras, estilos, sin la prematura coerción de unas normas fijadas por un artista mayor o por una obra paradigmática. Es decir, muchos grados de libertad creadora para empezar. Dentro de un marco bien definido de costumbres y creencias, y con una cierta comunidad lingüística y geográfica de base, las posibilidades de exploración eran diversísimas, y la imposición de canon literario -así fuera admirable- hubiera coartado esas búsquedas.

La década 1860-1869, tormentosa de principio a fin, aunque rica en poesía y poetas, muestra un gran vacío en narrativa. El silencio de Emiro Kastos, la muerte en la guerra de Eliseo Arbeláez, el naufragio de Arcesio Escobar, el giro de Gutiérrez González hacia la poesía, tal vez explican en parte ese vacío. Se observa en cambio, durante esa década, mucho trabajo preparatorio de narradores, sobre todo gracias a la “Tertulia Literaria” creada en 1865 en el “Colegio del Estado”. Entre los miembros jóvenes de dicha tertulia se encuentran destacados narradores de las décadas siguientes. Pero el acontecimiento literario de la época fue la publicación en 1868 de la gran “Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia”.

En la década 1870-1879 arranca en firme el movimiento narrativo. Emergen varios autores importantes y bastantes obras, algunas de ellas bien logradas. El autor más constante de la época parece haber sido Juan José Molina, y una antología publicada por él mismo, con escritos antioqueños desde la época de independentista hasta entonces, intitulada “Antioquia Literaria”, fue el acontecimiento principal en las letras de esa década. Este libro fue clave, como recapitulación de logros, como mapa de ausencias, como

orientador de nuevas búsquedas literarias. Hacia 1880 era libro de texto en diversas instituciones educativas antioqueñas.

En el cuadro N°1 se hace una lista, sin duda no exhaustiva, de obras narrativas antioqueñas publicadas antes de 1880. Podrían incluirse allí bastantes títulos correspondientes a dramas en verso como los de Juan José Botero; o narraciones en verso como algunas de Federico Velásquez o Pedro A. Isaza y C. Deben registrarse obras de Uribe Angel que sólo se dieron a conocer después. Y es seguro que ya por entonces Lucrecio Vélez y Botero Guerra, Lino R. Ospina y Eladio Gónima hacían sus pinitos de cronistas de costumbres y autores dramáticos. La consulta de revistas literarias de la época podría enriquecer insospechadamente el cuadro, pero por si sólo parece suficiente ya para formarse idea del proceso que se iba gestando, y que ya en 1880, ha dado unas cuatro de cenas de relatos, algunos muy bellos, muchos notables, y —esto es común denominador- todos bien escritos.

CUADRO N° 1: NARRATIVA ANTIOQUEÑA ANTERIOR A 1880		
OBRA	AUTOR	PUBLICADO EN
Carta 3ª a un amigo en Bogotá	Emiro Kastos	Neogranadino 1852
Una noche en Bogotá	Emiro Kastos	El Pasatiempo 1852
Correrías por Villeta y Guaduas	Emiro Kastos	El Tiempo 1855
Pobre y rico	Emiro Kastos	El Tiempo 1855
Mi Compadre Facundo	Emiro Kastos	El Tiempo 1855
El Cigarro	Emiro Kastos	El Tiempo 1855
Un baile en Medellín	Emiro Kastos	El Pueblo 1855

CUADRO N° 1: NARRATIVA ANTIOQUEÑA ANTERIOR A 1880

Julia	Emiro Kastos	El Pueblo 1855
Arturo y sus habladurías	Emiro Kastos	El Pueblo 1856
El primer amor	Emiro Kastos	El Pueblo 1856
Un paseo a Rionegro	Emiro Kastos	El Pueblo 1856
Felipe	Gregorio Gutiérrez G.	El Pueblo 1856?
El tigre	Emiro Kastos	El Tiempo 1857
Carta a 5ª a C.A. Echeverri	Emiro Kastos	El Pueblo 1858
Los Pepitos	Emiro Kastos	El Tiempo 1858
Vanidad y desengaño	Emiro Kastos	El Tiempo 1858
Una botella de brandy y otra de ginebra	Emiro Kastos	El Tiempo 1858
Un montañés	Eliseo Arbeláez	(Ant. Lit.) 1859
Costumbres limeñas: la tapada	Arcesio Escobar	(Ant. Lit.) 1860
Un baile con carrera	Ricardo Restrepo	(Ant. Lit.) 1870
Si yo fuera dictador	Ricardo Restrepo	(Ant. Lit.) 1871
El gallo	Manuel Uribe A.	(Ant. Lit.) 1871

El final de un proceso	Juan J. Molina	La Sociedad 1872
La Ventanera	Alejandro Hoyos	(Ant. Lit.) 1873
Pergoleso y Annunziata	Juan J. Molina	----- 1874?
Los hijos del misterio	Mercedes Gómez	----- 1874?
El llanto de una madre	Camilo Botero G.	La Sociedad 1874?
Miss Canda	Eduardo Villa	(Ant. Lit.) 1876
CUADRO N° 1: NARRATIVA ANTIOQUEÑA ANTERIOR A 1880		
Con la Vara que midas	Demetrio Viana	La Sociedad 1876
Los entreactos de Lucía	Juan J. Molina	(Ant. Lit.) 1878
Templado por el Trisagio	Hermenegildo Botero	(Ant. Lit.) 1878
Un compadrazgo en la montaña	Pedro A. Isaza	Ant. Lit 1878
Un ramo de pensamientos	Eduardo Villa	(Ant. Lit.) 1878
Oyendo llover	Juan J. Molina	Ensayos de Literatura y de Moral 1886*
Rafael	Juan J. Molina	Ensayos de Literatura y de Moral 1886*
Amelia y Laura	Juan J. Molina	Ensayos de Literatura y de Moral 1886*
Un tiro de pistola	Juan J. Molina	Ensayos de Literatura y de Moral 1886*

NOTA: El paréntesis indica la fuente más temprana que conocemos en los casos en que ignoramos cuál es la fuente primaria.

*Las obras de Molina parecen escritas antes de 1880, pero su publicación se retardó hasta 1886.

Dueños de su expresividad, cabe clasificarlos, grosso modo, en el género costumbrista, de estrategias descriptivas, de puntos de vista expuestos, obligan a usar esa clasificación con cautela. ¿Es costumbrista Emiro Kastos? Depende: don Saturnino Restrepo, hace cien años casi, juzgaba que, precisamente, el arte de ese autor consistía en haber atravesado la superficie festiva y circunstancial del cuadro de costumbres y haberle dado una hondura y una dimensión que no son usuales. ¿Y es costumbrista Juan José Molina? Según las obras que conocemos no es seguro, y cuando mucho concederíamos que hizo varios cuadros de costumbres... santafereñas. Y nada de costumbrista hallamos en “Miss Canda”, la novelita de Eduardo Villa con escenario en Nueva York. En cambio parecen marcadamente costumbristas los relatos de Ricardo Restrepo y Pedro A. Isaza, los de Uribe Angel y los de Hermenegildo Botero. En rigor prima el “costumbrismo” aunque no tan marcado como lo insinúa el prejuicio o las cartillas de literatura.

La década de 1880-1890 vio definirse la vocación narrativa de muchos nuevos autores, dos de ellos importantísimos en las siguientes épocas de nuestra literatura. Camilo Botero Guerra, con el seudónimo de “Don Juan del Martillo”, comienza a publicar sus “Casos y cosas de Medellín”, larga serie de relatos de costumbres, narrados con gracia y un humor jocosos que hicieron las delicias de un amplio grupo de lectores antioqueños. A Botero Guerra debemos también las primeras novelas antioqueñas, “Abuela y Nieta” (1887), “Rosa y Cruz”, “El Oropel” y varias otras anteriores a la famosa “Frutos de mi tierra”. En la década que consideramos es indudablemente el narrador más constante y que muestra más oficio. Pero igualmente en esos años se define Lucrecio Vélez por el relato, dejando atrás, como Botero Guerra, un cierto historial poético, y popularizándose también bajo el seudónimo, “Gaspar Chaverra”. En las décadas siguientes se convertiría en uno de los primeros narradores antioqueños.

Las tertulias literarias fueron vitales para el desarrollo de nuestras letras. En la década 70-80 fueron notables la de El Liceo Antioqueño, la de las casas de Eduardo Villa y Juan José Molina. En la década 80-90 la más importante fue “El Casino Literario”, al que pertenecieron interesantes poetas, ensayistas y narradores.

El volumen casinista que se publicó en 1890 presentó al público a Carrasquilla (con “Simón el Mago”) y tal vez Francisco de Paula Rendón. Y debemos resaltar igualmente la creación de la revista “La Miscelánea”, hacia 1886-87, en la que tuvo cabida la mejor literatura antioqueña de los siguientes veinticinco años. Otras revistas de esa época tenían carácter menos literario que la mencionada, aunque en ellas se publicaron obras muy importantes del mismo Botero Guerra, de Lino R. Ospina, de Juan José Botero y otros. En realidad en esa década se observa un sensible progreso respecto de las previas. Ya hay madurez literaria para asimilar las lecciones de Emiro Kastos, ahora se constata una incipiente comunidad de narradores. No obstante es en la década siguiente, 1890-1899, cuando puede hablarse a ciencia cierta de la existencia de una “Cultura de la narración” y de un dominio ya colectivo de las formas superiores de relato. En esa época da el costumbrismo sus cantos más hermosos y empieza francamente a declinar como escuela hegemónica. Nuevas tendencias literarias, nuevas temáticas y problemáticas humanas entran a la escena narrativa antioqueña.

En esa década 1890-99 surgen a la vida literaria Carrasquilla, y Efe Gómez, Samuel Velásquez y Eduardo Zuleta, Lisandro Restrepo y Eladio Gónima, José A. Gaviria y Sebastián Mejía, Saturnino Restrepo y Juan de Dios Vásquez, Antonio J. Montoya y Julio Vives Guerra, Alfonso Castro y Antonio Posada. Los escritores veteranos Botero G., y Lucrecio Vélez, publican obras en profusión. Las narraciones antioqueñas se cuentan ya por centenares, las novelas por decenas. Se habla de la literatura antioqueña como la primera de la nación, se alude incluso a una “tradición narrativa” antioqueña ya por ese entonces. Las tertulias de literatura y las revistas que surgen en esa época mantienen vivo el ambiente de estudio y de discusión de cuestiones literarias. Se levanta el nivel de análisis literario, se suscitan briosas polémicas sobre arte. Particularmente en los años 1895 a 1899 muestran una actividad narrativa asombrosa. Al primer concurso de novela de costumbre convocado por “La Miscelánea” en 1897 se presentaron cincuenta y ocho obras, entre ellas “Madre” y “Ernesto”, dos preciosas novelas breves. Aún así, el acontecimiento de esa década parece que haya sido la publicación de “frutos de mi Tierra”, en 1896: fue la prueba indiscutible de la existencia aquí de material novelable, y el acicate para nuevas creaciones novelescas. Botero Guerra, a pesar de todo, hacia sus novelas “a brochazos”, pero lo de don Tomás salvó airoso ese reproche. De allí en adelante se desencadena un flujo de novelistas y novelas que se prolonga hasta nuestros días. En el cuadro No. 2 se hace una lista, tampoco exhaustiva, de novelas antioqueñas escritas hasta 1910. Una lista de cuentos escritos en el mismo período se llevaría varias páginas y esperamos que el lector acepte no incluirla en este esbozo somero.

La guerra de los mil días frenó un poco el proceso de configuración de la narrativa paisa: pero no bien concluyó se reinician las publicaciones de revistas y de libros de relatos. El acontecimiento literario de la década 1900-1910 parece que haya sido la publicación de las dos novelas breves de Rendón “Inocencia” (1903) y “Sol” (1909), por lo que significaron como obras cumbres del género costumbristas. Sin embargo sucedieron tantos eventos de interés en esa década que es difícil esperar acuerdo en cuál fue el principal: el surgir de la cuentística de Alfonso Castro y Efe Gómez; el trabajo abundante de Lucrecio Vélez como cronista, a todo lo largo de la década, para coronar con una gran novela, “Rara Avis...”, en 1910; las dolorosas polémicas en torno de “Hija Espiritual” y de las “Homilías”; Al parecer un conjunto ya amplio de novelas extensas; las revistas magníficas de la época, “Lectura y Arte” y “Alpha” sobre todo; la maestría alcanzada ya por Carrasquilla en el arte de novelar, y antes que nada “Entrañas de niño”; o la migración de artistas y escritores que se dio en esa década. Fueron todos acontecimientos significativos, y acentuar el de las novelas de Rendón quizá sea poco justo, pero es objetivamente el que mayor interés y resonancia histórica ha tenido.

CUADRO No. 2: NOVELAS ANTIOQUEÑAS ANTERIORES A 1910

OBRA	AUTOR	AÑO
El final de un proceso	Juan J. Molina	1872*
Con la vara que midas	Demetrio Viana	1872*
Pergoleso y Annunziata	Juan J. Molina	1874?
Los hijos del misterio	Mercedes Gómez	1874?
Miss Canda	Eduardo Villa	1878*
Oyendo llover	Juan J. Molina	1880?*
Abuela y Nieta	Camilo Botero G.	1887
El Oropel	Camilo Botero G.	1893
Rosa y Cruz	Camilo Botero G.	1894
Una vela a San Miguel	Camilo Botero G.	1895*
La Serrana	Manuel Uribe A.	1895
Frutos de mi tierra	Tomás Carrasquilla	1896
Tierra Virgen	Eduardo Zuleta	1897
Dimitas Arias	Tomás Carrasquilla	1897

Madre	Samuel Velásquez	1897*
Ernesto	José A. Gaviria	1897*
Noche de bodas	Sebastián Mejía	1897*
Los claveles de Beatriz	Paulo E. Gutiérrez	1897
Lejos del nido	Juan José Botero	1897
Al pie del Ruiz	Samuel Velásquez	1898
De paso	Lisandro Restrepo	1899
Colás	Lisandro Restrepo	1899*
San Antoñito	Tomás Carrasquilla	1899*
Luterito	Tomás Carrasquilla	1899*
La raza	Antonio Posada H.	1899? **
El enemigo	Saturnino Restrepo	1899? **
El Redentor	Francisco de P. Rendón	1899? **
Mi gente	Efe Gómez	1899? **
Anima en penas	Alfonso Castro	1903*
Salve Regina	Tomás Carrasquilla	1903*
El Nazareno	Francisco Rodríguez M.	1903
Inocencia	Francisco de P. Rendón	1904*
Hija	Samuel Velásquez	1904
Hija Espiritual	Alfonso Castro	1905*
Kundry	Gabriel Latorre	1905
Nobleza obliga	José A. Gaviria	1906*
Entrañas de niño	Tomás Carrasquilla	1906
Baldosas y terrones	Jorge de la Cruz	1906*
Sor Angélica	José Solano Patiño	1906*

CUADRO No.2: NOVELAS ANTIOQUEÑAS ANTERIORES A 1910

OBRA	AUTOR	AÑO
Mercedes	Marco A. Jaramillo	1907
Lenguas y Corazones	Francisco de P. Rendón	1907*
Susana	Gabriel Latorre	1908(*)

Sol	Francisco de P. Rendón	1909*
Fragmento de novela	H. Jaramillo	1909
Rara Avis	Lucrecio Vélez	1910
Los humildes	Alfonso Castro	1910
Grandeza	Tomás Carrasquilla	1910
Momentos de vida	Miguel Agudelo	1910

* Novela corta o breve

**Sólo se conservan fragmentos publicados

(*)Drama en prosa

En esa misma década se acaba la unidad territorial de Antioquia la Grande. Parece un buen punto final para este esbozo histórico del relato antioqueño más temprano. El cuadro No. 3 presenta el resumen de lo expuesto. Es evidente a la luz de estas breves noticias, que existía ya una literatura antioqueña y una tradición narrativa a la hora que aparecen nuestras figuras mayores. Fue un proceso colectivo de aprendizaje, y no invento genial de una o dos personalidades insulares. Cuando esto se comprende es mas claro qué fue lo que en verdad aportaron los grandes novelistas del quinquenio de oro en adelante.

CUADRO No.3			
DECADA	ACONTECIMIENTO LITERARIO	AUTOR	AÑO
1850-59	Artículos escogidos	Emiro Kastos	1859
1860-69	Memoria sobre el cultivo del Maíz	Gregorio Gutiérrez González	1868
1870-79	Antioquia Literaria	Juan J. Molina	1878
1880-89	Casos y cosas de Medellín	Camilo Botero G.	1884
1890-99	Frutos de mi tierra	Tomás Carrasquilla	1896
1900-10	Inocencia y Sol	F. de P. Rendón	1903-1909

2. CRITERIOS DE ESTA ANALOGÍA

Para realizar esta selección de relatos antioqueños tempranos se buscó que el conjunto incluyera obras de todo el período reseñado en el esbozo histórico y que además de exhibir calidad literaria pertenecieran a autores con alguna probada vocación narrativa. El conjunto se subdividió en cinco grupos con una cierta unidad, fuera temática, o de género, o de época. El resultado es una organización panorámica con cierta lógica y más o menos ceñida a la cronología. Un primer bloque se intitula “relatos de tiempo gólgota” por razones que se harán evidentes al leer los dos trabajos incluidos. Luego vienen tres cuentos de la década de los setentas decimonónicos, agrupados como “relatos del tiempo de Berrío”. A continuación viene una serie de cuadros urbanos y domésticos de los tiempos en que la Villa no pasaba de ser una “parroquia grande”. Y finalmente hay dos bloques con fuerte unidad temática, sobre la guerra y sobre la droga finiseculares. Queda claro que análoga selección hubiera podido hacerse con otras temáticas (digamos entre cuadros de alcohol, de la minería, del ferrocarril, de los bailes, etc.), y que esta analogía no tiene ninguna presunción completa. Así y todo, creemos que se enriquece la bibliografía accesible al público lector sobre una literatura que, en cierta manera, nos pertenece a todos y es herencia común de Antioquia.

Los textos escogidos son difíciles de encontrar. No figuran en antologías previas ni en ediciones recientes. Llegan de la fuente a los lectores, a cien y más años de distancia entre el emisor y el receptor, y sin embargo frescos y elocuentes todavía. Se notará la ausencia de los nombres mayores don Tomás y Pacho y Efe. La razón es que sus obras están, por fortuna, suficientemente divulgadas. A cambio de esa ausencia esperamos que el conjunto de veintidós autores y obras seleccionadas sirvan para hacer patente el sentido en que la narrativa de Antioquia la Grande merece tratarse como “Literatura Menor”, una de las más ricas en obras y autores dentro de la narrativa hispanoamericana y seguramente la más vital de las nacionales en la época que comentamos.

Hemos actualizado la ortografía de todas las obras seleccionadas. En todo caso hay aquí un problema de sumo interés para los investigadores: el de la evolución de la gramática y la ortografía, en la lengua escrita paisa en los últimos 150 años. La actualización “borra” ese problema en cierto sentido, pero facilita la lectura para el lector actual.

3. FUENTE PARA ESTA ANTOLOGÍA

En el cuadro No. 4 aparecen las obras seleccionadas y el impreso en que se publicaron por primera vez, o en su defecto, la fuente más temprana que conocemos puesta entre paréntesis.

Cuadro No.4 Fuentes de esta antología

Obra	Autor	Publicó	Año
Julia	Emiro Kastos	El Tiempo	1855
Felipe	G. Gutiérrez	El Pueblo	185...?
Un baile con carrera	Ricardo Restrepo	(Ant. Lit)	1870
Los entreactos de Lucía	Juan J. Molina	Ant. Lit.	1878
Un ramo de pensamientos	Eduardo Villa	Ant. Lit.	1878
Furor poético	Camilo Botero G.	(Brochazos)	1884
Cuánto me costó la burra	Manuel Uribe A.	El Repertorio	1896
La Bodas de mi sobrino	Lisandro Restrepo	La Miscelánea	1896
Las vacas de la fiesta	Lucrecio Vélez	La Miscelánea	1896
Fin de siglo	Eduardo Zuleta	Tierra Virgen	1897
La jeringuilla de Pravaz	Antonio J. Montoya	El Montañés	1897
Noche de bodas	Sebastián Mejía	La Miscelánea	1898
Espantos	Eladio Gónima	La Miscelánea	1898
La vuelta de Juan	Ricardo Olano	El Recluta	1901
Un polvo... y nada más	Eusebio Robledo	El Recluta	1901
De la guerra	José Velásquez G.	El Recluta	1901
Brujerías	Samuel Velásquez	Lectura y Arte	1903
Anima en Penas	Alfonso Castro	Vibraciones	1903
Post. Mortem	H. Gaviria I.	Lectura y Arte	1905
Baldosas y Terrones	Jorge de la Cruz	Alpha	1906
La oveja descarriada	Saturnino Restrepo	Alpha	1906
Nobleza obliga	José A. Gaviria	Alpha	1906

Jorge A. Naranjo

Medellín, enero 1995

I. RELATOS DE TIEMPO GÓLGOTA

JULIA

Por: *Emiro Kastos*

En el año 1848, a pesar del aislamiento claustral que reina en Medellín, yo tenía franca entrada en la casa de un amigo y relaciones casi fraternales con su hermana Julia. Esta joven reunía al cuerpo elegante y las facciones caucáseas, distintivos de mis paisanas, el desparpajo y donaire de las mujeres de otros países. Por un capricho debido a la confusión de nuestras razas, tenía negros los cabellos y azules los ojos, en cuya dulce serenidad se reflejaba la pureza de su alma, como en las aguas de un lago inmóvil los rayos de la luna. Poseía los que es preferible a la belleza: gracia y modales de una distinción natural.. En su casa recibía sin encogimiento; no clavaba los ojos como muchacha regañada cuando le decían alguna galantería sus amigos: sabía que la amabilidad es la más bella dote de la mujer y jamás se le ocurrió, como a otras, que fuera pecado corresponder en la calle con atención a un hombre que la saludara cortésmente.

Yo me complacía viéndola feliz con un traje nuevo, con la esperanza de un paseo, con la expectativa de un baile. Como apenas tenía diez y seis años, ninguna preocupación turbaba su bulliciosa alegría. No me inspiraba amor, pero si la amistad más sincera, y hacía votos al cielo porque la desgracia no viniese a entristecer a esa criatura tan alegre, a marchitar esa flor tan bella. A veces me daban temores de que esa niña dulce y delicada cayese en poder de algún beocio sin educación, que no la comprendiese y estimase. Precisamente el escollo de las mujeres en esa edad en que, sin conocer la vida ni los hombres, las fatiga ya un deseo vago de amar, es entregar su corazón y su mano al primer zote bien vestido que les habla de amor. Sucedió en que en esos días se presentó como pretendiente un joven que acababa de hacer un viaje a Europa. De su viaje no había traído observaciones ni ideas, pero si guantes lustrosos y levitas arrugadas. Con semejantes dotes y, perteneciendo a una familia rica, vino a ser para Julia un candidato irresistible. Los

parientes, por unanimidad declararon que era excelente partido y que Julia sería muy feliz con él. Me ausenté en aquellos días y supe después que se habían casado.

Al cabo de cuatro años regresé a esta ciudad, con el placer que se experimenta después de una larga ausencia. Nada encontré nuevo: las mujeres como siempre encerradas en sus casas, vegetando sin sociedad y sin placeres: los hombres reuniéndose en las mismas partes, conversando las mismas cosas, aburriéndose de la misma manera: los ricos despreciando a los pobres y los pobres hablando mal de los ricos: los jóvenes buscando en los vicios las emociones que les niega la monotonía social; y los viejos corriendo desalados tras las pesetas y economizando como si la vida durara mil años. Por de contado que encontré algunos ricos que hacen buen uso de su plata, algunos jóvenes que emplean bien su tiempo; pero éstas son excepciones que no alteran la regla. En general, la sociedad se me presentó con esa fisonomía desapacible, con esas costumbres informes, heteróclitas de los pueblos en transición, que tienen ya todos los vicios de las sociedades civilizadas, menos sus refinamientos y placeres.

Pero nuestro valle siempre será la perla de los valles, el encanto del viajero: de lo alto de Santa Elena se ven nuestras campiñas tan hermosas, como de la cima nevada de los Alpes las poéticas llanuras de Italia.. En todas las épocas del año las praderas verdes, los naranjos y los jardines cubiertos de flores, el aire tibio y embalsamado, la naturaleza toda vestida de gala- convidan al hombre a gozar; pero a gozar aprisa eso sí, porque en estos países cálidos de lujosa vegetación, la juventud es fugitiva, la vida se va con rapidez.

Algún tiempo después de mi llegada fui a visitar a Julia. A fuer de mi amigo antiguo ella me recibió por la tarde en una alcoba que le servía de costurero, pieza desmantelada, sin mueble blando, sin un adorno elegante de ninguna clase, pues nuestro lujo de pura vanidad se queda regularmente en la sala, y en lo interior, que es donde se pasa la vida, por lo común no hay otra cosa que asientos ordinarios y duras tarimas. **El comfortable** es casi desconocido entre nosotros. Viendo a Julia ajada y marchita, parecióme que algún pesar oculto auxiliaba contra ella la acción devoradora del tiempo. Imposible reconocer en aquella mujer pálida de ojos apagados la brillante joven que había dejado cuatro años antes arreglando sus galas de novia. Estaba reclinada en una butaca cerca de su cama, sufriendo una de esas enfermedades de las mujeres que aun ni la medicina entiende; tan difícil es saber si están en el alma o en el cuerpo; enfermedades vagas, misteriosas, apocalípticas, debidas tal vez a los nervios, a pesares ocultos o a tedios mortales.

- ¡Cuánto me alegro de volver a verlo! Me dijo Julia: U. es más que mi amigo, casi mi hermano. Su presencia me trae a la memoria días felices; como lo presente es tan tedioso, no vivo sino de recuerdos.

- Y yo daría la mitad de mi vida futura por borrar los recuerdos de mi vida pasada. Toda reminiscencia es penosa. Mirando para atrás, ya encontramos los días de la juventud perdidos inútilmente, ya desengaños en amistad, ya sueños de gloria convertidos en realidades miserables, o ilusiones de amor sobre las cuales ha extendido su manto frío la muerte o el olvido. El recuerdo de cosas felices, como ya pasaron, causa pena, y el de acontecimientos desgraciados jamás proporcionan placer. Nuestro mayor enemigo es la memoria. Las aguas del Leteo son la más sabia invención de los paganos.

- ¿Qué ha visto de particular en sus largas correrías? Cuénteme

- Todo el mundo es Popayán: por todas partes están en mayoría los desgraciados, abundan los necios y predominan los malos.

- ¿Ha encontrado en alguna parte hombres que sean constantes en el amor? Eso sería un descubrimiento importante

- Y por qué no me pregunta que si he conocido mujeres que no sean volubles, olvidadizas, etc.? Semejante hallazgo también honraría a un buscador de imposibles.

- Siempre prevenido contra nosotras!

- Nada de eso: lo que acabo de decirle fue en calidad de represalia. Las quejas se dirigen mutuamente los hombres y las mujeres forman un abultado proceso que nadie puede sentenciar, porque todo el mundo es a la vez juez y parte. Si yo fuera el arbitro de esa eterna querrela sentenciaría en favor de las mujeres: la observación y el uso del mundo han rectificado mis ideas. He visto que las mujeres redimen algunas faltas con grandes sufrimientos y virtudes sublimes: que sus acciones, inspiradas por el sentimiento, son más desinteresadas y generosas que las de los hombres emanadas de la razón y del cálculo. Por todas partes hay una miseria que socorrer, un dolor que consolar, allí se las encuentra: ellas se adhieren a la desgracia, así como los hombres a la fortuna y a la dicha, y para todo corazón, bien puesto, la causa del débil es la buena causa.

- Pero contrayendo a Ud. la conservación, añadí, espero que será feliz en su matrimonio.

La llegada de Alfredo, así se llamaba el marido de Julia, interrumpió nuestra plática. Alfredo no era ya el joven elegante de otros tiempos. Vestía sin aseo ni cuidado; y el color demasiado rojo de su cara y sus ojos inquietos revelaban las pasiones de mala ley de un hombre vulgar. Estos hombres, cuando ya pierden el brillo efímero que dan la primera juventud y los vestidos elegantes, quedan como los libros sin ideas cuando pierden la pasta: reducidos a nada. Habló conmigo sobre cosas insignificantes, pidió su chocolate porque era llegada la oración y se despidió sin dirigir la palabra a Julia.

Confieso que la vista de aquella mujer pálida y ajada aunque tan joven, habitando aquel cuarto sin ningún adorno agradable que manifestase la solicitud cariñosa del amor, y de aquel hombre que llegaba a su casa como a una posada y se dirigía a la calle sin dirigir a su mujer enferma una sola palabra de ternura, me revelaron que el destino de mi pobre amiga no tenía nada de envidiable y que el matrimonio, a ella como a otras muchas, no le había hecho sino promesas engañosas.

- Lo que veo, la repetí, me causa la mayor extrañeza. Averiguando por su suerte todo el mundo me ha dicho que es feliz.

- A la dicha, me respondió, como al cielo, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Con tal que una no se queje, viva en casa propia y tenga con qué hacer mercado todas las semanas, el público de por acá no necesita más para llamarla dichosa. Nadie se toma el trabajo de averiguar si el amor, la cordialidad y las consideraciones mutuas entre los esposos habitan en el hogar doméstico.

- Pero si el matrimonio es por lo regular una cruz pesada ¿Por qué tanta impaciencia por echársela auestas?

- Ninguna escarmienta en cabeza ajena. En nuestros sueños de niñas figuramos el matrimonio como un Edén, en que no hay sino flores, sonrisas y amor: así apenas salimos de la infancia nos apresuramos a dejar la vida libre de solteras, las sanas y puras alegrías de que gozamos en nuestra casa, por buscar ese porvenir tan lleno de vicisitudes y tinieblas. Aquí no tenemos ningún trato con los hombres: los conocemos en la iglesia o en la calle; luego nos hacen tres o cuatro visitas ceremoniosas, en las cuales es imposible para una niña cándida, ignorante y descuidada, sin hábito de observación y uso del mundo, si se la busca por

interés o por amor, si su pretendiente es hombre de educación o algún disfrazado de caballero. Luego a los hombres, hasta los más palurdos, les gusta aparecer como no son: todos ellos nacen diplomáticos, es decir pérfidos.

- Gracias.

- Mejorando lo presente. Nuestros padres, que debían tener el juicio que a nosotros nos falta, regularmente no se fijan sino en la fortuna de la parte contraria: allí donde ven la riqueza determinan que para nosotros está la dicha.

- Convengo con Ud., en que esos matrimonios prematuros, tan acostumbrados entre nosotros sin que las mujeres estén moralmente formadas, son sumamente peligrosos. Además, si las relaciones entre los dos sexos fueran más frecuentes, si los hombres y las mujeres no formaran hasta en los bailes campamentos separados, después de estudiarse y conocerse recíprocamente, los matrimonios tendrían más condiciones de dicha: este trato apartaría a los jóvenes de otras distracciones peligrosas, les daría modales y cortesanía; por consecuencia, las costumbres vendrían a ser más dulces, la sociedad más animada.

- El matrimonio, repitió Julia, es nuestro solo porvenir, pero esta institución, que es para nosotros una cosa tan seria, suele no ser para los hombres sino un capricho pasajero o una cuestión de economía doméstica. Ahí está el mal. Para la mujer es juego muy recio: en una sola jugada compromete todo el porvenir. A ustedes, si el amor los engaña, les quedan mil senderos abiertos en el mundo: pueden aturdirse con la política, distraerse en los negocios, buscar los encantos de la ciencia, pasear su tedio por todo el universo, vivir con agitación o morir con gloria. Pero a nosotras, si el matrimonio como tiene de costumbre nos engaña, no nos queda más esperanza que el cielo, ni más refugio que la resignación, triste virtud inventada por el cristianismo, para el uso especial de las mujeres. Usted que me dejó tan frívola le extrañara hoy encontrarme tan grave: la meditación es el recurso de los desgraciados: la dicha no reflexiona.

- Yo no extraño. Le respondí, que Ud., se haya refugiado en la filosofía: lo que sí admiro es que en esta ciudad todas las mujeres con la vida aislada, vegetativa, sin placeres, que llevan, no se hayan muerto de esplin. Ya es tiempo que los ricos, a quienes toca tomar la iniciativa, se resuelvan a abrir sus salones a la buena sociedad. La riqueza obliga: justo sería que de vez en cuando dieran tertulias, bailes, algo que animara la triste y monótona vida de las mujeres.

- Si ya que no placeres, añadió Julia se nos diera educación, habría alguna recompensa. La educación proporciona a las mujeres recursos contra el tedio, consuelos en la desgracia, gusto por la lectura, amor a las artes y desarrolla, en ellas la gracia que, como dice un poeta, es el perfume de la belleza. Había elegido un colegio de niñas bien montado y lo suprimieron: la plata que costaba no les producía interés. Ya se ve: nuestro destino de amas de laves no requiere mayores estudios: no se necesita mucha gramática para llevar el apunte de la ropa, ni mucha geografía para saber donde queda la despensa.

Me despedí de Julia y tomé el camino de mi casa. Como habrá visto el lector, a pesar de la confianza que ella tenía conmigo no quiso levantar completamente el velo que cubría su vida doméstica, y envolvió sus desgracias propias en condiciones generales. Pero yo comprendí después que ella no había encontrado en su matrimonio ni los placeres que da la riqueza, por la sórdida economía de su esposo, ni la dicha que viene de los afectos, porque él no tenía sentimientos, delicadeza, ni corazón. El desencanto y la aridez de su vida habían arrebatado de su alma la esperanza, y de su cuerpo la juventud y la belleza. Un hombre brusco, sin educación y sin maneras, si tiene plata puede ser considerado en la sociedad como excelente ciudadano; pero la vida que lleve su mujer siempre será un martirio completo. Los necios no se contentan con ser simplemente necios: casi siempre aspiran a ser malos. Alfredo, a los dos meses de casado, olvidó las cortesías que había aprendido en París, se envolvió en un saco de paño burdo, descuidó relación con el jabón y las navajas de afeitar, se entregó al agio con furor y, por vía de distracción, a echarse sendos tragos de aguardiente. La avaricia, que suprime todos los goces, por sí sola es bastante contra la dicha de una esposa; pero la avaricia y el aguardiente juntos son ya demasiado. El que no se detiene en la superficie de las cosas, vislumbra en Medellín muchas esposas desgraciadas. Por lo regular el hombre aquí se entrega en cuerpo y alma a alguna pasión enemiga de la dicha doméstica: la avaricia, el aguardiente y el juego encuentran por todas partes adoradores fanáticos.

Julia, que había soñado una vida de poesía, de ternura y de amor: que es, como todas las organizaciones selectas, aficionada a los placeres, a todo lo bello y armonioso, ¿qué podrá esperar la infeliz de un hombre que, a los pocos meses de casado, vendió el piano y las joyas y dinero de su mujer para dar el dinero a interés? ¿Qué podrá esperar de un hombre que se cree dispensado de toda galantería con dar seis pesos el viernes para el mercado, cuya imaginación no resuelve cálculos de avaricia y cuya fisonomía sólo refleja vicios innobles?

En cualquier otra sociedad una mujer como Julia, amiga de placeres, sensible, apasionada, mano a mano con un marido zafio y grosero, sujeta a desgracias sin horizonte y eterno desamor; mujer aburrida y desesperada buscaría distracciones criminales. Estoy seguro que Julia seguirá valerosa la senda del deber y se recostará, joven aún, en las losas del sepulcro, envuelta como Cristo en el sudario inmaculado de la virtud. Estas santas mártires merecen la admiración de los hombres y las caricias de los ángeles.

Medellín, agosto 1° de 1855.

FELIPE

Por: *Gregorio Gutiérrez González*

Querido amigo:

Peñol, 13 de diciembre de...

He llegado hoy a este pueblo con dirección a Medellín, a donde marchó a agitar un pleito de familia que se halla pendiente en el Tribunal, y donde permaneceré dos ó tres meses. Haría traición a nuestra antigua y buena amistad de colegio si no diera a tu casa la preferencia para vivir en ella durante el tiempo de mi permanencia en esa ciudad. Estoy rabiando por hallarme a tu lado, para que charlemos indefinidamente.

Hasta pasado mañana que tendré el gusto de abrazarte.

Tu afectísimo, FELIPE.

¡Felipe! Exclamé yo al leer esta carta que me entregaron en la calle, un día después de su fecha. ¡Felipe en Antioquia, y de viaje para Medellín! Ninguna sorpresa tan agradable pudiera haberme proporcionado su buena amistad.

Un día después de recibida esta carta, Felipe y yo aguardábamos el almuerzo en el alto Santa- Helena, sentados en el corredor de la casa de la Baénas. Yo había ido hasta allá al encuentro de mi amigo.

Era Felipe en aquel tiempo un joven de 22 a 23 años, de una gallarda figura, de talento vivo y despejado, y de una imaginación ardiente y borrascosa.

La mañana era magnífica. El cielo, vestido de riguroso azul, cobijaba con modesta sencillez el valle encantador de Medellín. La llanura se extendía debajo de nosotros, con su profusa variedad de sombras y colores, como la paleta de un pintor. Medellín parecía dormir acariciada por la brisa de la mañana y el tranquilo murmullo de su río. Las pequeñas poblaciones de que está sembrado el valle, dejaban ver sus blancos campanarios, rodeados de sauces y naranjos, semejantes al nido de una tórtola medio oculta entre las verdes enredaderas de un jardín... Y todo este magnífico paisaje estaba rodeado de una atmósfera luminosa y trémula, que parecía formada por el hervor de infinitas partículas de luz. Era que el valle de Medellín palpataba a los besos del sol de diciembre.

¡Qué bello es este valle! exclamó Felipe, cuyo pecho se ensanchaba como para aspirar la atmósfera perfumada del paisaje que tenía a la vista. Mira a Medellín, me decía; parece una joven novia que despojada de sus principales galas, se reclina en su pecho de esposa, sonriendo de amor y timidez. El ancho valle sembrado de cañaverales y tornasolado con los reflejos dorados de las espigas del maíz, parece el vestido de boda de la esposa; y el río que la arrulla con su mansa corriente, es el brillante cinturón de plata que yace a su lado desceñido. Y más lejos...allá... al pie de las azules cordilleras, mira las colinas caprichosamente quebradas y cubiertas de grama, semejantes al manto de seda negligentemente arrojado en un rincón de la cámara nupcial.

Yo contemplaba en silencio a Felipe, lleno de esa satisfacción que experimenta un casado cuando oye las alabanzas que le tributan a su mujer, o una madre cuando celebran las gracias de su hijo.

¡Qué dichosa debe de ser la vida de Medellín! continuo él. Yo había soñado con el Oriente y ahora lo he alcanzado a ver! Rodeados de esa atmósfera, cobijada por ese cielo, alumbrados por ese sol, los habitantes de Medellín deben de ser muy dichosos! Embriagados por el perfume de sus flores, aturcidos con el bullicio de sus fiestas, en medio de tantas bellas, porque las mujeres de Medellín serán divinas, todas con los cabellos negros y los ojos centelleantes; los medellinenses verán deslizar su vida como un prolongado festín. El oro de los capitalistas convertido en deleite, se debe derramar por todas partes. Voy a pasar unos días muy alegres, al lado de un amigo como tú, en medio de las bellas, rodeado de bailes, de paseos, de flores,

de perfumes, de billetes, de álbumes, de amor y de felicidad! ¡Vamos pronto a esa tierra prometida! Y quiso arrojar sobre Medellín, como en otro tiempo los soldados de Alejandro sobre la desenvuelta Babilonia. Pero antes fue preciso almorzar, y atravesar enseguida el malísimo camino que separa Medellín de Santa-Helena.

Un mes hacía ya que Felipe se hallaba en Medellín, alojado en la pieza principal de mi habitación. Su mesa estaba llena de cubiertas para billetes, papel satinado, tarjetas, cuadernos de música, álbumes de viaje, cadenas, *leontinas*, anillos, *mancornas*, y todas esas superfluidades que constituyen la mitad del equipaje de un elegante. Ninguno que viera su habitación pudiera asegurar que había venido a seguir un pleito: no se encontraba en su mesa ni una hoja de papel sellado.

Felipe salía muy poco de la casa; no había tenido ni el trabajo de corresponder visitas; pues, a excepción de tres o cuatro amigos, nadie había ido a saludarle. Me había olvidado de decir que Felipe era gólgota.

Una mañana llegué a su pieza y le encontré sentado en una poltrona leyendo un billete que tenía en la mano; sorprendióse algún tanto a mi vista, y trató de ocultar el papel; pero luego, variando el intento, me dijo: Daniel, ¡qué diferente es Medellín de lo que yo me la figuraba! ¿qué les ha sucedido a los habitantes de esta tierra? ¿son siempre así? ¡ni teatros, ni bailes, ni paseos, ni nada que indique que estamos entre gente civilizada! De ese modo, le contesté, tendrás más libre el animo para consagrarte a tu pleito; esto por lo menos es una ventaja. ¡Gran ventaja por cierto! Mas lo peor no es eso, sino a fuerza de no tener en que ocuparme, mira lo que he hecho. Y me alargó un papel que tenía en la mano. ¿Has hecho qué? Le dije, ¿algunos versos? No, hombre, he recibido una carta. Mira voy a decírtelo todo: pienso casarme. ¡Casarte tú! — Sí, señor, casarme, y ¿qué tiene eso de raro? Desde que se pone el pie en territorio antioqueño, siento un deseo de ser casado. Yo no puedo explicarme esto; pero parece que a Antioquia la rodea una atmósfera matrimonial, a cuya influencia nadie puede sustraerse. Es que los cabellos negros y los ojos centelleantes de las bellas... No, nada de eso, no es Medellín lo que parece desde el alto Santa-Helena, y sus mujeres, aunque he visto muy pocas, parece que no son como me las había soñado. Es que en esta tierra hay que casarse para poder conversar con una mujer. —Y tú, por lo tanto, has resuelto tener con quién conversar. — Sin duda. La que esto me escribe es la única que he visto en Medellín. Al principio creí entablar con ella uno de esos amores que tanto entretienen en otras partes; pero ¡qué quieres! lo que al

principio no era más que una diversión, se convirtió al fin en un afecto serio; lo que empezó por señas y miradas concluyó por billetes y promesas; y hoy me tiene comprometido y enamorado como una bestia.

Mientras Felipe hablaba, leía yo la carta que me había entregado. Era una de esas cartas que todas las mujeres han escrito por lo menos una vez en su vida, y que todos los hombres han leído por lo menos doscientas. En medio de mil tonterías escritas con ortografía chilena y en una letra angulosa y tartamuda, había sinceras protestas de amor. Estaba firmada: ROSA.

Rosa! Exclamé yo, la señorita de en frente, la hija de D. Lucas! —Rosa, sí señor, una muchacha llena de gracia y de bellezas, mujer encantadora y sencilla! Nada le decía yo sobre matrimonio en el billete que le escribí, y ella me contesta que conviene en ser mi esposa siempre que obtenga el consentimiento de sus padres.

Hablando así nos habíamos acercado a la ventana. Casi al mismo tiempo, y como si supiera que se trataba de ella, apareció Rosa en el balcón de en frente; sus mejillas se cubrieron de un encarnado vivísimo cuando nos vio, y sin dar lugar a que nos saludáramos, volvió a entrar precipitadamente; pero no sin dirigir antes una mirada hacia nuestra ventana, al través de las vidrieras que cerró tras sí. Estaba vestida con una sencillez, si no encantadora, por lo menos antioqueña: un camión de *zaraza* morada, sobre el cual tenía un delantal de *zaraza* más morada todavía; un pañolón de seda con grandes flores alegres y esponjadas, puesto en la espalda, y prendido sobre el pecho, a una altura poco artística, con un alfiler de cobre: he aquí todas las galas de la futura de mi amigo.

Pero no, me equivocaba. Todo su adorno consistía en sus magníficos cabellos negros, peinados en dos trenzas, que caían negligentemente sobre su cintura, donde hacían un pequeño descanso, y luego descendían con morbidez acariciando la falda de su vestido. Consistía en la belleza de sus ojos llenos de miradas prisioneras, que se escapaban temblando cuando llegaban a burlar la vigilancia de sus párpados severos. Consistía en su boca pequeña, que sólo de tarde en tarde entreabría para dar paso a su voz dulcísima, quedando largo rato iluminada con una sonrisa que parecía crepúsculo de su voz.

No puede menos que dar el parabien a mi amigo por la acertada elección que había hecho, luego que me convencí de que era seria su resolución. Hoy mismo, me dijo, voy a escribir a D. Lucas pidiendo la mano

de su hija. Y después de haber formado mil castillos en el aire, hablado mucho y pensando poco, nos separamos, quedando Felipe entregado plenamente a sus proyectos.

Al día siguiente y al tiempo de salir de mi oficina, me entregaron un papel, reglado a manera de factura, en el cual había escrito D. Lucas unas pocas líneas, suplicándome que pasara a su almacén, pues teníamos que tratar *sobre un negocio*. La ortografía del escrito me hizo recordar la carta de Rosa, y no dudé que la excelente niña habría aprendido a escribir bajo la inmediata dirección de su papá.

Me dirigí, pues, al almacén, seguro de que el negocio que D. Lucas me hablaría no podría ser otro que el matrimonio de Felipe.

Dicho almacén consistía en una vasta pieza, dividida a lo largo por un mostrador, detrás de la cual se veía a un lado, a manera de armario, una enorme caja de fierro, cuya fisonomía inflexible y estúpida daba cierto aire de salvaje gravedad a cuanto le rodeaba, y esparcía por todo el almacén una atmósfera fría y metálica. En el centro había un escritorio cuyos estantes estaban repletos de gruesos libros de cuentas; uno de éstos, el más grande de todos, se hallaba abierto delante de un dependiente, que con una pluma detrás de la oreja, una regla en la boca y un cigarro en la mano, volvía pausadamente sus hojas con una gravedad enteramente mercantil.

El dependiente (que contaría de 14 a 15 años) volvió hacia mí su cabeza, cubierto de un gorro griego, y sin contestar mi saludo, me preguntó: - Usted *nos* necesitaba? No, señor, le dije; sólo busco al señor D. Lucas.- Hoy *estamos* de correo y *tenemos* muchos qué hacer.- Es que el mismo señor D. Lucas fue el que me suplicó...- Bien, pues espérelo usted, y volvió a su tarea con una calma envidiable.

Después de algunos instantes, entró D. Lucas por la puerta que daba a las habitaciones interiores, acompañado de un sujeto a quien al parecer trataba con mucha deferencia. Era D. Lucas un hombre que se aproximaba a los 50 años, alto, seco, y encorvado, de tez amarillenta, y de una fisonomía muy poco más despierta que la de su caja de fierro. Llevaba ordinariamente pantalones de hilo color de plomo, chaqueta blanca y zapatos amarillos.

La persona que le acompañaba era un joven de 25 a 30 años; de elevada estatura y de hombros desmesuradamente anchos. El color de su rostro demasiado encendido, tanto a causa de los rayos del sol

de su pueblo como de su salud de buey, daba a su persona cierto aire arisco y montaraz, y se admiraba uno de encontrar sobre aquellos hombros tan robustos y debajo de aquella cabeza tan colorada, una casaca en vez de un *bayetón*. Estaba vestido a la última moda. Sus pantalones y su casaca conservaban intacto el brillo que habían sacado del taller de Sanín. Sin embargo, al menor movimiento que hacía, el cuello rebelde de su camisa se escurría por debajo de su corbata, y su falda, más rebelde todavía, se asomaba por entre el chaleco y el pantalón, formando un bucle circular alrededor de su cintura. Sus pies, de una dimensión fabulosa, estaban sometidos a una rigurosa clausura de unas botas de charol, en donde comprimidos pugnaban por recuperar su antigua independencia. Para concluir el bosquejo de este personaje añadiré: Que era hacendado de un pueblo cercano a Medellín, futuro heredero de una fortuna enorme, diputado a la Legislatura, pretendiente de Rosa y llamado Braulio.

Don Lucas se despidió de Braulio con una amabilidad y una cortesanía de que no había ejemplo en los anales del almacén: lo cual me indujo a creer que las pretensiones de Braulio podrían ser mejor acogidas que las de Felipe. Esto por parte de D. Lucas, pues por lo que hace a Rosa, bien convencido estaba yo del cariño que a Felipe profesaba y del comprometimiento que mediaba entre los dos. Y además. No podía suponerse que Felipe, joven elegante, honrado y de talento, fuera desechado, para aceptar en su lugar a un pretendiente tan mal redactado como Braulio, cuyo olor a helecho se percibía a dos cuerdas de distancia. Pero ¿quién sabe? Me decía yo: todo puede pasar... las mujeres...!

Don Lucas se me acercó y sin más rodeos me dijo: ¡Qué tal amigo! Lo necesitaba para consultarle a usted un negocio.- Sí, señor, me tiene usted a su disposición.- Dígame usted. ¿Usted conoce a un joven de Bogotá... Felipe...?- ¿Felipe? Sí señor, es íntimo amigo mío y vive actualmente en mi casa.- Sí bien: pero dígame usted, ¿qué clase de hombre es Felipe? Hay preguntas tan claras que no es fácil comprenderlas, así es que tartamudeando contesté: Pues Felipe es un joven de Bogotá... muy amigo mío... y que vive conmigo...- Muy bien, muy bien; pero dígame usted: ¿qué tal en materia de honradez? ¿qué tal de fortuna? ¿qué tal esto de manejar intereses...? Y siguió haciéndome un larguísimo interrogatorio, pero de tal naturaleza, que a veces se me figuraba que Felipe lo que había propuesto a D. Lucas era que le fiara alguna suma o le admitiera como dependiente; pues no trataba de encontrar en mi amigo las cualidades que pudieran hacerle buen esposo, sino que las que le hicieran a propósito para administrador de bienes. Yo hube de contestar lo mejor que me fue posible a las multiplicadas preguntas de D. Lucas; pero de mis respuestas, a pesar de mi buena voluntad, debió deducirse, que si era Felipe excelente para esposo, no lo era tanto para mayordomo. Así fue que con un tono marcado de lástima, siguió el padre de Rosa. —Con que

dice usted que el tal Felipe es un literato... un poeta... que hace versos? –No, señor, no hace versos: sabe hacerlos, lo cual ya ve usted que no es lo mismo. –¿Con qué es hombre entregado a los libros? –Sí señor, es un hombre entregado a su profesión de abogado, en la que indudablemente lucirá mucho. –Mire usted agregó Don Lucas, bajando un tanto la voz; desengáñese usted, esos hombres entregados al estudio no sirven para nada, ¿entiende usted? para nada. Serían incapaces de manejar doscientos pesos, si por casualidad pudieran ganarlos. Yo le hablo a usted con toda franqueza: su amigo de usted, pretende la mano de mi hija; pero hoy mismo la ha pedido también en matrimonio un joven estimabilísimo, el mismo que usted vio salir de aquí hace poco, es hijo de un amigo mío, y yo atendiendo a sus muchas cualidades y sobre todo a la inclinación de Rosa, seguramente no podré rehusar... ya ve usted, un padre...!

Convencido yo de la inutilidad de insistir en un asunto tan delicado, y persuadido de la falsa posición en que me hallaba colocado, me apresuré a despedirme de D. Lucas.

Nada me dijo Felipe de la contestación que tuviera su carta, y yo por mi parte me guardé bien de hablarle sobre este negocio; pero pocos días después, y cuando ya era público el matrimonio de Rosa y Braulio, me anunció que ya terminado su pleito por medio de una transacción, le era forzoso volver a Bogotá.

El día de su marcha resolví acompañar a mi amigo hasta el alto de Santa- Helena. En todo el camino no nos dirigimos ni una sola palabra. Llegados a la casa de Baéñas, y mientras preparaban el almuerzo, salimos al corredor que queda al frente del pintoresco valle. La escena que teníamos a la vista era la misma de otro tiempo, sólo los actores habían variado. Felipe sacó silenciosamente un lápiz de su cartera y empezó a escribir en la pared.

*De una ciudad, el cielo cristalino
Brilla azul como el ala de un querube,
Y de su suelo cual jardín divino
Hasta los cielos el aroma sube;
Sobre este suelo no se ve un espino,
Bajo este cielo no se ve una nube...
...Y en esta tierra encantadora habita...
La raza infame, de su Dios maldita.*

Raza de mercaderes que especula

*Con todo y sobre todo. Raza impía,
Por cuyas venas sin calor circula
La sangre vil de la nación judía;
Y pesos sobre pesos acumula
El precio del honor, su mercancía,
Y como sólo al interés de atiende,
Todo se compra allí, todo se vende.*

*Allí la esposa esclava del esposo
Ni amor recibe ni placer disfruta,
Y sujeta a su padre codicioso
La hija inocente...*

¡Está servido el almuerzo! Dijo en esto Genóveva, interrumpiendo a mi amigo, con gran disgusto mío, que por encima de su hombro iba leyendo a medida que él escribía, y que deseaba mucho la conclusión de la octava que dejó empezada, para ver si podía descubrir a qué ciudad trataba duramente. No pudiendo averiguarlo, dije para mí: seguramente habla de Bogotá.

RELATOS DEL TIEMPO DE BERRIO

UN BAILE CON CARRERA

Por: *Ricardo Restrepo*

Hace algunos días me encontraba yo, un domingo por la mañana, sentado al frente de mi escritorio, revolviendo inútilmente mi memoria para ver si hallaba algo qué contestar a las incesantes preguntas que me hacía un pliego de papel blanco extendido sobre la mesa. Cansado de registrar sin provecho hasta los más

recónditos rincones de mi imaginación, iba ya a archivar el importuno papel cuando observé que la cocinera de casa se había parado en la puerta de mi cuarto. En su aire tímido y en la sonrisa de irresolución que vagaba por su rostro, conocí que tenía algo que decirme, y queriendo evitar sus rodeos, le dije para animarla:

- Hola ña Fulgencia! Usted por aquí? Parece que alguna cosa se le ofrece, y si yo puedo servirle téngala por conseguida.

- Pues es niño, que yo vengo a pedirle un favor; pero usted tal vez no me lo hace, contesto la cocinera agachando la cabeza y arañando la pared a la cual se había recostado.

- Y qué favor será ese? Sepamos a ver, ña Fulgencia.

- Pues es que esta noche vamos a hacer una cenita y a bailar un poquito, y nosotros querríamos que usted nos honrara la casita asomándose por allá aunque sea un rato.

- Vamos ña Fulgencia! Conque lo que usted me pide es que vaya a divertirme esta noche! Pues acepto con mil amores. Y ¿dónde es el baile?

- Allá en Guanteros en la casita de nosotras. Todos los convidados son personas muy decentes y no hay que temer ningún *bochinche*.

- Está bien, ña Fulgencia. Le agradezco la invitación, y cuente usted conmigo.

Teniendo ya un baile y una cena en perspectiva, tomé el pliego de papel y lo guardé, esperando que los acontecimientos de la noche me suministraran algo que contarle.

Quando fueron la ocho de la noche me puse a reflexionar sobre lo que debía hacer. Yo no había estado nunca en reuniones de esa clase, y por lo mismo tenía deseos de asistir a la que ahora se me presentaba, movido por el aliciente que lo desconocido tiene para todas las imaginaciones.

Yo no temía que en aquella diversión hubiera peligro alguno, pues si pudiera haberlo la cocinera de casa no me habría convidado. Así, pues no vacilé en mi resolución y comencé a vestirme.

Dudaba yo si debía ir de ruana o de levita; pero temiendo que la primera se considerara como un desprecio, escogí la última, la cual acompañé de pantalón y chalecos blancos. Así ataviado me encaminé a la casa del baile, la cual está situada en una de las calles más desiertas e ignoradas del barrio Guanteros.

Cuando llegué acababan de bailar una pieza, lo cual se conocía por el movimiento y el ruido de trajes que se oía en la sala. Empujé la puerta de la calle, y como la casa no tenía zaguán ni cosa parecida, me encontré inmediatamente en la sala.

Con el ruido que hice al abrir la puerta todos los ojos se clavaron en mí, los unos con sorpresa, los otros con enojo. Saludé a las personas que estaban cerca, dándoles las buenas noches; pero la mayor parte permanecieron en silencio y las demás me contestaron con tono apenas perceptible.

- Malo! dije yo para mis adentros al ver el recibimiento que se me hacía.

Pero ya estaba en la sala, no podía salir sin siquiera decir a qué había ido, y esperando que se presentaran ña Fulgencia o alguna persona conocida, me puse a observar para saber en dónde y con quiénes me hallaba.

La sala en que nos encontrábamos era una pieza bastante pequeña y sólo tenía dos puertas: la una era la de la calle, por donde yo había entrado, y la otra, que estaba al frente, probablemente conducía a la cocina o a las habitaciones que servían de dormitorio.

El bello sexo estaba representado en el baile por seis u ocho **ñapangas**, ostentosamente tratando de imitar a las modas reinante entre las señoras y, a imitación también de algunas de éstas, superabundantemente untada la cara con una espesa capa de yeso y **bolo**.

Los personajes pertenecientes al sexo feo eran tres o cuatro artesanos de fisonomía simpática y pacífica, y uno de aspecto grave y belicoso, que sentado al lado de la **ñapanga** más hermosa, hablaba con tono solemne y mesurado y con la suficiencia de un orador cuyas palabras son oráculos. Finalmente, como

el personaje más conspicuo, como la figura culminante del baile, un cachaco, bien vestido y acicalado, paseaba su satisfecha persona de un extremo a otro de la sala, acariciándose las patillas y mirándolos a todos con aire de protección.

Cuando el artesano orador y el cachaco conquistador observaron mi presencia, ambos me clavaron los ojos con una fijeza que me dio en qué pensar. El artesano se volvió luego a sus compañeros y comenzó a hablarles mirándome de reojo: evidentemente se trataba de mí. En cuanto al Adonis de las patillas, me miró un rato, se sonrió sardónicamente, y luego me volvió la espalda con el aire más despreciativo del mundo.

- Bonito estamos! continué yo diciendo para mi coletito. Mucho me divertiría yo aquí si me quedara!

Y me dirigí a la puerta de la calle; pero en el momento de abrirla, un golpecito que sentí en mi hombro me hizo volver la cara y me encontré con la regocijada figura de Gervasio Parra.

- Hola chico! Me gritó: cuánto celebros verte aquí. Se conoce que tú eres hombre de buen gusto cuando vienes a estas **tagarnias**. No sabes cuanto vamos a divertirnos!

- Hombre! Pensaba irme porque me parece que mi presencia aquí tiene aquí pocas simpatías; pero ya que te encuentro, me quedo.

- Sí, si hombre! Por supuesto!

Antes de pasar adelante es precisos decir cuatro palabras sobre el nuevo actor que se presenta.

Parra pertenece a una honrada familia que, a pesar de su pobreza, ocupa una buena posición social. Aprendió en la escuela a leer, escribir y contar inmediatamente, y luego se fue a una oficina pública en donde por rigurosa escala ha subido desde aspirante a meritorio hasta oficial de a veinte pesos, de ley por supuesto, Hombre de buen humor inagotable, es una especie de cosmopolita i anfibio social: Alternativamente cachaco y artesano, lleva con tanto desembarazo la ruana como al levita, trata a todo el mundo de igual a igual y tutea a todo aquél a quien habla por segunda vez, si desde la primera no lo ha hecho. Es, en suma, el hombre más feliz de esta tierra, y aunque sin intención ni conocimiento, el más perfecto modelo del republicano.

- Camina pues. Ven yo te hago conocido con toda esta gente, me dijo Parra cogiéndome de un brazo y tratando de llevarme a media sala.

- Aguarda hombre! Vamos poco a poco. Como yo nunca he estado en estas reuniones, es preciso que me orientes un poco y me digas qué clase de gente es ésta y como debe uno tratarla.

- Pues bien mira! Todas estas damas son honradas criadas que, sabiendo que esta noche había baile, han dejado las casas que servían, con el pretexto que tenían una tía enferma o cualquier otro semejante. Es muy fácil que alguna de ellas haya estado en tu casa; pero no debes darte por entendido, sino que debes tratarlas a todas de *señorita* y de *hágame el favor*, y es conveniente que le prodigues el mayor número de cortesías que te sea posible. De esta manera te granjearás sus simpatías y te convidarán a cuanta función pongan. No vayas a creer que aquí se baila *guabina o bunde*. Nada de eso! Todas estas damas bailan polka, wals, o strauss, y te aseguro que lo hacen tan bien como cualquier señorita de alto tono.

- Está bien pero pasemos a los hombres. ¿Quién es aquel chaleco que parece tan satisfecho de su persona y que de cuando en cuando me mira y se sonrío atusándose los bigotes?

- Ah, hombre! Ese es un sujeto curioso que conviene tengas presente. Es Quintero, el celeberrimo Quintero. Es un muchacho de una familia pobre y humilde y que sin embargo anda siempre bien vestido y con algunas monedas en el bolsillo, aunque no se le ve oficio ni beneficio ninguno. Cuando le preguntan de dónde saca dinero, dice que se ha encontrado una mina, y yo tengo para mí que la tal mina, es la explotación y desplumamiento de uno que otro barbilampiño que se le atraviesa. Quintero no pertenece al gremio de artesanos, pues aunque en apariencia los acata, interiormente los desprecia y se considera como muy superior a ellos. Tampoco pertenece a la clase de los cachacos, pues los aborrece de muerte y trata siempre de buscarles camorra. Su manía constante es decir que esta sociedad trata a sus hijos como feroz madrastra, que aquí se desconoce el mérito, y que se estima a cada uno por su dinero y no por sus prendas morales. Yo no sé si eso será cierto; pero si fuéramos a premiar a cada cual por sus méritos de seguro que el bueno de Quintero no recogería muchos votos en su favor. Y sin embargo, ahí donde ves ese personaje que parece tan huraño es el sujeto más manual del mundo. De seguro que él tiene prevención contra ti, que pasas por hombre de plata, como él dice: pero si quieres echártelo al bolsillo, saludalo con amabilidad en

donde lo encuentres, ofrécele trago en el teatro o acéptalo cuando te lo ofrezca, y así puedes contar con él como tu mejor amigo.

- Te agradezco los consejos y ahora me vas a presentar a él. Pero ¿quién es aquel artesano que está sentado al lado de aquella ñapanga bonita, y que desde que estoy aquí no ha cesado de mirarme con malos ojos?

- Ese es un sujeto que debes estudiar, porque es el curioso tipo de una clase que, aunque poco común en nuestra sociedad, no deja tener algunos representantes. El maestro Hilario es un sastre que goza de una merecida reputación como hombre honrado, y que tiene talento natural, aunque muy mal dirigido desgraciadamente. Deseando instruirse, ha buscado alimento para su espíritu en las novelas socialistas de Eugenio Sue y compañía, y no pierde ocasión de leer cuanto se publica con tendencias a rebajar a los ricos, a quienes él llama ladrones, sin excepción o a adular a la clase obrera. De este modo el maestro Hilario se ha formado en su cabeza un mundo imaginario para nosotros, aunque real para otras sociedades. Es hombre que habla muy serio del pauperismo y de protección a las industrias nacionales; que reniega contra la tiranía del capital, y no desespera de la emancipación de los proletarios y del engrandecimiento de la oprimida clase de artesanos. En una palabra, el Maestro Hilario es un socialista con sus puntas de comunista, como dicen ustedes los que han estado en el Colegio. Desde ahora te digo que se trata de ganar sus simpatías pierdes tu tiempo, pues él aborrece de muerte a los cachacos. Es de aquellos artesanos que, si uno no los saluda, *se la juran* por orgulloso, y si trata de saludarlos, desvían la cara por el tonto placer de hacerse los desdeñones o despreciativos o de pasar por víctimas. Así, pues, si él te habla, lo que seguramente no hará, conténtate con contestarle y trata de no enredarte con él.

En cuanto a los demás artesanos que miras aquí, continuó Parra después de una breve pausa, nada tengo que decirte. Son el tipo común de la generalidad de nuestros artesanos, industriosos, atentos, deseosos de instruirse, y enemigos de toda cuestión política y de vanas discusiones, en las que la experiencia les ha enseñado que nada tienen que ganar y sí mucho que perder.

Orientado ya acerca del modo como debía de conducirme, perdí la timidez que me había hecho permanecer aislado. Conducido por Parra nada tenía que temer, pues él, veterano en asuntos de *tagarnias* y conocedor de todos sus misterios, me enseñaría el arte de ganarme la buena voluntad de aquella comunidad.

La primera operación de Parra fue presentarme a Quintero. Este truhán, a quien yo había encontrado varias veces en la calle y a quien nunca había saludado, me recibió con un aire amenazador, como esperando a ver de qué manera me conducía con él. Yo, que estaba preparado, traté de ser lo más amable posible y le dirigí algunas palabras halagüeñas. Inmediatamente cambió de tono: puso a mi disposición su persona y todas sus habitaciones, y quedamos tan amigos como si nos hubiéramos conocido desde la infancia.

Una hora después estaba yo en el apogeo de la popularidad, merced a la intervención de Parra y Quintero. Sólo el impenetrable maestro Hilario me hacía oposición y continuaba mirándome con malos ojos.

Sin embargo, conociendo yo cuán fácil es en un país republicano “pasar del solio a la barra del Senado”, no me dejé cegar por el aura popular. Y cierto que hice bien, pues pronto comenzaron a lloverme calamidades.

Serían como las doce de la noche cuando ña Fulgencia fue a preguntarnos si sería ya hora de cenar. Oyendo nuestra afirmativa, salió con algunos hombres y luego comenzaron a traer mesas que colocaron en el centro de la sala. Sobre ellas pusieron algunos dulces, muchas botellas, y una enorme cantidad de platos y bandejas, que probablemente habían conseguido a título de préstamo en todas las vecindades.

Cuando la mesa estuvo servida, cada danzante se apresuró a dar el brazo a una de las damas presente. Púseme a pensar cuál sería la que yo debía elegir; pero cuando terminé mis meditaciones ya la elección era inútil, pues sólo habían quedado sentados los manes de una vieja, que probablemente era señorita, pues así lo revelaban los muchos remilgos que hacía, la escandalosa crinolina en que se había metido y la formidable capa de estuco con que había cubierto su casi calavera. Ya no había más remedio! Acérqueme valerosamente, y con muchas cortesías supliqué a la terrible arpía que se dignara aceptar mi brazo. Hízolo así la vieja con una majestad digna de mejor causa, y nos acercamos triunfalmente a la cabecera de la mesa que, como lugar más prominente, me había sido designado.

Cuando yo me sentaba oí al maestro Hilario que decía a sus vecinos:

- Estos cachacos del diablo se meten siempre donde nadie los llama. Pero llegará el día en que el pueblo altivo conozca sus derechos, y entonces los ricos ladrones nos pagarán las verdes y las maduras.

Iba yo a contestarle al maestro que a mí me habían convidado, cuando un violento empujón dado a la puerta nos hizo sobresaltar, y todos volvimos los ojos. Inmediatamente entraron cuatro o cinco hombres, todos de bayetón y sombrero de *pedrada*, rostros huraños, ojos inyectados de sangre, el pelo cayendo en mechones desgredados sobre la frente, y llevando en la mano gigantescos garrotes que jactanciosamente hacían resonar contra las puertas y muebles. El horrible tufo que despedían manifestaba bien que cada uno de ellos estaba de sustituto de un tonel, y que su legítimo domicilio debía ser el estanco de licores destilados.

La aparición de aquellas siniestras figuras produjo entre todos el efecto de un rayo. Todos nos quedamos en silencio y cada cual comenzó a lanzar miradas afanosas buscando el lugar donde la fuga pudiera efectuarse. El que tenía una figura más *matroz* se acercó a la mesa, mientras los demás se hacían a las dos únicas puertas de la sala o se colocaban cerca de las pocas velas que la alumbraran. Entonces el primero, después de examinar a los concurrentes con una mirada turbia y estúpida, dijo con voz aguardientosa:

- Buenas noches, mis caballeros. Yo también vengo a divertirme.

- Hola, mi amigo Ponzaña! Exclamó entonces alegremente el hasta ahí taciturno y majestuoso maestro Hilario. ¡Cuánto me alegro de que un verdadero hijo del pueblo, como tú, venga a nuestras diversiones!

Y poniéndose en pie fue a dar la mano al satánico Ponzaña.

Mientras ellos cruzaban en voz muy baja algunas palabras, pregunté yo a Parra:

- Quién es esta gente?

- Son los sujetos más malos de esta tierra, me dijo. El tal Ponzaña es un carnicero que no puede pasar ocho días sin pelear, y de seguro vienen a *ponerla* con nosotros, pues la levita les hace bailar el garrote. El único modo de escapar es ver si podemos ganarlos, y como probablemente te considerarán como jefe, es preciso que trates de ponerlos de tu parte ofreciéndoles trago. Ponzaña se llama el maestro Menalco.

Ya para entonces los dos maestros habían acabado de hablar, y Ponzaña, clavándome los ojos de una manera capaz de hacer dar vahido, me preguntó:

- Hola! y este cachaco quién es?

- Un servidor de usted, maestro Menalco, que desea que ustedes se divirtieran aquí con nosotros. Y para festejar nuestro conocimiento espero que usted y sus compañeros nos acompañarán a tomar un trago a su salud.

- Muchas gracias caballeros, contestó Ponzofña acercándoseme. Yo no necesito que ningún pepito *caripelao* me dé trago. Yo tengo plata, mire usted.

Y metiendo la mano en el bolsillo, arrojó sobre la mesa un real y una navaja descomunal.

- Cómo es esto? Saltó Quintero que las echaba de jaque. ¿Vienen ustedes aquí a insultarnos?

- Ello no! don... don como se llama, dijo Ponzofña con un tono fingidamente humilde. Yo lo que quiero es encender este tabaco para irme.

Y sacando un cigarro se acercó a una vela e hizo como si fuera a encenderlo. Inmediatamente se apagaron las velas, y en medio de la profunda oscuridad se oyó el ruido amenazador de los garrotes que se levantaban. Entonces la confusión fue horrible: las mujeres corrían desatentadas de un lado para otro dando medrosos aullidos y pidiendo socorro; los platos volaban a estrellarse contra las paredes, impulsados por los poderosos garrotes, y en medio del tumulto se oía la voz de Ponzofña que, cual otro Bozzaris, animaba a los suyos gritándoles:

- Arriba muchachos! Cuiden las puertas para que nadie se escape, y palo con el cachaco.

Parra que probablemente era entendido también en achaque de garrotazos, me cogió de un brazo y me hizo meter debajo de la mesa, sobre la cual llovían tremendos golpes que me buscaban, pues los invasores habían resuelto que yo fuera la víctima expiatoria. Mientras tanto el maestro Hilario se había hecho a una puerta y gritaba entusiasmado:

- Arriba, pueblo valeroso! Arriba, oprimidos proletarios! Abajo la aristocracia del dinero, y palo con el cachaco!

Apurada estaba haciéndose mi situación, pues ya los garrotes empezaban a zumbar debajo de la mesa, cuando Quintero, que se había armado con un taburete, vio un poco de luz por la puerta que daba al interior, y, guiándose por ella, asestó al maestro Hilario tan rudo taburetazo, que lo trajo mal parado o más bien mal caído al suelo. Al ver la puerta entreabierta todos los aporreados de adentro trataron de salir, y yo, deslizándome y ocultándome entre una docena de crinolinas, logré pasar al corredor, sin más aumento que de dos chichones en la cabeza y sin más disminución que la de mi levita, que dejó las faldas como trofeo de los vencedores. La noche estaba oscura como la boca del lobo, y llovía a cántaros. Como yo no conocía la topografía del lugar, me lancé a la primera dirección que se me presentó, y resbalándome en el lodo del patio, caí y me empantané de la cabeza a los pies, dejando el sombrero y un botín en la caída. Logré levantarme, y para huir de los garrotes que ya me parecía me estaban midiendo las costillas, me entré por la primera puerta que encontré. Aquella puerta daba a la cocina, en donde algunas mujeres fugitivas se habían asilado, y tomándome por uno de los atacantes comenzaron a gritar:

- Socorro! Socorro! que nos asesinan!

Ya no era tiempo de andar con cumplimientos, y yo, olvidando las recomendaciones de Parra y el tratamiento de *señoritas*, les dije:

- Patronas, por todos los diablos, callen la boca que yo también ando fugitivo.

- Pero ellas no me atendían y seguían gritando desaforadamente:

- Socorro por Dios! Socorro, que nos asesinan!

Temiendo que aquellos gritos pudieran atraer a mis perseguidores, salí de la cocina, y observando que había una tapia medio arruinada, me puse a escalarla valerosamente. Había yo logrado llegar a la cima cuando los garroteros me distinguieron por los pantalones blancos en medio de la oscuridad, y se me vinieron encima gritando:

- Al cachaco, que se nos va ¡Atajen, atajen!

No teniendo como para bajar con maña, me incorporé para tomar vuelo y saltar en medio de la lluvia de piedras y palos que me lanzaban, pero mi esfuerzo fue enteramente inoficioso: un garrote, vigorosamente lanzado, me comunicó tal impulso, que sin quererlo di el salto más estupendo de que tenga noticia. Si lo hubiera dado voluntariamente y en pleno día, mi reputación como gimnástico no tendría rival en el mundo.

No bien había caído, todo magullado y llenos de contusiones, cuando dos enormes mastines se abalanzaron sobre mí con unos aullidos que claramente revelaban intenciones hostiles. Felizmente la sabia y previsora Naturaleza ha puesto siempre al lado del mal, y encontrando yo a mano el garrote que me había hecho volar, pude libertarme de mis caninos verdugos, más no sin dejar entre sus dientes algunas tiras de mis pantalones. En fin, después de saltar media docena de tapias y de sostener combate con todos los perros del barrio, logré llegar a la calle, en donde di gracias a Dios de haber salido con vida.

Cuando llegué a casa y me contemplé detenidamente, no puede menos que reírme de mi estrambótica figura. El pantalón y el chaleco blancos, que en mala hora se me ocurrió ponerme, estaban tan embarrados que no parecían sino ropa de peón cargador de tierra; el sombrero y un botín habían desaparecido; la levita se hallaba convertida en chaqueta, por la falta de las faldas, y estaba a punto de dividirse en dos porciones por un ancho descosido que le llegaba hasta el cuello. Las manos y la cara las tenía despedazadas por las ramas y piedras de que había tenido que prenderme en la subida y bajadas de tapias, y la columna vertebral me dolía como si la tuviera desencajada.

Al otro día supe que del baile habían resultado seis heridos, que mi nombre se daba como el de uno de los agresores, y que probablemente sería llamado por el juez del crimen a responder por el delito de ataque a las personas y a las cosas con escalamiento y en cuadrilla de malhechores. Mientras se sigue el juicio, y para lo futuro, hago juramento solemne de no volver a bailes en que sean necesarios la agilidad en la carrera y profundos conocimientos en gimnástica.

Medellín, 3 de agosto de 1870.

LOS ENTREACTOS DE LUCIA

Por: *Juan José Molina*

I

Se representaba por primera vez la Lucia de Lamermoor, en esta ciudad, en la noche del 23 de abril de 1865.

Acabado el primer acto, y descendiendo yo del cielo de la armonía, de donde me venían aún como un eco misterioso las dulcísimas cadencias y la suave melodía del regnava nel silencio y los patéticos murmurios de los esponsales de Edgardo y Lucía, se me acercó un amigo que me trataba con afable familiaridad y después de hablarme con entusiasmo de Assunta, de Enrico (el malogrado Enrico!) y del inmortal Donezetti, quiso sacarme de mi honda preocupación desplegando todo el lujo de su inimitable agudeza y de su galano decir.

Ese amigo a quien llamaré Emilio, y que es bien conocido entre nosotros, está dotado de la fabulosa facultad de vibración y posee un espíritu infatigable, pronto siempre a la réplica respondiendo a cada incidente de la vida pública o a cada episodio de la vida literaria con una página, una línea o una palabra; pero se entiende que es la palabra justa, la línea picante o la página verdadera, siendo su talento más seductor cuanto que se anima en movilidad con todos los colores de la fantasía. Decir otro rasgo más sería señalarlo con su nombre y apellido.

Emilio, decía, quiso arrancarme del éxtasis en que me hallaba y volverme al diapasón normal con suaves y delicadas transiciones.

Y he usado la palabra éxtasis, de significación elevada, porque expresa perfectamente bien mi pensamiento.

Era la primera vez que yo, músico aficionadísimo, veía y oía una ópera, esa opera era Lucía y se encarnaba en Assunta Mazetti.

Desenvolveré mejor mi pensamiento.

Assunta no sería tal vez una artista consumada, pero a mí me parecía que lo era en esa noche de inefables recuerdos; yo creía al igual que a la Malibran o a la Grisi, que apenas conocía por la fama y que no me era dado a calificar de una manera conveniente. A Assunta faltaría mucho seguramente por lo que hace al fuego escénico, pero poseía una admirable vocalización, una voz fresca y argentina que desataba en cadenciosos trinos con una facilidad indescriptible.

Asistía a la representación de *Lucía*, es decir, de la obra maestra del más tierno e inspirado de los maestros italianos, y por último conocía yo lo que era ópera, la recopilación más hermosa del sentimiento musical que da vida y movimiento, luz y perfumes, gracia y donosura a las más bellas creaciones del poeta; la ópera, de la cual no me había formado antes una idea cabal, porque a esta ciudad, escondida entre abruptas montañas, no habían llegado otras melodías que las estruendosas de la naturaleza, cuya melopea, como la del canto gregoriano, se desarrolla en notas prolongadas y sonoras.

Emilio me sacudió el brazo y me dijo:

- Vaya! deje usted de ser artista por un momento, y sea hombre; o más bien sea artista en otro sentido, y mire las bellezas que se agrupan en los palcos como constelaciones en el cielo de la belleza ideal.

- Es verdad le contesté, se halla aquí lo más selecto de la sociedad medellinense y el espectáculo es hermoso.

- Ahora continuo Emilio, si usted quiere que yo lo refiera alguna historia palpitante, de esas que yo *invento*, es decir, descubro en mi calidad de antiguo cronista de periódico, no tiene más que escoger, dando una revista a los palcos que tenemos a nuestro frente.

Mas por condescendencia que por curiosidad, recorrí ligeramente la galería del medio, de un vistazo, y me detuve en el palco del señor Don N. en donde se hallaba una joven que me era completamente desconocida.

Era estrella de otro cielo, pero estrella de primera magnitud.

Era de una blancura sorprendente y que resaltaba del fondo oscuro de su traje, como resalta la nieve de los negros pedruscos del Soratá. Si yo hubiera sido poeta, hubiera comparado esa blancura a la piel de armiño, al plumón del cisne, al mármol de Paros o al lirio que entre abre su cáliz de plata al beso matinal.

- ¿Quién es esa joven, de blancura mate, que conversa actualmente con un anciano, en el palco de Don N.? pregunté yo.

- Allá lo aguardaba, me respondió, esa joven esta casada con ese anciano, y es un ave de paso, viene de Bogotá y seguirá para Popayán.

Hice un gesto de duda: no me parecía natural que ese anciano, que podría ser su padre, fuese su esposo.

- Es así como se lo digo, con el *ítem* que ella lo ama entrañablemente; mire usted esa dulce sonrisa le dirige en este momento.

Es esa una historia palpitante que tengo inédita y cuyo carácter conservaremos por ahora. Pero sentémonos que el entreacto será largo y ya volverá sobre las tablas la novia escocesa que ha robado su atención.

Nos sentamos, y yo procuré en vano, rechazar dos o tres motivos de la cavatina del primer acto, que mi memoria retenía aunque con vaga incertidumbre.

Pues señor (y la historia irá en compendio y sin apellidos, que es como si dijéramos el *non plus ultra* de la discreción de un cronista) había en Bogotá, en el puente de Lésmes, una casita de pobre apariencia y de un interior muy triste en donde residían dos jóvenes huérfanas, conocidas generalmente con el nombre de *las dos hermanas*. Habían perdido a su madre en la infancia y su padre poco tiempo después, en una de esas guerras fratricidas que ya no volverán, Dios mediante. La mayor se llamaba Clara y la otra Elvira, y era aquélla la que hacía las veces de madre y llevaba sobre sus hombros, como el peso de Atlante, la dirección y el cuidado del hogar.

Las niñas se sostenían a merced de una pensión alimenticia que el Gobierno les suministraba, y al constante trabajo que algunas buenas vecinas les conseguían.

Elvira era de constitución débil y enfermiza, por lo cual el rudo trabajo recaía sobre Clara, pero ambas llevaban una vida tranquila y serena hasta donde le permitían sus escasos recursos.

Clara era por ese tiempo una joven como la que tenemos a la vista y al estudio; blanca y pura como la luz de la reina de la noche; tenía largos cabellos rubios como el oro de las espigas, ojos azules tras los cuales se veía el azul de su alma, mejillas de rosa... y en fin, su espíritu se había pulido con la desgracia, como el diamante al fuerte roce de su propio polvo.

- Me supongo, le dije sonriendo, que usted no la conocería, y que ese boceto será de pura fantasía.

- Ese boceto es exacto, me replicó, aunque queda pálido ante el cuadro original, yo no conocí a Clara, pero sí conozco a su hija, que tenemos a la vista, y la semejanza de las dos ha sido sorprendente; dentro de poco me apoyaré en los hechos.

Continúo el relato. Merced de los recursos de que he hablado, Clara y Elvira podían llevar una vida sencilla, pero sin cuidados, y descansados felices sobre el porvenir, fiadas en la inocencia de su corazón y en la ignorancia de los peligros de la vida.

En el año de 1848, cuando Clara cumplía los quince años, y cuando ya se desarrolló en todo su esplendor su belleza virginal, causó ésta una impresión muy honda en dos jóvenes de distinta posición social y de encontrados caracteres.

Se llamaba el uno Ricardo y el otro Alejandro; éste era de la alta aristocracia, de vida relajada y no buscaba sino el placer consiguiéndolo con renombrada tenacidad; aquél era un modesto teniente del ejército de línea que estaba acuartelado en la ciudad, y era al contrario, sencillo, moderado y de sanas costumbres; sin afición a la carrera militar, había entrado de concripto por la provincia de Tunja y había adquirido sus grados a fuerza de sus merecimientos y de una conducta ejemplarísima; sus superiores le tenían un cariño entrañable y se hacía acreedor a él a despecho de sus gratuitos malquerientes.

Alejandro vio a Clara y se encendió en él una de esas pasiones ardientes que queman un corazón y tiznan las reputaciones más inmaculadas; Ricardo la vio con frecuencia y la amó en lo más callado de su alma y sin esperanza de retorno, conocerla y amarla fue para él lo que un rayo de sol para un paisaje de sol dormido en las tinieblas, a quién da vida y animación, luz y colores y despierta los callados ecos de las eternas armonías. Sería en vano pintar las mudas adoraciones y misterios inefables que llenaron su corazón a las primeras revelaciones del amor, basta decir que amaba por la primera vez y con esa intensidad y absoluta consagración de que sólo disponen los que no han entregado su juventud a las disipaciones miserables, escollos demasiados frecuentes en los cuarteles en donde la libertad de las maneras cambia de nombre y es la fuente de la más desvergonzada corrupción. El amaba ardientemente, porque las naturalezas castas son también las naturalezas apasionadas, puesto que la pasión crece cuando se la contiene, y en fin, porque está en la naturaleza humana que todo corazón se abra al sol de la vida, siquiera sea una sola vez, como toda planta reverdece o florece en el mes encantador consagrado a la Reina de los cielos.

Clara, lo diré una vez, no fue insensible al amor de Ricardo, y en vano luchó interiormente con ese sentimiento que se alzaba en su corazón para rivalizar con el amor a Elvira; en vano se ocultaba aquella alma a la sombra, como la violeta oculta su corola y derrama su perfume; llegó un día en que ese amor irradió sobre su semblante y brotó de su corazón como se abre la azucena a los rayos del sol de la mañana.

Y era imposible que no se amaran, puesto que mil circunstancias sociales los ponían en contacto y hacían notar la similitud de existencias, de caracteres y de virtudes que había entre ellos.

Una circunstancia precipitó los sucesos y permitió que los dos jóvenes se entendieran sin hablarse.

Alejandro, prevalido de su posición, y cansado de aguardar el resultado de otra maquinación que sus compañeros de placeres le ayudaron a formar se presentó en la casa de Clara cuando ésta se encontraba sola, encorvada bajo el rudo trabajo a que estaba sometida su existencia, y después de dirigirle algunos cumplimientos que formaban la moneda menuda de su gasto, dejó caer sobre ella una de esas miradas que tienen por objeto empañar la aureola de la inocencia y del pudor.

La sangre acudió a las mejillas de Clara, en reflejos de púrpura y sin poder articular palabra alguna se deslizó en llanto, Ricardo entraba en ese momento y comprendiendo lo que pasaba tuvo el valor bastante para contenerse intimidando al Lovelace saliese de esa casa, pues esa joven estaba, sino bajo la protección de la ley, bajo la égida del más puro y noble de los amores.

Alejandro se sonrió con desprecio, y salió a buscar a sus compañeros en solicitud de una pronta y enérgica venganza.

Ricardo se atrevió entonces a hablarle a Clara de los peligros de su situación y le ofreció con su mano toda la sangre de su cuerpo y todos los pensamientos de su alma.

Clara aceptó ese amor y esa mano y se pensó que el matrimonio debía celebrarse a la mayor brevedad posible.

Alejandro entretanto, prevalido de sus relaciones personales, obtuvo de la camarilla que regía secretamente los destinos de la República, fuera enviado Ricardo a una provincia lejana para asuntos del servicio militar; y a tiempo que él solicitaba sus licencias indefinidas o retiro de servicio, se le dijo que estaba en su honor no eludir el encargo que se le había confiado; en vano hizo conocer la causa de su petición, se le habló el honor y del deber y tuvo que resignarse a partir, despedazado el corazón.

No le quedó siquiera el recurso de acudir al Jefe que se había declarado su protector; este había sido removido de su encargo por sus opiniones políticas, de manera que de rechazo vino a sufrir Ricardo por ese suceso que hiciera tanto ruido en la República: todo se liga en este mundo, la caída de los palacios arrastra consigo los nidos de las golondrinas.

El piano de Pietro se hizo oír en ese momento y los músicos corrieron a sus puestos; volvimos cara al escenario y el telón se levantó. Volvimos a Lucía!

II

¡Cómo describir las dulces emociones y los encantadores arrobamientos que me produjeran las melífluas melodías y las piezas concertantes de que está lleno el segundo acto de *Lucía*! ¡Con qué lenguaje pudiera expresarse dignamente los movimientos de alegría, de pesar, de temor, y de honda tristeza en que oscilaba mi alma, en escalas cromáticas, y al unísono de la magnífica partitura de Donizetti!

No seré yo ciertamente quien pueda expresar un juicio acertado sobre esa obra tan acabada, más juzgándola con el corazón no puedo menos que ratificar las opiniones del ilustre Scudo.

“*Lucía*, dice, es sin disputa la obra maestra de Donizetti; es la partitura mejor concebida y mejor escrita que nos ha dejado; aquella en que hay más unidad y que encierra las más felices inspiraciones de su corazón. Cada uno de sus trozos es encantador y perfectamente adecuado a la situación...”

Todavía, a pesar del tiempo transcurrido, resuenan en mi alma todos los gritos del duelo, de reconvencción, de estupor y de locura recogidos en su quinteto admirable, aún distingo, por encima de todas las voces armoniosas, la de Assunta, que se levaba en cadencias adorables y se destacaba como la luna entre los astros de la noche, como la palmera entre los abrojos del desierto; todavía tiemblo de terror cuando recuerdo el *maledetto sia l'istante* que Edgardo... que Rossi dejaba caer con la más estridente de las amenazas que haya lanzado de un amante engañado, desde Atlante hasta Ethelwood.

Assunta, bello pájaro del paraíso, cuyo gorjeo igualaba su plumaje, sin llegar aún a la escena de la locura era su fuerte, desataba notas de una flexibilidad adorable y esparcía su perfume de gracia y juventud que encantaba todos los corazones. La orquesta, por su parte, repetía en sordina, los acentos apasionados de Edgardo y de Lucía y aún la ronca voz del implacable Asthon.

Vueltos al mundo de la realidad Emilio y yo, después de cambiar nuestras notas de admiración, que vibraban aún, en recuerdo de las inefables armonías, como vibra largo tiempo la hoja de cobre sacudida por el martillo, continuamos nuestra conversación del primer entreacto.

- Habíamos llegado al *brutum fulmen* elaborado por Alejandro, le dije:

- Es verdad, me contestó, esa tempestad que se había descargado sobre Ricardo no le prometía días felices, y por lo que hace a Clara, innecesario sería decir que su corazón vino a sufrir de rechazo la más acerba de las penas.

Su situación vino a ser más angustiada y difícil que antes; Elvira perdía gradualmente su salud desarrollándose en ella una terrible enfermedad del corazón; la módica renta que el gobierno, les pagara fue reducida, por la penuria del Tesoro Público, a proporciones tan insignificantes que ya no podía servirles de recurso alguno.

Lo que sucedió después no sé como explicarlo, tal vez se considerará absurdo, por no desarrollar largamente una tesis psicológica y social que a ese desenlace se refiere.

Pasaron los meses y los años sin que se obtuviera la menor noticia de Ricardo, a pesar de la solemne promesa que hiciera de escribir semanalmente por los correos nacionales, y de regresar apenas cumpliera debidamente su comisión. Alejandro que maniobra secretamente, del modo que ya hemos indicado, consiguió hacer desaparecer toda la correspondencia de su rival, e hizo correr la fingida noticia de su matrimonio con una payanesa, y del consiguiente olvido de sus sagrados compromisos.

Gastó con Clara, por otra parte, la conducta más digna y más cumplida, la visitaba de tiempo en tiempo y con las consideraciones más delicadas, suministrándole de una manera velada algunos recursos, mediante las labores que hiciera ejecutar por ella.

Mas, llegó un día, en que el médico ordenara para Elvira el cambio de clima y la sujeción a un régimen costoso en demasía. Hasta allí no había ahorrado Clara ni trabajo, ni vigilia, ni privaciones, ni sacrificio de sus

propias joyas, recuerdos de su santa madre; mujer por la debilidad, era a la vez hermana y madre por el amor entrañable que tuviera a Elvira; pero no pudiendo hacer más, se retorció en mudas desesperaciones y le parecía que una voz secreta le gritaba al oído, que en sus facultades estaba salvar a su hermana aunque ella pereciera en el deshonor.

¡Pobreza, cuántos corazones has destrozado, cuántas almas has segado en la flor de tu despiadada guadaña! ¡Diosa sombría, eres a veces el soplo y la mensajera de la muerte!

En fin, amante despechada y hermana abnegada hasta el sacrificio, llegó para ella una hora de duelo, una hora atea, como dijo Shakespeare, en que doblegaba bajo la inmensa pesadumbre de su azarosa situación cedió al seductor Alejandro que espiaba ¡hombre sin corazón! ese momento cruel, y sin duda su ángel tutelar debió cubrirse de dolor y pena ante el sacrificio de esa pobre y desamparada mujer.

Ya ve usted que no la disculpo, apenas señalo las circunstancias atenuantes, separándome, y con mucho, de las extrañas teorías de Sue y Dumas hijo, acerca de la mujer que cae conservando la virginidad de su corazón. Apenas podré decir con Gregorio, interpretando a Víctor Hugo:

“¡Oh! No insultéis a la mujer que cae
No sabemos que peso le agobió...”

Para mayor desgracia el sacrificio fue infructuoso, Elvira se postró más y más, y antes de que fuera posible hacerla cambiar de clima rindió su vida, dejando a Clara sumida en la más atroz desgracia.

La alegría, ese dulce sol de vida, desapareció de esa pobre casa para siempre. Clara renunció al amor tirano de Alejandro y ya no quiso sino morir; pero pasaron los días y tuvo que resignarse a los duros combates de la vida porque conoció que iba a ser madre sin haber sido esposa!

Lágrimas, penas, sufrimiento, mudas agonías... eso es el cortejo que dejan en pos de sí esos jóvenes sin corazón y sin honor que se entregan maniatados al terrible tirano de los sentidos y buscan el placer como la suprema ley de la existencia.

Nunca será la sociedad demasiado severa para con ellos, ni las leyes suficientemente previsoras para contenerlos.

Esto que fue referido pasaba en el año 1851, en lo más crudo de la emergencia política de esa época azarosa. Para no salvar los límites del entreacto llegaré, sin transición al año de 1854.

Es conocida generalmente la guerra que entonces incendiara la República. Un soldado oscuro, aunque muy atrevido, quiso hacerse superior a las leyes y enarboló la bandera de la dictadura; más luego, y como por encanto, acudieron de todas partes los defensores de la patria y en recios combates pelearon las batallas de la justicia. La más sangrienta y la más reñida de ellas fue la del 4 de diciembre, en Bogotá.

No entra en los límites de mi narración decir algo sobre ella, bástame seguir a un capitán del ejército del Sur que, aunque herido en lo más crudo del combate, volaba que no corría hacia la calle de Lésmes, cuando hubo libre tránsito, merced a la victoria de las fuerzas constitucionales.

Era Ricardo. La más cruel de las maquinaciones los había retenido en el último confín de la República; pero la revolución había desbaratado el secreto poder que labrara su desgracia! Qué momentos aquellos, el tiempo se arrastraba perezosamente para él y le parecieron siglos los minutos que tardaron en abrirle la puerta de la casita de las dos *hermanas*.

- Clara, gritó Ricardo.

Aquélla, pálida como la muerte, no pudo hablar y fue a apoyarse sollozando sobre la cama de su hija; la niña temblando echó los brazos al cuello de su madre, prodigándole este santo nombre, a tiempo que Ricardo, comprendiendo la inmensidad de su desgracia, caía por tierra, desmayado...

Ricardo perdió el juicio; no pudo resistir a esa herida mortal más honda y más cruel que le habían causado las balas enemigas. Fue recogido para un hospital de locos.

Clara no murió, tenía a su hija y debía vivir para ella. ¡Amor de madre, dulce y abnegado amor, límpido y puro carbunco que brilla en la alegría como en el dolor, de noche como de día!

Renunció a pintar lo que ocurrió después en la vida de Clara. Cuando el egoísmo de las malas pasiones no ha petrificado el corazón, no puede haber una tortura más cruel que la de saber que hay una criatura noble y abnegada que sufre las consecuencias de una situación que no fue propia.

Clara debió sufrir hondamente al saber que Ricardo había muerto para el mundo de la razón, a consecuencia de la herida moral que con sus propias manos le causara. Por eso su sol se fue apagando en la tristeza y en el abandono, fue ya una tierra sin rocío, un cielo sin estrellas, una agonía lenta que acabó al fin con su vida en el seno de la más santa resignación.

La huérfana fue recogida por una estimable señora viuda, que había quedado sin hijos y que gozaba de algunas comodidades. La hizo educar en uno de los mejores colegios de la capital y acabo por adoptarla.

La niña creció en belleza y virtudes y alcanzó a ser una de las más puras beldades de Bogotá.

En el año próximo pasado, siendo ya joven y sin conocer a fondo la historia de su madre visitaba la casa de locos, en compañía de su madre adoptiva.

Al examinar la celda de un loco melancólico, este fue presa de la más extraña agitación. De improviso se tiende a los pies de la jovencita diciéndole.

¿Tú no eres la muerta Clara, llegas en fin?

Y su voz era tan dulce que parecía un suspiro de la noche.

Era Ricardo, anciano ya, más por el dolor que por los años.

Qué pasó en él en ese momento, nadie podrá decirlo; tal vez el enjambre confuso de recuerdos se levantaría de repente en su alma cantando y batiendo alas, despertando los ecos dormidos de las alegrías desvanecidas del pasado.

La joven, que también se llamaba Clara, volvió a su casa hondamente preocupada y fue entonces cuando se le refirió con detalles la historia de su madre.

Al día siguiente volvió al hospital y se repitió la misma escena; entonces ya no pudo dominarse y se dirigió a la casa de un eminente médico a quien refirió la historia de lo sucedido y le suplicó se consagrara a la curación del loco.

El médico, ya por deber como por piedad y para resolver un problema de la ciencia médica, se ofreció a consagrarse a esa curación y se consagró a ella de una manera decidida.

Durante seis meses la joven concurrió diariamente al hospital, siguiendo con puntualidad las prescripciones del Doctor y al fin el buen resultado coronó la empresa.

Ricardo recobró la razón, pero no la dicha.

Clara que se había acostumbrado a ese amor del anciano, que no había amado aún y que quiso rehabilitar la memoria venerada de su madre coronó su obra de abnegación uniéndose a Ricardo. Su amor era puro y sereno como el lago rodeado de sauces que refleja hasta la última hoja seca del árbol que se inclina a sus orillas.

La madre adoptada murió hace poco tiempo y ese es el luto que ve usted en Clara, y tanto para distraerse como para fijar la completa salud del anciano han resuelto viajar por toda la República.

Esa es la historia de la joven que tenemos a la vista. Ya ve usted que tiene toda la serenidad de un hermoso cielo, toda la transparencia de un lago tranquilo y toda la virginidad de una rosa blanca.

—

Poco después Darío Achiardi empuñaba su batuta y toda la atención se dirigía al escenario. Volvíamos a *Lucía*.

UN RAMO DE PENSAMIENTOS

(Dedicado a mi amigo el señor Luis Olarte)

Por: *Eduardo Villa*

I

Escenas encontradas y elementos opuestos se presentan a un mismo tiempo en mi memoria.

Afuera la tempestad, la lluvia, una noche oscurísima y un cielo como tinta surcado algunas veces por la luz instantánea del relámpago.

Adentro, un aire tibio, un salón abrigado, el resplandor alegre de una lámpara y un círculo de amigos en torno de una mesa donde acaba de colocarse un servicio de té.

Estableciendo comparaciones os supondréis, sin duda, que una viva alegría debe predominar en la escena del interior. Para saber si es cierto, y para saber si hay pesares ocultos bajo las apariencias de un bienestar que muchos envidiarían, escuchad un momento lo que están conversando esos amigos en el seno de la mayor intimidad. Yo me encontré entre ellos y puedo transcribir las principales frases de su conversación.

- Qué noche tan horrible! decía Luis al verter en las tazas de porcelana el contenido hirviente de la tetera.

- Es verdad, observó Carlos, retirando su taza; pero estamos por fortuna al abrigo de su influencia.

- Físicamente sí.

- Y por qué no en lo moral?

- Porque se hace sentir una dominación extraña en nuestro espíritu, hay algo triste y frío en la reunión de esta noche, como el soplo de esa tempestad cuyo ruido nos llega al través de las ventanas.

Se oyó en ese momento un trueno prolongado.

- Todo eso es un absurdo, continuó Carlos sin hacer caso de la interrupción.

- Para mí es una realidad, repuso Luis, y hallo una prueba de ello en el tema de la conversación que sostenemos. Hace como una hora que estamos discutiendo sobre historias de muerte, de aparecidos y de sombras.

- Por mera fantasía, replicó Carlos. No acepto hechos cumplidos ni inspiraciones de la noche tratándose de fantasmas, y sólo creeré en éstos cuando un espectro real o siquiera aparente quiera hacerme el honor de visitarme.

- Vas a morir en la incredulidad.

- Me parece que sí. Son visitas raras, y desearía saber si alguno de los presentes ha tenido la fortuna de recibirlas.

- No he sido yo, por cierto, dijo Alberto.

- Ni yo, repuso Eduardo.

- Ni yo, repitió Ernesto.

Otros varios amigos se fueron adhiriendo a esta manifestación negativa, y al fin no hubo más uno que guarda silencio. Se volvían hacia él todas las miradas cuando Carlos le dijo interrogándolo:

- Por qué te callas Jorge? ¿Has sido, por ventura, el más favorecido de nosotros, y te has visto de frente con algún habitante de ultra – tumba?

- Quién sabe! Contestó el interpelado con tono de seriedad.

Esta contestación despertó entre los concurrentes un curioso interés.

- Es preciso que nos cuentes esa historia.

- Sí, sí, que la cuente, dijeron por todas partes.

- Sigue lloviendo mucho añadió alguno, y esa relación nos hará pasar agradablemente la velada.

- Es un triste episodio de mi vida; no es una distracción, murmuró Jorge.

- Que sea, pues, una confidencia.

- ¿Lo deséais efectivamente?

- Lo exigimos, dijeron varias voces.

- Si es así, amigos míos, trataré de complacerlos, haciendo en vuestro obsequio el sacrificio de mi tranquilidad.

II

Cuando tenía veinte años, dijo Jorge, me ausenté de esta capital para hacerme cargo de una empresa minera llamada “Los Molinos”, cuya dirección acababa de confiármese.

- Lo recuerdo muy bien, interrumpió uno de los oyentes: esa empresa quedaba en la región más rica del Estado, y en la vecindad de un pueblo conocido.

- Sí dijo el narrador, quedaba junto a un pueblo “de cuyo nombre yo no quiero acordarme”.

Estuve desesperado con el nuevo género de vida durante muchos meses. Mi única distracción era el trabajo, y los trabajadores mi única compañía. Al fin me acostumbré. ¡Qué cosa habrá en el mundo a la cual no se adapte la humana naturaleza humana bajo la doble acción del tiempo y la costumbre!

Un día me solicitaron para ofrecerme en venta una propiedad rural en la vertiente superior de la cordillera. Estaba más acá de “Los Molinos” y del pueblo; una jornada corta distante de la Empresa y sólo a medio día de la población *sin nombre*. Era una hermosa dehesa surtida de ganado. Fui a verla con el dueño, me agradó sobremanera, la compré sin dificultad, y la hacienda quedó bautizada con el título distintivo de “La Serranía”

Me impuso esta adquisición el deber imprescindible de hacer semanalmente un pequeño viaje que describiré en dos palabras. Salía de “Los Molinos” en las primeras horas de la mañana y llegaba a la población cuando brillaba el sol en lo más alto de su carrera. Allí almorzaba siempre o tomaba reposo; luego seguía avanzando al trote de un caballo de viaje; escalaba una cuesta que veía desde lejos como cinta ondulada; me detenía en “La Quiebra” para mirar el valle desde ese pliegue acentuado de la cordillera; tomaba otro camino; continuaba subiendo, y al concluir la tarde sentía ya con delicia el viento helado y aromático de “La Serranía”

Lleno de paz y de dicha contemplaba yo entonces en la altura de mi casita pajiza, cuyas paredes blancas se destacaban sobre la oscura selva en el sinuoso límite de los desmontes. Las vacas que pacían en las dehesas verdes de rápida pendiente; los troncos ennegrecidos de la última rocería; el torrente del monte que murmuraba oculto bajo las hojas anchas de la cañada, y los árboles seculares que debían ir cayendo para hacer aberturas bajo el hacha implacable del rozador: todo eso lo miraba con placer indecible cuando me iba acercando a esas cimas heladas, ocultas unas veces bajo un jirón de nieblas, y brillantadas por la amarilla luz del sol que se iba hundiendo.

III

Era un camino quebrado y solitario el que conduce del pueblo a “La Serranía”. En todo ese trayecto sólo había una vivienda que pudiera atraer la mirada de un transeúnte: la casa de “La Quiebra”. Era conocida de todo mundo con ese nombre, y se hablaba mucho de ella por su situación pintoresca en la banda occidental del camino. Tenía atrás grandes bosques que bajando con el terreno dejaban ver el valle salpicado de chozas y de palmas en la distante bruma del horizonte.

Cuando se preguntaba qué clase de personas vivían en esa habitación contestaban unos vecinos con aire de misterio:

“No se ha sabido nunca; nadie penetra allí, y los dueños no salen”. Otros aseguraban que no había habitantes en la casa.

Estos vagos informes fueron bien suficientes para despertar en mi ánimo una viva curiosidad.

Quise averiguar algo por mí mismo acerca de esas gentes desconocidas, y empecé a fijarme más en la casa misteriosa cada vez que pasaba frente a ella.

Noté que había de un lado un pequeño corral para gallinas separado del patio por un cercado de cañas de maíz; de otro lado una huerta cultivada. Unas cuantas palomas estaban arrullando sobre el techo pajizo; un chorro de agua pura que caía del barranco hacía notar al pie la piedra ya gastada de un lavadero; quedaba la vivienda por la parte de atrás bajo la sombra espesa de un bosque de arrayanes, y había un jardín al frente cuyas eras humildes, lucían modestamente las flores más hermosas que puede acariciar el soplo vivificante de las cordilleras.

En vista de estas señales yo no dude al principio que el sitio era habitado; pero reparando más tarde que no se abrían jamás la puerta y las ventanas de aquella casa aislada; que ningún ser humano se había mostrado en ella, y que el silencio era absoluto en esa localidad, me acostumbré a la idea de que allí no vivía nadie.

Un día que así pensaba me bajé del caballo atraído por la fragancia de una rosa que sobresalía en el cercado de piedra. Di un paso hacia la flor con ánimo de alcanzarla, cuando un gruñido sordo paralizó mi mano. Un instante después vi un magnífico perro de color leonado y manchas blancas. Salió un grupo de árboles y se vino a atacarme ladrando furiosamente.

- Quieto Guardián! Dijo una voz por el lado de la casa.

- Acá mi buen Guardián! Dijo otra en la espesura del follaje. No es esa la manera de recibir a un señor en nuestra casa.

Las frases que anteceden detuvieron el perro. Habían sido pronunciadas simultáneamente por una anciana de cabellera blanca que se asomó a la puerta, y por una joven de admirable belleza que apareció por encanto bajo un arco florido del bosque de arrayanes.

La anciana estaba vestida pobremente y en el estilo de la campesina; pero había algo en su porte que recordaba a primera vista las maneras de una señora distinguida.

La joven me deslumbró a pesar de la sencillez rústica de su traje. Estuve contemplándola y la impresión indeleble de su primera imagen está aquí todavía: aquí la siento siempre. Dijo Jorge, golpeando sobre su frente tersa que parecía encenderse por la interna iluminación de un destello del alma.

- Era, pues, muy hermosa? Preguntó alguno de los oyentes.

Una extraña sonrisa plegó el labio de Jorge, y repuso con el entusiasmo de un febricitante.

- Sólo tenía quince años. Su cuello, su cabeza, sus brazos descubiertos y sus desnudos pies eran un blanco mármol tallado por un Fidias para darle una forma a la belleza virginal. La expresión de esa cara era la ingenuidad que nace de la inocencia; sus ojos eran negros; su mirada profunda y luminosa como el agua de un lago que se ve por la noche al reflejo cambiante de una iluminación. Agregad a todo esto un óvalo perfecto, una frente de estatua, cabellera castaña rizada por la naturaleza y labios de una frescura imponderable donde lucía el esmalte de unos dientes de nácar como luce el rocío en purísimas gotas sobre la urna rosada de un gladiolo entreabierto.

IV

La primera persona que tomó la palabra después de aquel ataque y de aquella defensa inesperados fue la anciana señora.

- Esperamos, me dijo usted entrarás un momento para reponerse de su inquietud, y que nos perdonará la impertinencia del mastín.

- Pobre! dijo la joven: bien merece el perdón este viejo Guardián, porque no está habituado a ver extraños en la casa.

- No me toca el perdón, les contesté, sino el agradecimiento.

Por medio de un ademán volvieron a ofrecerme la entrada de la casa. Di las gracias de nuevo, me volví hacia el camino para dejar atado mi caballo a la pequeña puerta de varas corredizas; atravesé el jardín y penetré en la casa donde acababan de precederme las señoras.

Pasando el corredor, invadido por las enredaderas, se hallaba una salita de estrechas dimensiones. Unos toscos asientos, una mesa pequeña con útiles de labor, otra mesa de esquina con un vaso de flores naturales y un gastado sillón cerca de la ventana, tal era el mobiliario. El lujo de la habitación consistía en una limpieza esmeradísima y su único adorno en un antiguo cuadro de María. Extendido anchamente el manto de la imagen se ofrecía a la mirada sobre la pared blanca de la casa como un signo visible de la protección divina, la única tal vez que debieran esperar esas pobre mujeres, solas al parecer y apartadas del mundo, en el rincón ignorado de una montaña.

- ¿Ha seguido usted contento en la casa de “La Serranía”?

Esta pregunta ingenua lanzada de improviso por esa linda joven, me dejó comprender que todo se sabía allí: mi nombre, mi vida y mis quehaceres.

- Es muy grato ese sitio, le contesté.

- Y no aborrece usted la soledad de estos lugares?

- Algunas veces.

- Hace mal; es tan dulce! Nosotras la adoramos y vivimos felices sin conocer más sociedad que el círculo de familia.

- Tal vez sea numeroso; dije tímidamente.

- Sólo veinte individuos.

- Qué es lo que está diciendo Evangelina! murmuró la señora en tono de admiración.

- La verdad madre mía; y voy a hacer la cuenta: una abuela amorosa y una nieta muy loca, *dos*; una criada que parece haber profesado en su cocina, *tres*; un perro muy queridito, la mirla, las gallinas, las palomas...

- Cállate atolondrada, dijo la amable abuela, con la sonrisa de un inmenso cariño. Así la verá siempre, caballero, continuó dirigiéndome la palabra: es la alegría de la casa, y cuando ella está ausente se ve esta pobre choza triste como una tumba.

- Se ausenta, dice usted?

- Con la mayor frecuencia.

-¿Irá donde sus parientes?

- No tiene uno siquiera.

-¿A la iglesia tal vez?

- Nos queda muy distante.

- Entonces no comprendo... le dije con extrañeza.

- Va donde los que sufren, me contestó la abuela. Recorre las cabañas de este cerro en unión de *Guardián* que ha sabido cuidarla y tan bien como yo misma. Está donde hay miseria, lágrimas o dolencias, y al volver a "*La Quiebra*" cargada de bendiciones llora y ríe al mismo tiempo. Pobre y querida niña! Ver sufrir la indigencia es su mayor tormento, y aliviar la desgracia es su única felicidad.

Cuando esto me decía la anciana enternecida, la joven ya no estaba en medio de nosotros. Huyó blanca y ligera como una de sus palomas. Poco tiempo después regreso del jardín y me ofreció una flor con encantadora inocencia: era la misma rosa que yo había ambicionado cuando salió el lebrél en su defensa como lo hacía el dragón por las manzanas de oro en el jardín encantado de las Hespérides.

Me explicaba yo ahora al saber esas ausencias caritativas, la soledad pasada de la casa, la repentina aparición del perro y todo lo demás. Pensaba al mismo tiempo en la santa labor que desempeñaba esa joven en sus peregrinaciones, y creí ver entonces un destello de luz que rodeaba su frente como una aureola de virtudes. Antes me deslumbraba ese cuerpo modelo de su belleza virginal; ahora me conmovía la luz de esa bella alma cual si una chispa eléctrica hubiese penetrado hasta la fibra última de mi corazón.

V

Después de esta visita me dirigí a “Los Molinos”, vivamente impresionado.

Al pasar por el pueblo hice nuevos esfuerzos para averiguar la historia de los moradores de “La Quiebra”: nadie los conocía. Entonces escribí cartas, muchas cartas indagatorias a los habitantes de una población de donde se me dijo había venido esa familia. Sus respuestas no me satisfacían, y ya empezaba impacientarme cuando hallé un papelito doblado con esmero en una de las cartas que servían de contestación. Al abrirlo me estremecí viendo escrita en la primera línea la palabra *Informes*. Lo leí muchas veces, y por eso he podido conservar su contenido en la memoria. El papel decía así:

“Emigraron hace veinte años huyendo de una revolución las familias más notables de una Provincia vecina. Vino entonces de allí a radicarse en nuestro territorio el rico capitalista señor H.... con su esposa y su hija. Murió él al cabo de poco tiempo y su hija se casó con el joven D.S. indigno de su mano. Dueño del capital este marido infame desapareció un día dejándole a su esposa un nombre deshonrado y una niña de pocos meses llamada Evangelina.

“La señora de H.... traspasada de vergüenza y de pena ordenó entonces una liquidación de capital, preguntando si podrían pagarse con la fortuna que le quedaba las deudas numerosas que se habían

contraído en nombre suyo. Se le dijo que sí, pero quedando ella arruinada. Mandó que se pagaran y aceptó la indigencia.

“Apenas hubo cumplido su noble sacrificio, huyó de la sociedad con su hija y su nieta. Dicen que murió aquella bajo el peso del infortunio, y que ésta ya crecida es un bello tesoro que la abuela custodia, como lo haría un avaro, en la choza desconocida de una montaña, donde le da ella misma una mediana educación”.

Recibí estas noticias con emoción profunda. Tanta honradez, tanta nobleza y tanta virtud y una resignación tan grande, despertaron en mi ser un sentimiento dulce de cariño y veneración a cuya influencia poderosa no intenté un solo instante sustraerme.

Interesándome esa familia de un modo particular volví frecuentemente a la casa de “La Quiebra”.

Fui recibido al principio con amabilidad, más tarde con afecto. Al entrar a la casa de paso para “La Serranía”, hallaba siempre en la mesa de la salita las frutas y los dulces que me gustaban más, las flores preferidas, y el ancho vaso de barro con agua refrescada para calmar mi sed. Me parecían más agradables esos pobres obsequios que los manjares de un banquete en la compañía de mis mejores amigos.

Acostumbraba detenerme una o dos horas en cada uno de mis viajes, y mis visitas fueron haciéndose cada día más prolongadas.

Le había enviado a Evangelina algunos libros escogidos que leíamos juntos muchas veces, y que ella sabía apreciar con un gusto y una inteligencia muy superiores a lo que pudiera esperarse de su educación.

Estas lecturas y conversaciones tan gratas para mí, iban obrando una transformación gradual en el modo de ser de esa criatura encantadora. Y fue así convirtiéndose el interés en amistad, la amistad en afecto, y el afecto en pasión. ¿Cuándo sucedió esto, y cómo sucedió? Si averiguáis tal cosa, preguntad a la aurora en qué punto del cielo cambia luz y colores para pasar así con lenta gradación desde la negra sombra de la noche hasta la luz esplendorosa de la mañana; si queréis saber eso preguntad a la flor que crece a vuestra vista cuándo le ha dado el sol colores a sus pétalos, y cómo se abre al viento el botón delicado que embalsama los aires con su aroma.

Si nosotros distinguimos en la naturaleza visible las líneas de transición, mal podemos buscarla en el santuario oculto de los afectos. No hay límites marcados en el corazón humano y por eso se pasa de un sentimiento a otro sin esfuerzo, sin choque y sin conciencia.

Ahorradme, pues, os ruego, las descripciones inútiles y los estudios morales. Paso sobre todo eso para deciros de una vez, que al fin se unieron nuestros corazones por el vínculo inquebrantable de una pasión vehemente.

La flor de la montaña acababa de abrirse y yo, su jardinero, aspiraba dichosos el aroma purísimo de su corola inmaculada.

VI

Pasaron de este modo algunos meses. Mi vida se deslizaba suavemente en la sombra como el torrente de “La Serranía”, y al descender el valle debía sentir como él las corrientes extrañas que venían de otra parte para empañar su dichosa serenidad.

Me llamó a Medellín una nota urgente de la sociedad propietaria de “Los Molinos”. Se trataba de una liquidación, una máquina nueva para el establecimiento y un contrato que estaba al terminarse con un ingeniero de fama.

Luché poderosamente entre las fuerzas opuestas del deber y del corazón. Este quedó vencido y tuve que partir.

Permanecí varias semanas en la capital retenido por mis ocupaciones. Tuvieron lugar en este tiempo unas fiestas de plaza muy ruidosas para celebrar un aniversario político.

Yo era entusiasta por esta clase de diversiones y tomé parte de ellas instigado por todos mis amigos.

Aún recuerdo la plaza, rodeada de tablados donde lucía sus galas la concurrencia femenina. Me figuró estar viendo la alta *vara de premio* cubierta de banderas; veo el *coso* que va a abrirse para dejar partir el toro enfurecido, y oigo el rumor del pueblo, los silbidos, los cohetes, la música de la plaza, la rústica *chirimía*

y el estruendo imponente de quinientos caballos en que otros tantos locos corren por todas partes alzando polvo y chispas sobre los empedrados de las calles.

Lo que entonces me entusiasmaba hoy me hace sonreír.

Las noches de esas fiestas eran muy animadas. Nunca faltaba en ellas un baile, una tertulia, una pieza teatral o alguna iluminación. La alegría de mis veinte años me impulsaba a verlo todo a pesar de mis sentimientos íntimos. Yo estaba en todas partes conduciendo a mis hermanas y ellas eran inseparables de mi prima Leonor.

Vosotros la conocéis, y no necesito describirla; lo único que os advierto es que los parientes suyos y los míos habían tomado desde tiempo atrás, el singular capricho de formar con nosotros una boda de familia.

Agregad a este deseo, conocido del público, la intimidad de nuestras relaciones, la alegría de las fiestas y las circunstancias de vérseme en todas partes del brazo con Leonor, y no extrañaréis entonces los rumores de murmuración que empezaron a escucharse. Estos iban creciendo como la calumnia de “El Barbero”, y pasadas las fiestas se hablaba de nuestro enlace con tanta seguridad que ninguno se atrevía a desmentirlo.

Determiné apresurar la terminación de mis quehaceres y volverme a mi callada “Serranía”, para cortar esa murmuración que se me iba haciendo insoportable.

Al fin pude lograrlo y abandoné la plaza con escándalo de la sociedad.

Veo que me creéis culpable y que me hacéis el cargo de haberme olvidado de la montaña estando en la ciudad, olvidándome de ésta para volver a la montaña. Rectificad vuestro juicio: no fui desleal entonces, pero si fui imprudente, y mi conducta ligera me pesaba como un remordimiento cuando iba caminando por el sendero de “La Quiebra”.

“Pobre y querida niña! me decía interiormente. Qué vendría a ser de ti preciosa sensitiva, si llegara hasta el cerro el soplo abrasador que asfixia en las ciudades! Por fortuna estás lejos, pobre planta! y no suben tan alto las brisas y los ecos que se elevan del valle”.

VII

En el jardín de Evangelina había un enorme cauce, notable desde lejos por las flores doradas que adornaban su follaje. Crecía junto al vallado y cerca de una brecha cubierta parcialmente por las grandes raíces de aquel árbol. Estas eran usadas como un asiento rústico por las personas de la casa. También servían de ellas a manera de escalones para subir a un terreno más nivelado con el piso de la habitación. El sitio era conocido con un nombre común: las gentes lo designaban “El portillo del Cauce”.

Allí me esperaba siempre Evangelina. Cuando yo iba subiendo divisaba a lo lejos su perfil admirable en líneas acentuadas sobre el azul del cielo. El cuadro era encantador y no se borrará jamás de mi memoria.

Figuraos esa joven bellísima sentada graciosamente sobre un tronco caído. El fiel perro a sus pies la mira con cariño. Ella está trabajando. Su cabeza inclinada sobre una obra de labor se levanta pronto, y quedan inmóviles en sus manos las agujas de tejer: acaba de distinguirme en la próxima colina. Yo doy algunos pasos y la miro cerca. Viene el perro a mi encuentro. Se pone ella de pie. Entonces aparece en un círculo de luz y brillan sus cabellos con el sol de la tarde como espirales de oro que hace temblar la brisa de los cerros. Unos pasos aún y nuestras manos se unen. Se humedecen sus ojos, su boca me sonrío y una nube rosada se trasluce de pronto bajo el limpio alabastro de su frente.

En una de las ventanas puede verse a ese tiempo la cara de una anciana mirando con ternura y con aire de protección esta escena de felicidad.

Al volver a “La Quebra” y antes de mi llegada, mi mente se complacía dibujando este cuadro en el cielo de mi esperanza.

Buscaba desde lejos el sitio con los ojos, más cuando pude hallarlo lo encontré solitario.

¿Qué ha sucedido pues? me pregunté con inquietud. Ella ha debido verme cuando subía la cuesta: ¿Por qué no sale como de costumbre a recibirme?

Llegué hasta el pie del cauce sin ver alma viviente. Dejé allí mi caballo, subí por las raíces, cruce el angosto prado y me detuve en el corredor para aquietar mi corazón que latía con rapidez. Vi entornada la puerta y penetré en la casa con la vaga inquietud de un peligro desconocido.

Apenas pisé el umbral dio un grito Evangelina y quiso levantarse; una mirada de la abuela la retuvo en su asiento. Yo me dirigí a ella y estreché sus dos manos con inmensa ternura: me pareció que ardían como si tuviera fiebre. Entonces encontré algo en aquel rostro bellissimo semejante a la palidez de la camelia.

Le pregunté cariñosamente que tenía.

- No es nada, me contestó con una sonrisa angelical. Creo que he tenido fiebre, pero ya estoy mejor.

La señora de H... me recibió con una amabilidad menos natural de la que yo le conocía; me preguntó cómo me había ido en Medellín y después se retiró un momento, llamada al parecer por ocupaciones domésticas.

-Evangelina, mi querida Evangelina, le dije sin rodeos cuando estuvimos solos, necesito saber en el instante mismo cuál es la cruel desgracia que amenaza nuestra felicidad.

Ella bajó los ojos. Sus pestañas sedosas golpeaban sus mejillas como el ala de un pájaro, haciendo un vano esfuerzo por atajar sus lágrimas.

Debemos separarnos, me dijo con tristeza.

- No puedo comprender, le contesté angustiado, quién condena nuestros corazones a una pena tan cruel.

- Mi abuela nos condena.

-¿Y se puede saber cuál es nuestro delito?

- No sé... me respondió con tono balbuciente... o al menos no he dado crédito... ¿No es verdad que han mentido los que escriben esas cartas?

Todo lo comprendí. Había alcanzado hasta el cerro el soplo emponzoñado de las ciudades y se doblaba ante él la sensitiva tierna de los bosques.

- Han mentido, le contesté, adivinando la alusión de su pensamiento.

Ella me dio las gracias con su húmeda mirada. Yo volví a interrogarla al cabo de un momento.

-¿Y qué ha dicho esa buena madre? Pregunté estremeciéndome.

- Que una niña virtuosa y sin fortuna, no debe recibir en el santuario de su cariño sino a un hombre leal que tenga libre su corazón y que pueda ofrecerlo acompañado de su nombre.

Ella tenía razón. Abandoné mi asiento sin saber lo que hacía, y principié a pasearme a lo largo de la sala cual si tuviese clavado un dardo agudo en la parte ya adolorida de mi pecho.

Evangelina continuaba callada y deshojada por distraerse el bellissimo ramo de pensamientos que tenía entre sus manos.

Sentí pena al presenciar aquella obra de destrucción; recordé nuestra dicha y pensé que ella también empezaba así mismo a deshojarse. Por un temor supersticioso quise salvar las flores que quedaban, y pedí con instancia, aquel ramo simbólico como una prueba de cariño y de fe.

- No yo no debo darlo, me dijo Evangelina con lágrimas.

Era la primera vez que ella hacía resistencia a una súplica mía.

Una idea repentina y una firme resolución cruzaron por mi mente.

- Pues bien, le contesté; hoy no merezco el ramo, pero espero ganarlo. Solo quiero saber si me será entregado en señal de perdón y de ternura el día que vuelva aquí para ofrecerle mi mano de rodillas a la mujer que posee mi corazón.

- Ah, sí! Dijo palideciendo... entonces le entregaré y con él toda mi alma.

-¿Y entonces no habrá lagrimas? Le pregunté de nuevo.

- Sí habrá, me contestó; pero no de amargura sino de felicidad.

-¿Y habrá algún corazón que salga a recibirme?

- La pregunta es inútil.

-¿Dónde la encontraré?

- Dónde aguardaba siempre antes de haber sufrido.

-¿En "El portillo del Cauce"?

- Sí.

- Es promesa formal?

- Promesa de vida y muerte.

- Adiós, pues; hasta entonces, pero espero que será pronto le dije despidiéndome.

Rodaron dos diamantes de sus húmedos ojos; yo estreché sus dos manos, la miré por última vez y partí de aquel hogar, asilo de ventura, llevando en mi corazón la muerte de la esperanza.

VIII

Dos semanas después estaba yo en la mina haciendo adelantar algunos trabajos importantes ordenados por la sociedad.

Los molinos en movimiento ensordecían a los trabajadores con su ruido monótono; las carretas de mano se cruzaban en el *carreadero*; los peones hormigueaban, y todo hacía esperar un próspero resultado. Yo miraba esas cosas con la mayor indiferencia: me sentía abstraído, nervioso, preocupado y ajeno enteramente al interés de las faenas industriales.

Dos o tres veces escribí para informarme de la salud de Evangelina. La señora de H... me contestó que estaba ya mejor, pero de un modo tan lacónico y tan seco que me hizo desistir de indagaciones posteriores.

Otra carta escribí por ese tiempo, cuya contestación aguardaba con zozobra. En ella les refería a mis padres ausentes la historia de Evangelina, y solicitaba su consentimiento para pedir su mano.

Si me lo niegan ellos, decía yo, tendré que resignarme a la desgracia de una separación; pero si ellos consienten, partiré sin demora al recibir su carta, porque no quiero retardar un solo instante los consuelos que espera un pobre corazón enfermo por mi causa.

Llegó el día de la remesa. Con el peón que debía traerla desde la capital esperaba recibir la anhelada contestación.

Había transcurrido ya toda la mañana y parte de la tarde sin aparecer el peón. Yo estaba atormentado. El sol se iba poniéndose cuando divisé al fin en la "Boca del monte" una mula con carga que parecía cansada: media hora después me entregaba el arriero esa carta terrible que traía entre sus pliegos el oráculo de mi porvenir. La abrí con mano trémula, conteniendo el aliento... leí unas pocas líneas... y dejé escapar un suspiro de felicidad: mis padres consentían.

- Gabriel. Le dije al criado, ensilla ahora mismo.

- Pero ya está de noche! Me contestó asombrado.

- No importa... tengo urgencia y partiré para “La Quebra” en el momento... quiero decir para “La Serranía”.

Los peones se miraban, el criado me juzgó loco y resoplaba mi alazán al sentir la montura, como si también él estuviese admirado con los efectos de la extraña resolución.

Partí a las 7 y 20. La luna era menguante y estando a la sazón en el último de sus cuartos no debía aparecer hasta las doce de la noche. Una oscuridad densa acababa de cerrarse sobre el vasto horizonte de las selvas.

Mi caballo era práctico por fortuna en aquellos terrenos y avanzaba con seguridad a pesar de las sombras y de las fragosidades del camino.

Había algunos derrumbes y pasos peligrosos; había angostas cañadas y bosques seculares donde concentraba la noche sus tinieblas. Yo pasé por todo eso sin notarlo, porque fijos en otra parte mis ojos y mi pensamiento, no podían distinguir más que una cosa: el horizonte de “La Quebra” que brillaba para mí solo en el fondo insondable de esa oscuridad.

Pensaba con delicia en la grata sorpresa que iba a sentir Evangelina. Ya veía su sonrisa inefable cuando yo le dijera: “ahora si merezco el ramo de pensamientos y vengo a reclamarlo”.

A las cuatro o cinco horas de una dichosa marcha distinguí en el Oriente la vaga claridad precursora de la luna. Entraba yo a ese tiempo por una calle de palmeras a la pequeña plaza del pueblo que conocéis. Todo estaba en silencio: las ventanas sin luz, las puertas bien cerradas, y en las calles desiertas no se encontraba un solo transeúnte.

Siguiendo mi camino atravesé a caballo la plaza solitaria e iba a doble la esquina de la iglesia, cuando sentí en todo mi cuerpo un estremecimiento galvánico. Acababa de distinguir confusamente una forma humana extendida en el atrio de la iglesia: era el cadáver de una mujer bajo un sudario blanco.

Imaginad la impresión de un encuentro semejante para un corazón sensible y joven que va a sellar su felicidad en una noche de esponsales!

Me asaltaron a un tiempo el horror, el disgusto y la tristeza; pero no me sorprendí porque las costumbres del pueblo me eran bien conocidas. Era allí muy usado traer durante la noche el cadáver de una persona que moría en la montaña y dejarlo hasta el alba en la puerta del templo si ésta estaba cerrada.

El sentimiento de terror que aquella aparición me producía fue sofocado en mí por un esfuerzo enérgico de mi voluntad. Acerqué mi caballo y quise darme cuenta de la lúgubre escena que me ofrecía la fatalidad como un momento triste en esa senda poblada de ilusiones.

Unas pocas personas que acompañaron, sin duda, aquel cadáver, dormían al parecer sentadas en el umbral sagrado, apoyadas las frentes sobre las columnas del pórtico. Estaban inmóviles que se veían en la oscuridad como un grupo de piedra.

La luna iba saliendo y con su luz creciente pude ver en el atrio la forma femenina... Tenía un vestido blanco que caía en grandes pliegues sobre un lecho de flores.. Unas manos blanquísimas cruzadas sobre el pecho le daban la apariencia de una virgen de mármol. Quise ver sus facciones, pero me fue imposible en ese instante porque estaba en la sombra su cabeza... Sólo vi los cabellos que caían ondulados sobre el hombro como en cuadro de la Concepción pintado por Murillo... Al fin salió la luna plenamente y su pálida luz vino a bañar de lleno el rostro de una joven que parecía dormida... Me fijé en él entonces... y lancé un grito ronco, desgarrador, salvaje, que debió resonar en esa horrible noche como el ay! Sin esperanza que lanza el condenado cuando el abismo se abre, y ve cerrar ante él las puertas del Paraíso.

¿Qué vi, Dios poderoso, bajo los blancos pliegues de un sudario? ¿Qué mostró tu luz, antorcha de los cielos? ¿Qué hallaste, corazón, en el camino de tu felicidad?... ¿No habéis comprendido aún lo que vieron mis ojos...? El cadáver helado de mi adorada Evangelina!...

IX

Huí como un demente, sin saber para dónde. Huí para no ver aquella escena horrible que pesaba sobre mi pecho como un mundo de hielo. ¿Pero dónde ocultarme?

Mi caballo instigado corría por un camino lleno de luz y sombras, como corren los vientos en una noche de borrasca. Los árboles pasaban como fantasmas negros. Creí ver en el aire tres sombras que me seguían: tal vez era la Muerte, el Remordimiento, y la Desolación.

Dejé atrás una selva, cruce un río de ancho cauce alumbrado por la luna. Yo no supe cuál era, ni sabía dónde estaba. Luego empecé a subir. El paso del alazán se había acortado un poco, y entonces reparé en una línea de árboles que creía reconocer... ¿A dónde conducía aquel caballo sin rienda? Me hice por la primera vez esta pregunta, y fijándome un poco comprendí, lleno de horror, que avanzaba al galope por el camino de "La Quiebra".

"Imposible! Imposible! me dije con angustia: yo no puedo pasar por ese punto; quiero volver atrás... Pero, qué estoy diciendo Dios eterno!... Volver sería otra muerte; sería hallarme otra vez al frente de su cadáver; sería verla tendida al rayo de la luna...!"

Yo no sabía que hacer...; pensé volverme loco...; pero el pobre alazán, ajeno a mis torturas, seguía avanzando siempre, y yo ¡pobre de mí! Me encontraba sin fuerza y en incapacidad mental para detener su marcha.

En la luz azulada de una eminencia apareció de pronto la casa de "La Quiebra".

Sobre el techo alumbrado blanqueaban las palomas; el agua murmuraba lo mismo que otras veces, y el viento entre los árboles movía el negro ramaje dibujando en sus sombras calados luminosos. Nada a primera vista hablaba allí de muerte o de tristeza; pero poco después una voz lastimosa interrumpió el silencio de la noche: era el aullido lúgubre de un perro que se elevaba tristemente en medio de la soledad.

"Pobre perro! Exclamé al divisar su sombra y verla encadenada, ahora comprendo porque no estabas tú allá abajo en el atrio extendido a sus pies como has estado siempre. Te había creído ingrato y me arrepiento".

En un costado oscuro de la casa se distinguía una luz al través de una ventana. Adiviné al mirarla que allí estaba llorando una anciana infeliz entregada a la desesperación. Tuve ánimo de entrar para apretar su

mano y darle por consuelo sus lágrimas ardientes. ¿Por qué no lo hice así? Porque me hallé sin fuerza, sin acción y sin movimiento propio.

Vi de cerca al jardín cultivado por *su* mano; vi el cercado de piedra donde admiré la rosa que fue causa de que nos conociéramos; vi el bosque de arrayanes a cuya grata sombra admiré yo su imagen por la primera vez...! Al distinguir todo eso me pareció sentir que se caía a pedazos mi pobre corazón destrozado por los recuerdos.

Yo no quería ver más y bajé la cabeza cerrando bien los ojos... Ya pronto iba a pasar frente al árbol de flores amarillas... Ya pronto iba a pasar frente al árbol de flores amarillas. Lo hubieran dado todo en ese instante por no tener memoria. El caballo seguía avanzando a todo el trote: se oía de un modo extraño en medio del silencio el ruido de sus cascos sobre las piedras del camino. De pronto se detuvo. Llevado por la costumbre acababa de pararse ante el “portillo del Caunce”. Abrí entonces los ojos por instinto y los volví a cerrar con desesperación porque me creí loco.

Imaginad mi asombro y mi consuelo, mi dicha y mi infortunio...! Imaginad todo ese confundido en una sensación y no alcanzaréis todavía a comprender lo que sentí en aquel momento al ver en ese sitio, inmóvil y de pie, la blanca aparición alumbrada por la luna.

-¿Pero a quién viste allí? Le preguntamos a Jorge todos los oyentes al verlo palidecer y demudarse.

- Mi frente estaba helada, continuó sin oírnos, pero mi sangre ardía; mi corazón dio un salto y se paró como la máquina de un reloj golpeado con violencia; el sudor me inundaba, y mis ojos cerrados seguían viéndola siempre...

-¿A quién? volvimos a preguntarle.

- Tenía, continuo él, un ropaje tan blanco como el que usan los ángeles; tenía suelto como ellos el cabello ondulado; su frente era la misma, sus labios, su sonrisa; esos ojos tan negros siempre llenos de luz... Yo no podía desconocerla aunque estaba muy pálida, y murmuré temblando:

“¡¡Evangelina!!”

- La que habías visto muerta? Le preguntamos todos.

- La misma, contestó Jorge con perfecta seguridad. Yo me quedé mirándola sin voz ni movimiento. La luna se ocultaba bajo una nube negra. Iba a venir la sombra, pero antes pude ver con el último rayo luminoso que la blanca mano de la visión se alargaba hacia mí comprimiendo un objeto oscuro entre sus dedos afilados. ¿Queréis saber lo que era?... Un ramo de pensamientos.

Ya no pude ver más: sentí girar lo montes en torno de mi cabeza; se halló sin equilibrio mi cuerpo petrificado; rodó sobre el arzón y caí sin sentido al pie de mi caballo en la parte más pedregosa del camino.

X

Un dormitorio a media luz, una mesa cargada de medicamentos, la cara conocida de un médico de la capital, las de mi mayordomo y de su esposa: he aquí lo que pude ver en torno de mi lecho cuando hube recobrado el uso de la razón.

- Bendito sea el señor! Dijeron varias voces; por fin abre los ojos!

-¿Dónde estoy? Pregunté.

- Aquí en su casa, me contestaron, en la casa de “La Serranía”. ¿No nos conoce?

-¿Y quién me trajo aquí?

- La misericordia divina, repuso el mayordomo: ella mandó el aviso por medio de un animal, pues sino hubiera sido porque el alazán llegó solo y relinchando a las 3 de la mañana, yo no habría tenido noticia de la caída, y mi pobre amo con la cabeza rota se habría muerto allá abajo sin auxilio ninguno en los pedregales de “La Queiebra”.

Yo no escuché otra cosa porque todo lo recordé en aquel instante, y caí por segunda vez en un largo desmayo.

Tuve después accesos de delirio y la convalecencia fue lenta, pero al fin sanó del todo la herida de la cabeza.

-¿Y la del corazón? Le preguntamos al narrador.

- Lo que es esa, nos contestó, todavía vierte sangre.

-¿Y nos explicarás, al fin, si fue una alucinación la que tuviste en el atrio de la iglesia?

- Ojalá hubiera sido! Los detalles que recibí más tarde vinieron a confirmar la espantosa realidad.

-¿Y qué había sucedido? Le preguntó con interés el más curioso de los oyentes.

- La fiebre que yo noté en las manos de Evangelina adquirió poco después proporciones alarmantes, y la fin se convirtió en un ataque cerebral. El médico que fue a verla hizo llamar ese mismo día al párroco del pueblo quién escuchó mi nombre en sus últimas palabras.

-¿Y nadie te dio aviso de su postración?

- Ninguno podía dármele sino la pobre madre, y ella no quiso hacerlo porque me creía infiel al afecto de esa criatura angelical. Se arrepintió de su conducta cuando supo su error, y me pidió perdón en una carta manchada con sus lágrimas.

-¿Has vuelto a verla?

- Nunca. El médico declaró que perdería la razón si pasaba alguna vez por la casa de "La Quiebra". Además no tenía ya para qué volver a aquel lugar: la pobre anciana sobrevivió a su nieta poco tiempo. Ella tan valerosa para el infortunio no pudo soportar esta última desgracia.

- Una pregunta aún mi querido Jorge

- Estoy pronto a contestarla con tal que sea una sola.

- Si no hubo engaño en la primera escena de esa noche terrible debió haberlo en la última. ¿Fue, pues, una alucinación la que te hizo ver a Evangelina aguardándose de pie bajo el follaje del cauce?

- Eso dijo el doctor, y eso creen todavía las personas que supieron esa historia.

-¿Y tú lo crees también?

- No y mil veces no, repuso Jorge con vehemencia. Para mi Evangelina era un ángel humanizado que recobró sus alas con la muerte. Yo creo que alzaba el vuelo hacia la luz eterna cuando vio en mi dolor la sinceridad de mis afectos, y se detuvo para consolarme porque subsistía en esa criatura santa, a despecho de su transformación, el espíritu inextinguible de la caridad. Por esto me esperó en el sitio de la cita, como lo había ofrecido en su promesa, de “vida y muerte”, y por esto me trajo con el adiós postrero el *ramo de pensamientos* como prenda de reconciliación.

Medellín, septiembre 22 de 1878.

III. RELATOS DE LA PARROQUIA GRANDE

FUROR POÉTICO

Por: *Camilo Botero G.*

Todos cantamos en la edad primera, dijo el “Poeta del Maíz”.

Es cierto: todos cantamos que nos las pelamos en esa edad feliz; pero, qué desconcierto aquél, qué encerrada para el público sufrido, cuántos gallos da cada cantor, cuántos miles de golpes en la herradura

por uno solo en el clavo! Dijérase que las musas están entonces de chirinola y que, en vez de lanzar el aliento suave y fecundo de sus boquitas, soplan con fuelles de cocina y envuelven en torbellinos de cenizas esas nidadas de ciudadanos sin cresta que, cuando Dios no mete la mano, suelen armar unas marimorenas infernales con sus cacareos de genios madurados a estrujones. Hay entonces una incubación monstruosa que, a no malograrse, pide duelos, lagrimones y pucheritos para la Patria; y todos los chicos, hasta los más torpes para darle música a un sordo o para tocar una puerta, empuñan la lira de Apolo y en su entusiasmo creen dejar carilargo al dios de la poesía.

Como han encontrado sencillísimo el trabajo, conferencian, forman una sociedad literaria, gastan tres meses en la discusión de un reglamento de veinticinco a treinta artículos, vuelven a recibir la ceniza del Olimpo y... allá va un periódico manuscrito!

Pero muy pronto caen en la cuenta de que la sociedad no disfruta del perfume de tantas flores literarias. Pobre sociedad! Quizá no tiene la culpa de ser fría, desdeñosa, metalizada e ignorante: es preciso calentarla, comunicarle afectos, espiritualizarla y darle una limosna de ideas brillantes y regeneradoras. Allá va un periódico impreso! Es el órgano de los dueños del porvenir; recibidlo batiendo palmas, o sino, la sociedad seca, sociedad indigna y retrógrada, merecéis la situación abyecta en que os encontráis.

Empieza entonces un diluvio de versitos amorosos, glosas, acrósticos, charadas, logogrifos y *cuñás*. Cuidado con hacerle mal gesto, porque la falange embrionaria de donceles problemáticos que se proponen conquistar las más ricas coronas para la Patria y simples coronas de laurel para sus frentes, y que gastan su calor natural en la creación de unos bellos ideales que podrían cabalgar en la bestia del Apocalipsis, cruzarán los brazos, levantará la cabeza con arrogancia y preguntarán mostrando una sonrisa irónica y con un tono de dignidad desdeñosa: "Vamos a cuentas, señores, ¿son ustedes quienes pretenden detener a la juventud briosa en su marcha por la senda del progreso?"

Y no se diga que esta clase de tropiezos infunde temor a los fogosos mocitos que creyendo contar con el punto de apoyo para mover el mundo como se les antoje, consideran vergonzosa y humillante la facilidad y piden al Cielo que les depare algunas rémoras.

Cuando yo era un pobre y seco estudiante (no quiero decir que ahora soy rico y gordo), publicaba con algunos de mis condiscípulos un periodiquillo. No porque emplee el diminutivo quiero significar desprecio; esto sería un sacrilegio para el corazón que evoca recuerdos gratos y sueños dulcísimos en que había tanto

hiperbolismo como candor (literario se entiende). Cuando soltamos el trapo y creímos que ya no era indispensable que el sol volviera a alumbrar, deseamos contrincantes con el ansia con que la caravana del desierto desea un oasis. “Venga la crítica apasionada y ligera, que aquí estamos prontos!” decíamos con petulancia y fingiendo escupir el colmillo.

Otras veces, se le bajaba la espuma a nuestro instinto camorrista, y en vez de desear una víctima para ensangrentar la arena periodística, suspirábamos por la edad media, por aquella época sublime de amor y poesía, por aquellos días gloriosos de los trovadores amantes y pendencieros. Más de una noche pasamos en insomnio caluroso ideando los medios para resucitar aquellos tiempos envidiables.

Nadie puede impedirnos la realización de este sueño dorado, dijo alguno. Ea! dejémonos crecer el cabello hasta que caiga en rizos desordenados y nos cubra las espaldas, calémonos sombreros de grandes alas y raídas plumas, ciñamos cortos espadines, terciémonos agujereadas y lustrosas capas, empuñemos sonoros laudes y hagamos de cada ventana la reja de un castillo, y que la luna llena vuelva a contemplar escenas amorosas que en muchos años habrá olvidado.

Los trovadores y los romances, los torneos y las justas del feudalismo no tenían reñidos con el sueño. Oh! exclamábamos, enamorar con dulces endechas a una noble castellana, escalar una torre para caer en brazos de alguna princesita que se llamara Blanca o Aurora y que se hubiera rendido a las tiernas notas del laúd, debió de ser el colmo de la dicha!

La crítica nos sorprendió en estos sueños color de rosa: cuando menos lo esperábamos, nos encontramos bloqueados por numerosas fuerzas enemigas; y de las boticas, de las tertulias y de los corrillos partían bombas capaces de espantar a un ejército prusiano.

Un tanto sobresaltados al ver que el asunto no era chanza y que el culebrón amenazaba devorarnos, recordamos con ternura el antiguo rey – madero que habíamos despreciado. La crítica nos tenía asediados, y entonces hicimos una gloriosa retirada, apelando al recurso de destemplan las liras y dejar abandonada a su suerte a una sociedad prosaica que tan fácilmente se deslumbraba con los brillos del “vil metal”.

Más tarde volveremos a la carga, dijimos cuando íbamos a dejar la música; sí: volveremos a la ingrata labor cuando terminen los certámenes, que ya tenemos encima. Para entonces necesitamos buenos

lectores: púlense, pues, y procuren civilizarse. Y pagados de la ronca, seguimos, no preparándonos para los certámenes, sino haciendo versos hasta en los cuadernos destinados para tomar nota en las clases. La vena poética amenazó reventar por falta de sangrías públicas: nos saludábamos en verso, nos despedíamos en verso, escribíamos cartas en verso, cambiábamos temas para escribir versos en cinco minutos, y nos desafiábamos para poner en verso las lecciones de derecho civil, de ciencia administrativa, de trigonometría o de metalurgia.

No sé cómo se curaron de este achaque mortal los que como yo no tenían vocación para seguirle pista al dulce cantor de la primera edad. Voy a hacer un extracto de cierta historia en que refiero cómo me salvé de la viruela negra del espíritu, y a qué santa (porque fue una santa) le debo mi salvación.

Había en esta ciudad una señora, ya anciana, que a pesar de su genial bondadoso gastaba buena dosis de burla cariñosa e inofensiva. Una tarde estaba yo de visita en la casa de esta señora y acababa de recibir una gran taza de coco, negra, lustrosa y con pie de plata, llena de chocolate; esto y un par de panecillos, otro de bizcochuelos y una descomunal rebanada de queso de ojos, iba a servir de argumento contundente contra la teoría de que los poetas mucha prosa en el comer y lo consideran como una prueba inequívoca de la miseria humana.

Una espuma espesa, permanente y tornasolada cubría la bebida de los dioses; y era tan grato el olor que despedía, que si lo hubiera aspirado el voluptuoso califa y el sagrado hijo del cielo, aquél habría volcado con desprecio de su taza de café, y éste habría fulminado contra el té un anatema tan terrible como el que lanzó contra el opio. En cuanto a los tostados bizcochuelos y a los panecillos llenos de relieves, puedo asegurar que no habría podido competir con ellos ningún artículo de la repostería moderna, que tanto se ufana de consumir harina que viaja a la sombra de la bandera de la República modelo. Refiero todo esto, no por alargar este escrito, sino para que el lector, sin necesidad de hilarse los sesos, pueda explicarse lo que más adelante sabrá.

-¿Con que usted *saca* versitos, no? Preguntó la señora.

- Hacemos algunos, dije procurando ahogar con esta pluralidad y con un sorbo de chocolate un principio de inquietud que no sé porque me acometió.

- Picarito! Si no hubiera sido porque su madrina me dijo que Ud. estaba ojeroso de tanto hacer versos y de pasar las noches enteras *sacando* décimas, nada habría sabido. Vamos! Diga Ud. unas coplitas.

- Pero, doña Milagros... murmure sintiendo que las orejas me crecían.

- No se venga con disculpitas, hijito. Deme ese gusto, y diga las coplitas.

-¿Y por qué no? Pensé tratando de vencer mi turbación. ¿Quién es esta pobre señora, y qué pitos toca en el divino arte? Animo, ánimo!

- Con qué diga las coplitas, repitió ella. Mire: *eche* aunque sea una sola.

Me removí en el asiento, tomé un sorbo de chocolate para que le sirviera de pasaporte a un pedazo de bizcochuelo que se me había adherido al esófago, fijé los ojos en el coco, y mientras hacia sopitas con otro pedazo de bizcochuelo, empecé a recitar mi mas preciada lucubración poética. En ella había echado mi imaginación el resto del romanticismo para lamentar mi ingratitud del hombre, las injusticias de la sociedad, las miserias de este valle de lágrimas y la suerte infeliz del poeta.

“Que en el iris de paz hunde la frente

Y se alimenta con divino efluvio”.

- Pero siga tomando el chocolate, que se le enfría, y acabe con ese pedacito de queso; es de Pácora y no se come aquí todos los días, dijo la señora interrumpiéndome cuando acabé de recitar la estrofa cuyo final dejo copiado.

Maquinalmente me llevé a la boca el pedazo de queso y tomé un sorbo de chocolate.

-“Y se alimenta con divino efluvio”... dijo doña Milagros riendo maliciosamente para apuntarme dónde había dejado mi recitación. ¿Qué más, hijo?

Me zumbaron los oídos y vi que todo daba vueltas a mi rededor. Sin embargo tuve valor para seguir con la recitación. Cuando la terminé ya casi le veía el fondo al coco de pie de plata.

- Pobre muchacho! murmuró la señora. Qué sufrir tan asentado para un pobre *sacador* de décimas que todavía no es *de tiempo*! Con razón se le han hundido los ojos. Eso es, hijito: así me gusta, agregó recibíendome el plato, así me deja Ud. muy contenta.

Ya di la clave para explicar un enigma anunciado; ahora le llega su turno a éste: de los dos panecillos y del pedazo de queso sólo quedaban algunas migas. Esto y no la recitación era lo que dejaba tan contenta a doña Milagros!

Desde entonces, cada vez que me sentaba a escribir versos, se me venía a las mientes este inolvidable episodio de mi vida de poeta.

Me veía en un taburete, con el plato y el coco negro sobre las rodillas, encogido, turbado, ridículo y con un carrillo duplicado, por estar relleno con medio bizcochuelo, recitando los llorones y lúgubres versos. Veía también a doña Milagros frente a mí lanzándome su risita burlona, que multiplicaba las arrugas de su rostro, y la mirada invencible de sus ojitos grises y picarescos, e imaginaba que decía con un tonito chillón que me taladraba los oídos: “Y se alimenta con divino efluvio.... Tome el chocolatico!” La frente me ardía y se bañaba en sudor, los consonantes se me escapaban como lagartos, y mis sueños de oro y mis delirios de poeta se mezclaban, se avinagraban y casi, hacían estallar mi cabeza como si fuera una calabaza bien tapada y llena de chicha en el último grado de fermentación.

- No más versos sin poesía, no más versos sudados! Exclamé al fin. Ah! señora doña Milagros: no sabe Ud. cuán milagrosa es!

(1884)

MEMORIAS INTIMAS

(Fragmentos)

CAPÍTULO X

LAS BODAS DE MI SOBRINO

Por: *Lisandro Restrepo* (Seud. Ramón Pérez)

En la época en que acaecieron estos sucesos íntimos de mi vida que hoy voy a narrar, los cuales por su peculiar naturaleza, bien pudieran servir de argumento a un melodrama o comedia de salón, estilo Victoriano Sardou, habitaba yo con mi familia en una casita de la Calle Ayacucho, de esta ciudad, por lo que pagaba por arrendamiento, y por no ser mía, la módica cantidad de cuarenta pesos papel.

La dicha casita tenía un exterior bastante decente, como por aquí decimos, y en su interior, en la parte expuesta a los visitantes, su aspecto era agradable y revelaba en sus habitantes un gusto regularmente refinado y no escasas comodidades. La sala o salón de recibo, en la que en verdad no se recibe por muerte de un Obispo, era una pieza amueblada con relativo lujo y a la moda de estas tierras; los muros cubiertos con un papel serio de buen tono y de un precio elevado, según su buena calidad; y el piso con tapiz bordado o graciosos dibujos, de veinte reales el metro cuadrado. Entre los muebles registraré dos mesas consolas de madera de caoba, en las cuales lucían espejos de medio cuerpo y algunos juguetes de cristal y de porcelana; dos sofás esterillados, dos sillas mecedoras y una docena de taburetes esterillados también. Adornaban los empapelados muros cuatro hermosos cuadros bastantes grandes, con vidrios y con marcos dorados muy lujosos, y el todo, una *araña* de estilo un tanto viejo, pero que no desdecía por ello del conjunto.

La pieza contigua, designada como siempre, aunque sin razón, con el nombre de antesala, exhibía en el centro una cama de cedro con embutidos de rosa y dibujos incrustados en blanco, tirando a amarillo, a la cual hacían juego, colocados a sus lados un gran escaparate y una mesa de baño de la misma madera y de igual o semejante construcción. Aquella lucía tendidos bordados al pasado y en partes al relieve como sucedía en las marcas que indicaban en iniciales el nombre de mi mujer, todo de exquisito gusto. Cubrían los muros también empapelados, algunos cromos y acuarelas (imitación) que por serlo no dejaban de agrandar la vista, sobre todo aquí donde no sabemos de pintura más allá de Palomino y Carrasquilla.

El costurero no estaba a la altura de las dos piezas que acabamos de describir, pero no carecía de lo que es costumbre mantener en esa pieza, en que nunca se cose, bien que todo más sencillo; mesitas de comino casi crespas, dos sillones (butacas) forrados en vaqueta y bien pintados; media docena de taburetes

de igual construcción; tarima con acolchado y ropaje de vistosa zaraza de fondo amarillo subido con grandes flores colorado - sangre y hojas verde - higuera; esterillado antioqueño acondicionado con reata, o cinta envigadeña de cabuya; bomba colgante en el centro; lámpara de petróleo; reloj de campanas y *chucherías* en las mesas; y por último, cuadros de paisajes o de escenas de alguna novela clavados en los muros, algo así como de Mazepa o Pablo y Virginia, que ya no recuerdo.

Todas las piezas arriba descritas tenían, además, en sus puertas y ventanas, cortinas de encaje y de tela de lana de vivos colores, entremezclados con arte y gusto y atados con cordones azul celeste que remataban en gruesas borlas del mismo color.

El comedor, que daba al frente del zaguán de entrada, era, asimismo presentable, pues aunque es verdad, y de lamentar, que los estantes y escaparates estaban vacíos y ajenos de vajilla o de cosa que se le pareciera, la mesa la cubría un mantel muy blanco, muy limpio y de buena tela, y en su centro se elevaba un magnífico frutero de cristal, en el cual casi nunca faltaba un pepino de olor, media docena de naranjas *chinas*, otra media docena de guayabas dulces, cuatro higos del Cucaracho y unos cuatro *ajíes* muy colorados; y digo que casi siempre, porque estas frutas eran puramente para la exhibición y nunca para el consumo.

El patio veíase siempre muy bien desyerbado y constantemente barrido; y los corredores con su suelo de ladrillo muy lustrosos y aseado, con sus paredes blanqueadas y sin mancha alguna, daban gusto. Agréguese a esto que patio y corredores estaban adornados con tiestos de azaleas, margaritas y jacintos colocados alrededor del primero, y con parásitas en canastillas de alambre en hilo de lo mismo que pendían colgantes de las soleras de los últimos.

Por desgracia para mí y para los míos, todo aquel aparato escénico, y todo este relativo lujo, era pura y simplemente apariencia y nada más; y bien lo demostraba así el interior no exhibible al público, de nuestra morada, en donde se dejaba ver sino la miseria, algo que se le parecía tanto, que cualquiera se engañaría al punto y no se podría culpar. Con efecto, los dormitorios tenían un aspecto tan desconsolador y tan triste con sus feas y desmanteladas camas, con sus paredes sucias y manchadas, y con sus demás muebles, mesas cajones y cómodas, bastantes ordinarios y viejos, que todo aquello inspiraba lástima y compasión. Y ahora que diremos si echamos una mirada por lo que llamaremos las traseras del edificio, como cocina, cuarto para criados &c. &c.; aquello era para dar algo que conviene callar para no parecer inoportunos e indiscretos. Nada de lo que es necesario y de *confort* para la vida; y en cambio abundancias de basura y de desorden.

En una palabra, nuestra casa era en lo substancial, lo que pudiera llamarse con toda razón y justicia una incómoda vivienda al nivel de nuestra apurada situación de fortuna, pero con apariencias de una cosa mejor.

Taña anomalía y tal contrasentido de presentar a la gente de la calle un *exterior* brillante para vivir en el *interior* como *marranos* –pues lo que gasta en oropel y bambolla hace falta grande para el diario sustento, lo que según entiendo no es pan que se amasa en casa únicamente –se lo explicará el lector haciéndole saber, aunque recomendándole el secreto, que mi importante consorte, mi primogénito y mis encantadoras hijas, a quienes luego tendré el placer y el honor de presentarle, se habían empeñados en persuadirme, lo que sin duda se consiguieron, de que debíamos vivir apretándonos la barriga a trueque de podernos exhibir ante el respetable público y ante nuestros numerosos amigos como gente pudiente y acomodada, capaz de alternar en todo con los ricos y favorecidos de la tierra.

Ignoro si logramos engañar a alguien con tan absurda como ridícula comedia, pero lo que sí sé hasta de memoria es, que los de mi casa, al menos los grandes, la estábamos representando con satisfacción y una candidez admirables y encantadoras. Y tampoco ignoro que nuestros amigos y conocidos estaban al tanto de que mis recursos pecuniarios eran demasiado exiguos; de que mi sueldo, descontado el valor de arrendamiento de la casa, no alcanzaba ni para satisfacer las exigencias más apremiantes de la alimentación; y en suma, que nosotros hallándonos de continuo vacío de vientre, nos dábamos ínfulas de tenerlo lleno.

En tal situación nos encontrábamos los míos y yo, cuando una tarde de un mes de Enero –el año importa poco- llegó a mi casa como a eso de las cuatro, saludo a mi mujer, abrazo a mis hijas y doy el beso de costumbre a los chicos. Y como en seguida dieran la señal de que estaba servida la comida, acudimos al llamamiento y nos sentamos a la mesa. He aquí quienes: mi mujer, que lleva por nombre de pila, el de Cándida Rosa, y por apellido el de Angel del Prado: tiene cuarenta y cuatro años y todavía se *conserva* y la echa de *buena moza*; mis tres hijas casaderas, de veintiuno y diez y nueve y diez y siete años, respectivamente, robustas, de buen color y que, a dicho de todos, son hasta bonitas: fueron bautizadas con los sonoros y elegantes nombres de Aurora, Blanca y María Estela: mi primogénito Conrado, mocetón de veintitrés años, hermoso y esbelto caballero, no tiene oficio ni beneficio, renta ni pensión alguna, pero en cambio se fuma dos cajetillas de cigarrillos al día, viste a la moda y es asistente asiduo al Club de la “Corona de Azahares”, del cual es miembro fundador; y por último, el pobre que esto escribe, a quien el público conoce en demasía, y a quién tal vez habrá comido sin saberlo. La gente menuda –La de quince para abajo-

no figura en la escena, pues por falta de espacio y por escasez de asientos, hacía la fatiga en la cocina, como quien dice detrás de bastidores.

Damos gracias a Dios en coro y en lata voz, y la comida empieza por la sopa. Se sirve, en efecto ésta en los platos; una sopa así... de cualquier cosa... desabrida, insípida y desgrasada. En medio de un sepulcral silencio, interrumpido solamente por el ruido de nuestros sorbos, nos tomamos aquel brebaje tan *maluco*, sin chistar palabra.

Viene enseguida el puchero; y era de verse aquello: en un mar de una caldo incoloro, casi cristalino, nadaba sueltas, y sin cohesión alguna, a la manera como se ven en los océanos los restos de un naufragio, unas briznas de algo más sebo que carne y unas escuálidas y vergonzantes legumbres que daban lástima. Y sin embargo, con una resignación de verdaderos cristianos y con humildad recomendable, nos tragamos tan desabrido potaje sin que nadie dijera esta boca es mía.

Siguen en el orden acostumbrado los frísoles; ¡pero qué frísoles señores!

Imaginaos que en una ancha, profunda y larga bandeja de porcelana de Caldas se ven acá y acullá esparcidos entre un caldo de chirle chirle, color de tabaco, unos cuantos granos de este apetitoso manjar antioqueño, arrugados como vieja de noventa años y descoloridos como *tuntunientos* de Amagá, los cuales más que frísoles, parecen los cadáveres insepultos que quedan en un campo de batalla después de la lid; y admiraos, porque el caso lo merece, de que esos susodichos frísoles, tan mal cocidos, tan escasos de manteca y de otros condimentos, desaparezcan en nuestro vientre tan fácilmente como si se tratara de un *bocado de la reina* o de cualquier otro buen plato preparado por Antonia, la de Jorge.

Continúa después la comida *siempre* mala y *siempre* en silencio y concluye con el clásico vaso de agua por falta de otra cosa mejor. Levantámonos para rezar el *Padrenuestro*, y cuando cada cual se prepara para marcharse a sus quehaceres, mi mujer nos suplica que la oigamos un momento, y después de volver a nuestros asientos, me dirige la palabra en los siguientes términos:

-¿Sabes Ramón que dentro de quince días cabales se casa Arturo Eduardo, el hijo de tu hermano Pedro?

- Vaya, si lo sé, le contesté en seguida; ¿y qué tenemos con eso? Déjalo casar, que lleve buen viaje, y a nosotros nos dé Dios mucha vida y salud.

- Conque ¿qué tenemos con eso? ¿Eh? Me cae en gracia tu pregunta, replicó Cándida, subiéndosele al rostro los colores. Pues qué ¿ignoras que por ventura, que la familia de la novia nos ha convidado a las bodas de tu sobrino, y que estamos en la imperiosa necesidad de asistir a ellas? ¿E ignoras también, pichón de angelito, que para asistir a una fiesta de esa clase, tanto tú como todas nosotras, debemos ir decentemente vestidos, de acuerdo con nuestra distinguida posición social? ¿O piensas acaso, alma de cántaro (estilo familiar), que nosotros nos vamos a presentar a la casa de la fiesta con cualquier traje, mano sobre mano, y sin llevar los obsequios y ramilletes de costumbre? ¿Y no te imaginas, *tarasca* (estilo id.) la cara que nos pondrá esa gente tan encopetada si nos distinguiéramos por la ausencia o si nos apreciáramos mal vestidos y con las manos vacías?

¿Conque lo entiendes? Deja de hacerte las nuevas y el bobo, y apresúrate a conseguir los reales que necesitamos para las compras. Si a mi no me atiendes, al menos conduélete de estas pobres muchachas que en nada gozan y que viven tan encerradas.

- Si, papá, no nos diga que no, exclaman las tres al propio tiempo.

- Empiezo por confesarte, mi querida Cándida Rosa, le dije yo a mi turno, que hasta el presente no se me había ocurrido —tan distraído vivo con las tantas cuitas que me afligen— que me amenazaba un tan gran peligro como el que me anuncias, y por ese motivo te contesté tan secamente; pero ya que caigo en la cuenta y que he reflexionado un poco, permíteme que te diga con entera franqueza, como lo acostumbro contigo en ocasiones semejantes, que lo que hoy pretende es física, metafísica y moralmente imposible, y así, es inútil que insistas en asistir con tus hijas a esas bodas que el diablo se lleve, si, como lo temo, han de ser causa para nuestra mortificación y para que hagamos gastos que no están a nuestro alcance. Y como este principio tan feliz, me diera aliento agregué en seguida: Que no se hable, pues, más de este asunto, porque mi familia ¿lo entiendes? No irá a las bodas de mi sobrino, llueve donde lloviere y truene donde tronare.

Tal arranque de energía marital y paterna era en mí tan desusado, que aquel de que me dejé llevar en ejercicio del derecho de la legítima defensa, me causó tal impresión que caí en mi asiento, del que antes

me levantara, exánime y sudando la gota gorda; y más que todo, temeroso y asustado de haber provocado imprudentemente la tempestad que ya cerca venía sobre mi cabeza, y que poco tardó, en verdad.

Aurora fue la primera en levantarse, y poniéndose las manos en la cabeza y haciendo una cara que daba miedo, exclamó: ¡Papá, por Dios! ¿Qué es lo que Ud. está diciendo? ¡No sabe cuánto daño nos hacen sus palabras!

Blanca no esperó más, y cubriéndose el bello rostro con un pañuelo de batista, muy perfumado por cierto, dijo a su turno: ¡Oh que horror! ¡Cuán desgraciadas somos mamá, con un padre tan desconsiderado!

-¿Qué es lo que nos sucede, Dios de mi vida? Gritó a todo pecho María Estela.

¿Y Conrado? No dijo nada claro; pero levantándose de su asiento fue saliendo del comedor haciéndose el despechado y el bravo; pero sin embargo, creo haber oído que entre dientes exclamaba: ¡Qué padre tan tirano!

En cuanto a Cándida, guardó un estudiado silencio como quien comprendía que era mejor y de más efecto, poner en juego las guerrillas y dejar el grueso del ejército para lo más fuerte del combate. No obstante, en su semblante dejaba ver lo que en el fondo de su alma estaba sucediendo.

Pasado este primer chubasco traté de reponerme un poco para que no me vencieran al primer tiro, y haciendo un supremo esfuerzo continué mi interrumpido discurso.

- Cándida Rosa de mi alma e hijas de mi corazón, oídme y no me condenéis sin defensa. Los que vosotros deseáis es una cosa muy puesta en razón, pues en verdad sería ridículo, daría mucho que decir y nos pondría en una tirante situación con mi hermano y su familia, si no concurriéramos a las bodas de mi sobrino convenientemente vestidos y llevados los consabidos regalos y ramilletes; pero es el caso, y aquí está lo grave del asunto, que yo me hallo en la actualidad literalmente arruinado, que tengo mil cuentas pendientes con las *Abundancias*, y con el carnicero, y con el sastre, y con los modistas, y con los comerciantes, y con todo lo que se pone calzones, y que no tengo un medio, y lo que gano apenas si me alcanza para que nos echemos un amargo bocado; y si no que lo diga con muda elocuencia el interior de

nuestra desmantelada morada y esta misma y pobre y malísima comida que acabamos de tragarnos, humedeciéndola con nuestras lágrimas y a más no poder.

Dígoos, pues, en conclusión, que a pesar de la necesidad y conveniencia que tenemos que asistir a las mentadas bodas, nos hallamos en completa imposibilidad de hacerlo; y esto por la sencilla y contundente razón de que carecemos de dinero y de medios lícitos para conseguirlo, a no ser que hagamos sacrificios que más tarde nos saldrán muy caros. ¿Quién quisiera más que yo complaceros y daros gustos? Pero en la actual situación es pretender un imposible o es exponernos a peligros muy grandes, que es fácil prever, el querer llevar adelante un semejante proyecto.

Os suplico, pues, que reflexionéis un tanto y que os conforméis con la suerte que nos ha venido: no hay que tentar a Dios.

Cuando hube concluido este tan famoso discurso, modelo de elocuencia a mi parecer, creí sinceramente haber producido en el ánimo de mis oyentes magnífico efecto y conseguido así una victoria completa. ¡Pero cuál fue mi desengaño!

Como “no hay peor sordo que el que no quiere oír” en el ánimo de mi mujer y de mis hijas, que no querían dejarse convencer por razón alguna, mi peroración no produjo otro resultado práctico que el de exasperarlas, para que más pronto se desatara sobre mí la temible tempestad, cuya marcha logré detener un instante, y así sucedió por cierto y sin poderlo negar.

La harpía... digo la pobre de mi mujer, se sulfuró como de costumbre tiene, y haciendo cara de basilisco, me prodigó en un *sancti amen* los calificativos más fuertes y menos halagüeño para un marido. Díjome, que recuerde, muerto de hambre, cicatero y desconsiderado, que no sabía respetar mi familia ni mantenerla en su natural y merecida posición; y por último me hizo un torcido de boca y de ojos que casi me mata del susto.

Aurora, la tierna y sencilla Aurora, se desató en amargo llanto; Blanca, la soñadora, la talentosa, dio en lamentarse tan tristemente que la dura suerte que nos había tocado en este pícaro mundo, que casi partía el alma; y por último, y esto fue lo peor de todo, María Estela, la mimosa y contemplada de la casa, se desmayó; y si no ocurro tan de prisa y la recibo en mis brazos, de seguro que cae al suelo y se rompe hasta la *crisma*.

Me apresuro a confesar mi debilidad o sea mi pecado; pero ante cuadro tan conmovedor y ante la fiera y colérica mirada de mi mujer, tosa mi energía se acabó como por encanto, y mis deliberados propósitos de resistencia desaparecieron como desaparecen del azulado cielo de los blancos *cirrus* que el sol calienta. Concluí, pues, por rendirme a discreción, por no creerme con fuerzas ni valor para seguir en lucha con seres tan queridos. ¿Seré yo por ventura el primer marido que se doblega ante las exigencias de su familia? Estoy seguro de que no seré yo ni el primero ni el último, y apuesto algo.

Vuelta en sí María Estela de su desmayo, gracias a mis caricias y a las gotas tiradas a la cara, y calmadas un tanto mi amada consorte y mis idolatradas hijas, debido a mis ruegos y súplicas, me expresé en los siguientes términos:

- Puesto que os empeñáis en que a todo trance hemos de asistir a las bodas de mi sobrino, sea como lo deseáis; el sacrificio será grande y las consecuencias tan terribles; pero nuestra alta posición social y nuestro honor así lo exigen y no hay que vacilar, sobre todo, si os veo contentas y satisfechas. Iremos, pues, a las bodas mencionadas, cueste lo que costare. Vuelva, pues, a los labios la sonrisa y el gozo al corazón y adelante fortuna.

Este deseo mío no se hizo esperar, y como resultado me vi en apuros para librarme de los abrazos y caricias de mi mujer y de mis hijas que no sabían donde poner un padre tan bondadoso y tan condescendiente; abrazos y caricias tan tiernos y tan *desinteresados* que harían sin duda la dicha de un esposo y de un padre menos *pelado* y menos aburrido que yo; pero a mí me *cargaban* demasiado, considerando cuán caras me iban a costar en pura plata y molestias y sinsabores sin cuento.

Entramos luego en lo que podríamos llamar los preliminares de la paz; y he aquí lo que en completo acuerdo y por unanimidad de votos se convino:

1° En que cada una de las niñas casaderas, o sea las muchachas Aurora, Blanca y María Estela, llevarían un trajecito muy sencillo, que con sus adornos costaría a lo sumo treinta pesos: total de los tres \$90.

2° Que en guantes, zapatillas, sombreros y otros *arrumacos*, invertirían entre las tres \$60.

3° Que el ajuar de mi mujer no excedería de \$60.

4° Que el Conrado y yo, que apenas teníamos que reponer algunas piezas, y comprar guantes y corbata blanca, invertiríamos únicamente la exigua cantidad de \$50; y

5° Que para los obsequios, ramilletes y *porta – bouquets*, todo de poco precio, gastaríamos \$80.

Monto total \$340.

Item más: fue condición expresa, aceptada después de larga discusión, que no irían los niños que se seguían de María Estela para abajo, y por si el lector tiene antojo de saber su número se lo diré: eran cinco, cuatro varones y una hembra de veinte meses cumplidos, candidata para *último*.

Como hechos en debida forma los anteriores arreglos, lo principal y conducente era conseguir quien prestara el dinero necesario para hacer las compras de los *artículos* convenidos, mi única ocupación en esa misma tarde de los sucesos narrados y en los dos días subsiguientes, fue el salir a la calle en busca de un *chillico*, pues en un banquero ni lo pensé, para que me supliera la urgencia que tenía.

Hablé, en efecto, con D. Camilo, con D. Toribio, con D. Cleto y con no sé quién más y recibí *nones* a millares y pasé vergüenzas sin cuento. Todos me exigían perentoriamente o fiadores o prendas o hipotecas; ¿y que podría yo hacer para constituir tales cauciones? Mis amigos eran muy pocos y todos me conocían muy bien; y en cuanto a bienes raíces y muebles, sólo podía contar con mi Cándida y con mis nueve hijos que, si bien podían considerarse colocados en esta última categoría, ¡malhaya! si habría quien me diera sobre ellos cinco cuartos! Pero como quiera que, según dice el cuento, algunos viven de porfiados, de porfiado logré que el maestro Arenas me emprestara, al mísero interés de cinco por ciento mensual y con seis meses de plazo, \$340 completos, los cuales recibí a mi entera satisfacción, en billetes de a diez pesos del Banco Nacional, muy nuevecitos por cierto.

Para garantía de este crédito constituí en caución prendaria mi reloj de bolsillo, un anillito de esmeraldas de mi mujer, tres pares de aretes de oro pertenecientes a mis hijas las cuales alhajas le entregué

al prestamista; y además los muebles de la sala, que por condescendencia dejó en mi poder el maestro Arenas, por vía de préstamo.

Con ese dinero en caja y haciendo a un lado presentimientos inoportunos, y muy al contrario contentos y satisfechos, al menos los de la casa, pues en cuanto a mí ya se supondrá el lector como me hallaría, procedimos a verificar las operaciones comerciales indispensables para proveernos de lo necesario para las fiestas que teníamos en perspectiva. He aquí como pasó esto; pero antes conviene advertir que los sucesos que en seguida voy a relatar, y que forman pudiera decirse, el tercer acto del drama casero, cuyo argumento estoy exponiendo a la vista de los aficionados, pasaban en el costurero arriba descrito, como a eso de las doce m., tres días después de lo ocurrido en el comedor; y que los personajes que figuraban en escena eran mi mujer y el que esto escribe, nuestros nueve hijos, inclusive la *seca leche*, la cocinera, la *dentrodera* y dos señoras de la vecindad, cada una con dos de sus hijas, las cuales fueron convidadas para que tomaran parte en las discusiones del consejo de familia que iba a reunirse para hacer el escogimiento de los objetos que íbamos a comprar.

Se abre la sesión, y era de verse sobre las mesas, tarimas y taburetes, en el suelo, y entre las manos de todo aquel gentío, como aparecieron los innumerables objetos que una *mandadera*, buscada al efecto, había recogido en tiendas y almacenes para traer a la casa para que la familia escogiera. Telas de lana y algodón y hasta de seda, encaje de muchas clases y variados dibujos, botines para mujer, corbatas para mujer, corbatas para hombres, guantes para ambos sexos, camisas, cuellos, cristalería y porcelana de Bohemia a pedir boca, frascos de perfumes finos y ordinarios, y en fin, un rigor de *chucherías* de mucho gusto.

Aquello semejaba un verdadero campo de Agramante en donde todo el mundo hablaba y gritaba y se movía y nadie escuchaba, y así, aunque intente hacer guardar algún orden alzando para ello la voz, peor, mucho peor se puso la cosa. El uno o la otra tomaba algunos de los objetos de la exposición en sus manos, y no contentos por admirarlos por su propia cuenta, trataba de que los otros lo admiraran a su vez y se los metían entre los ojos, quiera que no quiera; los muchachos gritaban; Conrado *refunfuñaba*; mi mujer y los niños chillaban; la chiquita lloraba que daba gusto porque no le daban una licorera de a *tambor* para jugar con ella; y por último la cocinera y la *dentrodera* les pareció del caso meter su *cucharada*, y eran las que más contribuían a aumentar la bulla y el desorden. Por fin se logró que reinara un poco de calma, y ya se pudo entrar en un arreglo práctico y conducente al objeto de la reunión.

Se escogieron, en efecto, las telas para los trajecitos de las señoras, y otros objetos propios para el ajuar de éstas, como sombreros, guantes, &c.; luego lo que Conrado y yo necesitábamos que no debíamos conseguir en los talleres de sastrería; y por último, los consabidos seis *porta bouquets* para los ramilletes que debíamos llevar. Hasta aquí todo iba bien, aunque no se puede negar que se discutió y se vaciló mucho sobre cada cosa; pero cuando se trató de lo relacionado con los regalos, aquí fueron las de San Quintín. ¡Qué de pareceres tan encontrados! ¡Qué de gustos tan contrarios! Con sólo decir que hubo hasta pelea, pues Blanquita la mía y una de las señoritas de la vecindad se disgustaron muy seriamente porque aquélla sostenía que una estatuita de bronce representaba un león y ésta pretendía que era una pantera. Pero sobre todo, lo que más alboroto la discusión fue lo pertinente con la naturaleza de los regalos.

Yo pronuncié un largo y prolongado discurso para probar que a novios pobres como mi sobrino y su futura (y ésta lo era en verdad, pues aunque figuraban como ricos, ella nada iba a recibir), se les debía obsequiar con cositas que les fueran verdaderamente útiles, a la vez que fueran bonitas; pero todo fue en vano: se declaró, según creo, por unanimidad de votos, que yo estaba muy pasado y que sería ridículo regalar objetos tan prosaicos. Concluimos, pues, por comprar algunas *baratijas* de elevado valor, de mucho oropel y tan inútiles que no se diga.

Hechos, pues, todos los preparativos de rigor y llegado el deseado día, asistimos a la augusta ceremonia del matrimonio, que se celebró a eso de las ocho a las nueve de la mañana, luego el desayuno que tuvo lugar en seguida, y más tarde el almuerzo que empezó a la una p.m., y concluyó a las seis de la tarde.

La fiesta estuvo de *rayar*, y nosotros hicimos de ella un papel bien principal y muy importante, aunque debo confesarlo, no dejó de intranquilizarme un poco el haber oído por lo bajo críticas muy amargas sobre el pobre vestido de mi mujer y de mis hijas, y sobre lo charro y deslucido de nuestros ramilletes y regalos. Nada les dije a ellas, y por su parte algo comprendieron, se dieron por no notificadas y volvieron a casa contenta y satisfechas que no cabían, como que habían alternado con gente grande y rica. Ocupámonos un rato en hacer comentarios, críticas y recuerdos sobre la fiesta, y a las nueve p.m. nos acostamos, todos los míos, a dormir como angelitos, sin acordarse de que yo sepa, de que aquella pasajera diversión que tanto halagó nuestra pueril vanidad, nos imponía el duro y nuevo gravamen de pagar diez y siete pesos cincuenta

centavos al mes, y aumentaba nuestro pasivo con \$340; y yo... a pensar en que esto de luchar con la vanidad humana y con el espíritu de imitación, es dura cosa.

EPÍLOGO

Pasaron los seis meses de plazo convenido con el maestro Arenas, y como a duras penas le pude pagar la mitad de los intereses, me exigió perentoriamente el cumplimiento íntegro de la obligación o sea el pago de capital e intereses, o que le diera más garantías. ¿Cuáles le podría dar este pobre cuitado? No obstante, salí por lo pronto del apuro, porque mi citado acreedor, a fuerza de ruegos, súplicas y humillaciones, convino al fin por concederme otros seis meses de plazo.

Transcurrió este tiempo y ya no hubo escapatoria posible. Verdad es que vuelvo a la carga, y que hago nuevas súplicas al maestro Arenas, pero en esta vez estérilmente. Resultó pues, lo que era de esperarse, digo mejor, de temerse; y fue que mi acreedor se dejó de vueltas, y usando de su derecho estableció ante el Juez competente la correspondiente acción ejecutiva para hacerse pago en forma legal con los valores de los objetos recibidos en prenda y con lo demás que pudiera coger. Se libró el mandamiento de pago; se me hizo notificación de él; se me exigió la relación de bienes que era de rigor, y como consecuencia, vino enseguida el correspondiente decreto de embargo.

A los tres días, era un sábado, a eso de la una de la tarde tocan a la puerta de mi casa tres caballeros decentemente vestidos y como saliera mi mujer a recibirlos, le preguntaron muy corteses por el señor de la casa; contestóles ella que yo estaba ausente, lo que era verdad, y entonces uno de ellos, el que parecía que hacía de cabeza, le dirige nuevamente la palabra con mucha amabilidad y en tono compasivo le dice:

- Mi señora: con profunda pena vengo a cumplir, en mi carácter de Juez, con el ineludible e ingrato deber de hacer sacar de esta casa de Ud., los muebles de la sala para entregárselo a este caballero —y señaló a uno de sus compañeros- quien ha sido nombrado depositario de esos bienes en la ejecución que el Sr. Casimiro Arenas ha establecido en mi Juzgado contra el Sr. Ramón Pérez, el esposo de Ud. Con que mi señora, con su permiso; y sin esperar más razón, el Sr. Juez 1° del Distrito, pues era él en persona quien hablaba, fue entrándose, primero al corredor y después a la sala, que encontró abierta y a la mano, lo que hizo que sus dos compañeros, el susodicho depositario y el Secretario del Juzgado, y con ocho peones

altozanos que trajo para sacar los mueblecitos empeñados y para llevárselos al lugar del depósito. Así lo hicieron en efecto a ciencia y paciencia de Cándida Rosa que veía lo que estaba pasando y nada comprendía; y aunque sí presintió sobre nosotros se venía una gran desgracia, no tuvo valor para oponerse a nada, y se contentó la pobre con echarse a llorar, y a lamentarse, que es el triste recurso que nos queda cuando el mal no tiene curación.

A todas estas, se aparecen Aurora, Blanca y María Estela que estaban haciendo visitas de cumplido para aprovechar unos trajecitos nuevos, y luego Conrado, que Había salido a la calle a hacerse cortar el pelo y a que lo afeitaran, y se imponen de lo sucedido al ver la desolación de su madre y lo desierto del salón; y aquí fue Troya! ¡qué gritos! ¡qué lloriqueos! ¡qué lamentaciones tan patéticas! ¡qué furia la de mi primogénito y que sentir el no haber estado presente para escarmentar a los miserables saqueadores de los hogares honrados! Vienen luego los abrazos a la madre y el confundir las lágrimas con la que está derramaba a torrentes y en seguida los desmayos de las tres muchachas. Ocurren presurosas las vecinas a prestarles auxilios con el agua de Florida, el éter sulfúrico y las plumas de gallina para quemar y dar a oler al paciente; y la cosa concluye con *sorbetes* y *caspiroletas* que mis hijas y mi mujer tomaron después de muchos y reiterados ruegos de sus amigas y vecinas.

Precisamente cuando yo entraba estaban ellas, las pobrecitas, saboreando esos suaves y delicados caldos que tan fácilmente se habían deslizado por sus gatzates y que tanto valor y resignación les daban. Empero, al verme suspendieron el gusto, y pareciéndoles que el público gritaba *bis*, quieren empezar de nuevo la escena y se lanzan presurosas sobre mí en vía de abrazarme y gritando aquello de “esposo mío, ¡qué desgraciados somos!” y de “¡padre mío! ¿que es lo que ha sucedido y qué vamos a hacer en esta situación tan horrible?” pero yo que ya no estaba para tanto, poniendo un semblante adusto y parándolos seco, les dije:

- Alto ahí mis queridas. Dejémonos de lamentaciones, de jermiadas y de desmayos, que eso ya no tiene objeto alguno. Lo que nos acaba de pasar, y que tan hondamente nos ha herido, estaba previsto de antemano, pues yo os lo pronostiqué el infausto día en que por vuestros ruegos y necesidades y por guardar la paz con Cándida, incurrí en la debilidad de consentir en que asistiéramos a las bodas de mi sobrino. Y alzando un poco más la voz agregué, indicándoles con la mano y la mirada el salón vacío:

- Veos en ese espejo y no digáis una palabra más.

Concluye el drama y cae el telón.

Medellín, Septiembre de 1896.

CUANTO ME COSTO LA BURRA

Por: *Manuel Uribe A.*

En un punto inmediato a las últimas casas de San Benito y a la orilla del río Medellín, había en el año 1699 una habitación pajiza circunscripta por paredes fabricadas de caña-brava, repletas en su parte central por tierra mal amasada y atadas con bejucos de los que abundaban mucho por entonces en los bosques vecinos.

El conjunto de este mezquino edificio estaba sostenidos por estacas de madera que aún conservaban algo de su corteza y cuya base se mostraba carcomida por la tierra húmeda en que descansaban.

La pared o *bahareque* de que hablamos, había sido mal alisada con la palma de la mano, porque el palustre de los albañiles modernos no había entrado todavía en nuestra arquitectura urbana. El enlucido de tierra blanca o cal, no figuraba por nada en esta especie de casa que más parecía choza grosera o rancho primitivo que otra cosa, y como la sequedad del aire hubiese contraído los materiales de construcción, la superficie estaba llena de grietas y de tolondrones como la piel de un leproso. La paja *masiega* que le servía de cubierta, aunque resistente por su naturaleza, había comenzado a podrirse en algunos sitios y dejaba paso libre a no pocas gotas de agua que mojaban el suelo constituido por tierra imperfectamente pisada y con gran detrimento de dos entarimados dispuestos con tablas groseras que figuraban como lechos y sobre las cuales había sendas esteras de corteza de plátano, enrollada cilíndricamente y unido por hilos de fique torcido, muy empleado para tal fin y en tales ocasiones.

El lugar de las camas pudiera haber sido considerado como alcoba porque estaba separado de otra pieza con abertura sin puerta, en la parte central; pieza que daba a la calle sin más seguridad que una

cancilla aforrada en piel de res y fronteriza a otra semejante que permitía el ingreso a un corral de mediana extensión limitado por viejas talanqueras y en el cual crecían árboles de higuera y medraban malvas, escobillas, verdolagas y no escasas ortigas.

En la época a que vamos refiriéndonos, aquella especie de tabuco miserable se ofrecía un tanto vencido, y hasta hubiera caído en ruinas si Pedro Moncayo, que lo habitaba, no hubiese parado el golpe con alguno puntales metódicamente colocados para sostenerlo.

La segunda pieza de que hemos hecho mención, servía a un mismo tiempo de aposento y de cocina, porque el hogar, fabricado con tres piedras, se hallaba en uno de los rincones, sin que al humo quedase más recurso que salir en parte con lentitud por las portezuelas, o confinarse en la salita misma o en la alcoba.

Hemos dicho que Pedro Moncayo era el señor y dueño de aquel lastimoso tugurio; pero bueno será que agreguemos algo más a mucho de lo se conexas con este sujeto por ser el héroe de nuestro cuento.

Moncayo era descendiente de una de aquellas familias que presidieron la fundación de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, de Medellín, y que acomodada por entonces en negocio de haberes de fortuna, bien pudo hombrarse con D. Miguel de Aguinaga, el ilustre Gobernador de Antioquia; la cual por veleidades propias de la suerte, llegó a menos, en un abrir y cerrar de párpados, por manera que Pedro fue paupérrimo en la acepción propia de la palabra. Agreguemos, para mejor inteligencia, que además de pobrísimo, era sumamente ignorante, si bien por compensación, en sumo grado inteligente, porque estas dos cosas no se excluyen.

La mocedad de Moncayo fue robusta, y tanto, que con su trabajo personal, en calidad de peón, ganaba lo bastante para socorrer con cariño filial a su anciana madre, que desde años atrás yacía postrada de reumatismo crónico, que por herencia tradicional atormentaba a la familia de la pobre señora.

Había también entre la desdichada gente de que tratamos, una negra cocinera muy devota de sus amos porque sus ascendientes habían servido antaño con pronunciada fidelidad, en la casa de los Moncayos. Dicha sirvienta se movía con dificultad porque, por efecto de una antigua caída, se le había dislocado uno de los huesos de la cadera y porque para no claudicar, el espinazo se le había torcido formando incómoda joroba.

Las tareas de los Moncayo, mientras pudo trabajar, consistieron en levantar vallados para separar las heredades; en ahondar zanjas para desagües: en clavar estacas para dirigir la corriente de las aguas; en desyerbar maizales, y en cuidar gallinas, cerdos, caballos y vacas.

Probablemente por influjo de la herencia, o por causa de las humedades diarias, o acaso por la absorción de miasmas palúdicos, el reuma se apoderó de las articulaciones del trabajador, de tan desgraciada suerte, que la enfermedad que al principio fue en él aguda y febril, se tronó a la postre en dolencia habitual, rebelde a todos los medios curativos que en aquella época ponían en práctica los compadres y las comadres de los contornos: frotaciones de aguardiente alcanforado, sumo de guaco, pócimas de diferentes clases, purgas repetidas, unciones de manteca de iguana, de oso, de león y hasta de caimán —que trajeron de Nare; nada pudo impedir que los miembros superiores e inferiores de nuestro compatriota, se encorvasen, se contrajesen, y que algunos de sus huesos se adhiriesen unos a otros, impidiendo casi en su totalidad los diversos movimientos del cuerpo.

Pedro fue hombre prudente, y como tal, no dejó de acumular ahorros que tomaba del salario que se le pagaba por sus esforzadas labores en tareas campestres; mas como quiera que la enfermedad fuese larga, todas sus economías pasaron por la inflexible hilera de sus necesidades, de tal modo, que pronto se halló en precaria situación.

El trabajo reducido de Atanasia, nombre de la criada, y el espíritu caritativo de los prójimos, le favorecieron al principio, pero al correr de poco tiempo, la pobreza llegó a ser clamorosa en aquel desventurado hogar.

Y no podía ser de otra manera, porque el cuadro que se ofrecía a la vista era positivamente afflictivo: una barraca desvencijada; un corral enmalezado; una vieja lisiada; un hombre tullido y una negra coja, eran lo bastante y aun sobraba, para infundir profunda lástima.

Sin embargo, era preciso vivir y para ellos buscar medios de conseguirlo.

En conferencia que tuvieron Moncayo y Atanasia, se convino en que la última que daría constantemente al servicio de la enferma, mientras que el primero pediría limosna a la buena gente del lugar.

De tal determinación surgió grave dificultad que parecía insuperable, porque arrastrarse todo un día frotando con el cuerpo guijarros, cascajo, tierra, lodo, malezas y otros mil obstáculos de que por entonces estaban colmadas las imperfectas calles de la Villa, era asunto que rayaba en lo imposible o por lo menos en peligro de perecer en la demanda.

Aguzando el ingenio, resolvieron amo y criada echar mano de algunos retazos de cuero viejo que tenían a su alcance.

Con dos telas de ellos, humedecidas y cortadas al tenor de las posaderas del tullido, fabricaron una especie de saco que acolcharon con paja seca, y que cerraron con metódica costura adicionándolo con fajas de piel para atarlas luego a los muslos y cintura del pobre inválido. Colchoncitos pequeños semejantes a rudas manoplas, fueron dispuestos para amortiguar los dolorosos frotamientos que debían experimentar las manos al apoyarse en tierra para impulsar el cuerpo hacia adelante.

Ataviado con este singular aparato, y constituido en calidad de mendigo, Pedro Moncayo emprendió atrevidamente la profesión de pordiosero.

Los estragos causados por el reumatismo fueron muchos, pero aún quedaban al estropeado personaje algunas partes sólidas y sanas. Y tanto era así que al contemplarle sentado, su busto era arrogante. Tenía cabeza voluminosa cubierta por ensortijada guedejas de cabello negro; era blanco, de frente ancha, de cejas negras bien pobladas, de espesa barba, de espalda y pechos levantados y de mirada enérgica y atrevida.

Si algún discípulo de Lavater hubiera querido deducir algo desfavorable al carácter moral de Pedro, hubiera llevado un gran chasco. Porque debajo de aquellas duras facciones, había un individuo manso como un cordero, inofensivo como una paloma y humilde como acrisolado cristiano.

El mendigo de que venimos tratando, efectuaba sus cotidianas excursiones por las calles de la Villa, y como no es de ahora el que los medellinenses, bajo aparente corteza de gente huraña y descorazonada, hayan sido compasivos, pues mamaron con la leche de su infancia el sentimiento puro de la caridad, acontecía que todas las tardes al volver a su tugurio, Pedro llevaba algunos reales de los que le habían dado las personas que le conocían bien y estimaban sus antecedentes. La suma recogida no era cuantiosa, pero

bastaba para satisfacer las reducidas necesidades de un personal tan modesto y acomodaticio. Había algo más: quedaba siempre un saldito a favor del pordiosero, quien obediente a sus costumbres de economía, lo guardaba cuidadosamente para cualquier ocasión solemne que pudiera salirle al paso.

En tal guisa siguió por algunos años la vida de este nuestro amigo; mas como el ejercicio fuese áspero y el gasto de fuerza física tan considerable, el hombre principió a flaquear un poco y a fatigarse demasiado con tan penosa brega. No obstante hubo un dilema: continuar luchando o perecer.

En cierta ocasión emprendió Pedro su diaria correría hacia los lados del cementerio viejo, y como el llegar a la margen del riachuelo llamado *Loca*, que por aquella parte corre, no pudiese pasarlo, se colocó a la sombra de un alero que cerca de allí había para reposar un tanto.

En eso estaba el infeliz, cuando acertó a pasar, comiéndose un gajo de plátanos, un leñador de algunos burros cargados de la respectiva mercancía, y como el tullido tuviese hambre, estiró la mano al campesino y le pidió una limosna por amor de Dios. Este, que por la prueba se vio ser cristiano de buenas entrañas, arrancó un plátano y lo alargó risueño al que le pedía.

El de la leña, encarándose con el mendigo, le dijo:

- Hombre, cómo debes padecer pidiendo limosna de un modo tan arrastrado!

- Mucho padezco, efectivamente, contestó Moncayo, y sufriría menos si Ud. tuviera la bondad de venderme esa burrita vieja que está parada en frente de nosotros.

En efecto, los burros, que como todo el mundo sabe, no se afanan mucho, por andar de prisa, al ver al amo en conversación con el pobre, se detuvieron, formando grupo para merodear, por si acaso, una hoja, una cáscara, el *vástago* de algún racimo, un *capacho* de maíz o cualquier otra cosa que la casualidad les deparase.

La borriquita que llamó la atención de Moncayo, parecía ya muy entrada en años_ era rucia de color; los pelos de la frente y de la crin muy abundantes y blancos; pues parece que la calvicie no es achaque de

burros y que las canas no son enfermedad de sabios porque cabezas blancas conocemos, que no valen más que las de los asnos.

Después de breve rato de reflexión se estableció entre el leñador y Pedro el diálogo siguiente:

- Amigo, barrunto que U. quiere pedir limosna de caballería.

- Cabal, replicó Moncayo; no gusto de llevar por más tiempo existencia tan arrastrada.

- Tiene U. razón. A mí tampoco me agradan los hombres arrastrados. Pues bien; le vendo la burra.

-¿Cuánto me pide por ella?

- Ofrézcame U., para ver si me conviene el precio.

- No señor, pida que el animal es suyo.

- Ofrezca señor, que pienso dársela barata.

- Ya lo creo, porque la burra es tan vieja que ya está patizamba.

- Así patizamba y todo, puede servirle para lo que U. la necesita.

- Bien, dijo el tullido -¿quiere U. tres reales por la burra?

Sea porque le leñador quisiese salir del animalejo, o porque tuviese compasión del pordiosero, convino en cedérsela por el precio ofrecido.

- Convenido, expresó el comprador; pero tengo que poner una condición a U. Y es que me tiene que encimar la albarda, y además la rienda aunque sea de lazo de cabuya.

-U. pide mucho; si agrega U. un real a los tres, asunto concluido.

Se cumplieron las condiciones mencionadas y como la cabalgadura fuese espaciosa para andar, y como la oscuridad de la noche llegase a todo correr, entró Pedro por su casa, no sin gran admiración de Atanasia, quién después de explicaciones recibidas, puso la bestia en el solar y condujo al amo a su lecho para que, jinete a la mañana siguiente, anduviese por calles y plazas implorando la caridad pública.

Serían las siete de la mañana, cuando Pedro, montado en la borrica, emprendió su primera correría por la ciudad para pedir la acostumbrada limosna.

Dos o tres señores que le vieron al paso, no dejaron de sorprenderse algo, por el cambio ocurrido en las costumbres del mendigo, pero pasaron sin hacer comentario porque eran prudentes. No sucedió igual cosa un poco después, porque se halló de manos a boca con tres o cuatro granujas, quienes al verle, soltaron ruidosas carcajadas y siguieron detrás acompañándole hasta la plaza mayor, sitio de feria bastante concurrido, pues ya la población de la Villa había crecido bastante.

La contemplación del pordiosero equipado como andaba, no produjo el primer día, en la gente seria sino un sentimiento de curiosidad, pero los pilluelos de Medellín, que fueron, son y será siempre, diabólica ralea, experimentaban comezón por emprenderla con el desdichado enfermo.

Al día siguiente, el andante caballero, tópose pronto con cuatro o seis muchachuelos que presididos por un mocito algo más crecido que ellos, se colocaron al lado del infeliz, riendo mucho y vociferando no poco. Por fin, depuesta toda reserva, el mayor de la chusma dirigió a Moncayo estas palabras_ Don Pedro, -¿Cuánto le costó la burra?

La pregunta anterior la fueron repitiendo tanto y tanto, que como por contagio se generalizó hasta causar enfado al señor Moncayo, quien impotente para tomar venganza, se contentaba con dirigir terribles miradas a un lado y otro, acogándose a la breve filosofía encerrada en esta estrofito que le había enseñado su señora madre cuando él era niño:

*“Tolera disimulado,
Aunque te haga padecer,
Agravió que no ha de ser*

Plenamente castigado”.

La persecución que desde los primeros días entablaron los malcriados contra nuestro hombre creció y creció tanto, que a poco era un positivo martirio, y como no podía recurrir a un arbitro que le salvase, guardaba silencio y aparentaba indiferencia que no tenía, pues cólera latente le roía las entrañas.

Cosa muy común es ver en algunas ciudades espectáculos de esa clase que ciertamente no muestran la faz honrosa de la humanidad. Es posible que tal anomalía se deba en los pueblos que están en vía de formación social, entre otros, a dos motivos que apuntamos en seguida: Poca vigilancia por parte de la policía y ningún esmero en la educación de la juventud.

Los idiotas, los locos, los de carácter extravagante y muchos otros infelices, sirven frecuentemente de ocasión para presentar en las calles y en las plazas, escenas de tan repelente salvajez; y si no que los digan en lo pasado *Patablanca, la loca Dolores, la Marota, el ñato Narciso, el sargento varón, Manito, Güerengue, Cegerita, Píoculeco, Tigre, Bartolilla, Caifás*, y en los actuales *Gertruditas, Cosiaca, el General Vasco, María chucha, Marañas, Justo Pelota, Víctor, Joaquina, La madre del monte. Mi Mater, Señor San José, Costillares, Teja, Perjuicio, Majelipa, Papagallo, Pavitas, Colorete* y otros y otras sin que el respetable público que asiste a esos extravíos, se apresure a impedirlos. Antes por el contrario, personajes serios y hasta señoritas de buena cuna, los toleran y aun los aplauden.

Si el lector quiere saber cómo pasan las cosas en una de esas crueles escenas respecto a una pobre víctima de la grosería popular, siga la breve descripción que intercalamos en este desgredado relato.

El infeliz perseguido ocupa la vanguardia y la turba - multa va en pos de él: éste le llama por su nombre de guerra: aquel, le burla con palabras soeces; este otro, le grita con apodo burlesco; el de acá, le tira inmundicias; el de más allá, le arroja piedras; el de acullá, un sarcasmo; aquél, un silbido por lo bajo; el que va en pos, un chillido agudísimo, y éste, encorvado el dedo índice, le introduce en la boca, sopla como bomba impelente y lanza un ruido agudo, prolongado y estridente como el que produce el silbato de una locomotora de ferrocarril al entrar en la estación o al despedirse de ella para continuar su carrera vertiginosa.

Cierto día dejó nuestro héroe de salir a la calle en las primeras horas; pero a cosa de las cinco de la tarde se hizo colocar sobre su burra y dijo a Atanasia: “Ven conmigo, porque te necesito en la plaza”. La negra lo siguió.

Llegado que hubieron a las gradas del atrio de la iglesia Mayor, el amo ordenó a la doméstica, que le bajase de la cabalgadura y que se volviese con la rucia a su tugurio, pues él tenía necesidad de entrar al templo para visitar los altares.

Lentamente verificó la operación dicha nuestro pobre ciudadano, porque para efectuarla, tuvo que arrastrarse como en otras épocas.

Cuando estuvo cerca del púlpito, se metió entre la base de él y la sombra de un escaño, tan silenciosamente y tan recogido en sí mismo, que ni aun el soplo leve de su respiración podía notarse.

Principiaba a teñir la oración, y los fieles, terminadas sus preces, se retiraron a sus respectivas habitaciones dejando a Pedro en absoluto aislamiento.

Cuando éste escuchó el ruido que hacia la llave movida por el sacristán para cerrar la puerta, se puso en movimiento, tomo la escalerilla y aunque con dificultad, logró ocultarse en la Cátedra sagrada, en la cual esperó pacientemente la corrida del tiempo.

Al sonar la primera campanada que pide sufragios para las ánimas benditas, el inválido puso atención para ver la luz de la vela que debía servirse el sacristán para renovar el aceite de la lámpara.

A poco rato sucedió lo que esperaban y al sentir que el empleado de la Iglesia, descendía por la nave principal, dio vigorosos y acompasados golpes contra la madera del púlpito. Sorprendido el sacristán al escucharlos, corrió apresuradamente y tiró para la casa del cura inmediata al templo.

El Párroco al informarse de lo ocurrido pensó que era caso de conjuro, pues la cosa no podía provenir sino de alguna alma en pena; mas como para proceder a la operación se ofrecía grave dificultad, porque en la casa cural no había los ornamentos que para tales casos son precisos, un sirviente, segunda edición del

Juan sin miedo del cuento, venció el apuro agarrado de un barrote de la ventana de la Sacristía que daba al patio de la casa.

Provisto el ministro de sobrepelliz, calderilla, agua bendita, bonete e hisopo, se dirigió al sitio que ya indicamos acompañado por algunos vecinos.

Colocado en frente del púlpito y después de asperger tanto como pudo, rezando cortas oraciones latinas, dirigió al aparecido en voz clara y sonora, estas palabras: “Hermano, de parte de Dios, Todopoderoso, diga quién es y que quiere”.

Los circunstantes percibieron al punto un ligero rumor, y en seguida miraron caso aterrados el busto de un hombre que se alzaba en la Cátedra sagrada.

“Lo que yo tengo que decir, articuló con ronca voz, no puedo manifestarlo sino a todo el pueblo reunido en este sitio”

El Párroco ordenó que al instante mismo se tocase a rebato, y tocar y llenarse la iglesia todo fue uno.

El señor Cura entonces tornó a decir: “Hermano, todos estamos reunidos, hable”.

“No haré tal, replicó el busto, porque faltan dos personas que deben escuchar mi revelación. Entre las últimas casa de San Benito y la orilla del río, hay un miserable albergue en donde habitan dos personas que deben ser traídas a este lugar: una anciana inválida y una negra coja.”.

Sin pérdida de tiempo, nombraron una comisión compuesta de cuatro fornidos mancebos para que averiguasen la veracidad del hecho, y trajesen las dos personas indicadas, caso de hallarlas.

Con imponderable rapidez ejecutaron los jóvenes lo que se les ordenó, muy admirados del espíritu profético del aparecido.

Cuando la vieja y la negra estuvieron junto al Párroco, éste, dirigiéndose a lo que creía alma en pena, exclamó: “es ya tiempo, hermano, de que se explique”.

El busto, agarrado sólidamente a los bordes de la madera, se irguió y con tono que algo tenía del eco de un ruidoso trueno, dijo: "señor Cura, señor Gobernador, señores y señoras: yo soy Pedro Moncayo, el hazmerreír de este pueblo, el burlado, el escarnecido, el maltratado por todos, el interrogado sin tregua por impertinente pregunta, y como no puedo contestarle a cada uno en particular, he resuelto congregarlos a todos para decirles terminantemente que la burra me costó cuatro reales. Con que amigos míos, ya lo saben; no jeringarme más y todo el mundo a su casa".

Nosotros conocemos mucha gente: abogados, médicos, Gobernadores, Presidentes, comerciante, clérigos, agricultores, candidatos, diputados, periodistas, alcaldes y prefectos &., que bien quisieran reunir una corporación de todo linaje humano para decirle de una sola vez cuánto les costó la burra.

Medellín, Mayo de 1896.

ESPANTOS

Por: *Juan (Eladio Gónima)*

I

Ustedes creen en Brujas, Duendes y Almas en pena?

..... ¿No? Pues yo sí, y por más que diga el venerable Padre Astete que no debe creerse en agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas, yo con perdón del Padrecito, afirmó que los tales vestigios han existido y existen para tormento de la humanidad, y alguna que otra vez para su solaz.

Como yo al afirmar, otros, u otros negarán y entonces el litigio se queda sin resolver, voy a dar prueba fehaciente de mi afirmación.

Contábame una vieja criada de mi casa, entre otras muchas cosas relativas al asunto, que ella con sus propios ojos había visto a una su comadre —que era bruja- prepararse para salir por esos mundos a hacer de las suyas, y me hacía ver patente la cosa que consistía en lo siguiente:

La comadre dicha tomaba una llave que siempre llevaba oculta en el pecho, y con ella abría una pequeña alacena que tenía en la pared del cuarto, y de allí sacaba una pequeña cajita o redoma que contenía un ungüento de color café con leche: que de este ungüento tomaba con los dedos alguna porción y lo frotaba debajo de los brazos, en la parte que comúnmente se llama *sobaco*: luego alzaba los brazos y gritaba: “*No creo en Dios ni en Santa María*”, y metiéndose en una cáscara de huevo que había prevenido, salía volando, y ojos que te vuelvan a ver.

La misma criada me refería este otro hecho, también concluyente en asunto de pruebas.

Decía que viniendo de los lados de Piedrasblancas, se le había venido encima la noche más allá del alto de Mora, y que aquí caigo, aquí levanto, había llegado más debajo de la Fonda, donde la sorprendió una gran claridad que despedía una hoguera descomunal que tenía al frente. Que siguió su camino sin poder adivinar ese fenómeno, hasta que llegó al frente de la casa que fue de D. Vicente Villa, donde pudo ya distinguir una muchedumbre de gentes alrededor de esa hoguera.

Aunque con bastante miedo, llevada de la curiosidad innata en la mujer, se fue acercando con precaución hasta llegar a un punto donde ya pudo ver bien y salir de dudas. ¿Y qué vió? Casi nada, un *aquelarre* de Brujas, las que formaban una rueda grande alrededor del fuego; y en el centro, en medio de la candela, sentado en una alta piedra *Taita señor*, el diablo, con su habitual adorno de cuernecitos y un rabo largo y encrespado. La rueda seguía con canto, del que no pudo distinguir las palabras; y que una cosa que le chocó muchísimo y la hizo gritar ¡Ave María! Fue el ver que la que en la rueda quedaba a la espalda de *Taita señor*, se desprendió e iba a besar el principio de aquel rabo, y así todas consecutivamente.

Agregaba mi verídica narradora que en el corro ese había distinguido a muchas que casi diario trataba en la ciudad.

¿Qué tal? ¿No es esta prueba de que hay Brujas?

Sin embargo, para absoluto convencimiento damos refuerzo a la prueba.

Por allá en los años 37 a 38 se conmovió toda la parte alta de la ciudad con el anuncio de una *lucecita* sospechosa que decían andaba en altas horas de la noche por la calle del Teatro (Ayacucho). Unos pocos valerosos quisieron cerciorarse de la cosa; se pusieron en acecho y se convencieron de que efectivamente se verificaba el fenómeno.

Referían esos señores que la luz se presentaba en un aljibe, que existía en la esquina de la del hoy Monserrate (Calle del Palo), que tomaba la corriente de la acequia que corría por la mitad de la calle, y siempre en ese centro iba a perderse en el zanjón, ya en despoblado. Agregaban que varios de ellos habían tratado de coger o apagar esa luz sin poderlo conseguir, pues se les escapaba sin ver por dónde, y seguía su camino. Por consiguiente, entró de lleno el miedo, y ya pocas personas pasaban por esa calle después de las diez de la noche.

Ahora bien, ¿Qué era la tal *lucecita*?

Algunos han trado después de decir que la *luz* era un fuego fatuo desprendido de algún cuerpo infecto, fundados en no sé qué estudios de ciencias naturales, y aun ha habido papanatas que tal explicación crean.

Los más hemos creído, como creo yo, que la *lucecita* se define en el sentido más lógico, que a no quedar duda es este: que una Bruja teniendo que concurrir a una reunión, y faltándole el ungüento u otra cosa cualquiera para volar, resolvía ir navegando, y al efecto se embarcaba en una coca de huevo, y para evitar los escollos, llevaba encendido su candil que le mostraba claro su camino. Por más que se le dé vueltas, la cosa no tiene otra explicación.

¿Qué otra cosa sino Brujos fueron Robert, Bosco y Aicardo? ¿Podrían al no serlo hacer lo que hacían? Claro que no; luego queda demostrado la existencia de las Brujas. Vamos a los Duendes.

II

Como ya por separado he tratado del *sombrerón* ese Napoleón, Alejandro o César de los espantos, lo dejaré de lado, y trataré de otros Duendes, que si menos grandes que aquél, no dejan de tener su importancia para decidir en mi favor la cuestión.

En el año de 1837 se veía en el camellón de El Llano (Bolívar) con mucha frecuencia un fantasma aterrador que tenía en vela a las familias que allí residían.

Los que lo habían visto lo pintaban así: una figura altísima cubierto con un sudario blanco que arrastraba por el suelo; unos brazos descomunales que se meneaban adelante y atrás como movidos por un resorte; los ojos, lo único que se veía de sus facciones, como dos ascuas encendidas, y el andar, como el balanceo de una sauce movido por el viento. Otra particularidad: se le oía, como entre el cuerpo un sonido de choque de varillas delgadas de madera.

Los habitantes de esa parte de la ciudad vivían llenos de miedo y hasta los soldados de la guarnición se trancaban en el Cuartel cuando decían que el fantasma recorría el camellón.

El Teniente Manuel M^a. Chorem (mi tío) que era más valiente o más despreocupado que el común, se propuso desentrañar el misterio, y al efecto una noche que le correspondió la guardia se situó en la esquina del Cuartel, bien armado, y esperó al descomunal espanto. Cuando este llegó decía Choren que le había gritado “de parte de Dios Todopoderoso diga qué quiere”, y que se le había ido encima espada en mano.

Al ruido que ocasionaron Choren y el fantasma, algunos vecinos aparecieron en sus ventanas y vieron, según referían después y Choren lo afirmaba, que tal espanto era un hombre como todos, ya despojado de los arreos que le servían para causar miedo.

Ni la mayor parte de las gentes ni yo creemos eso: más bien parece que a esos pocos y Choren les acometió alguna alucinación, y para darse ínfulas de valientes aseguraban esto. Es indudable que el fantasma no era otra cosa que un Duende que salía a sus asuntos particulares. Así al menos lo creyeron las mayorías, y esa opinión decisiva.

Otro espanto o Duende de la misma naturaleza del anterior, aunque más pequeño y con diverso paramento, tenía su radio de acción del la calle *La Solitaria* para arriba hasta la esquina de San Lorenzo, cruzando por la Palencia a volver al punto de salida. Este duende lucía también túnica blanca, y llevaba al pecho una especie de manteleta negra: la cabeza era una verdadera calavera, saliéndole por los ojos, boca y narices una como llama que tiraba a azul. Y calzado con almadreñas claveteadas que al andar en los empedrados, despedían chispas. Las gentes de la vecindad por donde se paseaba el fantasma, vivían en perpetuo susto, tanto más cuanto sus excursiones tenían lugar las noches oscuras entre ocho y nueve.

Unos muchachos primos míos y yo que oímos hablar de esto, nos propusimos atrapar el espanto y descubrir si era posible el misterio. Al efecto, una noche que subimos a acompañar a su casa a una nuestra tía, y armados cada uno de un trozo de rejo largo como de tres cuartas, dimos la vuelta viniendo por *La Solitaria*. Ibamos como a una tercera parte de la calle cuando el fantasma desembocaba por la esquina contraria. Nos paramos sorprendidos, pero luego con ese valor inconsciente de la niñez, avanzamos a todo correr sobre la descomunal figura, y rodeándola principiamos a menudear lapos y más lapos, hasta que algunos dando en blando hicieron gritar al Duende, y volteando echó a correr, despidiendo un chispero grande, como el hierro candente machacado por el herrero, y volteando la esquina para abajo, entró como alma que lleva el diablo en casa del Sr. Lucas Sánchez.

Nosotros entre risas y chacotas nos vanagloriábamos de la estupenda hazaña y entramos a juzgar del aparecido.

Uno dijo que en el grito había reconocido la voz de Norberto Sánchez, nuestro amigo y discípulo, y se afirmaba en que era él porque había entrado en casa de su padre. Los demás muchachos abundaron en las mismas ideas, menos yo que fundado siempre en la creencia general, creía a pie juntillas que era un Duende, y Duende muy avisado que para meternos en confusiones había tomado la voz de Norberto y despistarnos.

Ellos, es verdad, no se convencieron, al fin como muchachos torpes, mas yo sigo creyendo que era Duende, y que si no salió más con ese disfraz, fue que tomó otra forma y pasó a otro barrio a continuar sus fechorías.

Más tarde se vio un caso más patente de la existencia de los Duendes.

La Sra. Da. María Josefa Isaza de R. vivía en la casa que hoy es propiedad de D. Salvador Uribe. Esa casa tiene un gran corredor frente al patio primero, lugar donde la familia de la Sra. Isaza hacía su tertulia por las noches, y en una de estas sintieron los allí sentados que daban pedradas en la pared; tuvieron miedo y se entraron a la sala, cesando en el acto el fenómeno.

Esto del apedreo siguió en las noches sucesivas, hasta que los señores que vieron que era imposible ocupar el corredor y definitivamente lo abandonaron por las noches.

Se hicieron minuciosas indagaciones; se pusieron espías en los solares y casas vecinos, y nada llegó a descubrirse, lo que era un verdadero Duende, el que para divertirse cometía el desafuero.

El tal Duende dio margen a una anécdota curiosa que demuestra más y más aserción al mismo tiempo que la *perspicacia* de un alto empleado de policía.

Desde poco tiempo después de principiar el apedreo, el Jefe entonces del Estado llamaba a un empleado de toda su confianza y muy querido el “Duende de Da. Chepita”, y este joven empleado por respeto no se había atrevido a preguntar por qué se le denominaba así.

Un día el joven fue llamado por el Superior, el que le dijo.

-¿Sabe Ud. porqué lo llamo el “Duende de Da. Chepita”?

- No señor, no lo sé.

- Voy a decírselo. Cuando llegó a mi noticia el asunto del Duende, hice llamar a D. Rafael Vélez Mejía, Inspector de policía, y le di orden de averiguar por todos los medios posibles la verdad del hecho. ¿Y sabe Ud. lo que averiguo?

- No señor, no sé nada.

- Pues, me contaba él, que después de muchas visitas a la casa de Da. Chepita y a las vecinas, y de muchas averiguaciones con uno y con otro había sacado en limpio... ¿Adivina Ud.?

- Imposible, señor, dar con lo que el Sr. Vélez diría.

- Muy sencillo. Decía que no le quedaba duda que el Duende no era otro que un mocito que estaba enamorado de una de las niñas y era por demás celoso. Ahí tiene Ud. el enigma atrapado por el Inspector.

-¿Pero Ud. cree, señor, que yo fuera capaz de tal felonía?

- No hombre, le cuento esto sólo para que conozca los alcances del que se tiene por un Lecoock o un Javer, y tal vez más alto que estos grandes policiales.

Nada se descubrió del apedreo, por lo cual, con permiso de Uds., queda identificado el Duende.

El mismo fenómeno de la arrojada de pedriscos se vio más tarde en la casa que habitaban el Sr. Cecilio Marroquín, y por más diligencias que se hicieron, nada, enteramente nada, se pudo averiguar. ¿Y por qué? Claro es, porque el causante del mal no era otro que n Duende.

Y no quiso el Duende, que seguramente era el mismo, dejar los barrios bajos sin su rato de entretenimiento. La casa de la Sra. Da. Juana Pérez de U. Situada a linde con la iglesia de San Benito, fue también blanco, por muchas noches, de lluvias de piedras.

Y allí sí se trabajó de lo lindo, pues apenas comenzaba la función, la señora mandaba un hijo que sin alarma avisara a los vecinos y éstos corrían, unos a la manga y otros a los solares vecinos; y las piedras cayendo y ellos mirando para San Felipe.

Al fin nada se descubrió y la señora tuvo que abandonar por un tiempo la casa.

Por muchísimas noches se vio en la barranca del Convento del Carmen, paseándose a todo lo largo de ella, un *embozado* que causó tanto espanto, que las gentes que vivían por allí extraviaban para ir a sus casas. Dicho *embozado* no fue nunca clasificado, y parece que ninguno vio de él sino una figura o bulto negro, muy negro, que después de varios paseos se situaba en el atrio de la iglesia del Carmen, sin duda a

descansar de sus paseos, y allí permanecía las horas muertas sin que por otra parte se dijera que había atacado a persona, y esto demuestra que era un Duende de la clase de fúnebres.

Un día se dijo que el tal Duende había atacado al Sr. Mariano Rojas, y que este se defendió gracias al apoyo de un gran perro de Terranova que lo acompañaba, pues como es sabido los Duendes le tiene un miedo cerval a los perros. Algunos aseguraban que el tal *embozado* era un hombre celoso del Sr. Rojas, y que allí lo aguardaba y que este último lo había conocido. Lo cierto es que Rojas guardó silencio sobre el asunto.

¿Hay Duendes o no los hay?

Termino este capítulo dando una prueba tan grande como el Chimborazo en favor de mi creencia de los Duendes.

¿Han visto Uds. Al transformista Antonio Flórez? ¿Sí? Pues queda demostrado que hay Duendes y Duendes gordos, bien gordos.

En otro escrito mío anterior les referí lo que aconteció a D. Mariano Alvarez con los hombres de brazo y pierna descomunales.

¿Eran estos hombres otra cosa que Duendes festivos, que les gustaba reír del susto de los transeúntes?

¿Creen o no creen?

Mucho, muchísimo más podría decir en la materia porque sé multitud de historias de Duendes, y muy graciosas y bonitas, pero se rozan con *faldas* y como, por consiguiente, son algo crespas, perdonen los lectores que no se las refiera y vamos a las *ánimas en pena*.

III

La primera *ánima* con que nos rozamos es la del R. Padre Serna, fundador del edificio del Colegio, destinado a Conventos de Frailes franciscanos y que cambió de objeto no tanto por la caída del Gobierno español, cuanto por la carencia de frailes que lo habitaran.

Decían y sostenían muchos, haber visto por las noches al mismísimo Padre Serna, a quien había conocido rondando por los claustros y pasadizos del Colegio, y agregaban que se les perdía cuando menos lo esperaban.

El Portero del Colegio me refería, por allá en los tiempos de mis estudios, haber visto ese espanto, y como prueba de su aserto me decía que la vista del *ánima* le había costado una terrible enfermedad que lo tuvo apunto de *torcer el rabo*.

Todas estas referencias nos hacían espeluznar a los colegiales, tanto más cuanto que los encierros que de noche nos aplicaban eran largos. Que se cerraba una puerta ¡Huy! Allí viene el Padre Serna. Que el viento silbaba en los corredores ¡Jesús! El Padre Serna. Les aseguro a Uds. que pasábamos unos sustos *macuencos*.

Lo que nunca se pudo averiguar fue el motivo de esos paseos del Padre.

No sería haber dejado dinero bajo tierra porque el Padre no lo tenía. Lo que recibía de limosnas eso mismo gastaba en la construcción de ese inmenso edificio, de modo que hay que crecer que lo que él hacía era paseos de desocupado buscando distracción.

Pero sí hay duda de que salía y que muchos lo vieron, de donde se deduce lógicamente que sí existen las *ánimas*.

En una *manga* contigua a la casa que fue de la Sra. Da. Mercedes Zuláibar (hoy de D. Francisco Santamaría) se veía y se vio por años una figura con vestido de Cura, que se paseaba por esa *manga* y tal vez para descansar de su caminata se arrimaba a un árbol que había casi en el centro del predio.

Las gentes decían que era el *ánima* de un Padre Vélez que había sido dueño de esos terrenos. Y algunos aseguraban la verdad del dicho, porque habiendo conocido al dicho Padre, le encontraban su gran parecido en el porte y andar.

La mayoría de los que contaban haber visto esta *ánima*, opinaban que venía sin duda a indicar el punto donde tenía depositado su tesoro; y se fundaban en que el Padre Vélez era riquísimo y a su muerte sus herederos no hallaron sino las tierras que no podían guardarse.

Según lo que referían de que el *ánima* se arrecostaba en un árbol, allí estaría la hucha, que no sé si la sacarían, aunque me inclino a creer que sí porque entre nosotros hay muchos *cavadores*.

Pero todo esto no vale nada; lo importante, lo esencial es la pobranza que queda sentada de la venida de las *ánimas*.

Otra *ánima* de Cura la han visto muchos y aun todavía se ve algunas noches en la Calle del Mango, que desemboca en el camellón de Buenosaires.

Lo que sí no ha llegado a mi conocimiento, por más indagaciones que he verificado, es el objeto o motivo de la salida del buen Padre, pues nadie tiene noticia de que en tiempo alguno hubiera habitado por allí algún Cura, siendo esa calle hasta hace muy poco una *manga* sin habitación.

De que sale el Cura, sale, eso sí, y es lo suficiente esa aseveración para la ganancia del pleito que vengo sosteniendo.

Otro espanto o *ánima* que se conocía, decían que se presentaba en la calle que sube al Cementerio de los pobres; que luego salía para el alto de las Cruces y una vez allí daba un grito tan lastimero que los perros aullaban, y los ganados y bestias que por esos lados pastaban corrían en desbandada para abajo hasta ampararse en las calles de la ciudad.

Ninguno de los que hablaron de esto daban el *ánima* figura concreta; decían únicamente que era un gran bulto negro. Pero como era tan miedosos nadie trató de indagar la causa de sus paseos ni en donde se evaporaba.

En el camino del Poblado, entre el Guamal y los Ejidos había un punto llamado la Cañada de Anvila, lugar en donde se vio por bastante tiempo un espantable espectáculo que mantenía medrosos a los que aquel camino tenían que pasar de noche.

He aquí lo que se veía. Viniendo del lado alto, siempre entre ocho o nueve de la noche, y atravesando el camino hacia los cañaverales del lado bajo, se mostraba una procesión de cuatro encapuchados de negro que conducían una especie de camilla, y en el centro de ésta otro bulto negro con luces en cada extremo del aparato.

Particularidad bien notable había en la salida de este *espanto*. Siempre se presentaba el viernes, día fatídico si los hay. En ese día crucificaron al Salvador; en ese día tuvo lugar el tremendo terremoto de Honda, y en ese día, que el pueblo en su vocabulario expresivo, denomina de *Mi Señora de las Angustias*, porque es aquél en que el que tiene bolsa la desata, y el que no la tiene pasa las *Angustias de mi Señora*, con el pedir de la esposa y el lloro de los chiquitines que no reciben el *chimbo* para la compra de las frutas.

El *espanto* se perdía en los cañaverales de abajo, al decir de los que lo habían visto, y aseveraron que tanto era cosa de la *otra vida*, que las bestias en que montaban manifestaban repugnancia y resoplaban al pasar esa cañada aun de día.

Mi abuela materna, valerosa mujer que habitaba en los Ejidos, me habló mucho de esto y afirmaba la verdad de la aparición.

Por mucho tiempo estuvo saliendo la susodicha, y todas las gentes creían firmemente que no podía ser otra cosa que *ánimas en pena* que venían tal vez en busca de sufragios o quizás escapadas del Purgatorio en algún descuido del Guardián.

Cuando ya no volvió a parecer, varios trataron de propalar un absurdo. Dijeron haber descubierto el misterio, que se reducía a que tal procesión se componía de una partida de ladrones que desamortizaban en todo el Cuchillón los cerdos que allí se criaban, y que uno de ellos, bien acondicionado para que no *chillara*, era el que se veía siempre sobre la camilla, cubierto con trapo negro. Y en apoyo de su dicho hacían presente que habitantes de la parte alta habían notado la desaparición de los tales cerdos.

Pero las gentes no se dieron por satisfechas con esas explicaciones y siguieron creyendo, como creo yo, en que eran *ánimas*, y más, en que las luces que se veían en el aparato no podía ser otra cosa que trocitos de fuego que del lugar del castigo importaban aquellas *ánimas*, bien para su recreo, o bien para llamar la atención de los buenos cristianos que no dejarían de rezar algún fervoroso Padrenuestro.

¿Quién de los que me lean no ha oído relaciones de lo que ha pasado a muchos? ¿No es verdad que no hay casa en Medellín donde no se haya sentido o visto algo?

Eso sí; quien dice que vio arder en punto determinado y que luego sacaron de allí una buena *guaca*, siendo la llama vista la natural que despedía el *ánima*, que de esta manera daba aviso para que le sacaran de penas; otros afirman que en el silencio de sus alcobas, y ya encerrados, oían andar, respirar, suspirar, abrir puertas y dar golpes acompasados en algún mueble. Y todo esto prueba a más no poder la venida a la tierra de las que ya son *ánimas*, o el adiós de los que están próximos a serlo.

Muchos de esos ruidos, suspiros, caminadas &c. Son ocasionados por los Duendes o Brujas que son picarescos y se divierten grandemente con los sustos de los pusilánimes humanos.

Terminaremos esta ya larga disertación con dar a conocer el *Espanto de los Espantos* que no asusta únicamente, sino que mata.

La *Chapola negra* ¿la conocéis? Juzgamos que sí; pero si así no fuese os la describiremos en pocas palabras. Es la más grande de esa familia de mariposas que tanto abundan entre nosotros, color negro aterciopelado, ojos redondos, pequeños, muy negros y con un pequeño matiz de oro en los bordes, de vuelo corto, con grandes alas que abiertas miden de punta a punta de cuatro a cinco pulgadas y tiene un oficio aterrador y es el de anunciar con su presencia la muerte de alguno de la casa en que se posa.

Cuando un bicho de estos entra a un hogar, ya se sabe que hay trabajo para el Cura, y no se piense que esto es superstición, no: está comprobado por la observación constante de innumerables siglos.

Al entrar la *chapola* a una casa no vayáis a creer que toma puesto en la sal o gabinete de trabajo, no señor; lo hace invariablemente en las alcobas donde es sabido se colocan las camas en que está acostado el

elegido o se acostará más tarde, y fijaos en que la *chapola* es al proceder así lógica, muy lógica, como un escritor público que la gaste.

Toma, pues, posesión de esas piezas y allí se aferra en una pared de donde es difícil arrancarla. Si se logra espantarla y hacerla salir, cantad el hosana, que si acaso no, muerto tenemos. Algunas veces es verdad, aunque no salga, no ocurre novedad, pero si por desgracia en la faena de arrojarla se la mata, entonces no hay otra cosa que hacer que llorar por el que ha de faltar.

Sucede que muchas veces en la casa en que ha entrado una *chapola*, muere una gallina, un pollo, gato o perro, y en este caso ya no hay que temer porque queda revocada la sentencia, cosa que se sabe desde tiempo inmemorial.

Se deduce de ahí que es bueno criar pollos, gallinas y otros animales a fin de que se encuentre en que ejercitar su acción benéfica.

Miedo, mucho miedo debe dar el ver en la casa el animalejo, tanto más cuanto que tenemos pruebas fehacientes de que Abel el día que lo mató Caín se arrecostó a un árbol en el que se asentó una *chapola*, y de ese hecho dedujeron los sabios que el bicho con sus propiedades mortales había sido importado por Adán y Eva cuando fueron arrojados del Paraíso.

En resumen, nosotros opinamos al igual que muchísimos sabios que desde los primeros tiempos del mundo se ha ocupado de investigaciones a este respecto; que la *chapola* negra no es otra cosa que un agente viajero de la casa comercial de la Muerte, que en vez de vender recoge de orden de su señora, o más bien cambista, pues viene a cambiar un ser pensante en *ánima*.

Forzados hemos escrito esta relación, habida consideración de que ella puede causar muchas desgracias a los poco firmes, pues es muy cierto que el apoyo de tanto sabio y la voz pública desde el principio del mundo, no dejan duda alguna de la influencia mortal de la *chapola* negra.

Ya lo veis, lectores amigos, la *chapola* negra tiene muchos puntos de contacto con *Brujas*, *Duendes*, y *Almas en pena*, por lo cual aconsejo que la reverenciéis como a aquellas soberanas entidades.

Como por sentencia definitiva me parece que ha quedado sin remisión, victorioso en la contienda que yo sólo he establecido y lidiado con armas, pero armas que ningún descreído podrá nunca mellar.

Hagamos, pues, buenas amistades con *Brujas, Duendes y Almas en penas*, a fin de que nos dejen dormir tranquilos que es lo que a todos desea.

NOCHE DE BODAS¹

Por: *Sebastián Mejía V.*

Ni las alegres y estentóreas carcajadas que constantemente daba Clímaco Amaya en el taller, sin dejar por un momento el trabajo; ni las canciones en boga que silbaba cuando no reía; ni las bromas en voz alta que solía dar a sus compañeros, se oían esa mañana. Poniendo una cara que realmente no se sabía si revelaba fastidio, tristeza o cólera, el oficial, Clímaco Amaya, había emprendido desde las seis la tarea que se le encomendó, bastante retirado del grupo formado por sus colegas, los otros oficiales, y sin hablarles una palabra ni dirigirles una mirada. Estos, los compañeros, en un principio no advirtieron aquel extraño estado de ánimo en que se encontraba Clímaco, y, como de costumbre con el ir y venir de los serruchos, y el *tic tac* de los martillos, y el *ríz raz* de las garlopas, empezaron a mezclar las chanzonetas de doble sentido, los silbidos y los tateos de canciones.

Pero, pasado un rato, uno de aquéllos advirtió la singularidad que ocurría al obrero, verdaderamente extraña en quien, como Clímaco, era el que más ruido metía y más festivo humor gastaba en el taller, humor que no decaía ni aun en las horas que ellos llamaban del *perro*, las calurosas del medio día, en que se experimenta el atroz amodorramiento producido por la digestión del almuerzo.

Y el camarada de Clímaco, maravillado del suceso, llamó sobre él la atención del obrero que más cerca de sí tenía, señalándole a Clímaco con un malicioso guiño de ojos. Maravillose éste también de ver lo

¹ Tercera novela del primer concurso de *La Miscelánea*

acontecido y, a su vez, con igual guiño de ojos, comunicó la noticia a su vecino más inmediato; y este al otro, al otro, hasta que todos quedaron enterados.

A medida que de tan extraña manera se comunicaban entre sí lo que pasaba a Clímaco, iban callando en sus cantos, silbidos y conversaciones, y suspendiendo inconscientemente el trabajo que ejecutaban; por lo que el silencio llegó a ser casi absoluto, sólo interrumpido por el ruido de la labor de Clímaco, el objeto mismo de tan significativo cambio, venía desempeñando.

No es dable suponer que por muy honda que fuera la concentración del espíritu de Clímaco, éste no advirtiera la violenta transición que casi repentinamente se acababa de cumplir en derredor suyo, sucediendo a un ruido de todos los demonios, el apacible silencio de un templo vacío. Así, segundos después de lo ocurrido, Clímaco, como quien despierta de un golpe, o a impulso de una idea repentina, con movimientos nerviosos, casi inconscientes, se pone a ejecutar lo que con ligereza acaba de concebir o de recordar, se estremeció suavemente y levantó la cabeza. Paseó luego una rápida mirada por todo el salón en que se encontraba; y entonces, el asombro, el susto, la admiración, la incertidumbre se dibujaron a la vez en su rostro y en sus ojos: Inclino de nuevo la cabeza, e instantáneamente volvió a levantarla y mirar hacia todos los lados. Entonces una bomba de sangre le inundó el rostro, y sonrió a medias, como con amargura, como con despecho; acababa de comprender el motivo, el por qué de aquello: sobre su persona estaban fijos veinte ojos, que lo miraban con expresión burlesca, otros con lástima, otros con irritante mofa, interrogándolo éstos, y aquéllos con la pasiva indiferencia del estúpido. Su confusión se hizo entonces mayor. Quiso sostener aquellas miradas, una a una, pero anonadado por el número de ellas, tuvo que desviar la suya; hasta que, inundándosele el rostro de una palidez extrema, sintió que en su organismo se verificaba una reacción completa, al apreciar debidamente que todo él, sirviendo de blanco, de espectáculo a sus compañeros, tornábase en un ente ridículo. Y, a impulso de este pensamiento, rápidamente como sin quererlo, se puso de pie, y con una mirada preñada de ira que abarcaba a todo el grupo, y con terrible ademán, gritó, más que dijo:

-¿Qué es?

Una carcajada general, estúpida, inarmónica, lanzada por las diez gargantas de sus compañeros, fue la contestación que obtuvo. Y él, más cohibido, más estupefacto que antes, como privado del raciocinio, mientras ellos seguían riendo, preguntaba con mayor insistencia:

-¿Qué es? ¿Qué es? Pero, ¿qué es?

Hasta que, como si se hubiera obedecido a una sugestión instantánea hecha al grupo en general, de una vez, repentinamente, sin una señal, la carcajada murió en las gargantas, para venir a sucederle una seriedad absoluta en todos los rostros.

-¿Qué es? Volvió entonces Clímaco a preguntar de nuevo, temblorosos los labios por la ira, demudando el semblante, y estrechando nerviosamente entre la mano derecha la herramienta con que trabajaba hacía poco.

EL silencio era absoluto. La actitud de Clímaco les inspiraba respeto y temor y ninguno osaba contestar. La broma se había extralimitado y podía terminar mal.

- Pero hablen, ¿qué es lo que sucede?

Por fin, uno de ellos, sonriéndole cariñosamente, se aventuró a decirle:

- Pues nada hombre: ¿que qué diablos tienes hoy, que haces esa cara de demonio y no charlas? ¿Tú, que mantienes esto encendido, callado ahora como un muerto? ¡Apuesto a que fue que se te arrepintió la tromponcita! Agregó dirigiéndose a los otros.

Esta suavidad brusca con que le hablaba el oficial, el tono amable de la voz y la sinceridad revelada en el rostro, desarmaron a Clímaco, cuyos ademanes bélicos y lo fiero de su fisonomía, desaparecieron. Y, como los otros, sonrió al oír la última salida de su amigo.

- No, hombre, no es por eso. Yo mismo no se qué me ha sucedido hoy. Anoche no dormí ni un momento. Me la pasé nada más que pensando en *ella*, y en todo este rato no he hecho otra cosa. Pero, francamente, no es en *ella*, es decir, en mi tromponcita, en la que pienso, sino en... en... yo no, hombre, no me puedo explicar. Es que cada rato me acuerdo de que ya pasado mañana me voy a casar. Y ve qué bobada: eso que me pone tan contento me pone triste. Me da así, así como una cosa por dentro, muy particular, como lástima; y siento un frío en el estómago muy maluco. ¿Qué será hombre?

- Pues miedo, hombre, puro miedo. No es otra cosa. ¿Con que Mayita con miedo? ¿Y por qué va a casarse con esa tromponcita tan cachaca, con ese trozo, con ese rancho hasta particular?

Y al decir esto último, el oficial produjo un ruido singular con la lengua, como paladeando, gastando, saboreando con fruición un exquisito manjar.

-¡Cuidado, cuidado! Díjole Mayita, con mi tromponcita. No te permito esas confianzas. Pues francamente, tengo miedo. Es una cosa particular. Me parece que no llega el día: tanto así es el deseo de casarme; y, sin embargo, cuando pienso en que ha de llegar, en que será pasado mañana, me aflijo y tiemblo. Es una mezcla confusa de temor y anhelo. Quisiera detener el tiempo, y también hacerlo volar.

- Bueno. ¿Y eso es ya pasado mañana? –le preguntó otro. ¿Tienes arreglado todo? ¿Y no nos convidas?

- Sí, pasado mañana. Ya no hay remedio. Y, por supuesto, todos ustedes, desde hace muchos días, están convidados.

- Bueno ¿Y es aquí la fiesta?

- No, en Aná. Ni el suegro, ni la muchacha han querido que sea aquí. Yo me voy, con mis hermanas y mi mamá, desde mañana por la tarde; Y Uds. se irán al día siguiente, temprano para poder armar la parranda.

Todos empezaron a hablar entre risas, bromas, alusiones picantes, gastando un humor admirable y haciendo planes para la fiesta.

Habría baile, por supuesto, porque de Medellín irían muchos convidados, muchachas sobre todo, las del Llano, amigas de Mayita; habría buena música: el chato Arroyave con su bandola, un bajo, dos o más guitarras y tiples; pero aguardiente... poco: apenas unos cuantos tragos para mantener el buen humor en punto.

Y así, así, iban desarrollando el programa, saboreando de antemano las delicias por venir, cuando sonaron allá en la calle, en el reloj de la catedral, unas campanadas.

-¡Las diez! dijo alguno. ¡A almorzar!

Soltaron todos las herramientas, se quitaron el delantal que llevaban amarrado por detrás del cuello, se sacudieron los pantalones y, descolgando las ruanas y sombreros que pendían de las paredes, salieron en tropel, empujándose unos a otros, simulando riñas de pescozones, y dándose de veras, fuertes por añadidura, pero siempre sonriendo ellos, sin enojarse.

El arrechucho aquel tan pensativo y mohíno había traído a Mayita en toda la mañana, volvió a acometer en cuento emprendió el camino de su casa, libre ya de la charla de sus compañeros y del contagio de la perenne alegría de éstos.

Ese matrimonio por tanto tiempo ambicionado, único anhelo suyo, que lo hacía trabajar con ahínco y que para él era el colmo de la dicha y resumen de su vida, así, de un momento a otro, sin que hubiera venido con una lenta y natural graduación, habíase convertido en la causa de un profundo abatimiento de su espíritu, y de raras emociones que él no podía explicar ni definir. El recuerdo constante de su novia, la imagen en todo momento grabada en su mente de aquella doncellita de dieciocho años, rolliza, de apretadas carnes, fresca, tímida e ingenua, que él tanto había querido, que tanto quería, hacía dar vuelcos en el corazón y sentir que de los talones a la coronilla de la cabeza, se inundaba su cuerpo de un cosquilleo, de un hormigueo, de unos estremecimientos muy raros, incomprensibles, que él no sabía si indicaban miedo o eran placer. Ello le parecía muy curioso y lo traía pensativo.

Antes, en el largo noviazgo, no le había ocurrido nada semejante, ni tampoco después de haber sido fijada la fecha para el matrimonio. Por el contrario, después de esto, todo era impaciencia, locos deseos de que el tiempo volara y se llegara la época venturosa, el día en que —él estaba seguro de ello— sería el más feliz, el más dichosos, el más envidiado de los mortales. Y ahora cuando era ya una realidad, cuando ya iba a atrapar tamaña dicha, venir el miedo, o la tristeza. ¡Qué sabía él lo que era!

Mortificado por el extraño fenómeno que en sí mismo se verificaba, llegó Mayita a su casa. Sus hermanas y su madre lo aguardaban entusiasmadas y alegres para mostrarle el traje de novia que él con ellas había de llevar para Aná al día siguiente; y en cuanto entró, se lo pusieron de presente. Un trajecito sencillo, negro, de una lanita de veinte reales, pero elegante, cortado por una de las buenas modistas de Medellín, modista de las ricas, que decían las hermanas de Mayita. Y junto con el traje venía una corona de azahares extranjeros, pequeños, ya un poco amarillos, y un velito blanco, diminuto, de tul, así, así, y un par de guantes, blancos también y de hilo.

Estos arandeles, desconocidos en casa de Mayita, tenía estupefactas a sus hermanas, acostumbradas a verlos en las clases altas solamente.

No fue aquello capaz de cambiar en nada el estado de Mayita. Lo examinó todo con interés, con verdadera curiosidad, sonriendo, pero conservando en el rostro esa expresión indefinida, que en toda la mañana había tenido.

En el medio día no fue al taller: prefirió quedarse en casa, solo, retirado, pensando. La charla de los oficiales le fastidiaba: era una profanación, una ofensa, irrogada a él, o a *ella*, o su dolor, en fin, a lo que le pasaba, que todavía él no podía comprender. ¿Sería que no *la* amaba? ¡Imposible, cuando su sólo recuerdo le hacía adivinar tantos años de ventura! ¿Se sentía cobarde para emprender la lucha por la vida? Eso era un absurdo, siendo un oficial superior, un artesano de los mejores de Medellín, y habiendo, hasta allí, sostenido a su madre y sus hermanas en abundancia.

Se había recostado en una cama, de espaldas, dejando vagar la mirada por doquiera. Meditaba en todo y en nada a la vez. Su pensamiento vario, caprichoso, no podía concretarse en un punto fijo. Sentía un nudo en la garganta y que se le oprimía el pecho; y, acometido de fuertes hipidos, casi estallaba en llanto, un llanto que habría sido agudo, mezclado de gritos, de desesperación. Pero el ímpetu pasaba, y entonces la risa surgía en sus labios, y se burlaba de su simplicidad, y experimentaba una alegría frenética, loca y, compadecido de sí mismo, se admiraba de su cobardía; pero luego, sin advertirlo, decaía su espíritu, languidecía la sonrisa en sus labios, y volvía más fuerte aún la aflicción.

Estas violentas transiciones no fueron, sin embargo, muchas, porque el brillo de los ojos de Mayita fue, poco a poco, menguando y languideciendo la expresión de su mirada, y sus párpados cerrándose lenta y paulatinamente, hasta que Mayita quedó lo que se llamaba un hombre dormido.

Entonces soñó Mayita.

Muchos coches, todos los coches de Medellín, aguardaban en la puerta del taller. Mayita acompañado del patrón, de sus amigos los otros oficiales, de los aprendices y, en fin, de todos los obreros, salió para emprender el viaje. Estaba feliz. Todas las miradas, las de los transeúntes que se detenían, las de sus compañeros, se dirigían a él, a él que era el héroe, el envidiado.

Montaron y partieron. Los coches empezaron a rodar veloces, con un vértigo asfixiante. Devoraban el espacio, pero no concluían su carrera, no llegaban al término del viaje. Allá estaba Aná, allá lo veía él; mas siempre lejos, sin querer acercarse. En una de sus casas, en la puerta, veía un grupo de mujeres que aguardaban esa larga hilera de coches en que él iba, y en medio del grupo veía que se destacaba un busto aéreo, alto, delgado, elegante, con vestiduras blancas que flotaban al viento. Era *ella*, ella que lo aguardaba impaciente para estrecharlo en sus brazos y depositar en su frente, la frente de él, el primer casto beso; *ella* que ya lo había reconocido dentro del coche y lo saludaba, y le instaba para que no demorara tanto, para que se acercara presto. Y los coches que volaban, que volaban hacia allá jamás llegaban.

Pero de improviso, al salvar una vuelta del camino, los coches pararon en frente del busto de mujer.

Fue una cosa del momento. En un minuto, en un instante, se llegó el otro día. Mayita creía que aquello era un sueño y, sin embargo, era pura realidad; porque allí, entre sus brazos, *la* estrechaba, *la* abrazaba, *la* colmaba de caricias, puesto que ya, desde hacía una hora, le pertenecía.

En torno suyo todo era alegría. El patrón, los amigos, Aná entero lo contemplaban dichoso, y bailaban y reían, y cantaban satisfechos.

Pero de improviso curiosos, patrón, amigos, desaparecieron. Quedó él solo, en su casa, con su madre en la salita pequeña, y allá, en la alcoba, *ella*. Ya no la tenía en los brazos. Entre ellos se había ido extinguendo, achiquitando, disminuyendo, hasta convertirse en un chiquitín recién nacido, como pelo de oro

y ojillos azules a medio abrir. Era su hijo. El hijo del alma a quien le daban impulsos de destripar contra su corazón. Su alegría era inmensa, estrepitosa; alegría que no pudo moderar porque prorrumpió en gritos agudos llamando a todos para que conocieran a su hijo, para que lo besaran...

Y no llama en balde porque sus hermanas acudieron a besar al niño, pero riñéndolo a él por tan estrepitosa alegría, predicándole el orden, cogiéndolo, exhortándolo a la moderación y diciéndole:

-¡Clímaco! ¡Clímaco! ¿qué tienes? ¡Despierta!

Y Clímaco, respirando con violencia, como quien acaba una fatigosa jornada, despertó.

Su madre y sus hermanas rodeaban la cama en que dormía, teniéndolo, una de ellas, asido por la cabeza e incorporado a medias.

Abrió Mayita desmesuradamente los ojos, dándole a su mirada una expresión como de sorpresa y de susto; pero luego, como si hubiera recordado el sueño, sonrió a todos dulcemente, y entre festivo y avergonzado preguntó:

-¿Y esto, que quiere decir?

- Estabas con pesadilla. ¿Qué soñabas?

- Cosas deliciosas, pero que no se pueden contar. Lo cierto es que me siento completamente aliviado. Se me acabó esa maldita tristeza, y estoy más contento que nunca. ¡Qué tal si ella supiera que yo había estado triste hoy!

No eran todos los de Medellín, pero sí dos de ellos, los coches que al otro día, a las tres de la tarde aguardaban, no tampoco en la puerta del Taller, sino en la de una casuca del Llano, la de Clímaco; en la cual se veía mucho movimiento, agitación entre los que la habitaban, ir y venir de gentes, voces, afán.

En la puerta, un grupo de mujerzuelas y chicos del pueblo curioseaban, aguardando impaciente la salida de los que debían ocupar los coches; y en las ventanas y puertas de las casas vecinas se veían cabezas femeniles que, a su vez, espiaban y escudriñaban el desfile.

No mucho se hizo esperar éste. Un movimiento general, espontáneo, del grupo de chiquillos y mujerzuelas, y un estiramiento de sus cabezas hacia el zaguán, con atropellos y todo, para ver, para no perder detalle, fue la mejor señal de que los señores iban a salir.

-¡Ya vienen! ¡Ya vienen! se oyó que dijo alguno ¿cual es el novio!?

- Ese de adelante. El de ruana azul.

- Tiene un ramo en la mano. ¿Será para la novia?

-¿Pues no había de ser? Y si no, ¿para quien?

Clímaco apareció en la puerta. Su rostro, un rostro moreno, redondo, lleno, con narices achatadas y de anchas ventanas, boca de labios gruesos, el superior coronado por un bigotillo lacio y negro, ojos zarcos, grandes, inquietos, cabello encrespado hasta semejar una piña, y cortado al ras hacia la nuca y de ahí hacia la coronilla gradualmente hasta formar una bomba; venía placentero.

Ligera sonrisilla andaba por sus labios, y un aire de forzada indiferencia se advertía en él. Convencido de que todas las miradas iban a detenerse en su persona, dejaba con displicencia que así fuera; y por su parte, hacia ningún punto determinado dirigía las suyas, sino que las dejaba vagar por todas partes.

Venía ataviado con amplia y fina ruana de paño azul, camisa blanca, immaculada, aplanchada irreprochablemente y abrochada por unos botoncitos pequeños de plaqué, pantalones grises de boca ancha en forma de campana, de paño finísimo; botines de punta aguda y brillante charol, y sombrero blanco, antioqueño, de copa baja.

En la mano derecha, levantada a la altura del estómago, sostenía un pequeño ramo de flores, en que la rosa encarnada figuraba con profusión; y en la izquierda, entre los dedos índices y pulgar, sostenía un

cigarrillo cuyo humo, al aspirarlo, inflado los carrillos, era arrojado a borbotones por las anchas ventanas de su nariz. Después de Clímaco, aparecieron su madre, luego las tres niñas hermanas, y en seguida dos de los amigos de Mayita, como él oficiales de un mismo Taller. Estos vestidos de la misma manera que el novio, traían en la mano el uno una bandola, y el otro una guitarra.

-¡Bueno, nos vamos! —dijo Mayita en cuanto ya todos estuvieron en la calle- y acercándose a uno de los coches, agregó: A ver, mamá monte Ud. aquí con Julia y con Manuel. Yo me voy con aquellos en el otro.

Partieron los coches, y en breve, desembocando en la Calle Colombia y girando hacia la derecha, siguieron en la dirección de Aná.

Mayita recordaba entonces el sueño del día anterior.

Empezaba a cumplirse.

Pero ahora no rodaban los coches con aquella rapidez vertiginosa, impotente, sin embargo, para salvar la distancia, sino que, aunque con lentitud, él veía que de minuto en minuto ellos, dejando atrás el puente sobre el río, las hileras de sauces que a lado y lado de la carretera existían, y los arados hermosos, fértiles, de un color verde intenso, tirando a negro, lo iban acercando a donde él tenía su corazón. Y veía también que eso que a pocas cuerdas de sí tenía, era Aná, la pequeña aldea con sus casas diseminadas en la llanura, su plaza sin acabar de poblar, su iglesia hacia el norte, asentada sobre la eminencia de la pequeña altura que en medio del valle se levantaba. Todo era verdad. Las brumas del sueño habían sido disipadas al calor del sol de la realidad. Los ojos de Mayita veían, su corazón sentía, su alma anhelaba. Todo estaba en armonía con todo. No había nada de vago, de indeciso, de extraordinario; eran concretas sus ideas, fijos sus pensamientos, realizables, fáciles. Ya, al otro día, en las primeras horas de la mañana, *ella* sería suya. Y entonces continuaría la realización del sueño: el abrazo estrecho, apretado, prolongado, que sería recíproco, nacido de un impulso secreto del uno hacia el otro; y el beso casto, puro, estampado con labio tembloroso, a sus súplicas, a sus ruegos, habría de resonar también. ¿Qué faltaba por cumplirse de la muda predicción que su cerebro, en medio del sueño, le había hecho? ¿No estaba pues, ya todo realizado? No, faltaba el complemento de aquel idilio soñado, de aquella felicidad anhelada y conseguida; pero vendría, ¿por qué no? El tiempo que vuela, que vuela, al fin lo traería.

Mayita, que ya soñaba de nuevo, no había advertido que los coches habían parado. Se encontraba en la plaza de Aná, la placita sin empedrar, cubierta de grama, con un eucaliptus en la mitad. Los vecinos todos se hallaban a las puertas de las casas, y un enjambre de muchachos en derredor de los carruajes, curioseaba a los viajeros.

-¿Te dormiste Clímaco?- le dijo su hermana, dándole un codazo- Ya llegamos

-¡De veras! dijo, y saltó del coche.

Los coches no podían seguir hasta la casa de la novia, situada fuera del pueblo, a pocas cuadras, cerca de al quebrada La Iguaná; fueron despedidos por los viajeros que habrían de concluir a pie la jornada.

La casita, una pequeña casita, de techo pajizo y corredor de teja, con barandillas que daba a la vera del camino. A su frente, dos corpulentos y viejos mangos y algunos naranjos, daban plena sombra y formaban patio amplio y fresco donde, en los días calurosos, solían las mujeres de la casa hacer sus labores de costura. Contra el tronco de uno de los mangos, a regular altura, un cajón ancho y largo, de toscas tablas, se hallaba recostado y servía para dar de comer en él a un caballín flacucho, enteco, que pasaba su vida dormitando. Al pie de los otros árboles, también contra su tronco, varios bancos servían de asientos. En ellos, los domingos, cuando ya se había barrido con esmero el suelo, hacían las tertulias las visitas que iban de Medellín, los artesanos que salían de la ciudad en busca de aventuras amorosas, de aire libre, de jolgorio. Y como generalmente los tales iban siempre acompañados de bandolas y guitarras, y como entre las vecinas de la casita las había a propósito, solíase muchos domingos, allí, debajo de los mangos y naranjos, armar unos bailes de chuparse uno los dedos.

No había zaguán en la casa. La puerta principal daba acceso inmediato a una pequeña salita enladrillada, muy bien barrida. Al frente, recostadas a la pared, estaban colocadas dos mesitas de patas torneadas, cubiertas por carpetas de género blanco, ribeteadas con franja de hilo. Encima de ellas, esparcidos y colocados con simetría estaban varios dijes: saleros de distintas formas y colores, pocillos antiguos de fina porcelana, vasos de vidrio de color muy laboreados, y fotografías de hombres con ruana, y mujeres con castaña y crinolina. En las paredes, clavados con estoperoles amarillos y ribeteados, a guisa de

marco, con hiladillas rojas, se veían algunos cromos que representaban la Crucifixión del Señor, a San Sebastián en su martirio, acribillado por las flechas, y a otros Santos; y algunos dibujos que figuraban rinocerontes, camellos, osos, y pájaros comiendo succulentos racimos de uva. Al pie de estos dibujos se leía, en letra manuscrita, encogida y dispareja: *Por María Josefa García, de doce años de edad; lo hizo en la Escuela Pública de Aná.*

Una tarima cubierta por una estera de *guasca* de plátano, y cuatro taburetes de banqueta pintados de verde, con racimos de uvas en el espaldar, eran el resto del mobiliario de la casa.

Al frente de la puerta principal, otra más pequeña y de dos hojas daba espacio al patio en que, independiente de la casa, estaba la cocina.

Otras dos puertas, pero sin hojas, había en la sala, situadas en cada una de las dos paredes restantes que formaban el cuadrado de ella. Por la una se entraba a una alcoba pequeña en que había tres camas vestidas humildemente, algunos baúles y un bien crecido número de imágenes de santos esparcidos en la pared, unos y otros descansando en un tabla que, a manera de repisa, y a poca altura se hallaba colocada en el muro. Daba entrada la otra a una tienducha con sus pequeños armarios cubiertos de botellas, vasos, panelas, bizcochos &c./c.

En el corredor de la casita, María Josefa, que rala novia, y sus padres, aguardaban a los viajeros. Ya, varias veces, desde que los había visto acercarse, María Josefa, palideciendo unas veces, enrojeciendo otras, había pretendido entrarse, pero su madre, imponiéndosele, se lo estorbaba. Ella, la niña, no se consideraba capaz de soportar la vergüenza que la presencia de su novio, delante de tantos señores y tantas señoras le inspiraba.

La niña, que había nacido allí y allí mismo se había criado, alejada del trato de las gentes de Medellín, no conociéndolo sino a medias, los domingos en que los paseantes solían visitarlos, no podía prescindir de mirar a su novio, a las hermanas y amigos de éste, como a gentes muy principales, de una educación esmeradísima y, más que todo, como a medellinenses, los cuales, quieras o no quieras, tienen para el

provinciano algo oculto, algo especial que hace se les considere, sin duda por el venturoso privilegio de haber nacido en la capital, como superiores.

En las frecuentes escapatorias dominicales que Clímaco solía dar por esos contornos, había conocido a María Josefa, la niña de dieciocho años, de piecicito limpio y descalzo, de apretadas carnes, seno exuberante, pequeña, escasa de talle, de rostro ovalado, lleno, color moreno, con ojos grandes, muy negros, cejas abundantes.

En un principio, Clímaco comenzó por dirigirles piropos de los de doble sentido, de los que él acostumbraba cuando emprendía sus conquistas vulgares, mas la niña, insensible a ellos, dejábalos pasar sin alterarse ni dar la menor prenda. Clímaco, al fin, picado en su amor propio, desesperado al ver que ni sus miradas eran correspondidas ni sus galanteos atendidos procuró meterse en la casa. Establó relaciones y asedió con más fuerza. Con sus amigos, los oficiales del Taller, ponía bailes los domingos. La niña era entonces su pareja predilecta. Le hablaba de su amor, le pintaba su corazón traspasado de dolor, le hablaba de suicidio, de que moría irremisiblemente si ella continuaba despreciándole. Pero la niña, indiferente ante tal ardor, lo dejaba decir, risueña, afable, tranquila, sin disgustarse nunca. Las pretensiones de Clímaco eran imposibles y, convencida ella de eso, no le temía. Estaba segura de sí misma, y, por tanto, jamás rehuía su presencia.

No obstante su corazón empezó, al cabo, a sentir que, poco a poco, iba amando a Clímaco. La conversación amena de éste, sus chistes, el modo especial, de ciudad, que tenía para vestirse, los pantalones de paño tan bien cortados, su calzado de charol, y sobre todo, aquel sombrerito antioqueño, fino, puesto con tanta gracia sobre ese pelo ensortijado, abundante, de un color indefinible entre el rubio y el café; la elegancia con que fumaba cigarrillo y la afable sonrisa con que a ella se la ofrecía, ya compuesto, delgado y retorcido... fue lo que realizó el milagro.

Lo amaba, pero ocultamente. No quería decírselo: de los labios de Clímaco aún no salía la palabra guardada, la que constituía una condición.

El tiempo corría, y la fortaleza aún estaba en pie. Clímaco, se exasperaba. Su loco amor, su lubricidad vulgar, fueron, empero, desapareciendo. Todo comenzó a tronarse distinto en su modo de pensar. En Medellín, el recuerdo de la niña, ya no le abandonaba. Pero no era de las caderas que se movían

acompañadas marcando sus contornos en la ropa, ni del seno desprovisto de corsé, sin engaños, perfectamente delineado, ni de las carnes duras, ni del aliento tibio, humano, de lo que se acordaba, sino de *ella*, de la niña toda, de su valor para resistir, de su ingenuidad y sencillez, de que era amado (porque lo adivinaba), pero sin que se lo hubieran dicho, sin que nunca se lo dijeran. Y Clímaco, que no había leído a Calderón, ni a Fray Gerundio, comprendió también que, charla, charlando, había caído en la red. Habló entonces de matrimonio, y quedó éste convenido. Mas no por ello la niña varió su conducta. Por más que Clímaco se esforzaba... nada, nada: hasta que, ya plenamente convencido de la nulidad de sus tentativas, se decidió a casarse.

Los viajeros fueron recibidos en la casita con muestras de afable cordialidad. Se sacaron los asientos al corredor, y se entabló la charla.

Pasada una hora, las hermanas de Mayita, llamaron a la niña para enseñarle los regalos que le traían: el trajecito que le destinaba Clímaco, el ramo de azahares, el pequeño manto de tul blanco; los floreros de cristal que una de ellas le obsequiaba; el costurero extranjero de la otra; el pañuelo de seda roja y la pieza de género blanco de la madre.

La niña veía todo aquello en silencio, con el rostro encarnado, pasando alternativamente sus miradas de los objetos hacia su madre y hacia Clímaco.

-¿Qué le parece el traje, niña?

- Muy bonita, señora.

- Es la última moda, niña. Si Ud. viera: lo hizo la mejor modista, la de las Marulandas, que son las más ricas.

- Sí, señora.

- Y vea estos guantes... a ver, yo se los mido... le quedan muy buenos. Y son también la última moda.

- Sí, señora.

-¿Y el manto de la niña? Le va a lucir mucho porque Ud. es muy morena. A ver, yo se lo pongo.

Y se lo colocó en la cabeza, arregujádoselo a manera de turbante.

Verdaderamente quedaba muy hermosa la niña, con su rostro encendido por la emoción, los labios entreabiertos y temblorosos, el pecho anhelante, los ojos bajos. Y Clímaco, que contemplaba en silencio, sonriendo, todas aquellas pruebas, no pudo contener su entusiasmo y, acercándose a la niña y tomándole una mano, exclamó:

-¡Si viera Josefita, qué linda queda!

La niña retiró bruscamente la mano, desprendió el manto de su cabeza y, arrojándolo encima de su futura cuñada, se entró en la sala a carrera abierta.

El día siguiente era domingo, y desde muy temprano las mujeres se levantaron, dándose inmediatamente a la tarea de arreglarse a sí mismas y a la novia. Para peinar a ésta se decidió entre ellas hacerle la capul, la capul que entonces se usaba, recientemente introducida. La niña se había resistido antes; pero ahora no tenía voluntad propia. Sus cuñadas podrían hacer de ella lo que quisieran.

Tomáronle el cabello –su hermoso cabello negro- sedoso, abundante, que antes ella misma peinaba, partiéndolo por mitad y echándolo hacia atrás para luego rematarlo todo, ya unido en una larga y robusta trenza, y cubriéndole el rostro con él, acercaron a su frente las tijeras, el sacrílego instrumento y, sin vacilación, como la cosa más natural del mundo, saz saz, fueron cortando al nivel de las cejas las hermosas hebras. Cuando la operación se hubo concluido, dos ligeras lágrimas asomaron a los ojos de la niña.

Luego siguieron con las demás prendas: el traje negro, el velo pequeñito, los guantecitos de hilo blanco, la amarillenta corona de azahar.

La niña quedó completamente transformada; y al contemplarse en un espejo que le presentaron, ella misma no se reconoció.

Un temblorcillo casi imperceptible le inundaba todo el cuerpo. Sentía frío, mucho frío. Sentía que el corazón le palpitaba con violencia, que una dura congoja le atormentaba el alma. Le parecía que en esos momentos amaba más, mucho más que antes, más que siempre, a su madre que, callada, inmóvil y con lágrimas en los ojos, presenciaba los atavíos; y a su padre que, retirado en el corredor, indiferente al parecer, pero con el alma destrozada, conversaba con el novio y los amigos de éste.

- Niña quedó muy buena moza, le dijo una de sus cuñadas en cuanto acabaron, y poniéndosele de frente.

La niña inclinó la cabeza y guardó absoluto silencio.

-¿Pero, por qué no habla? No, señora: Deje esas tristezas. Ahora si...

Al oír estas palabras, la niña no pudo contenerse. Su dolor se desbordó y, corriendo, ella hacia su madre dando sollozos ahogados y difíciles, se echó en sus brazos; y allí un momento después, estalló en un llanto espontáneo, libre, fácil. Todas, a una, se dieron a la tarea de calmarla; mas los consuelos parecía que antes fueran mayor incentivo para el llanto, porque, en un principio, éste, a medida que le hablaban a la niña, aumentaba más. Pero, en fin, todo cesó, y hubo que entrar a peinar de nuevo la capul, a retocar el rostro con polvo de arroz, a borrar las huellas de las lágrimas.

Después, cuando ya eran las ocho y estuvo terminado todo, el acompañamiento salió para la iglesia. Adelante con la novia iban las hermanas de Mayita, luego las mamás y, a un lado, Mayita con sus amigos y el suegro.

Al entrar en la iglesia, sin detenerse un momento, se dirigió al confesionario en que estaba el Cura. Hablóle al oído un momento, y luego, arrodillándose a sus pies, empezó la confesión. Concluida ésta, le tocó el turno a la niña.

Después, levantándose el Cura, se fue a la sacristía, de donde, ya revestido, salió a poco para dar principio a la ceremonia.

Los vecinos del pueblecito rodearon entonces a los novios. Las mujeres, de pie encima de los escaños, empujándose unas a otras, querían ver la novia y no perder incidente alguno.

La niña se hallaba ya tranquila. Las impresiones de la mañana habían desaparecido. Su rostro estaba sereno y, aunque con la mirada baja, por la placidez y suavidad de su semblante, se comprendía que allá, dentro de su pecho, el placer, el gozo, la satisfacción eran abundantes.

A las diez, terminada la larga misa parroquial, los novios volvieron a casa

A las once ya estaban en ella todos los que debían ser, incluso el Chato Arroyave y demás músicos que complementaban la orquesta.

Entonces se sirvió el almuerzo.

El día estaba hermosísimo y, desde el anterior, contando que así sería, se había convenido en que aquél se serviría al pie de los mangos y naranjos.

Unieronse dos mesas largas y angostas, prestadas en el pueblo; se las cubrió con varios manteles y a su derredor se colocaron los asientos, taburetes, como las mesas, de recogida también.

Las mamás eran las encargadas de estos preparativos. En la sala estaban las muchachas. Mayita y la niña y los demás caballeros que esa mañana habían llegado de Medellín. Todos fumaban cigarrillo, y los

pollos obsequiaban a las damas con copitas de vino moscatel. Todo eran risas, requiebros y charlas para los novios.

La niña conservaba aún los atavíos con que había estado en la iglesia. En cuanto llegó, quiso quitárselos para substituirlo por un trajecito de muselina nuevo, que tenía preparado; pero observando lo que iba a hacer, una de sus cuñadas se lo impidió.

-¿Cómo va a hacer esos niña? ¿No ve que en Medellín lo que se acostumbra es que la novia esté vestida todo el día? Quitarse el traje es un desprecio para el novio; y si se viste como nosotras, nadie sabe quien es la novia.

Ante argumentos tan convincentes, la niña no podía menos que ceder, y tuvo, que volverse a colocarse el manto que se había quitado y ceñirse la corona de azahar.

Las mamás llamaban al almuerzo.

Los oficiales, *canteándose* la ruana por el lado derecho, dejando así descubierta la inmaculada camisa y la leontina que llevaban en la parte superior de los pantalones, ofrecieron el brazo a las señoritas para llevarlas a la mesa. La niña fue colocada en la cabeza, en el puesto de honor, Clímaco a su derecha, y los otros, sin orden, al acaso, se dispersaron en los demás asientos restantes.

En la mitad de la mesa, sobre una enorme fuente, descansaba un *pizco* sudado, contra el cual emprendieron enseguida; porque no hubo sopa: ¿qué sabían de esto la niña y su madre?

Esta en su torpeza natural para manejar el cuchillo y el tenedor, sudaba, roja como una guinda y lanzando en torno miradas suplicantes, para hacerle plato a los veinte convidados. Mas con la ayuda de alguna de las hembras allí presentes, se pudo, al cabo, dar principio al festín.

Duró poco éste, porque siendo tarde ya se afanaban por despacharlo ligero, para poder bailar. Además todos, con excepción de Clímaco, deberían volver esa tarde a Medellín, tan pronto como fueran los coches que habían dejado contratados.

En cuanto se levantaron, pues, quitáronse las mesas, y los asientos fueron arrimándose contra los árboles, dejando, así, libre el patio que ellos formaban.

Entonces el Chato y sus compañeros registraron sus bandolas y guitarras, y al resonar en los oídos las agradables vibraciones de las cuerdas de alambre, un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo de todos. Brillaban los ojos, las bocas sonreían, las respiraciones eran fuertes.

La primera polca se dejó oír y principió el baile.

Mayita y la niña salieron los primeros.

Y después la niña fue arrebatada, porque todos sus amigos, los compañeros del taller, querían bailar con ella, con la novia, con la virgencita coronada aún de azahar, ya que en Medellín así *se usaba*, al decir de Mayita. Y la niña sudorosa, cansada, rojo el rostro, respirando con anhelo, fue pasando así de los brazos del uno a los del otro, sin que se permitiera el descanso un momento tan sólo.

El día, que principió tan hermoso, empezó a entristecer. Nubes opacas, densas y negras, situadas a la parte superior del Cucaracho, velaron el sol. Truenos sordos, continuos y lejanos se oían constantemente. El viento del mediodía, allí perenne en aquellas horas, pero suave, refrescante, venía ahora fuerte, huracanado, arrancando con furor las hojas de los árboles, y llenando el espacio de gruesas nubes de polvo. Grandes goteras de agua que caían con estrépito sobre el suelo empolvado, advirtieron en breve que la lluvia se acercaba, por lo que todos se trasladaron a la casita; y allí, en la pequeña sala, que apenas contenía cuatro parejas, se continuó el baile.

Pero ya, a las cuatro de la tarde, llegaron los coches que se aguardaban y los que debían regresar a Medellín, afanados y presurosos, tratando de escapar del aguacero cada minuto más próximo, despidiéronse con rapidez, montaron y... ¡adiós!

Poco después, la tempestad se desató con furia sobre el pueblecito de Aná.

Los rayos cruzando el espacio en relucientes culebrillas sobre el mismo pueblo, llenaban de pavor a los habitantes con su deslumbrante claridad, y su estentóreo trueno. La lluvia, la lluvia continua, estrepitosa, todo lo inundaba, y el viento, de momento en momento más recio, agitaba con violencia las puertas y ventanas, cuyas hojas, al chocar unas con otras, con furor, producían ruidos agudos y desapacibles que hacían estremecer a los aterrados habitantes. El crujir de los árboles movidos por el huracán; el bramido de éste al pasar por entre las ramas; los troncos desprendidos de lo alto con furia, impulsados como por una rabia desesperante y suprema, amenazando de muerte en su rápida caída, aumentaban el pánico y el terror.

Las casas fueron cerradas herméticamente hasta quedar en completa oscuridad; y dentro, todos, hombres, mujeres y niños de rodillas, aspirando el humo del ramo bendecido que quemaban, imploraban, a la luz de los cirios santos misericordia del cielo con el Magnificat y el Trisagio, rezados con voz quejumbrosa y suplicante.

Los niños y las mujeres, aterrados, lloraban en voz alta, y, tratando de escapar del peligro, del peligro que por todas partes amenazaba de muerte, buscaban los rincones más ocultos de las alcobas, creyéndose allí a salvo.

La única calle del pueblecito y la plaza quedaron desiertas.

El viento y la lluvia seguían azotando con furia las puertas y ventanas, y el agua, impulsada al través de las rendijas, penetraba abundantemente en las alcobas.

Los relámpagos, más vivos a medida que la noche avanzaba, lo iluminaban todo con siniestra luz, con su vertiginosa y aterradora claridad. Los alaridos de pavor que daban las mujeres y los niños, mezclados a los rezos y las plegarias, se oían por todas partes, de las unas a las otras casas, y contribuían a aumentar la angustia en los habitantes, creyendo éstos, recíprocamente, que ya alguna de las familias era víctima de la tormenta.

Pero hacia las siete de la noche el huracán empezó a disminuir, la lluvia fue calmando y los rayos dejaron de alumbrar con su medrosa luz y de aterrar con su estrepitoso trueno, hasta que la calma consiguiente a toda tempestad quedó acentuada.

Entonces, poco a poco, paulatinamente, como si aún existiera el peligro, fuerónse abriendo ya una puerta, ya una ventana, y asomándose en ellas, recelosas y tímida, siluetas de hombres y mujeres; y luego, animadas las gentes, empezaron a salir fuera para tomarse noticias mutuamente.

Hasta esos momentos ninguno había advertido que de allá, a pocas cuadras del poblado, hacia la parte occidental, se percibía un ruido sordo, prolongado, sin concierto, que semejaba ahora, derrumbes de edificios, luego el rodar precipitado y tumulto de un torrente, más luego la caída vertiginosa de un monte de grandes árboles, o el despeñamiento de millares y millares de enormes piedras que, al chocar unas con otras, se volvieron pedazos, se trituraran y redujeran a polvo.

Y cuando lo hubieron oído, de nuevo el frenesí del pánico se apoderó de aquellas gentes; y entre alaridos y llantos, y rezos no se oían sino el grito de ¡La Iguaná! ¡La Iguaná! ¡La Iguaná! ¡Se rompieron los trinchos! ¡Todo se va a inundar! ¡Socorro! ¡Socorro!

La plaza de Aná, la plaza que existió, era, hacia la parte que correspondía al camino que de Medellín partía para la ciudad de Antioquia, el cual, ya en el pueblo constituía su única calle, enteramente plana; pero de su mitad, y hacia el Norte, el terreno se quebraba bruscamente y ascendía hasta ir a formar un pequeño otero en que estaban plantadas la pequeñita y bella iglesia y algunas casas que la rodeaban.

A este punto el agua no podía subir en caso de la inundación probable entonces y temida siempre por los habitantes.

Allí, pues, se podían salvar de la muerte las personas; pero ¿Y las casas que quedaban abandonadas? ¿Y los objetos, los muebles, las ropas, los haberes en ellos encerrados, tal vez los únicos que se disponía para la lucha de la vida? ¿Y los enfermos, los enfermos queridos que no podían ser trasladados sin exponerlos a una muerte segura?

La incertidumbre en los afligidos habitantes era espantosa, y el pavor crecía a medida que el ruido era más perceptible.

Los hombres, en la plaza y en la calle, alumbrados por la débil luz de un farolillo que cada cual llevaba, formaban cuadros fantásticos al moverse inconscientemente, sin rumbo, sin objeto, de un punto para otro, sólo tratando de cerciorarse de la mitad del peligro; pero sin que ninguno de ellos fuera el precavido para poner a salvo mujeres y niños.

Y mientras tanto, el ruido amenazante era cada vez más pavoroso y más inmediato; y los hombres que, como por instinto, movidos por un común impulso de asociación de fuerzas para conjurar la fuerza mayor capaz de vencerlos se había reunido en grupo, se perdían en deliberaciones y conjeturas, al mismo tiempo que extendían sus miradas - impotentes para vencer las negras tinieblas- hacia el lado del peligro.

Los pareceres eran encontrados. Para unos, el rompimiento de los trinchos que encauzaban y contenían la quebrada, era un hecho imposible puesto que hacía poco el presidio de Medellín los habían reformado, quedando enteramente sólidos; para otros, la memoria que tenían de pasadas crecientes de la quebrada, los forzaba a creer que para ello dique ninguno era suficiente a contenerla; y, finalmente, para otros, el ruido cada vez más amedrentador, más positivo, era indicio seguro del rompimiento de los trinchos.

Pero no decidían.

Y de repente, aquellos hombres que hablaban en voz alta, que discutían que se esforzaban individualmente en hacer prevalecer sus opiniones, enmudecieron a un tiempo y quedaron como estatuas, petrificados al oír la voz de un hombre, allá arriba en la calle, del lado de la quebrada, que se acercaba instantáneamente gritando:

-¡¡Se vino la Iguanaaa!! Ahí vieeene!! Rompió los trinchos!! Socorro!! Socorro!!

La estupefacción causada por tales gritos duró, sin embargo un instante. La reacción fue inmediata. El instinto de la conservación se hizo sentir. El egoísmo de la vida hablaba ahora más fuertemente. Todos los del corro, sin orden, obedeciendo a un solo impulso, el de la propia salvación y la de los suyos, se dispersaron en diferentes direcciones.

- A las casas —gritó uno- cierren bien las pueertas!

- No —le replicó otro de lejos- a sacar las familias y llevarlas arriiiba.

- Ya no hay tieeempo- Imposible, ahí viene la quebraaada.

- Abrir huecos bajos en las paredes de los cuartos para que no se estanque el aaagua.

- Cerrar bien las puertas y ponerles tablas por debaaajo.

Aquel corto diálogo, sostenido de lejos, mientras corrían, a todo pulmón fue oído de todas partes y sus palabras resonaron en los oídos de las atribuladas familias, lúgubres, como fatal sentencia de muerte.

Un momento después, la quebrada, furiosa, arrojándolo todo, rugiente, llegaba por la calle y los solares y se apoderaba de la plaza.

Los gritos de desesperación y de socorro se confundían con el estrépito de las aguas. Las olas violentas, pugnando por entrar en las casas, venían a estrellarse y romperse contra las puertas haciéndolas trepidar. Sin cesar aumentaba el volumen de las aguas, subiendo su nivel por las paredes de las casas y filtrándose en abundancia por entre las rendijas de las puertas, para esparcirse luego en los zaguanes y las alcobas.

Las familias, entonces, quisieron huir por el lado de atrás, por los solares; pero retrocedieron espantadas porque éstos estaban ya inundados. A la escasa luz de las velas de sebo se veía, hasta donde alcanzaba, todo cubierto de agua, de agua enlodada, amarillenta, fétida y repugnante, que se revolvía constantemente amenazando ruina y muerte; y creciendo, siempre creciendo.

A medida que el tiempo avanzaba la inundación era mayor, y la consternación en las familias llegaba a la locura.

Las alcobas, los corredores, los patios de las casas comenzaron a inundarse. Las mujeres, los ancianos y los niños se acurrucaron en las camas, apretados unos contra otros, temblorosos y jadeantes, rezando sin cesar. Pero el nivel de las aguas subía y subía y ya pronto habría de alcanzar hasta las mismas camas.

Los hombres de trabajo, los que podían prestar algún auxilio, ya con el agua a la cintura, tiritando de frío, se movían, pero inútilmente. Las brechas que abrían en las paredes para dar salida al agua, ya no llenaban su objeto porque aquella se encontró de uno y otro lado de la pared perforada.

Pero en las casas en donde no había hombre, siquiera para servir de consuelo con su sola presencia a los niños y a las mujeres —a la manera que el médico es para los deudos del enfermo que se muere—, la situación se hacía aún más aterradora. Las mujeres allí, con los niños en los brazos, zambullidas en el agua, despavoridas, recorrían la casa —implorando socorro con gritos desgarradores— en busca de los lugares más altos.

En la plaza, los que habitaban en la parte alta, libre de la inundación, hacían esfuerzos por atravesar el torrente que se interponía entre ellos y las casas de abajo, para llegar hasta ellas a prestar auxilio. Mas la corriente impetuosa hacía vanas todas las tentativas.

Y mientras tanto, de las casas anegadas salían tristes y quejumbrosas las voces de socorro, y el llanto lastimero; y de los postigos de las ventanas se asomaban las mujeres para introducir en las aguas de la calle —con sólo inclinar un poco el brazo— imágenes de la Virgen.

Y los que estaban fuera, en la plaza, en la parte seca y a salvo, contemplando aquellas escenas a la luz de sus faroles, y oyendo aquellos lamentos desgarradores que les partía el alma, se desesperaban. De un momento a otro esperaban oír el ruido que, socavados sus cimientos por las aguas, producirían las casas al desplomarse encima de tantos seres indefensos, completado así la catástrofe iniciada por la pérdida quebrada. Y sin embargo, eran impotentes para salvar a tanto infeliz, porque la inundación, mayor aún cada minuto que transcurría, en manera alguna les permitía el paso.

Entre tanto, las campanas de la iglesia tocaban incesantemente la fúnebre plegaria, tan sólo para aumentar el horror, porque, ¿a quien llamaban que no estuviera presente?

En algunas casas la fuerza de las aguas hizo, al fin, ceder las puertas que daban a la calle; y entonces el torrente de agua, orgulloso, triunfante, penetró. Y los desdichados moradores, ya en pie sobre las camas, comenzaron a sentir que el agua les mojaba hasta más arriba del tobillo.

Los taburetes, las mesas y demás muebles, nadando, andaban por los corredores y aposentos. En los solares comenzaron a derrumbarse las tapias que los cercaban; y, como funesta predicción para las despavoridas gentes, los cadáveres de algunos perros y gallinas, con el vientre hinchado, principiaron a vagar por doquiera, a merced de las olas caprichosas.

Pero, hacia la una de la mañana, las aguas fueron bajando y disminuyendo la fuerza de su corriente. Entonces los hombres de la plaza, aún con el agua en el pecho, entraron en las casas y dieron principio a la obra de salvar los náufragos, pasándolos a los hombros. Y cuando el día empezó a asomar, cuando el sol venía a poner a los ojos de los desgraciados habitantes aquel cuadro de desolación y de miseria, ya todos estaban a salvo, albergados y atendidos en las casas de arriba, y sin que faltara uno tan sólo.

En la casita de la niña la catástrofe había sido aún mayor.

Por su proximidad a la quebrada, las aguas, al salir de la madre, la habían inundado de una vez con todas su fuerza y en mayor cantidad; puesto que al llegar allí les faltaba espacio para esparcirse.

Desde un principio la sala y el pequeño cuarto se llenaron de agua, obligando a Mayita, a la niña y los ancianos padres a subirse a las camas. Mas, hasta allí fueron pronto perseguidos, porque las aguas llegaron hasta humedecerles los pies.

La niña aterrada, se asía fuertemente a Clímaco, tratando de buscar en él la salvación. Ante el peligro, su timidez había desaparecido, y sin sentir que el rubor cubría sus mejillas, enlazaba con sus brazos el cuello de Clímaco.

La casa, en breve, dio señales de quererse desplomar. De las paredes, en su parte baja, caían grandes pedazos por donde entraban arroyos de agua. La puerta de la calle y la que comunicaba la sala con el patio, cediendo al empuje de las olas, se desprendieron de sus umbrales carcomidos y vinieron a tierra. Las paredes y maderas que arrastraba la borrasca, al venir a estrellarse con ímpetu contra las paredes de la casita, la hacían trepidar sobre sus cimientos ya socavados por el agua.

El peligro era inminente y así lo comprendió Clímaco.

- Si nos quedamos un momento más aquí –dijo- nos pachurra la casa, porque ya no demora en caerse. ¿No hay por ahí donde estar más seguros? El agua todavía deja caminar.

- Sí vámonos –respondióle el viejo- al horno, en la cocina que es alto y fuerte. Está en el corredor, y la pared, como es de bahareque no tiene riesgo alguno. Pero, ¡Quién sabe si podremos pasare por el patio! Es mucha el agua y rueda con fuerza.

- Nada importa –replicó Clímaco- a ver, de una vez nos vamos. Yo llevo primero a mi sía Juaquinita, luego vuelco por Josefita y en seguida por Ud., porque Ud., no es capaz de ir solo.

Y diciendo y haciendo, tiróse de la cama, tomó en brazos a la anciana y salió. El agua le llegaba al pecho, y con dificultad podía caminar. La obscuridad en que estaba la sala y la fuerte corriente establecida entre sus dos puertas, los hacían ir con sumo cuidado y lentamente. Pero la claridad de fuera, que él veía por la puerta derribada lo orientaba hacia ese lado. Una vez en ese punto, las hojas de la puerta, desprendidas de la umbrulada, pero unidas entre sí por la cerradura, se le interponían obstruyéndole el camino. Y su desesperación crecía a medida que luchaba por apartarlas, porque la casa seguía más amenazante.

Pero al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró poner a un lado las hojas y salir.

Ya en el patio, naturalmente mas bajo su nivel que el de la casa, el agua le llegó hasta el cuello; más logró, no obstante atravesar sin dificultad el corto espacio y ganar el horno. Colocó allí a la anciana, y sin pérdida de tiempo voló hacia adentro: acababa de oír la caída de otro pedazo de pared.

Cuando llegó a la puerta de la sala encontró allí al anciano que, jadeante, traía en los brazos a la niña vestida aún de novia, con su corona de azahares en la cabeza.

-¡Se cayó el cuarto ya! Bendito sea Dios! Díjole el anciano. Recíbame a esta niña que ya...

Un ruido espantoso se dejó oír en ese instante. Las paredes tambalearon, e impulsadas por una ola que llegaba, vinieron a tierra sumergiéndose entre las aguas al anciano y a sus dos hijos en el momento preciso en que la niña pasaba de sus brazos a los de Clímaco para ir con éste, a celebrar debajo del furioso elemento, su noche de bodas, que había de ser eterna!

Mayo 18 de 1897

BRUJERIA

Por: *Samuel Velásquez*

¿Y Blanca? Le pregunté a Roberto.

- Cómo la nieve, se deshizo su nombre en mi memoria. Respondió.

-

- Qué me Cuentas!

- La verdad. Se colocó entre los esta brujería, por encima de la cual no pude saltar; y ya ves que no es una altura eiffélica.

Roberto sacó de un bolsillo del chaleco un lente tamaño como un dedo de la mano, uno como un ataudillo de ocho centímetros, con dos ojos de vidrio.

Yo lo conocía, y vosotros también; es aquel embeleco que sirve para ver las cosas aplastadas y deformes. o interminablemente largas; la chuchería de más rara dualidad que se haya inventado, pues que tanto se parece a un consejo de Jesucristo como a pomo de veneno, a un alacrán como a la humildad de un serafín. No sé si el guasón de cuyas manos se escapó lo baño adrede en tinturas filosóficas, porque tanto da el dije para reír como para pensar.

Si no fuera moderno, no andaría muy lejos de lo justo diciendo que lo había inventado Diógenes, el clásico burlón de la humildad; pero, no, a él le hubiera dado miedo arrojarle ese guante despótico a la belleza tangible, en tierra donde todos andaban punto menos que enloquecidos con la religión seductora de la forma; lo menos que le hubiesen hecho sus coterráneos habría sido colgarlo de una cruz.

Cómo hubiera llorado un griego viendo la Venus de Milo a través de este lente despiadado y terrible. Prensada como un esquimal, sin presillas de misteriosa elocuencia en su divina boca, y con forma de tonel aquel talle que el amor onduló a besos; o bien dándole una vuelta al aparato y contemplando a la diosa alargada y melancólica como las sombras al ponerse el sol.

Hoy las gentes, si muy al tanto de refinamientos estéticos, no tienen inconveniente en profanar la belleza, y ríen a todo sabor mirando al trasluz de este vidrio cruel a una criatura modelada, por ejemplo, con el color y las curvas de una azucena. Porque, entro todo lo malo que guarda el lente, conserva también la prenda de la equidad; es incorruptible como la muerte, no contempla, no transige, no acaricia, no dirime, no aplaza; los dos emparejan a los hombres: la muerte con solemnidad y el Lente del modo más ridículo. No hay casco empenachado, ni diadema erigida al cielo en piñas de diamantes, ni mitra bordada, que, vistos al través de este vidrio, no se aplanen a nivel de humilde cabeza desnuda. Creedlo, esta invención es semejante a la limitación de Cristo, que quiere ver todos los espíritus uniformes, cercenados por el rasero de la humildad, para que se vean después altos, muy altos, como aparecen las cosas al darle una vuelta al aparato de los ojos de cristal.

Y aquí es otra! No hay que creer que esta monada es un brote escapado de la reunión de vidrios convejos; el caso es que el inventor se fue al alma a buscar el modelo, y la envidia se lo suministró; ella, que ve todas las alturas morales agazapadas y contrahechas, dio su amargura, su desdén y su rabia con honda alegría, y ayudó con sus manos falcas y exangües a confeccionar el símbolo maldito. “Sí, sí, le decía el fabricante; ponle esos ojos de mirada sarcástica, balcones por donde se ha de asomar. Su Majestad la Risa; y hazlo chiquitito de modo que cada uno pueda llevar un ejemplar en el bolsillo, como se carga un pequeño haz de cuchillas cortantes entre finísimo estuche”.

Y poniéndoselo delante de los ojos exclamó:

- "Admirable! Así veo yo las enormes creaciones, los hechos extraterrestres, los sueños gigantes, los halos luminosos de los santos y las glorias que resisten con el reposo de las pirámides del desierto al ancho simoun del olvido".

Todas las mujeres firmarían con mano tranquila la pena de garrote para el comerciante que hizo de este sarcasmo un artículo de negocio; colocad el Lente, si no, delante que una que lo conozca, y si no es que da un salto de liebre sorprendida y corre a arrancárselo de las manos, se va desalada huyendo como si la persiguiera en acero mortal; quisiera evaporarse, despedazarla al que la mira así, no existir.

Y no les queda siquiera, para escudarse con ella, la convicción de una belleza impecable que pueda plantarse en firme delante del análisis, porque el Lente desentona la armonía de la cara de un ángel, y vuelve las curvas más dulces un rebujo de óvalos traseros; atropella todo lo que se empina, lo que se erige hacia arriba, lo que florece hacia el cielo, y lo estrega contra la tierra.

Ya se puede maliciar lo que le sucedió a Roberto. Palabras más o menos, he aquí lo que me contó:

La tarde en que llevó a casa de Blanca, su prometida, el chisme de vidrio, ésta, que no conocía semejante tortura, se dejó mirar de ese modo, creyendo que ello no tenía más alcance que el de unos gemelos de teatro; y se quedó tan serena delante de la alhaja, con la íntima seguridad de que para parecer bella lo mismo daban que mirasen a ojo limpio que por entre un cristal. Y sonreía con la gran impavidez, dando lugar a que se le viese desastrosamente larga y desdibujada aquella boca tan linda y consentida, y vulgares las manos a otra hora finas y aristocráticas; no sabía la inocente que se había aplebeyado hasta el ridículo su cuerpo delgado y nervioso que sabía desenvolverse en serpentinas como el cuello de una garza. ¿Dónde estaba el espíritu de Rafael, el príncipe de la belleza, que así dejaba caer sobre la de Blanca el flechazo de la malevolencia?

- Es increíble, es increíble! Exclamó Roberto riendo a carcajadas y sin quitarse el Lente de delante de los ojos. Oyendo lo cual se imaginó la joven que tenía algo que manchara su belleza. Corrió a mirarse en un espejo, pero allá no vio más que su juventud fragante abroquelada por una corrección cabal.

- No hay más sino que te has vuelto un tonto de remate, dijo volviéndose hacia Roberto; porque de otro modo no concibo esa risa.

- Hazme el favor mirarme por aquí, respondió él, y verás que no soy tanto como te lo imaginas.

Le entregó a Blanca el aparato y se colocó a distancia, de modo que ella pudiese examinarlo. La niña obedeció, y al encontrarse con un sapo humanado dio un grito y volteó rápidamente el dije creyendo haberse equivocado. Pero la esperaba por la otra faz un fantasmón escuálido, de cara dulzona, y tan alto, que podía mirar escorzadas las palmeras. No pudo menos la novia que lanzar una carcajada pensando en que aquella transformación era natural, dada la poca belleza de su amante y sin figurarse que al Olimpo de la suya también llegaba el latigazo de la risa. Nadie que ve al otro por primera vez al trasluz del Lente mordaz cree que está sujeto a la misma depresión. No, a ella no podían verla así, era imposible, se conocía tanto a sí misma; eran tan diferentes su figura y la de Roberto. ¿Qué soberanía aparejaba entonces la belleza, si cualquier burlón podía meterla en cintura? Ya podían mirarla como quisieran, que siempre, aparecería ella, Blanca, la impecable de hermosura, la Venus de dos brazos.

Y reía feliz cuando acertó a entrar Emma, una de sus amigas a quien, a pesar de los besos con que la recibió, no quería demasiado, porque la fama la había puesto a alternar con ella en la cumbre de la gloria. — Quédate ahí, le dijo Blanca con extraña alegría. Y se puso a contemplarla por el Lente.

Qué delicia, ver tan fea a una amiga tan linda!

Y se dejó llevar Blanca por la góndola azul de aquel ensueño, cuando de pronto despertó sonrojándose y mirando a Roberto con suprema ironía.

- Si Emma tampoco ha escapado... La verdad. Amigo mío, añadió soltando el Lente con displicencia, es que se ha burlado usted de mí a mansalva. Que me mire Emma por aquí, y si me encuentran tan monstruoso como yo a ella, tenga por cierto que, a mi vez, me reiré de usted para siempre sin que necesite cristales para mirarlo. Convertirme en tan odiosa criatura!

Roberto, que la conocía bien, vio que era capaz de hacer lo que decía, si llegaba a convencerse de que no la había defendido su clásica belleza de que el Lente la prensara como a todo el mundo. Temeroso de la amenaza le entregó el antejo a Emma guiñándole un ojo; ésta cayó en la cuenta del aprieto de su amigo y exclamó con natural sencillez: - Te veo los ojos mucho más negros. Blanca mía. Qué simpático aparato!...

Sonroja los labios, adelgaza el talle, satina los cabellos, ilumina la mirada. Querida mía, te veo vuelta una diosa.

-¿De veras? ¿No mientes?

- Un delirio, puedes creerlo.

- De vanidad. Dijo Roberto en voz baja, un si es no es desilusionado.

Se parece esta monería, continuo diciendo Emma con refinada malicia, al viento; amplía las hogueras y apaga las chispas; puedo jurar que tú viste acentuada mi fealdad; en cambio, tu belleza se ve quintaescenciada. Ah, si mis ojos cambiaran de ese modo! Qué gloria verlos más azules y más grandes. Pero no cambian ¿verdad Blanca? Comprendo, te da pena responderme... Paciencia... ¿Y sabe usted sabe amigo mío, prosiguió dirigiéndose a Roberto, que es tal el poder de estos cristales, que ponen a descubierto el alma del que tienen delante?

- Lo sé, respondió él, oyendo cómo se desmoronaba definitivamente el castillo de sus sueños.

Esa misma tarde vinieron las torres al suelo.

La simplicidad de su amada lo aterró, y un año después se casó con Emma.

POST MORTEM

Por: *H. Gaviría*

A mi madre,

.....

.....

Recorridos algunos metros del corredor circular, recamado de nichos funerarios, depositaron los peones en el suelo el blanco ataúd. Rodeólo el grupo de parientes y allegados, y mientras que el sacerdote –amigo predilecto de la familia- mascullaba responsos en latín, repasando, con mirada indiferente, las inscripciones de las bóvedas cercanas, Pedro se recostó al pilar más inmediato, dando la espalda, gacha la cerviz, sumergido su espíritu en hondas cavilaciones, y lejos muy lejos, de aquella escena y de aquellos sitios.

-“Le van a echar cal”, murmuró alguien cerca del él. Estas palabras lo volvieron bruscamente a la dura verdad de los hechos, y por un impulso irresistible, por un poderoso sentimiento, amalgama extraña de pueril curiosidad, de dolor y de cariño, se volvió, se abrió paso y con los brazos pendientes, inclinado el busto, puso la mirada con avidez en aquel cuerpo, tantas veces contemplado con amor, acariciado tantas veces por sus ojos de conocedor refinado y voluptuoso.

¡Qué horrible!

Cuanto amoroso afán puso la suprema artista Naturaleza en modelar aquella criatura preciosa –himno vibrante de belleza y de vida- destruyéndolo la enfermedad y la muerte, sin misericordia, sin término ni medida, con la implacable saña de los que impotentes –como ellas- para crear, en demoler cifran su terrible poder y grandeza.

Cerrados y hundidos en sus cuencas los ojos –sus negros grandes y dulces ojos!- forrados los pómulos en la piel de color terrosos con visos amarillos y verduscos; sumidas las mejillas; desfiguradas por una contracción casi-grotesca su boca adorable; puntiaguda y saliente la antes redonda y hoyuela barba; alargada y fea, y brillante la nariz.

Esto vieron, con dolor y asombro, los ojos del pobre novio, y un desastre más completo, un naufragio mayor de líneas y contornos adivinaron al través de los pliegues del tosco sayal que cubría aquellas formas, que fueron su desesperación y su gloria.

Un olor acre y repugnante, emanado del cadáver, le hizo enderezarse, llevándose instintivamente el pañuelo a las narices, y retirarse de nuevo hacia el pilar.

Desde allí presenció con displicencia las últimas vulgares escenas del enterramiento: la empujada del cajón dentro del nicho; la cerrada de éste, adobe tras adobe, el ir y el venir del palustre pulimentando la obra y secando la postrera capa de mezcla; el letrero “Alicia Ruiz, Mayo 12 de 1904” que trazó, malamente, la mano temblona de un amigo...

Con abrazos silenciosos, apretones de manos, o estúpidos “si que lo siento”, le dejaron sus amigos a la puerta de la casa de sus suegros, en las últimas melancólicas y tristes horas de la tarde.

En uno de los taburetes puestos aquel día en los corredores de la casa, se sentó aturdido, cansado, triste; fuese luego a la sala, recorrió las alcobas, entróse al comedor, inconsciente, casi estúpido y dando a los que le dirigían palabras de consuelo o de cariño, respuestas maquinales, de cuyo sentido no estaba él muy seguro.

Por último, tomó su sombrero de la percha donde lo dejara al entrar, se lo metió hasta los ojos, y sin despedirse de nadie, tomó el camino de su casa, cerrada ya la noche.

Había andado algunas cuerdas con paso lento, las manos a la espalda, inclinada la cabeza, sin pensar en nada, aletargado su espíritu, viuda la mente de todo recuerdo, en rebelde cesantía el cerebro, cuando se sintió suavemente echado de la acera hacia la calle, por alguno que pasaba entre él y la pared.

Vuelto, por el encuentro, del negro caos de inconsciencia en que todo él iba sumergido, se detuvo, y vio que, balanceándose airosamente, se alejaba una gallarda hija del pueblo, muchacha esbelta, fuerte de carnes, de curvas y redondeces incitadoras.

Detúvose ella también, un momento, al sentirse contemplada; echó a andar de nuevo, muy lentamente, con provocativo y estudiado donaire, y volviendo de vez en cuando la cabeza.

En el extremo de la calle se paró, apoyando la mano en el guardacantón de la esquina, miró largamente a Pedro, y desapareció.

Acudió a él toda su sangre al cerebro: sus nervios vibraron violentamente: como una quemadura sintió en el suyo el roce de aquel cuerpo que lo había tocado poco antes, y, enloquecido, delirante, arrastrado brutalmente.... tras la hija del placer dobló la esquina.

IV. RELATOS DE LA DROGA

FIN DEL SIGLO (EN LONDRES)

Por : *Eduardo Zuleta*

Un señor que parece francés, lo espera en la sala –dijo una niñita rubia a Pedro Jácome, que habitaba en la casa de la Calle de Newman.

Bajó Pedro y encontró en la sala a un mozo de vestido claro, de cuello muy alto, de corbata lacre, de hongo gris en la mano y de botines amarillos. Pálido y ojeroso y con cierto gesto de amargura profunda.

-¡Tú aquí! A qué buena hora llegas. Acabo de recibir cartas de mi casa. Subamos a mi cuarto.

- No, hombre, no me lles a las alturas de las estrellas fijas. ¿Vives todavía en el quinto piso?

- Pues quedémonos aquí- dijo Pedro riéndose.

- Y bien, ¿qué cosas te dicen de Remedios?

- Muchas cosas. Me cuentan que don Fernando Grisales está loco, que doña Camila se murió, y que Joaquín Quintero, el hijo de Don Pacho, está de representante al Congreso.

-¿Y a ti te interesan esas tierras y esas cosas?

-¡Que si me interesan! ¿Pues no me ha de interesar más la crónica de mi pueblo que la relación de los escándalos del Príncipe de Gales? ¿Te supones que la Patria y el pueblo y la familia a que pertenezco no valen más para mi corazón que los incidentes que ocurren en este Reino británico y en esa República de escándalos en donde tú vives?

-¡La Patria! Eso es una cosa relativa. Patria para nosotros es la familia, el barrio, el pueblo, el Departamento, la Nación, el Continente y la raza misma, según el lugar y el tiempo en que nos hallemos. Si hoy viviéramos en Remedios, seríamos más remedianos que yolomberos, más antioqueños que caucanos, y más colombianos que americanos. Al principio de estar en Europa las cosas no cambian, pero luego nos volvemos más americanos que colombianos, y más latinos que sajones. El campanario de la aldea no se ve de aquí; los lindes de la nacionalidad tampoco; si algo queda viviendo es el sentimiento de afecto a la raza; pero si la permanencia se localiza en una sola capital, desaparecen hasta esos sentimientos, y los afectos caen sobre los lugares e imágenes que nos impresionan diariamente. Si uno vive en París, acaba por volverse un pariese y por querer esa ciudad más que todo. Fue lo que le pasó a Heine, lo que le pasó a Tourgeneff, lo que me ha pasado a mí. Cuando tuve que ir a Colombia por la muerte de mi padre, creí que me iba a volver loco en Remedios; fui a Medellín, lo mismo; a Bogotá peor. Mis paisanos me parecieron vulgares; las poblaciones sucias y tristes; las mujeres, unas desgraciadas; las comidas, insoportables. Cosas de indígenas. Al embarcarme de nuevo para acá, sentí tristeza por esas gentes que ni siquiera tienen el placer de la comida. Enseñado uno aquí a las delicadezas de la ostra fresca, de la sopa aperitiva, de los variadísimos platos, a la elegancia de los restaurantes, no es posible cambiar fácilmente por las yerbas y legumbres de esa tierra. Sin teatros, sin luz eléctrica, sin ferrocarriles, sin libros, sin agua limpia siquiera, no puede explicarse uno la vida. No hay con quién conversar, por otra parte. Allá viven todos de la rutina, de la regla fija, de *parti-pris*. No hay revoluciones intelectuales ni puntos de vista. Los hombres principales, unos tercos, de células cerebrales grandes, opacas, toscas, inmóviles, pegadas con cimiento romano. Gamonales ridículos que el día que los sorprende una idea, caen muertos por congestión cerebral. Todos gravitan necesariamente hacia las zarazas y viven una vida miserable para acumular reales, haciendo economías de granos de arroz. Y lo más curioso es que se creen grandes personajes y se dan ínfulas de gallos de corral. Y no son otra cosa que un conglomerado de adefesios. Vieras tú a estos hispanoamericanos que llegan a París a comprar mercancías o a pasear, como ellos dicen. Sin saber el idioma, víctimas de los dependientes de las casas de comercio, que los llevan a los teatros para reírse de ellos. Pasan mil vergüenzas en la mesa, sin conocer las comidas, sin saber la hora en que debe tomarse el vino, lo mismo que esos infelices del pueblo que cuando van a una ciudad le echan sal al café. No entienden de cambiar de camisa diariamente, ni

de peinarse para ir a la mesa. Se encantan con las funciones de prestidigitación y acaban por vivir en los cafés –conciertos, hechos unos bobos. Hay unos que viven dándose ínfulas de letrados y no han leído sino “Los Tres Mosqueteros” o “El Judío Errante”. Y en los pedidos que hacen de allá vienen partidas como ésta: “Una caja de libros”. ¿Crees que esos pobres diablos que llegan a París, sin una idea de arte, sin educación siquiera mediana, puedan apreciar en lo que valen la catedral de Nuestra Señora, un cuadro de Meissonier, una poesía de Sully Prudhomme, un palacio del barrio de Saint.-Germán o una conferencia de Brunetière? Gastan \$20 o \$30.000 y se vuelven impresionados con los faroles en las esquinas, con las lámparas eléctricas, con las montañas rusas. Les sucede con Paría lo que al peón de Julio Peña, que un día lo llevó éste al teatro para que viera una función por la primera vez. El peón se desvaneció con la concurrencia, se alarmó con las lunetas, se aturdió con la música, no entendió lo que decían los actores y acabo por fijarse en la lámpara del centro, en la araña como él decía, y pasó toda la noche seducido con los cristales y las bombitas de la lámpara. Cuando terminó el acto le preguntó Julio: ¿Qué te pareció la función? ¡Hasta ai arañas!, le contestó el infeliz.

Otros se dan el tono de ir a Italia. ¡Viajar por Italia! ¿Qué provecho podrán sacar de ese viaje estos paisanos que no entienden un ápice de pintura ni de escultura, ni de música, ni de nada? ¿Qué sensaciones de arte pueden experimentar estos bárbaros que vienen a gastar dinero y a pasar vergüenzas por el placer ridículo de volver a sus pueblos a contar que estuvieron en Roma? Y lo peor de todo es que muchos se vuelven sin poder ver al Papa siquiera.

-¿Qué le pareció el Anfiteatro? Le pregunté un día a un sujeto de Nicaragua que regresaba de Roma.

- Eso se está cayendo, no se ven sino golondrinas volando por todas partes, me contestó con la mayor seriedad.

- Tomemos un sleeping car (carro de dormir) le dije en Madrid a un ecuatoriano, a quien Torres Caicedo me había recomendado mucho.

- Yo no puedo tomar sino leche, me respondió el infeliz.

¡Si ha habido quien se vaya a Holanda con el libro de D´Amicis en el bolsillo! Dos o tres veces se le atrevieron a Atenas y otros muchos a Jerusalem. Lo que es más natural, por supuesto.

Los malo no está en que estos sujetos pasen vergüenzas y gasten dinero torpemente. Lo que sucede es que van luego a meter mentiras y a entusiasmar a otros infelices para que vengan a hacer lo mismo. Porque de viajes de esta clase no se saca más ventaja que la de comulgar con ruedas de molino a los que se quedan allá.

Recuerdo que un primo mío fue de Remedios a Yolombó cuando yo estaba muy pequeño, volvió contándome maravillas de esa tierra.

-¿Muy bonito Yolombó?

-¡Con decirte que Yolombó es la gloria chiquita! Un día yo estaba en la calle del Tigre con Joaquincito Ramírez, decía el primo metiéndose la mano en el bolsillo y moviendo la cabeza, cuando salió la procesión de la iglesia. ¡Esas sí son procesiones!

Y cuando regresaba de Medellín, Cenón, el sirviente del Padre Tamayo, le decía yo:

-¿Medellín es muy grande, Cenón?

- ¡iii, niño, con decirle que hay como cuarenta curas.

Y así van a sorprender estos viajeros a sus compatriotas de Hispanoamérica porque lo que sucede de Paría a Valparaíso o al Salvador, sucede de Medellín a Remedios, por ejemplo. Y lo más curioso y ridículo es que de París regresan esos simples con la idea de que han dejado varias marquesas locas.

- Pero bien- dijo Pedro.- ¿De manera que tú pasaste también las vergüenzas que anotan a los que van a París?

- No, porque tú sabes que vine muy joven. Me encerraron en un colegio, aprendí el idioma, me relacioné con gente distinguida, he estudiado bellas artes y algo he aprendido de todo.

- Pues precisamente eso explica por qué has perdido tú el amor a la Patria. Un amor irreflexivo obligó a tu padre a enviarte aquí muy joven y es natural lo que te ha pasado. Y hasta los afectos de familia se pierden igualmente en las condiciones en que tú has vivido.

- Ciertamente. Quiero más a Pierre Letin y a Griffoux, mis condiscípulos y amigos de siempre, que a mis primos a quienes no traté sino de niño, con quienes no he vivido y a quienes nada tengo que agradecer. Es el mismo caso que le pasa a uno con los antepasados que no ha conocido. ¿Qué me importan a mí bisabuelos y tatarabuelos? Nada. No estoy ligado a ellos sino por una tradición semejante a la que me relaciona con el padre Adán. Y así me ha acontecido con lo que tú llamas Patria. ¿Qué recuerdos gratos podrían despertar en mi espíritu la población abigarrada, grosera y salvaje de Colón; los fuertes derruidos, las palmas secas y tristes de Cartagena, las capas de arena de Barranquilla con sus casas de paja que recuerdan las habitaciones de los caciques; las casitas blanqueadas y de arquitectura primitiva de Medellín, y sus calles con las cañerías abiertas a cada paso, el pueblo sucio y hebetado de Bogotá, que consume toneles de chicha amarga y venenosa, los caballeros de industria que andan allá tras las sierra – morenas de una dote, tras de unos pocos billetes por los cuales venden la vida?

- No digas eso. Si Colombia es para ti lo que acabas de pintar; si eso es lo único que se te viene a la memoria, recuerda que yo no he perdido el amor a mis montañas, ni el afecto por los míos, ni dejo de interesarme por ese mismo pueblo que tú llamas sucio y por esas ciudades que te merecen semejante desprecio. Que te da vergüenza ser colombiano porque Colón es feo, porque Barranquilla tiene arena, porque en Bogotá beben chicha y se cambian los sinvergüenzas por tres reales, y porque en Medellín no hay tuberías de hierro. Pues ni todo es así en absoluto, ni hay justicia en echar en cara defectos de construcción o de carácter moral que todos desean que desaparezcan en esas ciudades. Pero no se remedian las cosas así. El camino es contribuir uno a que desaparezcan, indicando los nuevos rumbos, las necesidades imperiosas a que hay que atender con preferencia, ilustrando las masas e inclinándose hacia los humildes. Si tú hubieras vivido en Medellín; si tú hubieras estado en la Universidad, si conocieras a fondo los hombres y los pueblos de Antioquia, te habrías sorprendido del empuje intelectual de esa tierra. Tan común es el talento en Antioquia que yo que conozco estudiantes de la mayor parte de la República de Colombia y de Hispanoamérica y de aquí mismo, puedo asegurarte que entre cien europeos y cien antioqueños, éstos alcanzan a 60% de inteligentes, mientras que los europeos apenas llegarán a 40%. Los hombres brutos en Antioquia pueden contarse en los dedos de las manos. Lo que sí sucede es que allá no nos molestan los genios, a Dios gracias. Y para que alguno llame verdaderamente la atención en algún sentido, se necesita

que calce muchos puntos sobre los demás, lo cual es sumamente difícil. Un antioqueño puede hacer carrera en cualquier parte, lo que es trabajoso es hacerla en Antioquia. Que resulta algún buen escritor, puedes ponerle la pluma a cualquier comerciante y se luce también. Que un antioqueño ejecuta una acción de valor distinguido, pues eso no causa admiración entre mis paisanos, porque hay pocos que no se crean capaces de hacer lo mismo. Me refieren, por ejemplo, que los toreros españoles que han ido a Medellín se pasman de que los muchachos del pueblo y los de posición distinguida salgan a capear toros bravos. No llama la atención eso a los que no salen al circo, porque éstos serían capaces de hacer lo mismo. Esta es la razón por qué no peca Antioquia por el lado admirativo. Que hay defectos, es un hecho, pero éstos son defectos de raza, defectos inherentes a la topografía y a las mismas buenas condiciones orgánicas del pueblo.

-¿Y por qué siendo tan inteligente, no ha llegado adonde están otros que no lo son tanto?

- Por una sencilla razón. Porque los europeos representan en su progreso una enorme acumulación de saber y de facilidades mecánicas adquiridas y heredadas de sus antepasados, mientras que en Antioquia ha habido necesidad de crearlo todo; y compara la altura a que se encuentra, no digo sobre los otros departamentos de Colombia, sino también sobre los otros pueblos de Hispanoamérica y de una manera relativa ha progresado más que cada uno de ellos. Pero no es tampoco que yo atribuya el progreso de ese pueblo a su talento. No. Por encima de esta condición hay otra que explica mejor su progreso, y es su capacidad mental positiva. Pueden, por ejemplo, tener en Bogotá más chic, más arte y más gracia en todo que el antioqueño, pero éste toma las cosas a lo serio, y de esfuerzo concienzudo surge siempre una labor fructuosa. Es el mismo caso que señala Kidd entre Francia e Inglaterra. La preponderancia de esta Nación no depende del mayor talento sobre la otra, sino más bien de las cualidades de seriedad y de carácter práctico, de lo cual resulta el que a los acontecimientos adquiridos se les hace producir más grandes efectos. Y Antioquia llegará a ser un gran pueblo el día en que aparezca un hombre superior que encauce las grandes y sueltas energías de sus hijos.

Que hay caballeros de industria en Bogotá. Que hasta aquí nos vienen los chismes del metal de vos y otros semejantes, que denuncia una perversión mental inaudita en esos seres desgraciados que se disputan las hijas de algún provinciano enriquecido o de algún afortunado orejón, para decir luego que no se casan por interés sino por el capital, eso es triste en verdad. Pero en primer lugar no es ese el tipo de la juventud bogotana, ni ese es el espíritu en que allá educan a los jóvenes. Al lado de esas excrecencias morales, hay tipos de alta cultura intelectual y de envidiable moralidad. Es injusto juzgar a un hombre por un acto solo de su vida o una sociedad por dos o tres muestras cogidas en los corrillos de la gente frívola. Si un bosque de

robles y guayacanes encontraríamos algunos arbustos secos ¿no sería injusto el fijarnos únicamente en estos y echar en olvido los corpulentos y vigorosos árboles del bosque? Y dispénsame este símil montañés, pero es el mismo caso.

- Veo que no podemos discutir sobre esto, porque partimos de punto de vista diferentes. Tú has vivido en esas ciudades, tienes allá amigos, no hace sino dos años que vives en este Londres brumoso, de edificios ahumados, y yo no estoy ligado a esas tierras ni por cariño ni por relaciones de ninguna clase. Vamos a dar un paseo ¿quieres?

-Vamos- contestó Pedro.

Y mientras éste subía al cuarto por el sombrero, su amigo sacó una cajita de aluminio, que abrió rápidamente y extrajo de ella una jeringa hipodérmica, la cual llenó de una solución concentrada de morfina que con deleitación suma se introdujo en un muslo por encima del pantalón.

II

Salieron los dos amigos hacia el Hyde Park, y al pasar por una de las librerías de la Calle de Oxford se quedó el amigo de Pedro observando unos libros de cubierta amarilla que decían: Le Maitre de Forges, Germinal, la Terre promise, Yack, Madame Bovary, Boule de Suif; detrás de otra vidriera se veían libros de cubierta blanca que decían: El amigo manso, Pepita Jiménez, Las ilusiones de Dr. Faustino, Los tres arcos de Cirilo, La Tribuna, Sotileza, El Cuarto, Poder, Pequeñeces, &c.

-¿Conoces a Le Maitre de Forges, Pedro?

- Sí, hombre. Se lo vi representar aquí a Sara Bernard.

- Es raro que Ohnet haya hecho carrera y esté rico. Qué escritor tan insoportable. Qué prosa tan pedestre la de este hombre. Y sin embargo se mueve y alcanza hasta el honor de que Sara Bernard lo lleve a la escena. ¿Es un Cherbuliez cualquiera? ¿Has leído el libro de Julio Lemaitre?

- Lo leí en Medellín.

- ¿Luego a Medellín van libros?

- Uno que otro.

- Pues bien, Julio Lemaitre está en lo justo. El tal Ohnet no satisface. Dijéramos un Flaubert. Eso sí. Un Maupassant. Mejor. Y a propósito. En España, están despertando. ¿Conoces los novelistas de esa tierra?

- Conozco algunos.

- Hay que reconocer que allá siguen de cerca el movimiento literario de París, pero con distingos. Por ejemplo, Valera no anda. Encastillado en el idealismo.

-¿Y tú crees que los escritores idealistas no sirven?

-¡Qué hombre! Con seguridad que tú eres algún apasionado de Valera.

- Y si lo fuera, ¿eso probaría que me faltaba gusto literario? No. Querría decir que mi espíritu era más idealista que realista, así como el caso de que a alguno le gustara más Piérre Lotti que Bourget, querría decir el espíritu de este lector sería más impresionable por el lado objetivo que por el subjetivo. Entre dos espíritus igualmente cultivados hay casi siempre diversas apreciaciones sobre el mérito de una obra, porque cada cual tiene su modo de sentir, mejor dicho, tiene un lado por donde es más impresionable, y de aquí el que todo escritor tenga su público. Sólo que el escritor será tanto más grande cuanto mayor sea el número de lectores que llegue a impresionar. Pero los escritores de escuela no son sino escritores a medias, es decir, no sienten sino una parte de la vida. Los que dominan todas las almas, los que hacen vibrar todas las fibras humanas son los que alcanzan la verdadera mortalidad. Un Cervantes, un Dante, un Shakespeare. De igual suerte, el lector que tenga un alma capaz de apreciar la belleza real y la ideal, que goce con la obra subjetiva y que al mismo tiempo pueda percibir la belleza de la descripción, tiene sobre los que no ven o no sienten sino por un lado, las ventajas de las amplitudes del espíritu y de los grandes campos visuales y sensibles, que son los que producen el goce artístico inmenso e inefable. Sin negarte que Zolá es una fuerza de la naturaleza, como creo que dijo Michelet de Alejandro Dumas, padre, ¿crees que sea un escritor de los que se pueden llamar enteros? Pregúntaselo a Dumas hijo o Balart, para no citarte sino éstos. Tú sabes que

algunos no gustan de la obra literaria de Paul Bourget. ¿Y por eso dejará de ser el autor de “Terre promise” uno de los más grandes escritores de la Francia contemporánea? Aunque a ti no te gusta Inglaterra ni te interesa demasiado el movimiento literario de esta metrópoli, si sabes que en la Revista que aquí llaman *Saturday Revue* escriben los mejores críticos del reino. Pues bien, allí encontrarás un juicio encomiástico de la novela “Volonté”, obra del escritor que tú llamas un Cherbuliez cualquiera. Eso del gusto literario de los retóricos es un mito. Las restricciones literarias, el apeigamiento pueril a los tratados de los Hermsillas, el encajonamiento del espíritu de una escuela, denuncian siempre un criterio imperfecto. Por eso creo que la crítica negativa es un absurdo. Si a un crítico no le gusta la obra literaria de Valera o de Alarcón o de Ohnet ¿tendrá razón para considerarse representante del gusto de los demás? ¿Con qué derecho? ¿Abarca o puede abarcar ese crítico los sentimientos diversos y las tendencias múltiples de todas las almas? El podrá afirmar lo que quiera, pero eso será siempre un juicio particular y nada más. Eso te explicará el que Cherbuliez sea académico y el que Ohnet tenga público, a pesar de lo que digan los críticos. Y luego, la religión, la política, la posición social, la simpatía personal, todo eso hace que los juicios sobre las obras de los contemporáneos no se puedan tomar como sinceros, por regla general. Las escuelas, las tendencias, las reglas, no aparecen sino después de que un cerebro original ha pasado por encima de las prácticas anteriormente establecidas. Vienen entonces los Monlaus y hacen un libro de recetas para hacer dramas y novelas. Pero aparece luego otro espíritu con fuerza bastante para romper lo que ya tienen los compiladores como dogmas estéticos y entonces vienen otras recetas y otras fórmulas. No son las reglas las que hacen buen escritor a un hombre. Es la fuerza inicial de que disponga. Después el procedimiento importa poco. Bien puede ser grande comenzando de la silueta hacia el detalle o de éste hacia la silueta. Cuántos reparos pueriles no podrían ponerse a las novelas de los Goncourt, si les aplicaran las reglas de factura que enseñó Hermsilla! Que Bourget precipita los desenlaces, que tiene finales inverosímiles, que es un ideólogo. Eso dicen los que se van a la trama, los que andan apegados a determinadas escuelas, o toman a lo serio los procedimientos indicados en ciertos libros. Es el mismo reparo del General alemán a Napoleón porque éste hacía campañas en invierno. “Qué táctica la de este hombre que hace marchar su ejército por encima de los montes de nieve!” Y por encima de los montones de nieve caminaban los batallones hasta dar con el enemigo y vencerlo! Velásquez no dibujaba, ni hacía bocetos, ni usaba brochas. ¡Nada! El se iba sobre el lienzo, sin plan, sin fórmulas y de ahí salían las “Hilanderas” y las “Meninas”. Nada hay más infecundo que la crítica negativa, ni nada más ridículo que el arte reglamentado. Los cánones de la estética ¿Dónde están ellos? ¿Enseñan los libros a hacer obras de arte? ¿La belleza misma no es una cosa relativa? ¿Una poesía pulida como una bola de billar, valdrá más que otra de factura bárbara, como diría un retórico, que tenga fuerza invasora suficiente para hacer vibrar las cuerdas todas del sentimiento humano? Un retrato de líneas

impecables, y de admirable ejecución mecánica, valdrá más que otro en que los detalles sean imperfectos, pero en donde el alma se asome por los ojos, o se hernie por alguna parte y se imponga y seduzca? Un artista debe ser siempre sincero e independiente para no dejarse imponer reglas de los críticos ni del público mismo. Lo que sucede en literatura con los críticos y con el público cuando aparece una obra que rompe los viejos moldes, sucede también con la pintura, por ejemplo. ¿Recuerdas aquel hermoso cuadro de Gericault que tú mismo me mostraste en el Museo del Louvre? ¿Cómo lo juzgaron los críticos de entonces? Como una obra monstruosa que no mereció sino desdenes y reprobaciones. Y fue porque “no entendieron esa ciencia de musculatura, esa fuerza de color, esa amplitud de toque, ni aquella energía grandiosa que hace pensar en Miguel Angel”

- Pero los críticos también tienen su público.

- Si, hombre, y lo forman los que con ellos opinan y los espíritus maleables.

- No parece que tú estuvieras acabando estudios de ingeniería. Se me antoja que vas a ser escritor.

- Puede suceder. Y si llega ese día escribiré como sienta. Si hay quien guste de mis libros, diré que ese lector siente como yo, que es de los míos, si a otro le parecen mal, será porque los aprecia de manera distinta, o que no hay en su arpa las cuerdas que yo toco, y no habrá porque reñir. Y además, los genios no se cosechan a diario.

Llegaron los dos amigos al Parque.

- Permíteme un momento- dijo el amigo de Pedro.

Se alejó un poco, y colocado tras un árbol, se aplicó rápidamente otra inyección de morfina.

Sentados en un banco vieron pasar los hermosos coches descubiertos de la aristocracia, con cocheros de lujosa librea y troncos de caballos alegres y briosos, de diversos colores.

-Mira- le dijo Pedro señalando a los que iban en los coches.

- El de adelante es el Duque de Krike; el que sigue es el Duque de Pimpole; ese del medio el Marqués de Tritten. Todos ellos son descendientes de los hijos naturales de Carlos II y de los Jorges. La tercera parte, por lo menos, de la aristocracia inglesa, tiene ese origen.

-¡Qué Mundo!- exclamó el amigo de Pedro, y ambos se quedaron en silencio hasta que se perdieron de vista los coches de los duques y marqueses.

- Caminemos un poco por el Parque, ¿quieres?- dijo Pedro.

- No hombre. Yo ya conozco esto. A mí no me gusta el arte de esos ingleses de entusiasmos dosificados. Esto es muy frío, tiene poca vida para un hijo de raza latina. Me da hasta miedo ver el río Serpentine a donde se arrojan los vencidos de la vida.

Pedro no contestó nada, y su amigo fue agachando un poco la cabeza. Tenía los ojos entreabiertos, la cara sumamente pálida y parecía impotente para luchar contra el sueño de la morfina.

III

-¿Sueñas o piensas?- le preguntó Pedro.

- Hago ambas cosas- dijo el compañero, levantándose.

- Mira, Pedro: La vista de esos duques bastardos me sugiere de nuevo el concepto triste que tengo de la humanidad y de la vida. Cansados estamos de oír hablar de la República modelo de los Estados Unidos, y del espíritu democrático de su pueblo, y sin embargo, de allá se vienen las millonarias tras estos duques endeudados e ineptos a cambiar los millones por un título que tiene por origen una vergüenza. Si hasta de Hispanoamérica donde la echan de democráticos vienen aquí nada menos que Jefes de esas Repúblicas a casar hijas con duques arruinados. ¿Sabes cuántos millones han pasado del nuevo mundo a éste, a calentar los fogones de estos nobles? Pues nada menos que quinientos, en estos últimos años. La República de los Estados Unidos no es un modelo, es una farsa. Palpitante está aún allí el problema de los negros. Los hicieron ciudadanos, pero quedaron esclavos siempre de la raza blanca. En el Sur, en donde están la mayoría, nunca les reconocen el triunfo de las elecciones. Los ridiculizan en los periódicos y se burlan de ellos. Los blancos mandan sobre los negros como en los tiempos de esclavitud, y lo curioso es que los

hombres del Norte aplauden la conducta de la raza blanca del Sur. La República en Francia es una historia larga de vergüenzas. La humanidad rechaza los títulos cuando éstos están verdes. Macaulay, que censuró a Pitt padre, porque después de haberse hecho grande en las filas del pueblo, se dejó hacer Lord, cometió la misma puerilidad en igualdad de circunstancias. EL tribuno popular que llegó hasta ser Presidente de España, es hoy un aristócrata. No hay sino falsías y mentiras por todas partes. La humanidad es cobarde y se agacha ante cualquier éxito. Hace la guerra al que comienza la lucha, pero sí éste vence, lo enaltece y se humilla ante él. Este mismo pueblo inglés que tiene fama de serio y de valiente, ¿no se dejó mandar por el sargentón de Cromwell? ¿No decapitó este puritano al rey tradicional? ¿No echó coces a los miembros del Parlamento? ¿No obligó a estos altivos hijos de Albión, como ellos se titulan, a que lo llamaran Protector? ¿No los gobernó después el corrompido Carlos II? Y por último, ¿no se han dejado mandar por reyes locos, o por mujeres livianas, o crueles, o tontas? ¿Es esto serio? ¿Es esto compatible con lo que llaman dignidad humana? Y allá en Francia, ¿no se impuso Napoleón a todos? ¿No pisoteó después todos los tronos? ¿No besaron sus pies los nobles de la dinastía borbónica, que se alquilaron para servir de maestros de ceremonia en los salones imperiales? ¿No casó a sus hermanos con princesas, y no se lo disputaron a él las hijas de los reyes? ¿No fueron las masas sus víctimas dóciles, y no se arrebataron los grandes el honor de ser palafreneros de ese corso bígamo? A raíz de los derechos del pueblo y del libre pensamiento aparece el Consulado y la Francia entera se entrega a su amo nuevo, y a los Generales de la República atea y a los filósofos del libre pensamiento, los entró Napoleón de las orejas a los templos. Porque no son las masas solamente las que se doblegan, son también los pensadores, y hasta los grandes poetas. En España los que desterraron a Isabel I, los que besaron los pies al príncipe italiano D. Amadeo, a ese Macaroni I, como lo llamaron después de esa abdicación voluntaria, ¿no fueron en seguida Ministros y duques de Alfonso XII? La República que era una esperanza resulta ineficaz. Y hasta las doctrinas nuevas se vuelven contra ella. El darwinismo que salió de aquí, de este pueblo monárquico, ¿qué otra cosa es sino la proclamación del derecho a la fuerza? Los que sostienen que el progreso y la selección no se consiguen sino con el predominio del más fuerte (*the survival of the fittest*), ¿no mandan los corazones a encerrarse en el egoísmo, y no echan por tierra los principios cristianos de amor y de caridad? ¿No enseña esa doctrina que la sociedad degenera, si la piedad ampara a los desvalidos que deben desaparecer para que la selección se cumpla? Para el darwinismo es la esclavitud una cosa general y necesaria. Y esta doctrina, que no es otra cosa que la práctica brutal de los espartanos que elimina a los débiles, es acogida con entusiasmo en muchas partes. ¡Que se ha abolido la esclavitud en el mundo! Falso. Lo que ha desaparecido es el nombre. Que el pueblo es hoy soberano, sí, pero también lo es que se muere de hambre. “Yo preferiría más bien ser miembro de las Sociedades del Polo Artico, que miembro de las clases pobres de París o de Londres”. Esto

ha dicho un pensador americano. Y otro pensador que vive en esta misma ciudad de Londres, ha dicho “que si no hay esperanza de que mejore la situación de las clases desvalidas, lo mejor sería que viniera un cometa y barriera todo esto”.

La ciencia de que nos envanecemos es una ciencia mecánica que no ha podido resolver las dos principales aspiraciones humanas: la igualdad y la felicidad personal. Y esta misma civilización que ha traído la luz eléctrica y el vapor ¿cuántas víctimas no ha costado ya al mundo? Los descarrilamientos frecuentes; los choques de trenes; las calderas que se revientan; los vapores que se van a pique ¿no han eliminado violentamente un sinnúmero de seres humanos? El progreso mismo en la explotación de minerales ¿no ha traído la crisis económica en los Estados Unidos? ¿La electricidad no ha hecho más frecuentes los incendios? Ni hay tampoco un progreso regular. Volvemos atrás muchas veces. La opinión que hoy tenemos de algunos hombres de la antigüedad, ¿es la misma que nos hicieron formar en la escuela? Y la que tenemos hoy, ¿será digna de tenerse en cuenta, si nos fijamos en que sobre los acontecimientos recientes mismos hay siempre apreciaciones diversas? ¿Quién nos asegura que Tácito y Suetonio y Plutarco pudieran ser imparciales en sus juicios o siquiera verídicos en sus relaciones? Y aun dando por sentado que la opinión general de sus contemporáneos estuviera de acuerdo con sus relaciones y juicios, ¿no podría esa opinión estar extraviada? ¿Juzga siempre la humanidad acertadamente? Una parte de la vida empleamos en llenarnos la cabeza de libros que se nos olvidan o que tenemos que rectificar al día siguiente; ¿hasta la Geografía no tenemos hoy que aprenderla de nuevo, por los cambios de límites que la fuerza impone y por los avances hacia regiones desconocidas? Y las teorías físicas, y las teorías fisiológicas, y las teorías científicas en general, ¿no cambian de un día para otro? ¿No tenemos que estar andando y desandando? En lo que depende de la naturaleza, es en lo único que vemos aparecer fuerzas nuevas, y digo aparecer, porque sería una pretensión decir que las hemos descubierto. Y estas fuerzas que podrían servirnos de mucho, nos causan todavía hoy más daños que provecho evidente, porque la humanidad no puede manejarlas a derechas. Nos pasa con esas fuerzas, lo que a los muchachos con los fósforos, que siempre se queman con ellos. Y es porque la humanidad es torpe. Eso de “Franklin aprisionando el rayo”, es una hipérbole ridícula. Lo del hombre rey de la naturaleza, es otra no menos pretenciosa. ¡Rey de la naturaleza el hombre! Cuando ésta se burla de él cuantas veces quiere. ¿Cuándo ha podido un médico detener la fiebre en una enfermedad de ciclo definido? ¿Ni cuándo ha podido detener, siquiera, el período de una fiebre palúdica? ¿No dejaba morir de sed —ayer no más— al fabricitante? ¿No se burlan los microbios de él, y de la humanidad en general? Quitó el dolor con la morfina, pero nos enseñó a ella y nos hizo desgraciados con ese vicio que le debemos a su moderna ciencia. Los medicamentos mismos se vuelven contra nosotros, y

por destruir el germen de las enfermedades, lo que hacen es destruir este organismo endeble. ¡La razón humana! Otro caballo de batalla de los retóricos. ¿Qué ha resuelto ella? ¿No ves cómo la humanidad habla y juzga siempre sin regla a qué atenerse? Si en la calle me encuentro un amigo, me dice que estoy pálido, una cuadra más abajo, me dicen que estoy de buen color. Si me encuentro con otro en la siguiente, me dice que estoy flaco, un poco más lejos doy con otro a quien le parezco robusto. ¿Qué significa esto? Que la humanidad no tiene un criterio seguro, ni para una apreciación de salud. ¿Dónde están las sentencias finales, concluyentes y claras sobre las controversias que han suscitado? ¿Quién tiene razón, por fin? ¿Dónde están los problemas resueltos? ¿Las matemáticas mismas, no se fundan en un absurdo? ¿Bastarían las aguas del mar para impedir que no ensuciáramos la pared o los muebles sobre los cuales reclinamos la cabeza? ¿De qué manera podríamos escaparnos a la mugre propia y de la que nos cae encima de los vestidos? ¿Dónde está el agua suficiente para que nos podamos mantener limpios esta piel y estos órganos, sobre los cuales han dicho tantas mentiras los poetas? Antropófagos que vivimos de las carnes inmundas de las gallinas y del cerdo; animales que comemos yerbas y frutas como los cuadrúpedos. No nos diferenciamos de los que llamamos seres inferiores, sino en nuestra mayor aptitud para asimilar más comidas, en el uso de bebidas alcohólicas o plantas venenosas, como el tabaco y la coca, y en nuestra mayor miseria para morirnos de un dolor de cabeza, o para echarnos bocaabajo por un dolor de estómago. Un viento frío nos tuerce la cara, nos irrita un nervio y nos produce una neuralgia. ¡Rey de la naturaleza! Y no podemos escaparnos de la tempestad, ni de una culebra, ni de un rayo, ni de un microbio siquiera. ¿Dónde está el progreso de la medicina que tiene todavía entre manos —sin resolver— el problema de la salud? ¿Qué otra cosa ha hecho sino prolongar con estimulantes la existencia de los rendidos en la lucha por los agentes destructores e invisibles que nos atacan? La humanidad, siempre dominada, siempre injusta, siempre cobarde, siempre igual.

No se atrevieron a insultar a Nelson aquí, ni a Luis XIV en Francia porque eran poderosos; pero le cayeron encima a Byron aquí, y a Luis XVI allá. ¿Dónde está siquiera la originalidad de las razas? Las mismas anécdotas, los mismos cuentos, las mismas mentiras, los mismos dramas, la misma triste realidad en todas partes.

¿La virtud misma no está expuesta a una inestabilidad azarosa? ¿Quién puede responder de estar siempre en lo justo y en lo correcto? ¿No seremos víctimas dentro de poco del estallido de alguna pasión que esté dormida ahora? ¿Qué frote imprevisto, que contacto inesperado, qué dificultad invencible, que callejón sin salida nos sorprenderá mañana para echarnos a pique? Ah! las horas malas ¡Dios nos guarde!

- Has dicho cosas muy ciertas, y has dado mil veces en el clavo. Sólo se me ocurre observar la manera absoluta con que juzgan a los hombres y a los pueblos te expone a veces a dar en la herradura. Ciertamente es que el problema de la desigualdad subsiste, pero no en el grado en que existió en el paganismo. La humanidad sí ha progresado tanto en lo mecánico como en lo moral. Tú mismo decías hace poco, que cuando habías estado en Colombia no pensabas sino en regresar a París, porque no te explicabas la vida sin las comodidades europeas. Ahora fíjate como serían de inferiores las condiciones de vida de nuestros antepasados aun comparadas con las actuales de Hispanoamérica. Que las fuerzas naturales que nos han ido apareciendo nos causan todavía mil daños por las dificultades que hay para dominarlas por completo, es cosa que no tiene réplica; pero el hombre acabará por dominar esas fuerzas en absoluto como ha dominado otras. Las luchas de los primeros hombres con las fieras, y las inclemencias a que estuvieron sometidos, fueron sin duda incontables, y muchos de esos gladiadores de los primeros tiempos quedaron en el campo, pero el hombre ha dominado al fin. La consideración sola de la rivalidad primitiva entre el hombre y el animal, y el resultado final de esos primeros encuentros, en que las probabilidades de éxito eran necesariamente adversas al hombre, debe despertar en el civilizado de hoy un sentimiento de admiración profunda hacia el que inventó los medios de defensa. Hoy estamos dominando a los seres superiores a nosotros en fuerza bruta, por medio de armas decisivas en nuestro favor; mientras que los animales no pueden atacarnos, sino con las mismas garras, con los mismos venenos y colmillos que atacaban en los primeros días. Ya ves cómo no hay ni aún necesidad de aniquilarlos. Ahí están en los Museos públicos todos los animales feroces como leones o tigres; todos los que se podrían escapar por el vuelo como los pájaros, por la natación como los peces, por la velocidad de la carrera como muchos cuadrúpedos; los que no dejan rastro de su paso dominados y sorprendidos por la habilidad humana. Cuando los seres humanos se constituyeron en sociedades que surgían de la necesidad de la defensa común, y cuando la victoria sobre el animal fue decisiva, los más hábiles e inteligentes dominaron a los otros. Este dominio, esta preponderancia de unas clases sobre otras fue natural. De aquí vino la esclavitud: de aquí surgieron la clase poderosa y la clase desvalida; de aquí vino el abuso sobre los humildes. Pero la esclavitud y los abusos han desaparecido, no tanto como lo desea nuestro espíritu cristiano, pero sí ya en proporción suficiente para creer que desaparecerán por completo, algún día. Y ese día será aquel en que el espíritu del cristianismo penetre en todas las almas. Porque la situación actual del mayor número de oportunidades y de adquisiciones de las masas hacia una lucha menos desigual que antes, no viene del triunfo de la razón, ni de conquistas de las clases desvalidas. No. Viene de la doctrina de Jesucristo. Fue ésta la que inculcó a los poderosos el amor al pobre, y la piedad hacia el vencido. Doctrina que a pesar del espíritu del politeísmo

romano encontró resistencias formidables, porque para el mundo antiguo era antinatural el principio cristiano que obliga al poderoso a abdicar parte de sus derechos a favor de seres a quienes ha vencido, y a quienes es superior, para que prospere una sociedad futura que nada puede interesarle, como es hoy antinatural para el darwinismo el que la sociedad prospera entregándole las armas al vencido; porque las concesiones que se le hagan a éste, no traen sino la degeneración. Tú has entendido muy bien el asunto cuando calificaste al darwinismo como doctrina anticristiana.

No ha desaparecido el problema de la desigualdad como tú dices, pero el sentimiento de piedad es extraordinario en el mundo civilizado. Ahí están los hospitales, las casa de refugio, los orfanatos, las sociedades caritativas, y las donaciones frecuentes. Los grandes escritores se interesan por las clases desvalidas, la prensa diaria conmueve y congrega a los pudientes al espectáculo de una desgracia cualquiera de nuestros semejantes. Y el gran Papa León XIII predica desde su cátedra sagrada, en frases llenas de amor, el gran principio de la caridad que informa la doctrina de Jesucristo.

¿Qué no se ha resuelto el problema de la felicidad general? Cierto. Pero ni siquiera el de la felicidad personal. Ese mismo autor que tú citaste, que dice que si esto no se mejora para las clases desvalidas, sería preferible que viniera un cometa y barrierá todo, dijo después estas palabras: "Ciego estará él que no vea que el sufrimiento es el lote común del vencedor y del vencido". Porque me parece que te referías a Huxley, ¿no?

- Sí hombre, ¿y tú a quién te refieres en la contestación que me has dado?

- A varios autores. Tomo lo mío donde lo encuentro. Pero déjame acabar.

Has llamado corso bígamo a Napoleón y sargento a Cromwell. ¿Sabes que hace días estoy pensando que esto de insultar a hombres notables, o de traer a cuento los defectos que tuvieron, no es sino un desquite que se nos ocurre a los que no somos capaces de nada? ¿No te parece que eso de constituirse uno en fiscal histórico de los antepasados y aun de los contemporáneos que están cien codos por encima de nuestras cabezas, denuncia un feo pecado? ¿Y quién nos podrá asegurar a nosotros que si hubiéramos vivido en tiempos de Napoleón y de Cromwell, no habríamos hecho parte de esas masas dóciles que ellos manejaron con el poder hipnotizador de que disponen los hombres de acción? ¿Qué hay de raro en que Miltón y Cambaceres hubieran estado al servicio de ellos, cuando es una cosa común el que los espíritus

abstractos se dejan sugestionar fácilmente por los héroes? Las inteligencias más independientes tienen siempre un ídolo, aun sin saberlo; así como nosotros en nuestro estrecho círculo social tenemos algún amigo que ejerce influencias decisivas sobre nuestros actos, aunque sea inferior intelectualmente a nosotros. No hay quien no esté dominado por fuerzas extrañas e inexplicables. La sociedad misma no podría progresar si el individuo no tuviera que someterse a sanciones ultrarracionales. De aquí el que una religión racional, humanamente hablando, sea una cosa incompatible con el progreso humano, porque esa religión traería inevitablemente el predominio del egoísmo, y con éste no puede haber progreso social. De manera que el progreso mismo depende de un sometimiento de la razón al principio religioso que obliga al hombre a aceptar lo incomprendible. La intelectualidad no ocupa en la evolución social sino una faz subordinada. Los griegos fueron más inteligentes que nosotros; los hombres de la Edad Media, también; los Maoris de la Nueva Zelandia son muy inteligentes; los Yaos del Africa central pasman al europeo con su talento, y los naturales de la India, que vienen a estudiar a los Colegios de aquí sobrepujan —en ocasiones— a los estudiantes ingleses. Ya te hice notar antes que Francia es más inteligente que Inglaterra. A pesar de esto, la civilización europea de hoy es superior a la griega; el progreso de Inglaterra sobre Francia no es siquiera discutible. Basta comparar hoy el número de habitantes y de rentas entre los países, con los que tenía al principio de siglo. Todo esto que te digo está admitido por investigadores contemporáneos que figuran en primera línea.

Pero quiero volver al asunto de los epítetos irrespetuosos hacia los grandes hombres. Respetemos los grandes esfuerzos intelectuales y las acciones heroicas de los demás, ya que nosotros no tenemos para disculpar los defectos propios ni siquiera una de esas cualidades superiores que no tenemos la serenidad de apreciar debidamente.

Tal vez sería disculpable que un espíritu cultivado como el tuyo se permita hacer apreciaciones poco gratas hacia los grandes hombres; pero, ¿qué dices tú de los insultos frecuentes, de las opiniones severas y agresivas hacia ellos, que se oyen en los corrillos de gente incapaz e inepta? ¿No es eso un irrespeto injustificable? ¿Dejará Shakespeare de ser uno de los primeros dramaturgos del mundo porque cazó venados en campo ajeno o porque se apropió unos mil versos? Esas son miserias. Cuando Saint Beuve iba a apuntar los defectos gramaticales, las negligencias de ríñ y de lenguaje de una obra de Lamartine, los disculpó comparándolas a las numerosas espigas que el segador opulento dejó caer de alguna gavilla mal atada para que recoja y se consuele el indigente que va atrás.

Que la humanidad es desgraciada, que la virtud misma es inestable y que todo se repite. ¡Cuán cierto es esto! Pero eres injusto al hablar de la medicina. Fíjate en que si ella no ha resuelto el problema de la salud, como tú dices, si es una ciencia sagrada que apareció en la tierra por un sentimiento de piedad y de amor. Ciencia que alivia y consuela como la religión, que ha creado sacerdotes de abnegaciones incontables y que representa en el mundo una de las notas más altas de la bondad humana. Recuerdo cuando me llevaste a las clínicas de París. Por muchos días pesó sobre mi espíritu la obsesión permanente de aquel sinnúmero de hombres y mujeres a quienes vi allá con tubos de caucho en la boca, con sondas en las narices, con cáusticos en la espalda, con drenes en las heridas. Allá, el interno quemándole la columna vertebral a un parálítico con puntas de fuego; más allá, otro inyectando soluciones de morfina a un canceroso, a quién el dolor hacía dar gritos horribles; los niños, medio asfixiados por las membranas diftéricas, con la tráquea abierta tratando de respirar por tubos metálicos; los tuberculosos, pálidos, con los ojos vivos y brillantes, el cuerpo lleno de sudor pegajoso y tratando de contener la tos que los denuncia; el alcoholizado, con la clásica mirada reveladora de terrores profundos y constantes, víctima de persecuciones imaginarias y de visiones espantosas; aquellos a quienes la fiebre tiene dominados y están allí delirando y buscan con la mano cuerpos imaginarios que se les salen por entre los dedos; los cirujanos con la cuchilla afilada haciendo filigranas sobre carnes invadidas por excreciones o cortando una mano aquí, una pierna allá o abriendo vientres para extraer tumores llenos de líquidos espesos y amarillos. ¡Ah! Qué mutilaciones tan espantosas. Y pensar en el número de seres humanos que estarán sometidos en el mundo a iguales tratamientos y desgracias. ¿No es cierto que esta humanidad en lugar de merecernos desprecio es digna de lástima?

- Si, en cuanto a lo material; pero en cuanto a lo moral es un fondo de perversidad y de tontería despreciable- contestó el amigo de Pedro.

- Ese concepto adquiere siempre el que analiza demasiado —contestó éste- Por ese camino se llega al aborrecimiento y al desprecio de la humanidad en general. El orgullo que se apodera de las almas que analizan, las conduce a la esterilidad. Eso es lo que te está pasando a ti. No has sufrido, no tienes grandes afectos, no reflejas tu espíritu sobre algo que sea fecundo, y te ha entrado el desaliento. De ese mal puedes curarte volviendo a la patria, poniéndote en contacto con seres enteros y vigorosos, exponiéndote a los rayos del sol de nuestros trópicos y si me permites otro consejo, te diré que necesitas asumir la responsabilidad del matrimonio. Cásate.

-¡Qué me case! ¿Pero tú en dónde has vivido? ¡No ves que el matrimonio toca a su fin! Te supones que un espíritu moderno debe someterse a las vulgaridades del matrimonio? Y sobre todo, ¿dónde están las mujeres que sean capaces, hoy, de someterse a la escasez imprevista, a la pobreza o al esfuerzo que implica la maternidad? ¿No se ha apoderado de todas ellas el amor al lujo que obliga a sus maridos a robar, y no se ha vuelto el amor mercancía detestable? Unas buscan dinero, otras, títulos, y todas van tras una curiosidad que se les vuelve luego un infierno. Y ni el dinero, ni los títulos las satisfacen al fin. El desastre actual del matrimonio depende del desencanto, de la triste realidad que nos hiere hoy con más fuerza que nunca. Toda mujer que se casa es una plancha que ha recibido ya diversas impresiones. La última, la que decide, no destruye las otras. Al contrario, después del enlace surgen en su corazón con más fuerza, porque perdida la ilusión que la llevo al matrimonio, se queda acariciando las que aún están intactas, y de aquí resultan las aventuras odiosas, y cuando éstas no vienen, se entregan a las venganzas crueles del desamor. El hombre actual, más artista y más estético que sus antepasados, tampoco resiste a la prueba. Enseñado a cambios de emoción, abandona a la mujer y va a dar al teatro, al café o al club. En seguida viene el drama, el drama espantoso y frecuente de nuestros días, que surge de la comunidad de dos seres que viven odiándose, que no se perdonan nada, que riñen a cada paso, y que buscan en el pecado el olvido de un compromiso adquirido por curiosidad o por cálculo. Actores que no salen a la escena sino de mala gana, y que se amenazan a escondidas del público. No hay que buscar desilusiones, y el matrimonio es la mayor y la más irremediable de todas.

¿Y con quién me casaría yo? No puedo hacerlo con una pariente, porque el dinero que tengo no alcanza para atender las obligaciones subsiguientes; y no podría casarme en Colombia porque yo no me explico la vida matrimonial que allá se lleva.

¡Ah! Las mujeres. ¿No ves cómo profanan hasta lo más sagrado? Se apodera de algunas la manía religiosa y hacen un misticismo pecaminoso. Entre ellas y el Dios de las alturas interpone el histerismo una figura humana, y por besar a San Miguel, besan al Diablo. No son capaces de vuelos como los de Santa Teresa. El neurotismo actual no les permite ese arrebató verdaderamente santo hacia el Ser Absoluto. Las obliga a pegarse de las capas, y aunque se las suelten como la mujer de Putifar, se quedan en los atrios, se asoman por las ventanas, y no saben los santos Padres que hacer con ellas. Escenas de esas verás en Nuestra Señora de París cuando quieras.

El matrimonio se refugia entre los campesinos y terminará al fin, no lo dudes. Entre los civilizados la cadena se vuelve insoportable, y todo acaba como la espuma. Y además, yo no tengo energías para las obligaciones ni para la lucha. Quiero vivir de mis escasas rentas sin complicar la existencia, y sin asumir la responsabilidad de enviar al mundo desgraciados o suicidas.

-¿Pero tú no sabes la historia de tu padre?

- Demasiado que la sé. Pero el éxito final de él no se consiguió sino a fuerzas de agotar energías, y yo no tengo más herencia directa que el dinero que me dejó. Las energías se consumieron con él y no quedó una sola para transmitir al hijo. En la vida de mi padre se quemó el último cartucho de pólvora de la familia. Raza de luchadores que se extinguirá en este pobre amigo tuyo que ya no desea sino morir...

- Pero, ¿Tú qué tienes, tú estás loco?- dijo Pedro.

-¡Loco! Como si la locura no dependiera del auditorio que uno tenga. La locura. Esto sí es lo más relativo que pueda darse. ¿Dónde están los límites precisos —siquiera- entre el día y la noche, el sueño y la vigilia, la prudencia y la cobardía? No es posible distinguir entre el lunático y el malévolo, ni entre una ilusión poética y una concepción mórbida de la fantasía. No podemos someter los elementos mentales, ni a peso, ni a medida, ni a examen microscópico, ni a análisis de laboratorio. ¿No sabes que Humboldt en presencia de dos personas creyó que la que todos daban por loca era cuerda? ¿Ignoras que oyendo hablar a un hombre para él desconocido lo tomó por loco? ¿Y sabes quién era? Nada menos que Balzac. Ya ves. Ni siquiera tenemos ideas fijas, ni límites precisos para calificar la locura. Lo más lógico es atenernos a lo que dijo un escritor francés, que metió mucho ruido con esta franca aseveración: “Todos estamos locos”.

- Eso mismo dijo hace muchos años, en Medellín, la loca Dolores —dijo Pedro interrumpiendo al amigo.

- Lo que viene a reforzar lo que te dije antes, que la humanidad se repite en todas partes. Pero bien: te decía que este escritor metió mucho ruido entonces. Sostenía que si la locura era un desequilibrio, todos estábamos desequilibrados, porque las pasiones de que somos víctimas no son otra cosa que desequilibrios. El amor, el odio, la alegría, la tristeza, la risa y el llanto mismos, que no son estados naturales, serían —pues- manifestaciones de locura. La inclinación a ser comerciante o abogado o médico, es una monomanía clarísima. De suerte que el desequilibrio es el estado natural del hombre.

- Déjate de teorías de esa clase. Vuélvete a Colombia y verás como estas mujeres que desde aquí no te agradan acaban por interesarte. Lo importante es tratar de borrar los tipos de comparación, y esos se borran pronto. No lo dudes. Hablas sobre matrimonio de oídas, y no lo has estudiado sino en los libros de Maupassant y Tolstoy. Echas en olvido que somos hijos de mujeres antioqueñas, de esas mujeres de virtudes heroicas y de energías increíbles. Cualquier día, y a pesar de todo lo que digas y analices vas a acabar por casarte, como acabó Balzac, y como han acabado todos. Nadie puede rebelarse contra la ley suprema que lo rige. Te falta trabajo activo y seres que te sean queridos, y que representen la prolongación de tu existencia. Esos refinamientos de artista célibe desaparecerán ante la contemplación de una carita fresca y alegre que lleve en la fisonomía los rasgos distintivos de la familia. Verás entonces cómo son gratos los recuerdos de nuestros padres que vienen asomarse al hogar por los ojos de los nietos, y cómo se derrama la vida y se hacen vigorosas las corrientes de la existencia y desaparecen los neurosisismos y surgen los vínculos que nos hacen amar la patria, la familia, el trabajo. Entonces serás un hombre. Las lecturas asiduas, la reflexión interior y el espíritu meditativo, han destruido todas tus energías. Es necesario que abandones a París. Si te quedas ahí, no saldrás del abatimiento que te destruye y que ha acabado por convertirte en un templo derruido. Los libros y el ambiente no te dejan ver el lado fresco, hermoso y grato de la vida. Te está pasando lo que al Contador, que a fuerza de hacer cálculos, no acierta al fin a resolver una operación sencilla de números enteros. Uno de los peligros del contacto de nuestra raza nueva con esta civilización europea, es el que no podemos asimilarlos sino lo que ella tiene de malsano y decadente. Los bárbaros aprenden primero los vicios que las virtudes de los civilizados. Eres una semilla de árbol frondoso y de vida tropical, cultivada en un invernadero. Has vivido de la emoción artística, has abusado de ella y eres un desequilibrado.

- Ya es tarde. Aquí –dijo golpeándose el pecho el amigo de Pedro- no hay sino Siberias mortales. “Cansado de todo, invoco el reposo de la muerte”.

- No digas eso. No reflejes tu alma sobre tí mismo. Vuelve los ojos a Dios y a la Patria. Busca seres a quienes alumbres con tu espíritu, y a quienes hagas partícipes de las delicadezas de tu alma. Úntate agua bendita y humíllate, como dijo Pascal; acepta la vida con amor como aconseja Bourget; sométete a lo inevitable; renúnciate a tí mismo como enseñó Jesucristo. “Y cuando a este puerto llegares, después de los baldíos trabajos pesados, echa el áncora de la esperanza, coge la vela en la antena, puesta en la figura de la Cruz del Señor y espera seguro”.

- Eres un optimista envidiable.

- Sí, optimista; porque yo me he acostumbrado a ver la acción de la providencia por todas partes: en mi abuela Juana, en mi madre, en D. Luis Arenales, en mi hermano Carlos, en mi prima Rita y el negro Liberato. Unas veces en la raza blanca, otras en la noble y desgraciada raza negra. En mi casa han girado siempre letras contra la Providencia sin cartas de aviso... y han sido cubiertas. El dolor, la escasez hoy; la abundancia y la alegría al día siguiente. Caigo aquí, levantó allí, y todos en abrazo estrechísimo y amoroso hemos ido saliendo a la playa. El amor. Esa es la religión de mi casa. La desgracia hizo surgir en nosotros los grandes y sinceros afectos, hizo nacer en nuestros corazones la gratitud hacia aquellos que nos hicieron bien sin esperar recompensa y nos hizo conocer las satisfacciones del esfuerzo propio.

- Vámonos. Quiero ir al teatro esta noche. Tengo deseo de conocer a Irving. Dicen que es el primer intérprete de Shakespeare.

-¡Ah! Irving. Es un prodigio. Desgraciadamente no podré ir contigo esta noche.

- Pero mañana me acompañarás a comer.

- Con mucho gusto.

Salieron del Parque con dirección a la Calle de Newman. De ahí el amigo de Pedro siguió en coche hasta el Hotel en que se hospedaba y tan pronto como se vio solo se aplicó otra inyección de morfina.

IV

A las ocho estuvo en el teatro y en el ojal del elegante frac llevaba una flor blanca y fresca. Tomó asiento en la platea y mientras alzaban el telón se entretuvo en mirar en los palcos de la aristocracia en donde estaban los lores empolvados, los duques de origen bastardo y sus mujeres con medio busto desnudo, abriendo y cerrando los hermosos abanicos de plumón blanco. “Y aquello sí que será un desierto”, se decía el joven colombiano mirando hacia los palcos. “Cuántas de esas mujeres que están deslumbrando con sus diamantes y provocando sin duda la envidia de las otras, serán unos sepulcros!”.

Las inclinaciones, los besamanos, las risas secas, las fórmulas ridículas de esas gentes, se le antojaban una comedia. Se ponía a pensar en el vacío de esas almas o en las tragedias por que estarían pasando esos corazones. Miró a su lado y en la luneta siguiente estaba una mujer joven, casi una niña, leyendo los paisajes relativos a Ofelia. Era un ejemplar de la misma edición de Hamlet que él había leído poco antes de ir a teatro, y que habían puesto en venta ese día, como una novedad artística y literaria, porque el libro además de estar primorosamente impreso, tenía todas las crudezas del original. Y al ver cómo se le atrevía la niña a ciertos pasajes, exclamaba: ¡Qué inglesas!

Apareció el trágico en la escena y el joven se quedó pasmado del modo como Irving interpretaba el papel del misterioso príncipe. Esto es arte, esto es genio, se decía el joven. Cuando lo oyó recitar el gran monólogo, experimentó un acceso de admiración casi loca y estuvo a punto de interrumpirlo con bravos, pero notó que la concurrencia permanecía impassible, y al fijarse en un palco, observó que las señoras de la aristocracia tenían la espalda desnuda vuelta hacia la platea, y se entretenían en conversar con unos duquesitos de monóculo y de bigotes agresivos, terminando en puntas engomadas, que parecían estoques.

No se explicaba el amigo de Pedro esta impassibilidad inglesa, y su espíritu artístico lo hacía exclamar pasito: ¡Qué brutos! ¡qué brutos!

Cuando terminó la función, quedó bajo la impresión nerviosa más terrible. Salió del teatro y se fue recitando trozos sueltos.

“Ah! si esta carne demasiado sólida pudiera fundirse, disolverse y convertirse en vacío! ¡La vida! Jardín de malas yerbas, de vegetación fétida y grosera.

“Yo no sé por qué he perdido toda mi alegría, renunciando a todo ejercicio, ni por qué siento en el alma tal tristeza, que esta tierra de maravillosa construcción me parece un promontorio estéril. Esta cúpula magnífica, el cielo, este espléndido firmamento suspendido sobre nuestras cabezas, esta majestuosa bóveda que brilla con llamas de oro, todo esto me parece un conjunto de vapores pestilentes. ¡El hombre! ¡Qué obra maestra! ¡Qué noble inteligencia! ¡Qué facultades infinitas; en sus formas, en sus movimientos, cómo es él de admirable y perfecto! Por sus acciones casi un ángel! ¡Semejante a un Dios por su razón! ¡Maravilla del

mundo! ¡Rey de la creación animada! Y sin embargo para mí, ¡qué es él sino la quinta esencia del polvo? El hombre no me gusta, la mujer tampoco”:

El colombiano llegó al hotel, subió a su cuarto, pero no pudo acostarse. Comenzó a andar por el espacioso y elegante aposento.

“¿Sí será, decía, como sostienen muchos, que este Hamlet no podía satisfacer al mundo dando muerte a su tío porque eso no resolvía el problema de la justicia, y quedaba expuesto a que se atribuyera su acción al deseo de coronarse?”

“Será este drama lo más imperfecto que ha escrito Shakespeare, como dicen otros?”

“¿Sería Hamlet un diletante de pensamiento de los que no pueden o no quieren detenerse en ninguna conclusión ni arrojar el áncora en ningún sistema, como dice un profesor de Burdeos? Activo, indolente, resuelto, indeciso, sobrio, loco, concienzudo hasta el exceso, sin escrúpulo, leal, engañoso, tierno, brutal, generoso, y egoísta. Contrastes que no pueden ser sino sucesivos y que no se explican sino por el defecto de una degeneración.

¿Sería que el gran dolor lo hizo cínico, como dice el autor de “El Discípulo”?

“¡No, no! Era un roble plantado en un vaso que no debía contener sino bellas flores; las raíces se extienden y el vaso se rompe”. ¡Eso sí; eso sí!”.

Y al acabar de decir las palabras del gran pensador alemán, se acercó a la ventana, alzó la vidriera, sacó medio cuerpo al aire libre, se inclinó hacia el suelo, y se quedó como absorto viendo el limpio y liso enlozado de la calle, que con sus luces amarillas alumbraban los focos eléctricos. “Las raíces se extienden... el vaso se rompe...”, dijo, y se tiró a la calle de cabeza.

El primer médico de ambulancia que lo examinó, dijo que se había desnucado. El dueño del hotel entregó a las autoridades una tarjeta en que estaba impreso el nombre del suicida: Simón Arenales.

Pedro Jácome está ahora en su pueblo, y está terminando el plano del Ferrocarril de Remedios a Zaragoza.

Todos los domingos van al cementerio los hermanos Jácomes, a visitar sus muertos, y en medio de las tumbas de la familia, hay una muy hermosa que lleva esta inscripción sobre elegante lápida de mármol que trajo Pedro de Londres.

MI MAMA RITA
Y
EL NEGRO LIBERATO

LA JERINGUILLA DE PRAVAZ

Por: *José Montoya*

Los datos para escribir esta verdadera historia los suministraron en la casa de huéspedes donde vivió Ricardo —el practicante de medicina- en sus distintos tiempos. Allí recogieron sus papeles y, gracias a ellos, he podido rehacer, por partes, el pensamiento de aquel exótico estudiante, cuya vida por algunos días fue un misterio.

Era ya noche cuando el practicante de medicina entró a su casa, habitación de estudiantes, desarreglada y sucia. Tenía una pieza aislada; abrióla, encendió luz y se sentó a la mesa de estudio, sobre la cual estaban los libros tirados al acaso en diversas posiciones. A pesar de la luz rojiza de la vela, su rostro aparecía pálido, con una intensa palidez gris; el pequeño bozo que sombreaba el labio se presentaba, por el contraste con la piel pálida, más negro de lo que era en realidad. Sus ojos, circundados de livor oscuro, estaban apagados, y en las pupilas se notaba cierto extravío inquietante y carencia de fuego juvenil.

Se puso a escribir algo que parecía interesarle y conmoverle. Movía la pluma con rapidez y convulsivamente. Trabajó tres horas de seguida.

Lo que escribió aquella noche fue una carta dirigida a un amigo; yo la encontré entre sus papeles. Decía así:

“Necesito comunicarme contigo; eres mi único confidente, y hay en mi interior cosas que no puedo soportar solo, pero que a nadie interesan.

“Yo no vivo en el presente –te diré mejor- no quisiera vivir; me alimento del pasado y me aproximo a la nada, a la nada feliz. Mi pluma quiere detenerse al escribir que soy desgraciado: han dicho tantos lo mismo, que repetirlo es ponerse en ridículo. Y bien, soy feliz: me entretengo mirando, al través de las escenas vulgares, el tiempo que pasé en mi tierra, esa tierra de las mañanas brillantes y de la exuberancia de la vida. Entonces [¡Siempre entonces, nunca ahora!] vivía mi madre y estaba yo enamorado de Anita, mi vecina, de quien tantas veces te he hablado. Si yo fuera un gran talento. Olvidaría el pasado, para vivir componiendo un futuro glorioso. Pero no puedo rehacer mi cerebro. Esto es sólo un grito de impotencia; mas humanas son las tristezas, y se escriben para los amigos.

“Haré recuerdos que, a veces, son dolorosos, pero con cierto dolor melancólicamente dulce, comparable a la fruición por un trozo clásico de música triste. Eso se siente, lo difícil es hallar, para suprimirla, la clave del dolor.

“El cerebro como que lleva su diario para apuntar ciertas fechas raras, demasiado raras para ser numerosas. Y ese apuntamiento es inconsciente y extraño, pues hechos simples de nuestra vida externa se graban para siempre en la memoria con una fijeza real de frescos antiguos. El 19 de Septiembre es para mí una de esas fechas imborrables. Te quiero llevar a ese día ¡día grato! en que nació en mi corazón, por primera y única vez, la pasión amorosa, esa pasión tímida de los quince años, tan llena de encantos, que tiempo después queremos ver despertar y no despierta, porque ha muerto con la edad que la engendró! Lo que los poetas han llamado *primer amor*, lo que los espiritualistas llaman *amor verdadero*, y será siempre indefinible, pero profundamente humano. Quizá lo que engendró en las fantasías antiguas la idea del Paraíso. Por eso es bello el despertar de Adán, porque es una como síntesis simbólica de ese fondo común del corazón del hombre!

Son tan bonitas estas impresiones que, si no fueran tan personales, formaría con ellas un libro lleno de sentimientos delicados, un libro con el que, explotando la parte más sensible del corazón, tal vez haría llorar!

Cuando yo conocí a Anita ya era huérfana de madre, lo que se traduce así: era un ser desgraciado, condenado a errar siempre y a no ser comprendido nunca. Ya los acontecimientos lo están probando con la brutalidad del hecho.

....Aquella noche tenía un modo de mirar... A ese momento inicial convergen todos mis recuerdos, como en aquel instante hacia su rostro moreno todas las miradas de mis ojos sorprendidos. En el modo de mirar Anita aquella noche comprendí yo el idilio humano, la divinidad femenina, el tema eterno de los hombres. Yo la espiaba, la presentía, la adivinaba. Fue en mí una pasión avasalladora, con el soberano idealismo de las grandes pasiones y la pueril ingenuidad propia de mis pocos años y de la sagrada embriaguez amorosa.

Me había ausentado unos días, y volví completamente obeso por la ilusión creciente; corrí en busca de ella, que no me aguardaba, y al verme, olvidando todo miramiento, lanzó un grito: Qué es? Qué te pasa? Le dije. –Pues... nada...

Aquel grito espontáneo, salido de lo más hondo, agudo y dulce a la vez, fue para mí un instante de suprema felicidad! Ese grito, voz del corazón es un rasgo que nunca podré olvidar, porque me dio más placer del que me hubiera podido dar un beso. ¡Qué voz tan dulce! Si hubiera dicha, algo así debía ser su colmo! En algunas obras de arte de las más celebradas por su color de humanidad he encontrado rasgos semejantes. La *María* de Jorge Isaacs tiene detalles encantadores. Margarita –la creación de Goethe-enamorada del Dr. Fausto, tiene rasgos humanos que van directamente al corazón. Recuerdo uno muy hermoso. Una vez que los enamorados se paseaban en los jardines de Marta, la religiosa Margarita pidió al Doctor Fausto cuenta de su religión. Este, que había hecho pacto con el Diablo, le dijo mil ternezas, y Margarita con la mayor candidez agregó:

*“Eso mismo dice el cura
Pero con otras palabras”.*

“Esos autores han querido pintar el amor humano que tiene de la candidez: candidez inteligente, sinceridad y ternura. Pero todo es necesario sentirlo, y sentirlo a la edad en que esos amores tienen cabida en nuestro corazón. Por eso para mí no hay grito más verdadero y más grato que el de Anita sorprendida.

He vivido varios años, he tenido placeres; estoy seguro, eso sí, de no oír nunca una música comparable a la de aquellas sílabas incoherentes y agudas.

“No sé porque al escribir esta carta se me va llenando el papel de digresiones. Más... que importa! No te parece? No es para el público; escribiré al azar; si se rompe la cuerda templada de la narración el conjunto será menos nervioso, pero más verdadero. Y me encanta el desorden! Temo sí extenderme demasiado y formar una como mesa revuelta, imagen de mi cerebro.

“De mi amor tú sabes lo demás: yo estudié nueve años y ella se casó con otro. Monografía bien simple!

“Después busqué el amor de otras mujeres y he encontrado desdenes, simpatías a medias, audacias de mal gusto, ganas de casarse, vanidad, pero nunca amor y menos amor espontáneo y sincero. Es que un grito como el de Anita sorprendida no se oye sino una vez, para antojar de dicha!

“He tratado de aislarme, aunque el aislamiento es imposible. Principié por dejar las relaciones con mujeres, pues todas querían saber porque no vivo como los demás. Y hoy, los hombres más curiosos que las mujeres, llegan hasta aquí, para informarse de lo que yo me hago. Quise olvidar mi amargura y mi impotencia creándome una vida especial, corta pero feliz, y no me dejan: la ola humana penetra en mi existencia y quiere arrastrarme al remolino vulgar. En esta tierra como que es obligado vivir todos de igual manera! Yo seré un monstruo, porque no gozo sino de las emociones raras. Y bien, que me llamen degenerado o monstruo, como se les antoje, no te parece? Pero que no me molesten, que no me busquen, que no me interroguen. A las mujeres hago donación de mis amigos, y a mis amigos regalo las mujeres que me pudieran tocar en suerte. Yo no quiero participar del comercio de los individuos; no puedo tolerar la monotonía de la vida regular, ese afán diario por conseguir un *algo* sin encantos y cada vez más monótono.

“Algunos días no puedo soportar la tristeza; me acomete sin causa alguna y se apodera de mi cerebro. Son vapores de amargura que suben hasta el cráneo, quizá desprendidos del rebotado sedimento de muchas amarguras acumuladas en el fondo de mi organismo por el transcurso de muchas generaciones. Y mi padre ha querido aprovecharse de mi enfermiza inteligencia para ilustrar el apellido de la familia. Así me ha hecho sufrir!

“Al cabo de tantos años de estudio me he convencido de que soy impotente para todo. Me creo incapaz de luchar con los elementos superiores de la inteligencia humana para conseguir un porvenir glorioso, y también me siento incapaz de combinar y forzar los elementos materiales para hacer fortuna en medio de la ignorancia. La falta de equilibrio animal me ha anulado para lo uno y para lo otro.

“La vida intelectual solo deja cansancio y hastío; los libros son como el paludismo, una enfermedad que mata lentamente las energías. De estudiar fisiología he sacado solamente la triste convicción de que mis nervios están agotados sin haber producido nada útil. Algo he escrito, pero los escritos no hacen hombres; la virilidad se forma con el trabajo, en lucha tenaz con la naturaleza, aprovechando las fuerzas naturales y domando las resistencias que los letrados estiman invencibles. Cuando me cuentan rasgos de valor o de entereza, comunes y ordinarios en los titanes del trabajo, me lleno de envidia, con una envidia santa, porque es una aspiración que conduce mi pensamiento por escalas de fuego a la grandeza humana.

“Si el país anduviera al derecho me lanzaría a la acción. Pero, qué quieres? Hoy la intriga ha reemplazado al trabajo, las virtudes cívicas provocan la risa; los nuevos literatos hablan de las bellezas azules en lenguaje femenino o hermafrodita; los políticos piden de rodillas porque no saben estar de pies, ni luchar; y los jóvenes en vez de amar a las mujeres honradas, viven en brazos inmundos, perdiendo las pocas energías que les quedan. Dentro de poco tiempo habrá que crear una aristocracia que hasta ahora ha vivido oscura, la aristocracia de la salud.

“Esto no tiene remedio: mi decadencia es la imagen de la decadencia social. ¿No comprendes que hoy los hombres honrados son hombres ridículos?

“El párrafo que escribes para animarme es una prueba de tu valor moral, pero debo compadecerte por tu candidez rayana en lirismo”. Triunfaremos —me dices.— La situación actual es una prueba a que están sometidos los hombres de talento, de virtud y de ciencia. El reinado de los farsantes no es eterno!” Si tú tienes la virtud de la paciencia y la esperanza del triunfo, apártate de mí; puedo contagiarte de mi lepra, y has de saber que el pesimismo es incurable!

“Yo sería feliz si hubiera nacido en otra época, bajo un régimen que estimulara la juventud. Ah! pero qué ilusiones me quedan? Qué me anima a vivir? Te hablaré con franqueza. Yo he perdido toda iniciativa,

estoy en la miseria, no tengo esperanza de mejorar mi suerte y sólo aspiro a morir en una especie de voluptuosidad”.

Cuando acabó de escribir, aquella noche —dijo entre dientes, hablando consigo mismo: -“No hay remedio, la resistencia es imposible...” y del cajón de la mesa que cedió, abriéndose, a los tres tirones de la mano prendida del botón azul, sacó un pequeño estuche que contenía una jeringuilla de Pravaz, para poner inyecciones hipodérmicas. Tomó una cubeta de cristal, y un resto de agua limpia que allí había, hizo rápidamente una solución de morfina. Visible temblor agitaba las extremidades de sus dedos, parecía próximo a un terrible espasmo nervioso. En seguida clavó la aguja de la jeringuilla, con placer enfermizo, en sus carnes pálidas de morfinómano.

Poco después recorría las calles, solo, lento, lejos de la realidad, sonámbulo voluntario recorriendo una ciudad dormida. Tenía, en todo, el aspecto de un borracho. Caminaba tambaleándose; a veces se echaba a un lado porque se le venía encima una ventana; sentía que le faltaba el piso; de repente el ruido de unos pasos le hacía abrir los ojos que conservaba cerrados, y la luz de un farol le parecía una grande hoguera. En su cerebro había rauda sucesión de ideas y combinación de proyectos absurdos.

Sería la media noche cuando empezó a pasearse en el atrio de la iglesia de San Ignacio: veía grupos de señoras que pasaban muy cerca de él; se iba tras ellas con el deseo de emprender una aventura nocturna, y a los pocos pasos se desvanecían. Apareció un perro negro... nada, al descargarle un golpe con el bastón, se desvaneció. “Ah! sí fuera Mefistófeles en forma canina —pensó-. Qué aparente estoy yo para un Dr. Fausto! Sería feliz en medio de un aquelarre!”.

Dejó de pasearse, y mucho rato se estuvo en solo punto, sostenido en el bastón, doblándosele las piernas. Las imágenes le asediaban, se sucedían indefinidamente y tomaba diversos matices. Veía los árboles de la plazuela como plantíos secos de una ciudad destruida por el incendio y participaba de la honda melancolía de las soledades calcinadas. Pensando en la iglesia estaba ahí cerca, acaso por las campanadas del reloj que le recordaban la existencia de lo eterno, su imaginación se poblaba de fantasmas eclesiásticos: oía las notas lúgubres del órgano, y le parecía ver hacia delante una multitud de bultos negros, postrados en

éxtasis... más allá el vacío... la inmensa negrura, lo invisible mudo y la ilusión desvanecida de lo eterno... Confusión de imágenes, y luego el paisaje verde azulado, como una pupila luminosa, bajo la comba azul: veía el mar ilimitado, pero no el mar que describen los poetas con sus términos convencionales, ni el mar que han visto los viajeros, sino el mar ideal, que como desconocido, tenía al formarse en la fantasía de los agregados del infinito latente, todas las perfecciones del fantasma subjetivo, símbolo de felicidad. Un momento de tinieblas. Luego una procesión de rostros humanos intensamente pálidos. Eran los pesimistas que Ricardo conocía, los enfermos a sabiendas de un idealismo impracticable, los que habían renunciado a buscar la felicidad en una vida sana, los enamorados de Baudelaire porque era tomador da haschisch. Rápidamente bajaba a una llanura donde a intervalos brillaba el sol; veía un lienzo borroso, regado de ceniza, con parches negros. En seguida una lluvia de luces y sombras, en culebrillas de colores, como las iluminaciones eléctricas en los tubos de Geissler. Súbitamente quietud y aumento de luz... mas luz... un sol ensangrentado, como en las tardes de Febrero, al través de densa capa de humo; gritos de guerra, toque de tambores y cornetas y desfiles de ejércitos organizados: soldados lentos, mudos, esclavos de la consigna, con las armas brillantes, los pantalones rojos, marchando continuamente, con desesperante exactitud de movimientos; unos batallones llevaban estandartes rojos; otros, estandartes negros. Y después de un ruido horrible, el estruendo, la lucha ciega, humo, sangre, polvo y confusión. Ricardo alzó el bastón en actitud amenazante y gritó: "Fuego! Sangre!" Le pareció oír un terrible toque de llamada militar; quiso correr obedeciendo a ella, lanzarse a lo más rudo de la lucha, encontrar el peligro y sacrificar su vida por las ideas nuevas: "La juventud recobra sus derechos. ¡Viva la juventud!" Perdió el equilibrio e iba a caer cuando un policía lo cogió del brazo. Ricardo abrió los ojos y vio un agente de la autoridad, más lejos oyó el pitido de otro sereno.

"Dígame señor- decía el agente de policía- dónde es su casa; yo lo acompañaré para que no se haga daño".

La conducta del practicante de medicina llamaba la atención en la casa de huéspedes. Con frecuencia lo encontraban dormido en la pieza, sentado en una silla, con un papel o un libro en la mano, la cabeza caída sobre el pecho. Algunas noches lo oían agitarse en el techo, gritar, quejarse y dar golpes, como presa de un ataque nervioso.

En el día permanecía encerrado en la casa; no salía sino de noche y andaba siempre solo. Sus comidas eran a deshoras, desarregladas y reducidas. Si le preguntaban por su salud, respondía furioso que él nada

sufría; otras veces, cuando los desarreglos de la economía animal lo obligaban a retirarse a toda prisa de la compañía de las personas, decía, que le habían hecho daño los alimentos, que las digestiones irregulares, que la dispepsia.

Su andar era lento y vacilante. Su modo de mirar vago y en ocasiones lánguido, dejaba comprender que, ora miraba a su interior, ora a lo invisible...

Semana por semana palidecía.

La curiosidad de las gentes no descansó hasta saber claramente la verdad, en el misterio de la vida del practicante de medicina. Supieron que acostumbraba ponerse inyecciones de morfina en cantidades tóxicas. Una sirvienta de la casa de huéspedes decía: “Vean cómo está el niño Ricardo de *tomar* morfina. Válgame Dios, que cuando a un cristiano se le clava una idea, ya no hay otra”.

Vivía de una pequeña pensión que le pasaba su padre para que continuara estudios, sin saber que Ricardo se había retirado definitivamente de los claustros.

Olvidado de los libros didácticos leía obras literatura enfermiza y se empapaba cada vez más de un pesimismo delicado y nostálgico que contribuía mucho a la rápida destrucción de su virilidad. No obstante su extravío, gustaba de las grandes cosas: tenía dos gustos literarios opuestos: el uno le hacía admirar las polémicas ardientes de la política y la narración de gloriosas hazañas militares; el otro, afeminado y sensible, se entretenía con refinamientos enervantes a lo Goncourt.

Ricardo estaba anulado. Era uno de esos enfermos de tristeza que no tiene más remedio que las grandes crisis nerviosas. Tenía que ser un luchador o un suicida. Su salvación hubiera sido el movimiento, y la lucha, y la polémica y la revolución. Era un espíritu inquieto reducido a la inercia, semejante a una cortesana que encerraran en un convento. Desear las palpitations de la lucha, y entregarse al ensueño, sentir las vibraciones del cerebro, y anestesiar la sensibilidad: esa era la vida de Ricardo.

El practicante de medicina se suicidaba lentamente, mataba las energías que no sabía ocupar. Tenía un solo heroísmo, el heroísmo del suicidio, que en los años de preparación es cobardía. El suicidio no alcanza la

plenitud de una virtud heroica sino en pos de la derrota, para evitar la vergüenza, como lo practicaron los grandes vencidos del antiguo mundo.

Ricardo empezaba a postrarse. La parálisis que se apoderó del ánimo atacaba poco a poco el organismo, reducía lentamente a la impotencia los miembros del luchador platónico.

Así pasó otro año, en medio de restablecimientos momentáneos y nuevos dejes enervantes. Ricardo estaba casi rendido. Ya no salía. Algunos amigos trataron de salvarlo haciéndolo salir y despertando sus ambiciones con proyectos de una vida mejor. Todo fue inútil; solamente lograron exasperarlo y volvió a caer en postración abrumadora. El ensueño mórbido era su segunda naturaleza.

Pobre Ricardo! Cuando se le veía a media luz, en su cuarto sombrío, semejaba un espectro; su vida tenía ya algo del misterio de las tumbas; todos le hablaban con respeto y se contagiaban con su dolor.

19 de Septiembre

“Te escribo hoy aniversario de mi felicidad. Quizá esta carta sea mi testamento, y en ella te lego todo mi patrimonio de miserias.

“Creo que se acerca mi hora: la inacción, como una camisa de fuerza, me va atando poco a poco en mi lecho; pronto me atará con cadenas indestructibles. Sí, amigo, se acerca la parálisis eterna.

“Mi dolor es desconocido. No tuve relaciones porque no podía sonreír, y a la sociedad hay que ponerle el rostro risueño aunque nos estemos muriendo de tristeza o de odio.

“Mi enfermedad empezó hace muchos años, con la muerte de Anita y la pérdida de mi madre. A quién servirá mi trabajo? Si Anita no se hubiera casado tal vez se hubieran renovado mis amores. Yo no lo sé, ni nadie lo sabe, pero, al menos, tendría una esperanza. Amar a otra es provocar desengaños conscientes: no hay dos amores iguales: el amor es tan fugitivo como un estado de ánimo, y cambia con la fisonomía: cada vez que se desarrolla es de una manera distinta, salvo renovaciones sucesivas de un estado latente.

“Todavía me lastima en lo más hondo el recuerdo de la muerte de mi madre. Veo en mi interior el cuadro mortuario: ella tendida en el ataúd, majestuosa y dulce, como si su vida hubiera continuado... veo las luces del velorio, los tules negros y las coronas. Es cruel la naturaleza en el cumplimiento de sus leyes ineludibles. Cómo quisiera culparla por la renovación eterna de los seres humanos! Felices los que puedan decir: ¡Oh vida salve! Yo caería contento en la fosa si hubiera llenado alguna misión o si creyera en la renovación de mis afectos. En los trances supremos envidio a los infelices.

“Yo quiero hacerte comprender el despecho que en mi cerebro ha incubado la impotencia. Desearía producir, antes de acabarme, un grito gigante de tristeza que detuviera a los que se inician en la escuela de la infelicidad, esa tendencia que destruye en pocos años las mayores energías. La idea de lo peor es el veneno más terrible que puede entrar a los cerebros.

“Te han dicho que me pongo morfina y están en lo cierto. Te suplico, eso sí, que no lo divulgues: me harías mucho mal. Por lo demás tienes razón en compadecer a los morfinómanos, triste forma de los aventureros modernos” la travesura artificial, en las regiones del opio. Se olvidan las emociones normales, se pasa la vida de una manera vaga y anónima y se odia a las mujeres porque se acaba la necesidad física de buscarlas.

“No tienes idea de vida más rara y dolorosa! Soy un héroe del vicio porque en todo exceso hay heroísmo.

“Una vez me puse morfina por curiosidad, y me gustó esa embriaguez delicada que se manifiesta por una pereza agradable, la tensión de los párpados, un calor suave que sube en oleadas a la cabeza y una rascazón en contorno de la nariz. El día siguiente fue uno de aquellos en que las amarguras sin causa me ponían en un estado de desaliento y de malhumor insufrible. Recurrí al anestésico para calmar mi organismo, pensando en que mis tristezas quizá no tendrían causa moral sino un simple relajamiento físico. Ah! y aquel adormecimiento era tan agradable! En los días posteriores, a la misma hora me acometía un deseo apremiante acompañado de debilidad general, una comezón en el estómago y un sabor especial en la boca como si hubiera probado algún ácido. La aspiración al placer, el deseo físico, el desarreglo del organismo a falta de anestésico y la facilidad de la aplicación me llevaron a acostumbrarlo diariamente. Luego, no puedes imaginarte vida más nerviosa! De noche obsediado de imágenes, acostado en inmovilidad absoluta, como

adherido al lecho, en un sopor que ni es sueño ni es realidad, algo así como una parálisis; de día, la pereza, el fastidio, la inactividad absoluta. No hacía sino leer, y empecé a buscar libros en que encontrara algo de lo que yo sentía. Entonces me leí el *Fausto* y el *Werther*, las dos obras maestras del príncipe de los escritores alemanes, las poesías de Heine, el soñador ateo; conocí las obras de Barbey d'Aurevilly, el autor que más fuertes sensaciones me ha hecho experimentar; luego busque a Zolá y a Goncourt para producir fuertes tensiones en mis nervios; después gocé *En el Mar* de Maupassant, ese grito terrible contra las muchedumbres y la vida social. Esos libros me han hecho el efecto de nuevas inyecciones de morfina.

“He vivido en estado de ansiedad, siempre aguardando algo más fuerte, algo que, desquiciando todo mi ser, me tornará igual a los demás hombres. He aguardado la revolución y no llega... Hubiera querido viajar, moverme continuamente y ver todos los días cosas nuevas, cosas bonitas, y he tenido que contentarme en conocer el mundo en los libros.

“Por fin llegué a un estado —qué aún continua- en que es imposible resistir a los impulsos del organismo que pide morfina. Si la dejo un día, el mal aumenta en proporciones enormes: es una rascazón continua en todo el cuerpo y una desesperación en que envuelvo a los seres humanos y a los seres inertes; todo para mí es un obstáculo, un estorbo, una molestia. Ah! *el anestésico de la vida* es mi única aspiración.

“He vivido en un desarreglo absoluto del organismo, casi sin comer. Atravesando por un país de fantasmas, y exasperado con todo lo que se me pone a mi vista. Me causan una envidia colérica las gentes sanas. Al que sabe hablar de las cosas comunes y ordinarias de la vida, lo odio.

“Qué triste es llegar a esta situación! Y los médicos tienen la perversidad de recetar inyecciones de morfina. ¿No comprenderán el mal que hacen? Para adormecer un mal pasajero no se debe provocar un mal permanente; a los enfermos no se les debe aplicar anestésicos sino para que soporten el terrible trance de la muerte. Hacer que los enfermos se acostumbren a la morfina es como sustraerlos a la vida y hacerlos entrar a un subterráneo, cuya puerta se cierra detrás, y obligarlos a internarse en busca de una salida que no existe. Allí, unas veces falta la respiración, otras se desvanece la cabeza, asaltan temores, se escuchan ruidos, se ven fantasmas; se estima como el mayor bien volver a recibir calor del sol —sostén de la vida- y sin embargo, hay que seguir adelante, agravando el mal sin remedio, porque ya no se verá la luz del sol que se desea alcanzar huyendo de ella.

“Yo aborrezco el vicio, y he venido a quedar atado a su carro de miserias. No pude alcanzar las grandezas humanas, y me lancé en busca de las artificiales. Con los anestésicos maté los sentidos y no puede matar el pensamiento. Qué perversa es la voluptuosidad! La embriaguez me atrajo como atrae una mujer bonita, me envolvió en sus brazos, me dio grandes placeres; ah! pero la insaciable no me volvió soltar, sus deseos no tenían límite, su atracción aumentaba con el mal que yo recibía, tanto más fuerte cuánto más saciada; aunque traté de soltarme todo esfuerzo fue inútil, tenía que morir en sus brazos: al deseo siguió la necesidad, a la necesidad el vicio, el vicio a la enfermedad, a la enfermedad el espasmo, al espasmo el delirio: hoy sucumbo en brazos de la insaciable voluptuosidad en el lecho fantástico de los sueños de opio.

“He sido una víctima y no un hombre. Mis ideales me llevaron al ensueño y el ensueño -¡esa cosa tan bonita!- me perdió. El idealismo necesita revoluciones, para ensancharse en la libertad que es un tópico de vida; ser idealista en épocas de rebajamiento moral y presión política es ser esclavo de las tinieblas. Tener independencia de carácter, y vivir bajo la aristocracia de los farsantes, es ser esclavo de la miseria.

“No sé porque en la historia de mi vida veo un símbolo de la situación de la República, Cuando joven, entusiasta, idealista, esencialmente republicana, teniendo como su mayor bien el ser honrada, gozando de las pasiones sencillas, aunque intensas, y con la esperanza de mejores días. Hoy —tú sabes mejor que yo- entregada a los goces artificiales, improvisando celebridades, edificando capitales —como yo sueños- sobre ruinas; todo el mundo en ansiedad perpetua, y los mismos partidarios del progreso indefinido deseando como un bien volver al pasado, para tener siquiera una base segura de donde volver a empezar.

“Yo quiero que te informes de mi situación, pero no quiero que me compadezcas. Caigo como valiente, desafiando el peso enorme que me abrumba. Creo que tengo algo de la rigidez de los muertos.

“Es tal mi decadencia que mi corazón no tiene fuerzas para latir, hoy, aniversario sagrado. He visto el retrato de Anita y una cinta azul, que aún conservo, y he sentido, por allá muy hondo, la fruición delicada del recuerdo, casi sin fuerza, sin aliento viril”.

Estas cartas no fueron enviadas a su destino porque Ricardo temía, como un supremo mal, ser compadecido.

Ricardo logró fortalecer por algún tiempo su decaída voluntad, disminuyó los anestésicos, se levantó del lecho, convaleció unos meses, y grandes deseos de vida nueva invadieron, como una marea alta, su alma triste. Así, muy mejorado, hizo un viaje a prueba de fortuna.

A tiempo de partir escribió en su cartera –como programa de vida- estas palabras: “Siento dentro de mí que va muriendo el pasado, veo en lo exterior, abrirse el futuro con matices halagadores: lucharé y triunfaré. Adiós Anita! yo pertenezco al porvenir, tú eres esclava del presente. Madre mía! Tu recuerdo será mi única reliquia, tu imagen la sola que pueda ablandar mi corazón en la lucha tenaz por la existencia. Adiós pasado! tú debes morir, pero yo viviré: es necesario que viva”.

Promesas de iluso: ya era tarde. El deseo de anestésico lo acometía a cada momento bajo la forma de una indisposición, de un desarreglo general. No era un vicio, pues el vicio quedaba vencido por la voluntad; era una necesidad del organismo que para sostenerse pedía veneno.

Haciendo esfuerzos supremos emprendió el viaje, siendo víctima continua del desaliento: a cada instante lo acometía el deseo de un descanso eterno y la nostalgia de la felicidad. Todos le preguntaban por su enfermedad, en el trayecto que recorría; y estaba en lo cierto, si recordaba a los moribundos cuando en el delirio postrero se apodera de ellos la manía de viajar, que él sentía.

Aunque a jornadas cortas, recorrió mucha tierra, y vio de cerca la obra del trabajador antioqueño, que en terrenos poco apropiados a la agricultura, hace prodigios para sostener la vida y conseguir dinero.

Llegó a su destino y puso trabajos, lejos de toda población, en medio de una selva impenetrable que iba a desmontar para convertir unos terrenos baldíos en fincas de labor. Allí se había trasladado Ricardo con unos pocos peones. No llevó libros ni preservativos contra las enfermedades, ni su elemento de vida, la jeringuilla de Pravaz.

Empezó a trabajar materialmente con un ardor increíble, exótico a su estado de decadencia. El ánimo lo hacía todo, exótico a su estado de decadencia. El ánimo lo hacía todo, el cuerpo moría; sus miembros no tenían flexibilidad, y las fuerzas lo abandonaban. Vivir sin morfina era, para él, como para los demás, vivir sin comer. A los cuatro días de estar allí, y cuando ya había despedido seis peones de los que había llevado,

cayó en postración. Seguía animado, pero estaba rendido. En el rancho improvisado que tenían, lo acomodaron los peones, lo mejor posible, arreglándole un lecho de hojas secas. Sentía un malestar general y una debilidad extrema. Una rascazón horrible recorría todo su cuerpo, y pedía exasperado que le dieran morfina. Quería arrancarse los pedazos y se rascaba contra el suelo.

A las negativas de los peones cuando pedía morfina contestaba furioso, despidiéndolos y tratándolos de inútiles. Los dos peones, por lástima, resolvieron aguardar hasta el fin: “Pobrecito” –decían. Ricardo oyó esta palabra, y rebotando despecho, llenó de improperios a los peones: “Pobrecito yo? Y Uds. Lo dicen? Ah! porque no puedo extrangularlos” –y se revolvió como un gusano en su lecho de hojas secas. Buscaba con la vista por todas partes, como aguardando un auxilio. Nada. La selva impenetrable cerraba por todos lados el horizonte; solamente al través de algunos troncos de árboles veía jirones de cielo azul. Ricardo volvía los ojos haciendo gestos horribles, gritaba y pedía morfina, siempre morfina... su solo deseo, su única aspiración, una última voluptuosidad, una caricia íntima del anestésico vital; que su cruel amada le cerrara los ojos; quería clavarse la aguja, sentir ascender al cerebro el calorcito del veneno. “Muchachos, por Dios! La última inyección para morir tranquilo. Revienten caballos; a la primera botica, quince centigramos de clorhidrato de morfina; voy a formular... Corran! Una propina enorme al que primero vuelva... Ah! gracias a Dios! Qué jeringuilla tan linda, y qué morfina tan pura. Voy a hacer una solución como para ponerle inyecciones a la Virgen. Y que bella cubeta; si me parece que es la comba del cielo. Yo les agradezco mucho muchachos. Voy a tener un sueño divino... Qué hubo? Ah! canallas, me han engañado. Miserables, inútiles, no trajeron nada? No hay morfina en este mundo? Vuelvan, pronto; no se les olvide: *Clorhidrato de morfina*. Me muero, me voy a morir; siento un frío horrible que me invade, se me está helando el corazón. Morfina! Morfina! que me paraliza! No habrá morfina en el Cielo?”

A la comezón y al delirio seguían violentos espasmos nerviosos. Llevaba tres días de desesperación y de agonía. Ya los peones estaban resueltos a abandonarlo. “Que se muera solo, el blasfemo!”

Y al cuarto día de postración murió allí, desesperado, inmundo, sin querer morir, insultando a los peones y pidiendo morfina. “Deténgala –les gritaba- mírenla ¡La Muerte! Allí viene: yo no quiero que me lleve. ¡Por Dios! Yo soy muy joven, yo quiero vivir. Imbéciles! no la ven? Deténgala. Es horrible: me mira por esas órbitas vacías con un sarcasmo infernal. ¡Ah traidora, infame! Ah! Dios mío! Dios mío!... Denme morfina, un poquito; quiero adormecerme para no sentir esas garras. Vean, ya me va a coger. Corran! Morfina! Ay Dios mío! Anita ¡ Madre mía!”

ANIMAS EN PENAS

Por: Alfonso Castro

A mi maestro el Dr. J.V. Maldonado

1. *“Bienaventurado el hombre, que no anduvo en consejo de impíos, y en camino de pecadores no se paró, y en cátedra de pestilencia no se sentó.*

.....

14. *Mira como él parió la injusticia, concibió dolor, y parió la iniquidad*

15. *Hoyo abrió y cavólo y cayó en el fozo que hizo.*

16. *Su dolor se volverá contra su cabeza, y sobre su mollera descenderá su iniquidad”.*

El libro de los salmos (I y VII)

Entre los papeles de Darío Casal, el mozo infortunado en cuyos ojos, cuando hablaba, se advertían como reflejos sombrío de un resto de locura, se hallaron las páginas siguientes, bautizadas con el título de *Confesiones*.

Vivía aislado, en las afueras del pueblo, en la vetusta casa de mis mayores, perdida entre la verdura de las plantas trepadoras, que la asediaban por todas partes, y entre las hispidas malezas que habían formado un muro verdadero a su alrededor.

Sentía gusto especial en habitar esa mansión sombría, sugestiva, que engolfaba el alma en soñaciones de épocas lejanas, y que para mí tenía el atractivo de haber sido la morada predilecta de hidalgos antepasados. Sus paredes, cubiertas en antiguos tapices, donde los héroes de mil leyendas caballerescas se mostraban en una especie de vida fantástica a causa de la penumbra en que se mantenían las salas; la indumentaria de éstas, de vieja elegancia, ceremoniosa, fría, casi sepulcral; hasta el mismo polvo, que en densa capa lo arropaba todo, me atraían de modo irresistible, presentándoseme como los mudos y discretos confidentes de galantes amoríos, de báquicas fiestas, de delicadas expansiones de almas nobles y señoriles, perdidas hacía ya tiempo en las sombras del misterio...

Allí mi fantasía desenfrenada hallaba un campo vastísimo para la creación de los más deliciosos y extravagantes ensueños, que me proporcionaban el goce intenso de la dulce y nociva vida interior. Por esto nunca quise combinar el menor detalle de mi vivienda, destruir o adulterar lo más nimio de lo existente. Todo permanecía como se presentó a la postrera mirada del último de mis abuelos. Todo impregnado de ese barniz inmaterial y misterioso que presta a lo antiguo, que en días ya lejanos estuvo en directa relación con seres por siempre viajeros, la completa inmutabilidad y la soledad augusta y vacua. Todoregonaba, con el lenguaje del silencio imperturbable que da el tiempo a las cosas, la calma sagrada de lo que no tiene vida, pero que no obstante encierra hasta lo íntimo un *espíritu recordador* que hace soñar...

Por lo demás, no tenía dares ni tomares con nadie. De ahí el que los mansos vecinos, tan amantes de las reglas y tan aborrecedores de aquello que no estaba en línea paralela con su moral geométrica, no podían menos de fastidiarse, y quizá escandalizarse un poco, ante el enigma de mi vida solitaria. Por supuesto que a mí de eso nada se me daba, porque eran lo suficientemente buenas personas para no prestar ningún servicio, que por fortuna no necesitaba, o siquiera para causar la menor molestia, para abrir la más insignificante herida en el espíritu, que me hubiera servido en ciertos momentos de espantosa angustia como un medio de distracción.

Sin embargo, no tenía enemigos declarados porque escudado por mi egotismo, norma de mi existencia, los impulsos del pecho, buenos o malos, que brotan a la vista del semejante, morían antes de exteriorizarse, lo cual, por otra parte, es el mejor sistema para estar a salvo de la malevolencia humana. Sin odio y sin amor, cubierto por grueso manto de indiferencia, se disfruta de la mayor tranquilidad a que puede aspirarse. Sólo una vez, una mendiga anciana y coja, próxima a morir, recibió de mi mano una limosna, mas esto fue dictado por librarme de su voz destemplada, que hacía vibrar mis nervios de modo desagradable, y no por un sentimiento de piedad.

Como había heredado una cuantiosa fortuna, no tenía necesidad de consumir mis energías en la brega cotidiana para atender mi subsistencia. Esto era salvador, porque de no haber nacido rico hubiérame visto precisado a implorar auxilios de la caridad pública o a morir miserablemente como esos infelices que la sociedad avienta lejos por ineptos, pues mi temperamento, soñador y perezoso por naturaleza, era por completo incapaz de toda iniciativa práctica. Además, el trabajo me causaba odio, por ser una imposición violenta del destino y sobretodo por obligar al uno darse a él, a iniciar directas relaciones con los hombres, bestias inteligentes y perversas, temibles por sus vicios, sus apetitos, sus refinadas brutalidades, que desgarran el alma y el cuerpo y que violan, corrompen y hasta destruyen las fuerzas de la naturaleza.

Sin embargo, no era yo un vago en la elasticidad del vocablo que, al estilo de los orientales, me pasara inmóvil, en muda contemplación de las horas, viendo el desfile de la vida. Al contrario, en ocasiones me poseía una actividad enfermiza, febril, que era causa de que me agitase y moviese, encaminando mi acción en diversos sentidos, torturado por una angustia casi física, apenas comparable a la que conmueve al sensual cuando, en un supremo transporte de eretismo amoroso, se escapa al objeto de su pasión...

Un anhelo desmedido de saberlo todo, de comprenderlo todo, de penetrar, en una palabra, los misterios más oscuros del Cosmos y los seres, se apoderaba de mí, por épocas, haciendo trabajar mi cerebro sin descanso, noche y día, engullendo con hambre voraz páginas y más páginas, y sin cuidarme para nada de mi *bestia*, que a la larga, con las vigiliias constantes, las repetidas excitaciones y el desequilibrio subsiguiente al desgaste excesivo del fluido nervioso, se resentía hasta el punto de que su daño iba a repercutir en mi organismo interno, que, por otra parte, no se hallaba en muy ventajosas condiciones.

Y esto se explica satisfactoriamente si se tiene en cuenta el ansia mortificante que, en determinados espíritus, capaces de las pasiones intelectuales, despierta la posesión del primer eslabón de la cadena de

verdades. Mientras se conserva la doncellez cerebral, cuando el entendimiento está, según el dicho de Aristóteles, como una tabla rasa, la vida es tranquila y los días corren a la a la eternidad sin mas preocupaciones y cuidados que los concernientes al bruto; pero una vez que, mediando el estudio, las ideas empiezan a brotar dando nacimiento a la injusta y maligna curiosidad del saber, viene el dolor sutil, el apetito sin freno de adquirir más conocimientos, no comprendido ni sentido por los analfabetas.,

La asimilación de una verdad hace surgir mil incógnitas que es *necesario* despejar, mediante un trabajo penosísimo y tenaz, espoleado por el terrible deseo de aprehender las soluciones que brotan, borrosas e informes, ante el ojo ávido, con todos los atractivos de una tierra prometida, tierra de descanso. Con el alma ensangrentada por las espinas de la vía, al fin se llega a la meta deseada; se vierte luz sobre ella y la verdad vuela gloriosa; se quiere una tregua para recuperar las fuerzas gastadas... ¡ah! eso no: la verdad, con tanta lidia descubierta, lleva en su seno nuevas incógnitas, imanadas y tentadoras como demonios, que no pueden permanecer irresolubles; es preciso proseguir en la ruda brega, a la carrera, sin un minuto para tomar aliento, porque la vida es corta y el orgullo tiene miedo de que los que vienen atrás, a la menor debilidad, lo echen a uno por tierra y lo cubran de befa y escarnio por impotente... Y así de seguido, hasta lo infinito.

Llega un instante, sin embargo, en que no se puede más; el agotamiento es inmenso, la debilidad suma; las heridas y rasguños adquiridas en plena liza, sangran y mortifican; el mundo de lo inexplorado, de lo desconocido, se hace cada vez más extenso, hasta el punto de que sus límites se esfuman de incógnitas lejanías... ¡Ah! y los días son tan cortos y el trabajar tan lento... Viene el despecho producido por la impotencia. Se renuncia a todo y sólo se aspira al nirvana absoluto... ¡Dormir! He aquí lo único consolador y benéfico, lo único que puede librarnos de experimentar en nosotros el trabajo incesante de las fuerzas vitales, que haciéndonos mover, sentir y pensar, -¡oh! pensar- nos agujijonean, nos martirizan y, sobre todo, nos hacen vivir la existencia. Mas el sueño tampoco llega, y entretanto, el espíritu se resuelve torturado y maldiciente en su cárcel de carne. ¿Para qué nacimos? ¿Para vivir entre el horror de las sombras, acosados por anhelos indecibles; para suspirar eternamente por ideales de nuestra mezquindad y el mismo mundo no nos dejarán realizar; para sufrir sin descanso? ¡No! ¡no! Es menester aturdirse, embrutecerse, acallar *eso* que sin cesar grita en el interior; desechar o siquiera adormecer las potencias psíquicas que para tan poco sirven... y allí, el aparecer de todas las abominaciones y degeneraciones, patrimonios humanos; la manifestación de una animalidad pecaminosa y enferma que se desborda obedeciendo a sus más repugnantes instintos; la catástrofe, en fin...

Durante estas crisis abandonaba por completo el estudio y me sumía en una tristeza infinita y desesperada, que paralizaba en mí toda aspiración y toda energía y que remataba siempre en la bebida. Bebía, bebía semanas enteras, sin tregua, con insistencia de dipsómano, embriagándome hasta disfrutar de un sueño comatoso. Nada, por lo tanto, más repugnante que mis borracheras silenciosas, durante las cuales no desplegaba actividad de ninguna clase, ni trataba a nadie, ni salía siquiera de mi habitación. Me pasaba las horas muertas, tumbado en mi lecho, con la botella cerca y sin parar de frecuentar con mis labios su cuello largo y mortal, hasta que no podía más. ¡Qué asco!

Algunas veces, incapaz de resistir la influencia del alcohol, echaba mano de la morfina, el éter, el cloroformo o el cáñamo indio que reemplazaban a aquél, vengándose traidoramente, por supuesto, del asilo que les dispensaba en mi organismo. Con todo, esos alifafes asesinos desempeñaban a satisfacción su cometido: con sus caricias mortales me daban olvido por algún tiempo de mi *yo* pensante, la vida y la atmósfera de desgracia que lo rodea, que para en espíritu rebelde, agobiado por imposibles quimeras, es un consuelo, funesto si se quiere, pero consuelo al fin... ¡Tiene ello tantos puntos de contacto con la muerte!

Pasada la crisis, y ya un tanto repuesto de los estragos dejados por mis excesos en el alma y en el cuerpo, me entregaba a la lectura de libros literarios, de esos que no exigen gran trabajo del entendimiento para comprenderlos, pero que son causa de hondas emociones.

Con mis lecturas pretendía dar a mi espíritu cierto temple de apacible melancolía, muy distinta de la angustia desesperada que sumerge en el abismo, y también de la tranquilidad beneplácita de las medianías optimistas, que hace vivir en una atmósfera de estúpida dicha. Para obtener aquello, buscaba las obras brotadas al parecer de lo íntimo; de sabor acre; colmadas de verdades dolorosas; en que aparece la realidad bajo artísticas formas, mas siempre nociva como realidad... En una palabra, era amator de lo mortificante en literatura.

Me atraían el análisis sutil y punzante, la página sangrienta escrita como con esencia de un corazón gangrenado, la exhibición refinada de la miseria suma, las grandiosas protestas, contra la vida y contra todo, de un genio vencido, y causaban en mi alma una impresión intensa y corrosiva que odiaba, pero que me era necesaria como al *haschichino* las pastas de *dawamesk* o al morfinómano la jeringuilla de Pravaz... No impunemente se puede entregar el espíritu a bacanales de ideas, a desenfrenos de pensamiento; no sin castigo se explora el jardín de los suplicios prohibidos y se le rinde culto a la intensidad morbosa de las

sensaciones; al fin se acaba por tributar un doloroso amor masoquista a todo aquello que exaspera la sensibilidad hasta lo insoportable. “Quien ama el peligro en él perecerá”, rezan las Escrituras.

Sin embargo, la idea pesimista no me la comunicaron los libros; ella estaba encarnada en mi alma, en mi pobre alma enferma, que, como la de Laménais, nació con una llaga. Aquéllos no hacían más que descubrirla, exteriorizarla, del mismo modo que la pica del minero pone de manifiesto el *nido de oro* que habita en las entrañas de la tierra. La lectura no crea temperamentos, sólo grita el *surge et ámbula* bíblico al de cada cual, despertando tendencias y pensamientos hasta entonces ocultos. Ella no genera, modifica puliendo los terrenos aptos. Por eso, para bien asimilarse una obra, para sentirla hondamente, es necesario la existencia de cierta analogía especial, una rara concordancia, entre el autor y el lector, faltando la cual, la obra o no gusta o no se comprende. Así se explica, por ejemplo, el que Poe, al alma más bella y complicada de la América, haya sido mirado con desprecio por el Tío Sam, ese filisteo brutal, de pesuños formidables, que creyó hacer una gran frase cuando estampó la fórmula de la avaricia y del materialismo: *el tiempo es oro*. Por la misma causa no pueden menos de ser ridículas las torturas de que se quejan algunos mozos de intelecto virgen, de burdos sistemas nerviosos, con progenitores saturados por el equívoco olor del macho robusto y semisalvaje inhalando una atmósfera de feria, cargada de emanaciones plebeyas, después de aventurarse por los campos intrincados; malignos y exquisitos de algún ingenio superior.

Por lo demás, es menester de todos, y especialmente los mendigos espirituales, se mantengan muy prevenidos contra determinados golpes de efecto de los sacerdotes del Arte. Muchas veces el artista no expresa en su obra lo que verdaderamente siente o piensa, sino que escoge aquello que más ha de impresionar al público. Se sacrifica con frecuencia la sinceridad al éxito. Algunas ocasiones la obra de arte no es creada sino por la necesidad que tiene el artista de eliminar lo dañado que hay en él, como se elimina el pus de un absceso, para después disfrutar de buena salud y quedarse riendo de los que pervierten el gusto hasta gozar con podredumbres que debían más bien a ir a para a los albañales. Son dolorosamente ridículas, por lo tanto, las ansias de total aniquilamiento y las maldiciones a la vida en frases infelices que lanzan aquellos de ser moral sano por completo, después de lecturas pesimistas. Hay que tener en cuenta que mientras algunos infelices ponían fin a sus días sugestionados por los padecimientos de *Werther*, Goethe pasaba su existencia admirado, tranquilo, viviendo para su gloria y para su patria; que mientras el alma se retuerce apuñalada ante los males sutiles de *Jorge Aurispa*, Gabriel D'Annunzio hace germinar la purpúrea flor del escándalo en plena sociedad romana con sus amores olímpicos y sus aristocráticas veleidades de dandy supremo; que mientras la caterva de miserables del gigantesco cuadro de Emilio Zolá, desfila

produciendo náuseas y desgarramientos morales, éste, encerrado en la calma de su estudio, allá en su castillo de Medan, deja correr sus días entregado a las exigencias del espíritu y gozando del bienestar que le producen sus pingües rentas... No siempre se puede tomar muy a los serio la letra escrita: en el arte, como en todo lo del mundo, hay mucho de convencionalismo.

Cuando ya me sentía fatigado por el exceso de lectura, me entregaba a ejercicios corporales de todo género, especialmente a la caza y a la equitación. Días enteros permanecían a caballo, corriendo sin parar por montes y llanos, sin percatarme de los peligros que se me presentaban. Más de una vez a caballo y caballero, estropeados y molidos, fueron hallados en profunda zanja, y más de una vez, después de una larga carrera, el bruto se dobló, muerto, entre mis piernas.

Hacía esto no con propósitos criminales, sino por espoleante necesidad de aturdirme, de tragar grandes bocanadas de aire puro, de abarcar la naturaleza palpitante y olorosa con mayor intimidad, de que el viento y el peligro de la muerte, que en mis excursiones me acompañaba siempre a la grupa de mi corcel, me arrebataran *eso* roedor y punzante, que, a toda hora, con más o menos violencia me laceraba el pecho.

¿Qué era? ¿Qué lo producía? No podría responder con precisión ni a lo uno ni a lo otro. En ocasiones se presentaba como una inquietud o zozobra insoportable, más atormentadora que el dolor franco, sentido en los plejos nerviosos del vientre y que me causaba en la misma sensación de una gran desgracia presentida. A veces era una rabia violenta contra el universo y sus poderes aplastantes, contra las cosas inanimadas, contra todo; rabia y deseos de venganza contra mí mismo, contra mi propia sangre: hubiera querido despedazarme, triturarme, reducirme a polvo, y al mismo tiempo y con idéntica saña, aniquilar lo que mi vista abarcaba. Esto, causándome penosísima opresión y una asfixia horrible que casi me ahogaba, me hacía con frecuencia estallar en actos de un furor salvaje e inconsciente, después de los cuales me hallaba más extenuado y débil que si hubiera padecido una larga enfermedad. Otras veces era una hiperestesia dolorosa e irritable, generadora a cada paso, por el motivo mas nimio, de copiosas lágrimas. Llegué hasta el punto de que a lo último me era casi imposible leer una página porque a la menor palabra, al detalle más insignificante, mis ojos se anegaban en lloro y mi corazón se colmaba de pesadumbre. Recuerdo, por ejemplo, que no podía ver escrita la palabra *compasión* sin sentir conatos de llanto, y que cierto día, al abrir el libro de un poeta, lloré largo rato por haber encontrado este verso.

“Oh ma posterité deplorable et chérie!”

Agréguese a todo esto la carencia de afectos delicados, de sentimientos altruistas - manantiales inagotables de disgustos y desengaños- arrancados por mí mismo del corazón, cuya falta, no obstante, en determinados momentos, me angustiaba hondamente al considerarme como fruto maldito sin razón de existencia o como una de esas hibrideces, de esos detritus teratológicos, que la Naturaleza arroja para el cumplimiento regular e implacable de sus grandes destinos... ¡Oh! Las agitaciones de mi espíritu eran borrascas mortales como las del mar.

Frecuentemente tras un violento ejercicio, cuando ya me sentía rendido, me tumbaba en el rastrojo, después de formar un lecho de hojas secas con su correspondiente dosel de ramas, y allí pasaba las horas en muda contemplación de ese mundo liliputiense, que habita entre la maleza y que sólo conocen los desocupados observadores. ¡Qué extrañas y gratas sensaciones despertaba en mi alma!... Allí cerca de un volcanillo de tierra cernida, que levanta del suelo cuando más cuatro centímetros, con su cráter circular por donde continuamente entran y salen falanges de hormigas, cargadas las que entran con recortes diminutos de hojas y de pétalos, y vacías las que salen: son bermejas, de talle ideal y despiden un olor acre. El camino que recorren está lleno de obstáculos, pero ellas, pacienczudas, indomables, saben vencerlos. ¡Con qué tino costean el añoso tronco ido a tierra poco antes! ¡Con qué prudencia exploran el rastro de la herradura de mi bruto, que por un momento ha sembrado el espanto en las filas, dejando centenares de cadáveres! En media vía ha caído boca arriba un monstruo horrendo y enigmático que mueve sin cesar unas patas enormes: es un pobre escarabajo. Todas se aproximan y se ponen a estudiar y a analizar con seriedad de doctores, lo que pueda ser aquello; lo rodean, lo huelen, lo palpan, empiezan a subírsele con cautela; algunas han tirado su carga para investigar con mayor comodidad y detención; entretanto el vencido coleóptero bate torpemente sus órganos locomotores... Miro sobre mi cabeza, entre las frondas de un arbusto, la red sutil y geométrica que una araña ha tendido de pecíolo a pecíolo; en el centro de aquélla se halla ésta quieta, barrigona, expiando como Yago; de repente un mosquito, esmeralda con alas,, tropieza al volar con los pérfidos hilos y entonces la facinerosa, con la rapidez de la centella, lo acomete fabricándole un ataúd con su baba y luego se pone a chuparle tranquilamente la vida... De una flor monocépala, delicada copa de nieve, que me envía constantemente su alma perfumada, sale un bichejo negro, feo, con el lomo empolvado de polen amarillo, que ha estado hurtándose la miel y royendo aquellas interioridades níveas. En una hoja seca, vuelta carruja, está encerrado un gusanillo de cabeza roja, que inútilmente se mueve de uno a otro lado como alma que pugna por librarse de su saco de pellejo. Zumba una pareja de insectos, que vuelan unidos en un rapto de pasión cual Paolo y Drancesca, y en el instante, un parajillo, que desde hace un

momento escudriña con ojo vivaz de una presa, de lanza sobre ellos y los infelices van a terminar su idilio en el buche del poeta alado, como en el infierno los amantes de Aligheri... Y todo eso me seduce de modo extraño; me paso horas y más horas entretenido con aquellas palpitations de vida minúscula, que desarrolla en mí todo un mar de pensamientos, que me enseñan analogías curiosísimas con el mundo verdadero, nuestro mundo. Allá, como aquí, todo es brega constante; guerra a muerte; maldad devastadora; pasiones violentas; esos seres ínfimos, al igual de nosotros, también son regidos por el odio, también los domina el apetito ciego de la devastación; ellos, como los hombres, no tienen más patrimonio que la lucha dolorosa...

Pero mis gustos predilectos, el que más me seducía era el estudio y el análisis concienzudo de mi alma polimorfa. Para mí ella era un jardín hermoso, adornado de mil flores raras, que emergían toda clase de perfumes, desde los más tenues hasta los más concentrados, desde los más nocivos y perversos, hasta los más vivificantes; unos eran deliciosamente embriagadores, como cabellera de noble cortesana, y otros tenían mortales acritudes de ponzoña; éstos apenas se dejaban sentir y aquéllos con su intensidad irritaban como un ácido; los más próximos, los presentes, hacían hervir las sangres en las arterias, y los lejanos, los recuerdos, creaban una atmósfera tibia impregnada de dulce tristeza; todos atraían y perturbaban.

Convertido en fervoroso jardinero de mí mismo, y en maridaje íntimo con la naturaleza, me extasiaba observando los matices, las formas exóticas, los estremecimientos, las palpitations, las gestaciones, los alumbramientos, las caídas y todas las demás faces que mi alma iba presentando según las múltiples influencias recibidas del mundo externo... Luego, eso de observar la manera como asimilaba, digería y quintaesenciaba los conocimientos que iba recogiendo en su marcha por los libros y la vida; como brotaba, repentinamente, después de la completa posesión de esos conocimientos, gemas de ideas, cuyas semillas latentes esperaban, desde hacía tiempo, el momento oportuno para reventar; como crecía, embelleciéndose y puliéndose a medida que pasaban las horas, *espiritualizándose* más y más cada día, haciéndose más femenina siempre...

La adoraba con delectación de amante. Era demasiado bella y los goces, torturantes a veces, que me proporcionaba, excedían en un todo a los que propina la carne. El espíritu es un tesoro que hay que amar y acariciar con todo el mismo posible, porque es lo único que hace la existencia digna de vivirse. Nada más seductor que el culto del *yo* íntimo, cuando se tiene derecho de profesarlo, sin que degenera en ridícula adoración de la persona, como hacen los fatuos. El narcisismo moral es gran virtud, propia sólo de seres superiores dotados de inteligencia y valor especiales, capaces de arrostrar los trabajos, los sufrimientos, las

rebeldías y hasta la canallesca rechifla con que el bando de los ignaros recibe muchas veces a aquellos que la practican. Hay que tener la audacia de buscar en sí mismo el ideal de la belleza, pero para esos hay que poder.

II

He dicho que en mi corazón no anidaban afectos de ninguna clase, y esto era la verdad. Mi madre había muerto cuando era niño, dejándome apenas entrever las excelsitudes de su ser. Mi padre vivía, pero nunca llegamos a entendernos. Era un hombre misántropo y áspero, a quién jamás se le escapó una palabra benévola para nadie y sí, a diario, hería con su frase a los que se le acercaban. Mi infortunada madre fue la que más sufrió las acritudes de su carácter, y me sucedió más de una vez, al besar sus mejillas adoradas, hallarlas humedecidas por las lágrimas.

-¿Por qué lloras mamá? Le decía lleno de susto y rencor, al presentir, con instinto de niño, la causa.

- No, yo no lloro, hijo del alma; mira, estoy feliz. Y se sonreía, pero tan triste, tan triste...

- No se te de nada, no llores que apenas crezca te libtararé de *él*.

- Pero, quien es *él*, hijo mío?... No, no digas eso. El es bueno. Entonces me abraza con transporte, ahogándome en ternuras.

Después de estas escenas en mi corazón fermentaba el odio. ¡Martiriza a ella, el ángel de mi guarda...! ¿Y quién? su esposo, mi padre, el que me había dado el ser en cumplimiento sólo de leyes fisiológicas y no movido por nobles consideraciones; el que me legó una sangre pobre y enferma, donde dormía todo el agotamiento de una raza con sus tristezas y degeneraciones; el que ni siquiera con el ejemplo supo corregir en mí los funestos instintos heredados, pues siempre se me presentó el espectáculo de sus tiranías y de su gula morbosa... porque mi padre bebía del modo repugnante como lo hice yo más tarde...

Por lo demás, él nunca tuvo para mí un movimiento de afecto, una voz dulce. Siempre el reproche despectivo y la mirada severa y fría. Creí que hasta llegó a tomarme ojeriza cuando observó mis primeros triunfos en el estudio, porque temía que lo rivalizara y aun sobrepasara en mis conocimientos, y esto

pugnaba contra su gran orgullo. Además, los tiranos, tanto domésticos como políticos, se obstinaban en el oscurantismo de sus siervos, por miedo de que éstos descubran los beneficios de la libertad.

Si acaso se interesó en un principio por educarme debidamente, fue guiado por sentimientos de vanidad: por darse ínfulas con algo bueno, algo superior a los que los demás tenían. Lo mismo exactamente que pasa con los elegantes vanos: adornan y embellecen su perro, le ciñen afilegranado collar, destinan sirvientes para atender a sus cuidados; pero esto no por el perro, que nada les importa ¡qué ha de hacer! Es por ellos, por ellos mismos, para que la admiración tonta, que la vista del animalejo repulido despierta en algún transeúnte vulgar, irradie sobre sus personas... Filántropos hay como comediantes: juegan sus farsas en público para que éste aplauda, y de allí la vanidosa satisfacción personal.

En fin, no le profesaba ni amor, ni respeto: miedo solamente, al principio, después aversión. Quizá hubiérame podido ser hasta indiferente, como los otros seres con quienes con frecuencia me rozaba, si el recuerdo de las lágrimas de mi muerta venerada no estuviese, hora por hora, corroyendo y envenenando mi corazón. Es falso eso de que las sangres afines siempre se atraen; en ocasiones se repelen con violencia, y por eso está más reconcentrado y sanguinario que los odios de raza y de familia. Entre los consanguíneos hay de continuo gérmenes latentes de rencor que pueden despertar al choque más insignificante...

Amigos nunca los tuve. Al principio, en mis primeras mocedades, cuando frecuentaba las aulas, entré en relaciones con algunos de mis condiscípulos, pero muy luego renuncié a ellas por ser fuentes perennes de mortificaciones y sinsabores. ¡Eran tan villanos; sus pasiones tan mezquinas, la envidia rastrera y el engaño cobarde moraban tan de seguido en sus almas! Las primeras desilusiones las recibí de ellos. Muchos, en quienes puse con ingenuidad de niño, todo mi afecto y a quienes solía aplicar el dulce nombre de hermano, eran los primeros en herirme cuando la flaqueza se apoderaba de mi ánimo, o los primeros en empujarme para que me hundiera definitivamente cuando estaba a punto de caer... Luego, aquellas infelices reticencias para reconocerme el más pequeño mérito; aquellas miradas de odio, que las sonrisas hipócritas no alcanzaban a ocultar cuando se trataba del más insignificante de mis triunfos; aquellos gestos de satisfacción, nunca bien disimulados tras de las voces consoladoras, llenas de falsía, después de cada una de mis derrotas... ¡Ah!

Se tolera el que los indiferentes experimenten fruiciones intensas ante el mal de uno, que intenten su damnación y lo hieran de manera implacable a cada paso, porque el ser humano necesita de la guerra

maligna para vivir; pero aquellos en quienes se ha depositado, como en delicada urna, los más caros afectos; a quienes se ha hecho partícipe de las más tierna e íntimas expansiones del alma; con quienes se ha pretendido mantener una comunión eterna, porque el espíritu desbordado, por su desgracia y sin remedio, en olas de amistad, les ha hecho el bien de embellecerlos, asignándoles delicadezas que sólo están en él, y los juzga por eso necesarios, se conviertan en Iscariotes infames, en ruines sicofantes, en anatómicos de defectos, para luego, a la menor debilidad de uno, colocarlo en la picota del ridículo, de la infamia o de la bajeza, es cosa que hace reverberar la cólera y que produce náuseas por la ascosidad que destila la mesnada humana. ¡Malditos sean!

Por lo que hace a las mujeres, no me trataba con ellas, porque en los sueños de mi juventud, cuando batallaba con entusiasmo y no había perdido la fe en el esfuerzo, aspiraba a ser un hombre sobresaliente, de viriles energías físicas y morales, ilustrado y fuerte, un *super-hombre*, en una palabra, como diría Zarathustra. Lo cual no se consigue si se bebe el opio de las voluptuosidades femeninas, acendradas para perder al varón. La mujer “vieja enemiga”, que con sus mortales atracciones lo hace desviar a uno del camino que conduce a la Verdad y a la Paz, chupándole al propio tiempo todas las potencias mentales y anestesiándole los impulsos de lucha redentora, no puede avenirse con los que consagran la vida a las rudas faenas del pensamiento y aspiran a ser machos pujantes. Para vencer, es necesario ser casto: hay que excluir la hembra.

Sin embargo, llegó un momento en que amilanado por la tardanza del éxito y la imposibilidad de llegar a la meta ansiada, e impulsado por la acumulación de amor que, mediante la voluntad, permanece por mucho tiempo domado, latente, pero al fin quieras o no, se desborda del pecho joven a la vista de la predilecta incógnita, que el destino nos depara, resolví renunciar a mis esperanzas de gloria y hacerme a la misteriosa compañera que me tocó en suerte.

Por aquel entonces ya vivía en el aislamiento de la vetusta casa de mis antepasados y mi vida, con ligeras variantes, se deslizaba de la manera que dejo apuntada.

III

Alguna vez, en una de mis raras excursiones al pueblo, quedé deslumbrado ante la soberbia belleza de una mujer que jamás había visto. Era alta, delgada, de palidez mate y lunar, con lánguidas nerviosidades de

enfermo y de porte altivo y mefistofélico. Vestía larga faldamenta de luto y su cabeza la decoraba un sombrero de terciopelo, con bizarro penacho de plumas negras y encrespadas, tirado hacia atrás. Llevaba los cabellos, de un negror de paragono que hacía juego magnífico con la blancura eucarística del semblante, anudados en rebujo tras el occipital, y cubriendo en parte el pabellón torneado de la oreja diminuta. Parecía estar rodeada de una atmósfera de ensueño, de fatiga, de melancolía luminosa e indecible. Esa mujer debía tener una alma angustiada, pero muy dulce, muy suave; debía sufrir, debía llorar calladamente, debía ser un venero de eternos consuelos y ternezas; algo interesante se revelaba en toda su persona.

Me atraía, me atraía con fuerza magnética y aún no había contemplado detenidamente su rostro.

Pasó junto a mí... ¡Oh! Aquellos ojos grandes y negros, casi azulados como dos cotiledones de una guama, con una brillantez inusitada, repletos del alma, de intensidad doliente en el mirar y al mismo tiempo acariciadores, compasivos, enigmáticos; ojos extraños y bellos que *sentí* desde ese momento hasta la congoja, pero que la palabra es incapaz de retratar...

Por largo rato permanecí estático, mirándolos a lo hondo, sin poder apartar la vista, dominado por la atracción misteriosa que ejercían. Ella pasó, arrogante, dejativa, posando por un segundo su mirada en mí... La encendida flor de pasión se abrió en mi pecho maniatándome el alma...

-¿Quién es tan hermosa dama? Pregunté a algún vecino.

-¿No la conoce? Pues la señorita Amparo, hija de D. Rodrigo, uno de los señores principales del lugar. La niña más particular: vive triste y silenciosa, siendo la más mimada de las mujeres y llevándose una vida de reina; jamás se le ve sonreír, y no sale de su casa sino para asistir a la iglesia, y de tarde en tarde, al campo donde suele ir sola de paseo, y según dicen, a repartir limosnas... porque ¡eso sí! a buena, no hay quien le gane.

- Bueno pero... ¿no tiene novio, no hay quién la corteje? Dije a mi interlocutor, dominado por una ansiedad vaga como un albor de celos.

-¿Quién la corteje?... Si ha sido la más pretendida y admirada que Ud. pueda imaginarse; todos los señoritos de aquí, y los forasteros que llegan, la han amado; pero ella no se ha dado por notificada. Atrae,

atrae sin querer y luego... nada; por eso hoy se juzga como peligrosa. Ud. ande con maña, téngale miedo a sus desdenes...

-¿Yo? ¡Hum!... Sería curioso verme enamorado. Me separé sin decir más, pero con el espíritu presa de una extraña ansiedad hasta entonces no sentida. Era un anhelo de desbordarme en mares de ternura para acariciar con sus olas la idealidad sin mancha que flotaba ante mi vista; de expiar mis extravíos, de hacerme digno, de regenerarme por completo para llegar hasta ella sin empañar su albura. Deseaba el sacrificio, el martirio. Hubiera querido, como Magdalena a los pies del Galileo, arrastrarme mendigando un poco de amor... Al mismo tiempo, una tristeza infinita me poseyó, haciéndome suspirar por una muerte suave, que fuera como el agonizar lento del día en un crepúsculo de verano.

De allí en adelante mi vida cambió por completo. Ya no tuve el ánimo tranquilo para entregarme a estudios ni a lecturas, y me era insoportable mi soledad. No me explicaba como había vivido hasta entonces en aquel retiro sombrío, sin un lazo que me ligara al mundo. ¿Qué objeto había tenido mi existencia? ¿Cómo había pasado tanto tiempo siendo un infeliz célibe moral? No, la vida no podía correr en aislamiento absoluto, resguardada por la aridez invulnerable de un egoísmo sistemático. No sólo bastaba un alma vibrante y alerta a todas las impresiones, sino que era estrictamente necesaria la cooperación de otro ser para que la conquista de la felicidad, que es la misión del hombre sobre la tierra, tuviera éxito. También aspiraba a ella, sólo que mi instinto me había hecho desviar de los senderos seguidos comúnmente para alcanzarla, impulsándome por atajos sembrados de atroces escollos... Por fortuna allí estaba ya la compañera, generadora de las dulces horas pasionales; ella sería quien había de conducirme a la tierra de promisión...

Amé a Amparo desde el primer momento, guiado por ese instinto fatal con que la voz de la especie, que habla por boca de todo viviente, nos grita, allá muy adentro, a la vista de la predestinada por la suerte para completarnos: ¡esa, esa es la tuya! Instinto sabio y misterioso que rige las leyes de la vida, obligando a los seres a estrecharse entre sí para que surja el ser...

Ella también me amó. Su alma fervorosa se abrió como preñado capullo a las prístinas auroras de mi afecto. Parecía como que nos presintiéramos sin conocernos, porque bastó la primera mirada para que la chispa sangrienta y deliciosa de la pasión brotara en nuestros pechos. Y esto no es hipido romántico como para que pudiera juzgarse y aún como yo mismo, no obstante el ser receptáculo de la impresión, lo creí en un principio; es la resultante de las fuerzas ocultas y potentes; atractivas y repulsivas, que yacen en el fondo

de todo lo animado.....
.....

Por aquel entonces comenzaron a oscurecer para mí días de angustia verdadera, días de inquietud y dolores en que apuré hasta la saciedad el absintio de la vida y la perfidia de los hombres. Los buenos vecinos, al ver mis visitas casi diarias al pueblo y mis rondas frecuentes a la casa de D. Rodrigo, dieron comienzo al coro de murmuraciones, sin pretender dañarme por supuesto, de una manera pía, gastando los consabidos antifaces de “se dice”, “me contaron”, no lo creo, pero lo aseguran”, y todas las demás muletillas de infamia con que, sin nadie comprometerse, se rasguñan las honras hasta hacerlas rodar al letame, podridas como carnes de lazario. La mía quedó convertida en pateadero de cerdos: salieron mis faltas, los vicios, todas las plebeyeces de mi alma, miradas como por lentes de microscopio.

Las gentes sencillas, esas que con su sola imbecilidad piensan ganarse el cielo, se desquitaban tal vez automáticamente de las torturas que, con mi vida independiente y solitaria, habían proporcionado a su curiosidad. “El loco, así me llamaban, ese mozo tan raro y dizque tan vicioso, del cual dicen que cuenta entre sus ascendientes un hereje o un presidiario, - algo infamante o en todo caso,- qué a estas horas estará ardiendo en los profundos; ese hombre, a quien no se le conocen los manejos, aspirar a la niña Amparo... ¡Eh imposible!... “Y la piara de difamadores de ambos sexos se indignaba de cierto, como si la elegida les interesara el alma y como si no hubieran sido capaces de dañarla a ella también a la más leve falta, de corromperla hasta la médula, con sus vahos pestilentes.

Entretanto bebía sin descanso, buscando cobarde olvido en el fondo de la copa, y además ¿a qué negarlo? tratando de acrecentar y sutilizar mi pasión por Amparo. Durante el período de embriaguez su imagen se presentaba tan delicada, tan atrayente y como tan íntima; la veía rodeada de un nimbo de ternura que me llegaba hasta lo más secreto de mi ser; me sentía amado de una manera tan honda e indecible, sin las mil preocupaciones que me asediaban en estado normal... Es perverso y degradante el licor, pero esto no se reconoce sino después de que sus efectos están lejos; mientras actúa en el organismo las conmociones proporcionadas al sistema nervioso, -superexcitación de la personalidad con su cortejo de delirios- son verdaderas rachas de vida nueva y depurada que ahuyentan los pesares, dan luz al presente y engendran esperanzas.

D. Rodrigo, con las habladurías de la gente y ante la evidencia de mis desórdenes y de las modalidades de mi ser, se opuso abiertamente a que se realizaran mis proyectos de boda, con lo cual, como acontece comúnmente, no hizo más que apresurar ésta.

Y doblo aquí la presente página de mi historia, por ser muy sin interés casi vulgar. La misma de siempre en casos análogos: amenazas, súplicas, intervención de personas sesudas, encierros, lágrimas y después de todo, el enlace.

IV

La heredad sombría de mis abuelos fue el nido de mi amor. Bajo las arcadas de sus bosques incultos y semisagrados resonaron mis primeros ósculos pasionales, y las frondas soporosas de aquellos, -¡ay! ya cadáveres de hojas y componentes de cieno,- fueron las primeras y únicas que escucharon los íntimos secretos de los amados, a la par de confidentes de tristezas sin cuento... ¡Pobre Amparo, alma mía!

Pasadas las extrañezas del himeneo, atractivas sólo por las novedades e insoportables por lo demás, especialmente para la púdica virgen, almita blanca apresada por un alma de cigatera, entrégueme de nuevo a mi vida de costumbre y además, al estudio. -fijaos bien en la malevolencia de este vocablo,- del espíritu de Amparo.

Y este es mi crimen, cuyo arrepentimiento están pregonando las lágrimas de sangre que a mares ha vertido mi corazón.

En vez de dejarme llevar por el dulce afecto conyugal, en que se traduce la pasión de los amantes; en vez de pasar la existencia entregado tranquilamente a los goces sencillos del hogar casto; en vez de conducirme como esposo tierno y discreto, me propuse torturar el alma amorosa de mi electa, exasperarla, hacerla vibrar de modos raros, exprimirla, extraerle lo esencial, disecarla, ultrajarla, convertirme en su implacable verdugo, en una palabra.

Sin embargo, la adoraba, pero de manera sorprendente, con un amor que me sobrecogía, haciéndome daño, una especie de terror sagrado, de pavorosa admiración, semejante a al que se le rinde a un símbolo sublime e incomprensible o a una divinidad misteriosa y vengadora.

Ella era un ser superior e inmutable en apariencia. De continuo melancólica, silenciosa, semejante a un espíritu tangible, sin protestar nunca contra los sufrimientos, acogiendo mis extravagancias y perversiones con una sonrisa indefinible, esbozada apenas, y siempre más pálida, hasta el punto de que algunas venas azuleaban esfumadas en las sienes y en las manos; después aquellos ojos... ¡oh! Esos ojos repletos de alma, de intensidad doliente en el mirar y al propio tiempo acariciadores, compasivos enigmáticos... ojos en que se revelaban las brumas de un ensueño dulce, a la par que el tormento de una nostalgia infinita. Los sentía en mí a toda hora abiertos, eternamente abiertos, martirizando de modo tierno mi alma sedienta de su luz. Los odiaba, los odiaba con dulzura, mirándolos sin descanso...

¿Por qué tenía gusto en atormentarla? No lo sé explicar. Quizás desviaciones e hipertrofias morales. Lo cierto es que no podía pasarme un día sin ver el estremecimiento de su alma, traicionado por el fulgor doloroso de sus miradas, al choque de uno de mis rigores. Por otra parte, lo que más influía para que fuese refinadamente cruel, era su impasibilidad sistemática ante el martirio y la luz de perdón que para mí irradiaba su semblante aún después de mis mayores injusticias.

Para exasperarme hasta el delirio, bastaba la palabra más insignificante y muchas veces la sola presencia de ella. Entonces empezaba un asalto fino, velado, de alfilerazos venenosos, de voces pérfidas y correctas, nunca vulgares, pronunciadas a veces con la sonrisa en los labios; de frases ambiguas, cuyo sentido ponzoñoso sólo ella comprendía; de actos ceremoniosos y punzantes con apariencia de extrema sumisión o de mimos felinos, mimos de fiera, bajo la suavidad de los cuales se ocultaba la garra que rasguña; todo el arte, en fin, del ultraje hecho con guante blanco, sin desfigurar el rostro con gestos de cólera de carretero, ni con palabrotas de taberna. Y ella siempre inmutable, serena, tratando de dulcificarme con sus palabras llenas de ternura, sin que su acento denunciara la más leve queja o el menor grito de protesta.

¡Oh! Esto despertaba en mí los mayores instintos de bestia. Me esforzaba por arrancar un ¡ay! de intensa pena de aquella alma débil, y no podía conseguirlo. Quería ver los músculos de aquel rostro contraído bajo el dominio de un dolor sin límites y nunca lo lograba. A toda hora la sonrisa tranquila y triste brillaba en sus labios como un iris de paz. ¡Dónde estaba la potencia del macho cuando no era capaz de arrancar un quejido a un espíritu femenino! Me desesperaba y perdía el juicio, empecinándome más y más en mi obra inquisidora. Era un verdadero criminal nato, a quien ciega y embriaga la sangre de la primera

puñalada de su víctima, haciéndolo encarnizarse sobre ésta, con tanto mayor furor cuanto más grande es el apetito de deleitarse con un lamento que no logra escuchar.

En ocasiones, después de una escena de distinguida perversidad, cuando había agotado las más delicadas vilezas de mi cerebro, me parecía que iba a recoger el fruto de mi victoria, porque sin remedio su alma dolorida tenía que reventar en sollozos y alaridos, pero no sucedía así... sufría, sufría atrocemente porque sus ojos acariciadores, enigmáticos compasivos, fulguraban con reflejos de luz mortecina, pregonando que allá muy hondo, en lo más secreto de su interior, su espíritu se revolvía agonizante, consumido por la llama candente del ultraje; las lágrimas iban a brotar simbolizando la sangre espiritual que manan las heridas morales; aquellos párpados, semejantes a pétalos de jazmín y franjeados de la pestaña negra como gusanillo negro, se cerraban por instantes al estilo de una mariposa moribunda que agita las alas en los últimos estremecimientos de la vida; ya, ya iba a romper el aire con un ¡ay! desgarrador ya venía mi redención cubierta con el velo transparente de su llanto; ya esperaba ansioso, agitado, impaciente, con la opresión del reo que aguarda la revocación de la condena, cuando de repente la sonrisa triste, de maldito perdón, brillaba en sus labios como un iris de paz... ¡Ay! aquello era espantoso.

Recuerdo la escena que tuvo lugar una mañana. Entré a las habitaciones de Amparo con un ramillete de azaleas blancas que para ella había cogido del jardín. Estaba sentada frente a la ventana, en la actitud de ensueño que le era peculiar, con la cabeza desmadejada sobre el respaldo de la silla y las manos cruzadas sobre el regazo, contrastando notablemente con la tela negra de la falda como dos llamas de fuego fatuo en una noche oscura. Su mirada vagaba, perdida en la lejanía azulosa que se desleía en el horizonte.

- Mira estas flores que te ofrezco, le dije presentándole el ramo.

-¡Oh! gracias, gracias. ¡Qué bellas son! exclamó tomándolas con solicitud, con ternura, como hubiera acariciado el rostro de una hermana enferma, y sus ojos se animaron y sus dientes lucieron blancos como las azaleas, como sus manos, merced a su sonrisa...

-¿Te agradan en extremo, verdad?

- Sí las amo... ¡Pobrecitas! ¿No las ves? Son tan pálidas, tan enfermas, parecen sin vida.

Sus manos se hundían con mimo en el ramillete, no distinguiéndose de las flores sino por las tenues venas que las cruzaban.

Me quedé contemplándola breve rato y la idea de martirio acudió a mi mente. Entonces dije:

- No es extraño que las quieras de ese modo si se te parecen en extremo.

-¿A quién, a mí?

- Sí a ti. Tienen tu misma blancura de cera; tu misma indiferencia de muerto; les falta como a ti el perfume, el color; la vida no se siente en las venas como no se siente en las tuyas; son frías y bellas como tú...

Se quedó mirándome sin replicar palabra, con gesto de dulzura compasiva que me exasperaba. Agregué:

- *Hacen daño con su sola presencia.*

Ella entonces preguntó con su acento de mansedumbre y de perdón.

-¿Cómo yo?

- Como tú no, nunca, tú eres el bien de mi vida, alma mía, pero...

- Prosigue, acaba.

- ¿Pero... el fuego de tu alma para *quién* lo destinabas?

Hizo un leve movimiento de sobresalto, como si algo invisible la hubiera amenazado, y sus ojos se nublaron por un segundo con un albor de pena. Creí llegado el momento de recoger galardón de mi infamia y con la impaciencia propia del náufrago que se ase a un leño inesperado, agregué para consumir mi obra, para lograr mi libertad.

-A mi no me toca sino el cansancio helado que te invade...

No dejo concluir. Se levantó y me besó en la frente con la unción de quien se entrega:

- Esposo, esposo mío, te adoro. Soy toda tuya... Y sus ojos de nuevo perdonaron, y en sus labios lució una nueva sonrisa, poniendo de manifiesto sus dientes blancos como las azaleas, como sus manos... (¡Maldición!)

Durante mis borracheras, más frecuentes ahora que nunca, redoblaba mi crueldad, haciéndome más sutil, más incisivo, más hiriente, pero obteniendo los mismos resultados que cuando estado gozando de mi cabal juicio. Ni siquiera el estado de postración lamentable y repulsiva en que al fin me sumía, ni los actos brutales que ejecutaba, movido por un sentimiento de despecho, parecían afectarla en lo más mínimo. Muchas veces, como un mísero consuelo, hubiera deseado advertir una mueca de asco en presencia de mis supremas abyecciones, pero... nada. Siempre la sonrisa triste, de maldito perdón, brillando en sus labios como un iris de paz...

Entretanto su salud menguaba visiblemente, con suavidad, cual onda de incienso que se desvanece en la quietud de un santuario. Cada día estaba más pálida, con una palidez de hostia, que transparentaba ya el curso sinuoso de las venas azules, sobre todo en las manos, en donde la luz producía reflejos lívidos, como de lengua de llama que alumbra una hoja de mármol pulido.

Se deslizaba por aquellas salas, amplias y sombrías, llenas del hálito de horas muertas, enlutada, blanca, sin casi hacerse sentir, semejante a una sombra. Su mirada, indecible y sugestiva, erraba sin parar sobre nada, quizá tratando de descubrir algo inmaterial que nunca acababa de mostrarse.

Al mirarla así, fantástica, espiritualizada, envuelta por su aureola de misterio, yo que la amaba con impulsos morbosos y fervientes solía decirle lleno de inquietud:

-¿Qué tienes amor mío? Tú sufres: estás mala, ¿no es cierto?

- No, no lo creas. Me hallo perfectamente bien. Soy feliz.... feliz.

Al decir esto, la eterna sonrisa de domada tristeza lucía en sus labios y, como dominada por una inefable fruición, los níveos párpados velaban a medias aquellos ojos repletos de alma, acariciadores, enigmáticos, compasivos... Entonces el punzante dardo del ultraje volaba de mi pecho e iba a herirla.

Esto duró mucho tiempo hasta que al fin su naturaleza delicada, no obstante la potencia de su espíritu, se declaró vencida. Una rara enfermedad la acometió sin que jamás los médicos llegaran a comprenderla y mucho menos a conocer sus causas. Yo tampoco pude darme cuenta nunca de aquella perturbación, a pesar de haberla buscado con ahínco febricitante en las desgarradoras páginas de la Patología. A ratos he creído que fuera una supuración de dolores del espíritu, sensible al organismo sólo por la excesiva vibración de los nervios irritables en exceso, pero esto no deja de ser una simple opinión, extravagante por demás en apariencia, a causa de la mezquindad del lenguaje para expresar ciertas cosas relacionadas con lo *super-animal*.

En todo caso, el mal consistía en un dolor vivísimo, localizado en el lado izquierdo sobre el corazón, y comparado por la paciente a una punta de hierro enrojecido que le estuviera desgarrando sin cesar, de dentro hacia fuera, las vísceras y la carne. Sin embargo al examen más atento nada anormal se encontraba: los órganos cumplían debidamente sus funciones; la sangre circulaba con entera regularidad por todo el árbol circulatorio; en ninguno de los sentidos había la menor lesión. Se habló de histérico, de clorosis, de defectos nutritivos, de afecciones cardíacas y pulmonares; se instituyeron diversos tratamientos; aquel cuerpo perfecto fue violado por los cáusticos, las aplicaciones yodadas, los punzones del termocauterio; al martirio de la naturaleza se agregó el de la ciencia, pero sin resultado. El dolor implacable continuaba apuñaleándolo sin darle reposo. Por fin se acudió a la morfina, que con sus propiedades traicioneras y benéficas supo proporcionarle una calma relativa, cobrando con creces, eso sí, el bien que hacía, puesto que la pasión por la droga salvadora se apoderó de la atormentada, quien ya nunca más pudo pasarse sin ella.

Yo, entretanto, presa de ansia mortal, me pasaba los días y las noches al lado de la enferma querida, prodigándole toda clase de cuidados, convertido en el más solícito de los enfermeros. Aquella vida cara se iba, se alejaba un poco más cada hora y quería detenerla a toda costa, cortarle el paso a fuerza de afecto, arrancársela a la muerte. ¡No, no, era imposible que muriese, que dejara mi inmenso amor solo y desamparado, que abandonara mi pobre alma! ¡Tenía que vivir! Yo lo quería... Y si no ¿qué sería de mi

existencia? ¿Qué de mi pasión? ¿Qué de mi libertad? No moriría. Mis consuelos, mis ternezas, mis súplicas, mis lágrimas, inspirarían compasión al mismo destino...

Al propio tiempo en mi espíritu martilleaba el funesto pensamiento obsesionador. No transcurría una hora sin que la voz infame, producto de mis instintos relajados, saliendo de todas las células de mi organismo, me soplara en el cerebro: "Mira, su vida se extingue por segundos, va a morir y aún no has visto exteriorizarse en ella el menor rastro de angustia provocada por ti; aún no has recibido el premio de una de sus lágrimas; tus sutilezas se pierden sin lesionar en lo mínimo su alma ternísima: tú la adoras pero todavía no has sido capaz de hacerle sentir el refinamiento inaudito del amor... Anda, prosigue tu obra redentora, no cejes un instante, mira que al coronarla puedes hallar también la liberación de ella..."

Finalmente dejábame sugestionar por esa voz maldita. Empezaba de nuevo la lucha con todas sus inhumanas torturas, dominándome ahora, no solo el anhelo punzador del que persigue el bien supremo, sino también un pesar indecible por la dolencia física que minaba el ser bueno, parte de mi ser. Con toda mi alma hubiera dado mi propia sangre y hasta mi vida, con tal de poner a Amparo a cubierto de su dolor desconocido: me sentía con aliento para hacer los más bellos sacrificios, lo indecible, a condición de no mirar su rostro contraído por los espasmos del sufrimiento. Todo en mi interior alzábame en sorda protesta contra ese mordisco brutal de la naturaleza que, sin descanso y a mansalva, taladraba el pecho de la amada, haciéndola suspirar por el sueño absoluto; pero no obstante anhelaba *lo otro*, la efectividad de lo que mí partiera, mi idea pérfida e inevitable convertida en algo real...

Mientras Amparo disfrutaba del letargo en que la sumía la inyección de morfina, velaba a su lado, espiando sus menores movimientos, presa de la congoja de una madre frente a la cuna del hijo enfermo. No podía resignarme a contemplar la inmutabilidad, semejante a la de la muerte, que le prestaba el sueño a aquel semblante adorable, y me pasaba inclinado sobre él, casi rozándolo para percibir el débil aliento que exhalaba, - única señal de vida- y para sorprender el despertar, con tanta zozobra esperado, que al iniciarse me alegraba el alma por un segundo, como una aurora. De repente la enferma lanzaba un suspiro y abría los párpados, aún pesados por los efectos de la droga, diciéndome al reconocerme, con voz quejosa y tierna, donde se advertía la gratitud:

- Siempre tú, dulce alma mía. Te he estado sintiendo durante mi sueño aquí, a mi lado... gracias, gracias. Eres muy bueno...

Con suavidad, como en recompensa de mi celo, acariciaba mi cabeza.

-¿Sufres? le preguntaba.

- Ahora no; estoy calmada, pero dentro de poco aquello volverá. Prepara la inyección.

-¿Aún más morfina?

-¿Y qué remedio? Peor es eso que me desgarrar el pecho.

-¿Pero... en verdad, en estos momentos no tienes dolor?

- No, te lo prometo.

Sentía un bienestar profundo, casi felicidad, durante un instante en las treguas minúsculas que la dolencia daba a Amparo... ¡Pobrecita! ¡Irradiaba entonces su rostro tal dureza melancólica y sus ojos me miraban con tal expresión de ternura doliente...! Yo, colmándola de caricias, con toda la delicadeza dictada por el corazón, la sumía en sonrientes ensueños para el futuro.

-¿Y seremos muy felices, no es cierto? Preguntaba ingenuamente encantada con mis ideales.

- Muy felices, bien mío, muy felices....

¡Ah! pero esto duraba bien poco. La menor palabra, el menor gesto bastaban para despertar en mí el deseo insano, que por su no realización me acometía a lo último con la violencia desmedida de una pasión sin freno. Me era estrictamente necesario herir aquella alma virginal porque buscaba, como único e imprescindible recurso para mi libertad, el brote de una gota de llanto, que debía servir de bálsamo bienhechor para restañar mis heridas.

Trataba algunas veces de substraerme a mis impulsos enfermizos, pero en vano: con vigor, sin piedad, de modo ineludible me llevaban al acto y yo hería pulcramente, con destreza, con un alfiler de oro, pero

hería. El ataque era cruel, implacable, refinado. Mientras duraba, mi imaginación se complacía en ofrendarme las más halagadoras escenas: Amparo, al fin conmovida hasta lo hondo, imploraba misericordia con un gesto de duelo resignado que me llegaba al alma; sus ojos se inundaban de lágrimas y todo su cuerpo lo agitaba el estremecimiento de una crisis extrema; yo entonces libre, regenerado, me arrojaba, a sus brazos y bebía su llanto como un rocío saludable, y besaba su rostro, sus manos, sus pies, y se desataba una lluvia de caricias y de alabanzas por ser mi libertadora, mi hermana, mi amante y, con voz alterada por una consternación infinita, le pedía perdón con toda la humildad de un mendigo...

Por desgracia estas imágenes venturosas no tenían otro resultado que el de exasperarme mas y más, haciéndome empecinar en mi obra hasta el furor y despertando en mi una sutilidad tan venenosa y distinguida, que hoy a mí mismo me asombra. Solo un anatómico, en sus labores de anfiteatro, puede desplegar tan pasmosa destreza. Disecaba las ideas, los sentimientos, las emociones, en una palabra, lo que constituye o es producto del organismo psíquico, mas complicado aun que el organismo animal; lo pulía con paciencia de orífice, vistiéndole una forma que no tuviera las repulsiones de lo patológico y luego se lo entregaba a mi instinto viciado para que se sirviera de él como de un agudo escalpelo. Sin remedio tenía que cosechar el fruto de tantas fatigas, de tanta miseria; ya me parecía verlo lucir en el rostro de la mujer indomable, como una estrella en un cielo desolado; ya iba a mostrarse gritando ¡*resurrexit!* a mi alma agonizante, pero de súbito la sonrisa triste, de maldito perdón, brillaba como un iris de paz, destruyendo mis esperanzas.... ¿Habrá pensado el infierno en una igual psicopatía?

Alguna vez, dominado por el desprecio y penetrado hasta lo íntimo de la desesperación profunda que se apodera del enfermo cuando comprende que su mal es incurable, resolví, anticipándome a la muerte, desligar el espíritu para siempre y de manera ruda de esta carne infeliz, acosada sin cesar por todas las degradaciones y asquerosidades con que el destino quiso dotarla. Sin embargo, el instinto de conservación fue más potente que las seducciones del suicidio.

Después de preparado todo, y ya tendido en mi lecho, con el revólver en la mano pronto a recibir el beso de mi boca, un miedo invencible me acometió paralizando el acto ¿Miedo de qué? No podría decir con precisión. Sentía horror en especial al instante en que la bala penetra en las interioridades del cráneo, desgarrando la masa encefálica. “¿Qué sentirá? ¿El dolor será muy intenso? ¿Acabarse la vida instantáneamente? ¿Y si no se acierta a herir un centro importante?”... Miraba el revólver y un estremecimiento helado recorría mi cuerpo, como un soplo de ventisquero... “ ¡Cómo! Tan pequeño, tan

brillante, pulimentado igual de una joya y es capaz de hundirlo a uno en el misterio... ¿El misterio!” Me repetía esta palabra un sinnúmero de veces, hallándole siempre un sonido raro y crispador. “¿El misterio?... Soy un cobarde, vamos, la existencia es espantosa, horrible, llena de maldad sin límites, es un océano de amargura cuyas olas sombrías amenazan aplastarnos a cada paso; acabemos con ella, si... “Iba a acercar el arma a los labios, y al ver la boca del cañón redonda, pequeña, negra como la cuenca de un ojo, me detenía... ¿*Aquella* boca no era un abismo? Un *abismito* ¡qué extravagancia!”... Me sonreía dolorosamente ante esa caricatura de vocablo y seguía dándole vueltas en la cabeza... “No pero no hay tiempo que perder, aprovechemos los instantes... Sin embargo... ¿Cómo quedará después de muerto? ¿La bala me deformará mucho el rostro? Tal vez tendré fuerte hemorragia por boca y nariz... ¡Como no presente un aspecto repulsivo!”... Cerraba los ojos, cruzaba las manos sobre el pecho y distendía todos los músculos de la cara...”Así estaré bien. Al llegar Amparo, trastornada por la detonación y arrojarme sobre mí para devolverme con sus besos la vida... ¡pobrecita!” Me conmovía hasta el extremo de humedecerme las pestañas, perfectamente posesionado de mi papel de difunto... “ ¡Ah! y cuando ya esté bajo tierra, en la bóveda estrecha y oscura, donde falta el aire *para respirar*; cuando un mundo de gusanos, muchos miles, en monstruosa mezcolanza, empiecen a hervir y roer mi carne descompuesta, no dejando resquicio de mi cuerpo en donde no penetren, y empiece a heder... ¡Pero yo he de heder, así, hasta ser nauseabundo como una mortecina? ¿No sentirá uno los gusanos que entre la carne corrompida y mucilaginosa producen al moverse un chapoteo sordo?... Veía la masa informe y hedionda con su verdor acuoso, en cuya superficie algunas burbujas de los gases de descomposición reventaban... De repente miré a mi alrededor y vi sobre mi mesa de estudio una calavera que, por un capricho macabro de dandy, había puesto allí...” ¿Eh? ¿y llegaré ha estar así como esa horrible cabeza de muerto, siempre blanco, risueño y con un agujero, que ella no tiene, en los huesos del cráneo; y así por todos los siglos... por todos los siglos... , por toda la eternidad?”... La idea de una eternidad, poblada de sombras, se aferraba al cerebro como una manía... “Eter-ni-dad”. Contemplaba un hueco negro, negro y sin fin donde el alma se debatía torpemente en busca de un rayo de luz como un águila en un antro oscuro. La calavera con sus dientes repelados, sus cuencas vacías y su blancura amarillenta, continuaba sugiriéndolo todo sin decir nada...

No sé cuanto duró este estado; sólo recuerdo que súbitamente me levanté del lecho y eché a correr, aliviado de un gran peso, como el que al despertar se libra de una espantosa pesadilla.

No embargante lo intenso de esta crisis, no modificó en nada mi situación. Los días siguieron su curso como hasta entonces, llenos de amargura, de temor, de pasión dolorosa; sumidas siempre mis dos enfermas –Amparo y mi alma- en una lenta agonía que nunca acababa...

V

En los últimos tiempos la enfermedad había puesto a Amparo en tal estado de postración y de atonía, que apenas hablaba. Vivía sumida en el sueño soporoso proporcionado por las grandes cantidades de morfina que ahora tenía necesidad, y no salía de él sino para pedir con voz débil una nueva inyección.

Su palidez había adquirido matices espectrales: casi transparente como una lámina de alabastro y frágil como una flor, parecía que fuera a desvanecerse con el menor soplo. Allí, en el gran lecho donde todo era blanco, se mostraba como una muerta: sus manos exangües apenas se distinguían de la camisa y de las colchas, y su semblante hubiérase confundido con la almohada a no ser por el cabello que, como una concreción de sombras, establecía un fuerte contraste, y por el círculo violáceo que rodeaba los ojos, los cuales, por otra parte, en los intervalos que la dejaba libre el narcótico, brillaban acariciadores, enigmáticos, compasivos, con su infinita negrura de abismos... Toda ella difundía como un hálito ultraterrestre que, sin poder apreciarse por los sentidos, *se sentía* causando una vaga sensación de terror...

Por entonces me era imposible abandonar a Amparo un solo momento, porque *aún dormida* extrañaba mi ausencia. Alejábame un segundo del lecho y al instante oía su voz que me llamaba con acento suplicante, que hacía daño. Luego a su lado, me decía:

- No me dejes sola por Dios, no sabes el bien que haces estando junto a mí. Tu presencia disminuye mi dolor y mi sueño; mientras tus ojos están fijos en mi rostro, es más tranquilo. Desde que te apartas de mi lado empieza a ser turbado por un malestar inexplicable, una especie de inquietud en todo el cuerpo, que acaba por volverme a la realidad en el estado de desasosiego más raro que te puedas imaginar. Yo misma no lo comprendo. Es algo semejante a lo que deben sentir los muertos cuando los dejan desamparados en el hueco negro... ¡Ay! es un vacío y una frialdad... Figúrate tú en aquella caja estrecha, con bastante tierra encima, que impide penetrar un rayito de luz, y escuchando que todos los seres queridos, después de abandonar a uno allí por siempre, se alejan, se alejan, hasta que sus pisadas no se oyen más... ¡No, no; es

espantoso!...¿Pero tú no me volverás a dejar sola un momento, no es cierto? Si acaso lo haces, convéncete que *mi alma te seguirá*, porque te ama mucho, mucho, amor mío.

Terminaba sus frases enlazando a mi cuello los brazos y besándome las mejillas con suavidad y una ternura conmovedoras.

- No te dejaré sola, alma de mi alma, murmuraba en su oído envolviéndola en caricias. Siempre estaré a tu lado calentándote con mi amor, prodigándote mis besos, bebiendo tu aliento. Sabré mimarte con toda la dulzura de una madre. Sobre mi pecho reclinarás la cabeza para dormir y los latidos de mi corazón te servirán de arrullos. Te libtararé hasta tus sufrimientos. (Aludía entonces a mi idea obsesionadora...)

Amparo, al escuchar mis palabras, sonreíase con la dejadez melancólica propia del moribundo que, no obstante al agradecer profundamente el consuelo que se le brinda, comprende su inutilidad.

Sucedía con frecuencia que después del sueño, se despertaba agobiada por un gran cansancio, como si llegara de un viaje largo, y en efecto, ella hablaba de excursiones por diversos lugares, frecuentados en otro tiempo, con tal cúmulo de detalles cual apenas la realidad podía ofrecer. Yo, sin embargo, con esto no hacía más que entristecerme, considerando sus palabras como divagaciones fantásticas de su cerebro calenturiento, y siempre callaba para no alentarla a proseguir sus relatos que me llenaban de pena. Después los hechos se han encargado de probar que me engañaba.

No quisiera entrar en la narración de ciertos actos, de los cuales he sido testigo, por temor de que mis palabras sean escuchadas con el gesto benévolo del escepticismo con que la presente se recibe todo aquello que no tiene explicación satisfactoria. Sin embargo, me aventuro por el convencimiento que abrigo de que existen multitud de fenómenos extraños, que escapan a todos nuestros medios de estudio y cuyas causas quizá permanezcan por siempre vedadas a los hombres, pero cuyos efectos, más de una vez, han sido percibido por ellos.

Esos fenómenos pueden ser quizá revelaciones del mundo pavoroso, atrayente e incomprensible que tiene que existir fuera de este mundo material, de nuestro mundo prosaico, que nos aplasta de continuo; o quizá desviaciones, anomalía, enfermedad en una palabra, del individuo que los ha presenciado; esos fenómenos podrán ser meramente subjetivos; pero lo cierto es que tienen efectividad verdadera, efectividad

verdadera; efectividad que en ocasiones se confunde con lo real... No trato de explicarlos; no los analizo; no invento hipótesis para darle apariencia de cosas verdaderas; únicamente relato lo que he visto.....

.....

Alguna ocasión me hallaba, como de costumbre, a la cabecera del lecho de Amparo, velando el sueño de ésta. Era la hora malsana de la media tarde; por la ventana entreabierta se colaba un livor agonizante, que, al reflejarse en los objetos de la estancia, les daba un aire de vida sobrenatural que causaba verdadero malestar orgánico. La casa estaba sumida en absoluto silencio y sólo de fuera venían esos ruidos vagos e inarticulados, precursores del descanso nocturno a que se entrega el universo después de su diario jadear. Mis tristes pensamientos casi, casi me eran invisibles en la penumbra. La enferma, que parecía disfrutar de una calma completa, lanzó de repente un quejido de lasitud, y yo, después de hacer luz, me apresuré a descorrer las cortinas del lecho:

-¿Qué tienes?, ¿qué te pasa?, pregunté con sobresalto.

Ella acababa de abrir los ojos donde estaba pintada la fatiga. Sobre sus sienes y en los lóbulos de su nariz brillaban, como puntitas de oro, algunas leves gotas de sudor, en tanto que su boca entreabierta dejaba escapar la respiración anhelante.

-¿Estás mala?, ¿qué tienes?, pregunté de nuevo, al ver su aspecto, y palpando al propio tiempo su frente y sus manos. Estás un poco fría... Habla por Dios, responde. ¿Te sientes mal?

Se sonrió con su dulce sonrisa de enfermo y después dijo:

- No tengo nada, no te apures; simplemente un poco de cansancio. ¡Cómo estoy débil y es tanto lo que he andado!... Suponte que he ido a la población y la he recorrido de parte a parte, entrando de paso a la iglesia donde he rezado por los dos. Después voy a casa y entro a todas las habitaciones sin parar un momento: sólo descanso un segundo en mi cuartito de soltera que se halla lo mismo que no le dejé; no han variado nada; hasta las últimas flores que tú me diste la víspera de nuestro enlace se conservan en el florero donde las puse, pero ya están completamente secas. Parece que hubieran muerto de pena por una ausencia. Me han dado tristeza... Después bajo al jardín y allí no me queda la menor cosa por ver: algunas

plantas han crecido más y otras se han marchitado; por fortuna mis immaculados claveles blancos aún se conservan, embalsamando siempre el aire con su tenue perfume místico. Al penetrar a la arboleda me encuentro con mi vieja sirvienta que se sorprende en extremo al mirarme. Le hago señas de que se marche y ella obedece prontamente. Me interno por entre los árboles y vuelvo a los sitios que me son queridos ¿Te acuerdas?... (Se refería a aquellos parajes en donde hablamos por la primera vez de nuestro amor). Quiero no olvidar nada de todo lo que en otros tiempos he visto... ¡Ah! si me hubieras acompañado... ¡cuántos recuerdos! Y quizá no me habría fatigado tanto...

Oí su monólogo sin replicar, invadido por un principio de temor y lleno de inquietud porque lo juzgaba como parto del delirio. Ella al hablar tenía un aire extraño: con los ojos muy abiertos puestos en mí, pero sin mirarme, parecía contemplar sus pensamientos antes de expresarlos, obligada por las evocaciones a que se entregara; luego su aspecto en general revelaba eso raro que se observa en quien, olvidado por un segundo del presente, se engolfa con fervor, en remembranzas del pasado o trata de sondear el provenir, aspecto de profeta, de visionario, en una palabra.

Por un momento la idea de la locura cruzó por mi mente. Quizá el constante abuso de la morfina, la misma dolencia, su debilidad extremada, empezaban a producir funestos efectos, perturbando aquel espíritu selecto... “Sin embargo, pensé, sus razonamientos son lúcidos; hay precisión en todo lo que expone; no aparece en ella el menor rasgo de una manía; luego su modo de ser no ha variado en nada en absoluto: siempre inteligente, buena, abundado en ternuras exquisitas; por otra parte, ese aire especial que ahora adoptó y que me ha impresionado tanto corresponde perfectamente a un estado anímico siempre que, como dice, sea cierto lo de su excursión... Verdad que todo eso es extraordinario, pero... ¿por ser extraordinarios muchos hechos son menos reales o indican siquiera desviaciones de las fuerzas que animan el universo? De ningún modo. De seguro que de continuo se están cumpliendo, pero se escapan al análisis por la ineptitud orgánica de los sentidos para aprehenderlos. Quizá a seres mejor organizados que la masa común les está permitido darse cuenta exacta de ellos o figurar como factores principales en su cumplimiento. ¿Por qué Amparo no podría ser uno de estos seres?” ...

La voz de la enferma vino a interrumpir mis soliloquios. Pedía una nueva inyección, la cual apliqué inmediatamente y a los pocos segundos estaba sumida en un profundo sueño.

Al día siguiente por la mañana se presentó en casa la vieja sirvienta a que Amparo se refiriera la noche antes. Verdaderamente impresionada contóme que en efecto había visto a “su niña” la última oración.

- Figúrese, señor –me dijo entonces con acento en donde se advertía un resto de inquietud- que yo venía de recoger unas yerbas para una medicina, cuando de pronto, al llegar a la verja que separa la arboleda del jardín, me encontré con mi niña. Estaba vestida de blanco y tenía el pelo suelto, desparramado por la espalda y los hombros. Al principio me alegré y hasta intenté acercármele, pero ella me hizo con la mano señas que me retirara...

-¿Pero Ud. sí tenía seguridad de que era Amparo? pregunté queriendo no dar crédito a lo que oía y dominado por una sensación de frío que recorrió toda mi piel.

-¡Oh! Señor, por Dios. Calcule si podré confundir a la señorita con alguna otra persona cuando la he visto crecer en mis brazos... Era ella misma, no me queda duda; por cierto que estaba tan bella como siempre, aunque un poco más pálida y como con mucho cansancio en la cara.

-¿Pero Ud. no le habló?

- No señor no me atreví. Tenía yo no sé qué que me dio miedo. Estaba como envuelta en un vapor o en una neblina. Parecía como cosa de la otra vida.

La frase final me hizo el efecto de una punzada en el cerebro: *cosa de la otra vida...* Con rapidez surgió en mi mente toda una serie de imágenes y pensamientos, llenándome el alma de sombras. Argüí a la vieja tratando de consolarme a mí mismo, a sabiendas de no podría obtenerlo.

-¡Eh! Esas son aprehensiones tuyas... No crea en nada de eso.

-¿Aprehensiones? No, señor. Yo la he visto con estos ojos... y tan cierto que no venía sino a averiguar si se había muerto porque dicen que cuando las personas andan...

-¡Qué se había de morir, mujer de Dios! Entre Ud. y verá que allá está en su cama, interrumpí con la brusquedad del que teme oír una funesta revelación que conoce de antemano, dejando plantada a la sirvienta sin saber que partido tomar.

Después de esto, a todas las angustias que deprimían mi ánimo, haciéndome la vida insoportable, se unió la de un pánico positivo inspirado por Amparo y del cual, por otra parte, desde un principio había sentido iniciaciones. Me embargaba en su presencia, sobre todo si dormía, ese sentimiento extraño que sólo puede compararse al que experimenta el fanático a la vista del ídolo: mezcla de temeroso respeto y de ferviente amor.

No esperaba, no podía esperar de ella el menor mal, porque bien sabía lo mucho que me amaba y porque diariamente, a toda hora, estaba con sus ternuras dándome muestras de ello; pero no obstante tenía algo que no alcanzo a definir. ¿Qué podría ser? Quizá su misma pasión entrañable, o un brote demasiado tangible y demasiado espiritual de ésta —no olvidaba las palabras que una vez me dijo: *mi alma te seguirá porque te ama mucho* —; quizá su misma blancura casi diáfana, su aire de ensueño, sus ojos profundos, sus manos, su rostro, su fragilidad extrema...; quizá eso que estúpidamente teme el vulgo: la proximidad de la muerte.

Porque la muerte se acercaba, no había duda. La sentía a mi alrededor, espiando el momento oportuno para herir. Estaba allí al borde del lecho, sin atreverse a dar el golpe postrero, cohibida tal vez por el celo casi furente que yo desplegaba al defender aquella vida idolatrada. Al menor descuido su acción redentora se cumpliría sin remedio... Así lo revelaba el semblante de Amparo que con anticipación había tomado el aspecto de la tranquilidad misteriosa del cadáver...

Entretanto era menester apurar hasta las heces la esencia de todas las amarguras, productos obligados de mi organización lamentable y también de la misma naturaleza. En los últimos tiempos mis instintos se exacerbaban más y más y los diversos pensamientos que las circunstancias y las cosas me sugerían, convertirían en otros tantos agujijones que me desgarraban el alma. Todo lo a mí referente o que de mí partiera, parecía haberse concertado para decretar mi perdición. Aquello era la ruina moral; la venganza ciega de las leyes de que había hecho uso inmoderado, desviándolas de su curso natural; la derrota definitiva ocasionada por los poderes, que en un principio hubiérame servido para mi propia conservación, pero que al presente se tornaba en mi contra, en castigo del abuso que de ellos hiciera...

VI

Era la media noche y yo, como era hábito, con el oído alerta, custodiaba a la cabecera del lecho de Amparo, el letargo en que yacía, a causa de una fuerte dosis de morfina que desde por la tarde le inyectara. En la alcoba una lámpara velada a medias, pero de luz intensa, hacía completamente visibles los objetos, dándoles esa especie de quietud consciente que, en las horas solemnes de calma, adquieren las cosas de uso diario en la soledad. Un silencio profundo reinaba en torno, turbado solo, en momentos, por el lejano ladrido de un perro, por el canto de alguna ave nocturna que llegaba hasta mí como una nota perdida, o por entrecortados suspiros de la paciente que me obligaban a descorrer las cortinas del lecho para contemplarla con ansiedad.

Quizá por librarme de algún pensamiento importuno, volví de repente la cabeza de un lado y mi vista tropezó con la mesa donde acostumbraba poner las medicinas y alimentos de la enferma. Vi con disgusto que de éstos no quedaba nada y que a esa hora nadie podría proporcionarlos, porque la servidumbre de la casa se había recogido temprano. Resolví entonces, aprovechándome del sueño de Amparo, salir yo mismo a prepararlos, y en efecto, con las mayores precauciones, me encaminé afuera.

La noche estaba serena y hermosa, florecida de millares de estrellas, cuya luz, creando una claridad indecisa, impregnaba el alma de melancolía, al despertar recuerdos imprecisos de horas de amor, gozadas en noches semejantes. Por todas partes sentíase el reposo de todo y mi oído creía escuchar como un vaho de calma reparadora que se escapaba de la misma tierra y de las cosas, acrecentando el mutismo absoluto. A intervalos una débil oleada de brisa acariciaba la atmósfera, haciendo crujir los ramajes vecinos y produciendo un murmullo tenue de voces susurradas que era causa de un pasajero estremecimiento de mi piel.

Hacía poco rato estaba preparado el alimento, cuando súbitamente oí un grito que rasgó el silencio con acento de agonía. Aún me parece escucharlo y siento, como entonces, el escalofrío que recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica. Indudablemente debía de ser Amparo que volvía de su sueño, atormentada por el dolor y la soledad, y sin pérdida de tiempo corrí a sus habitaciones.

Al penetrar en la estancia me detuve... Ella estaba allí a la puerta, envuelta en la camisa blanca, en la actitud de quien al salir es sorprendido por un rostro amigo, con su sonrisa eterna vagando en los labios y con los ojos, sus ojos misteriosos que siempre me miran, abiertos, asombrosamente abiertos... La vi con entera precisión. De una ojeada contemplé hasta el menor de sus detalles: con sus dos manos, por cuya blancura se confundían en la camisa, apoyadas en las alas de la puerta; el semblante invadido por la sorpresa grata de mi encuentro, menos los ojos que dilatados e inmensos parecían contemplar algo invisible; el cabello revuelto, en donosa maraña, propio de quien acaba de abandonar la cama; la camisa, recubierta de encajes como espuma, descendiendo en pliegues hasta el suelo.

-¡Por Dios! ¿cómo te levantas con esta noche tan fría?, dije, y fui a estrecharla entre mis brazos para llevarla al lecho, pro sólo palpé el vacío. La visión desapareció repentinamente como una lengua de fuego en el viento. Lancé un rugido de pavor que a mí mismo me heló y volé adentro, con el cerebro taladrado por una sola idea: muerta!

La hallé como de continuo, con la cabeza hundida en las almohadas y el cuerpo cubierto hasta el cuello por las colchas, de las cuales la despojé rápidamente para auscultar el corazón que latía, palpé sus manos y estaban tibias; aproximé el rostro a su boca y sentí un bienestar indecible y respiré con toda la fuerza de los pulmones: viva ¡qué dicha! Y siquiera no la había despertado para que no notase mi ausencia...

¡Ah! pero esa imagen bella, como que era su propia imagen y al mismo tiempo aterradora, como todo lo inmaterial que se hace sensible ¿qué significaba? ¿No sería acaso un extravío momentáneo de mi propia mente? ¿Aquello tendría una explicación satisfactoria? ¿Es que a algunas almas les es permitido abandonar por instantes los cuerpos en donde moran y hacerse accesibles a los burdos sentidos humanos?... Pensé en ese momento en las frases que poco tiempo antes, la vieja sirvienta formulara cuando me narraba una semejante aparición: *Estaba como envuelta en un vapor o en una neblina muy clara*, había dicho. *Parecía como cosa de la otra vida*. Efectivamente la había visto así, como una silueta hecha de un gas sutil que, incorporada en el ambiente estaba franjeada por todos sus contornos de una semi – claridad indecisa; la había visto con ese aire de intangibilidad y de misterio que sobrecogía el ánimo, llenándolo de pavora... ¿Habría algo más aterrador que una revelación en la media noche del mundo de los enigmas?

Entretanto continuaba el borde de la cama, revolviendo en el cerebro mil ideas absurdas y extrañas, que brotaban y morían en desordenada y fantástica urdimbre, conexionándose de modo extravagante

muchas de ellas por un segundo, sin que la voluntad y la atención entraran para nada en ese trabajo de febricitante. Mi cabeza se acaloraba por momentos y sentía, con verdadero espanto, que la razón, adherida como de un hilo, se hallaba próxima a abandonarme. Con los ojos fijos en la enferma no me daba cuenta del mundo exterior. La veía, la veía sin comprender una palabra de nada y sin ejecutar el menor movimiento. El cosquilleo insoportable del miedo me recorría la epidermis, crispándome los nervios y haciéndome castañetear los dientes, al propio tiempo que mi cuerpo era atacado de estremecimiento al ruido más insignificante y que me acometía la sensación de que el cuero cabelludo se separaba de los huesos del cráneo. Aún hoy, al escribir las páginas presentes, siento un principio del malestar físico que tiene sus puntos de contacto con lo que entonces experimenté.

De repente Amparo abrió los ojos y se quedó mirándome con la infinita mansedumbre que le era propia, siempre que quería darme una muestra del profundo reconocimiento que hacía mí latía en su pecho. Después dijo con voz apagada, en la cual se advertía un tierno reproche:

- Tú, allí de pie quién sabe desde cuando... No, eso no puede ser, Bien que me hagas compañía porque sin tu presencia no podría vivir, pero no así, sin siquiera recostarte un momento... Estás hasta pálido y ojeroso. ¿Tienes frío? ¿Por qué tiembles? Tú estás enfermo, pobrecito mío.

- No, no tengo nada, respondí un tanto repuesto, y hace sólo un instante que me levanté del asiento, porque al oírte suspirar creí que despertabas. ¿Qué tal te sientes? ¿Has dormido bien?

- Sí, perfectamente como desde días atrás no lo hacía. Y hace mucho rato que estoy dormida ¿verdad?... Pero ven a sentarte aquí, muy cerca, para que hablemos un poco, pues me encuentro muy bien.

-¿De veras? ¿No tienes dolor?... ¿No hay que ponerte una nueva inyección?

- No, ahora no, gracias. Sólo quiero tenerte a mi lado.

Me tomó de una mano y haciéndome sentar en la silla próxima, obligóme a reclinar la cabeza sobre su propia almohada, al mismo tiempo que se puso a hundir con suavidad los dedos en mi melena. La serenidad tornaba a mi ánimo. Pasado un momento dije:

- Pero, ¿es cierto que estás bien? ¿No quisieras tomar alguna cosa?

- No, nada. Estoy como no te imaginas, y es extraño. Siento una alegría en mi alma y una liviandad en todo mi cuerpo... No me quedan rastros de dónde era el dolor.

- Como esa mejoría dure, agregué con acento de duda.

- Durará. No sé por qué, pero tengo seguridad de que el mal nunca más volverá a aparecer. Mientras estaba dormida he soñado que tú, después de hacerme sufrir mucho, me lo arrancabas de raíz, y ahora al despertar veo que es cierto... Con tus cuidados lo has alejado... Gracias, gracias, alma mía.

Tomó mi rostro entre sus manos y me besó repetidas veces con transporte. Después continuó:

- Tú eres un valiente cuando has sido capaz de vencer a la muerte que me llevaba. Debes estar contento con tu triunfo porque no es ella de las que se derrotan con facilidad.

- No hables de muerte, interrumpí. Ella no ha intentado herirte, ella no podría, porque mi amor es más grande que todo, porque te amo mucho... mucho...

Nuestros labios se juntaron y un ósculo puro como una estrella nos confundió por un segundo, quedando después en silencio, con los rostros muy próximos hasta el punto de confundirse los alientos y con una de sus manos abandonada en las mías. Percibía el ritmo de su corazón y una calma deliciosa, una especie de abandono de mí mismo en que todas las ideas se adormecían, empezó a invadir mi ser.

De súbito la idea maléfica se despertó en mi interior, royéndome con su saña acostumbrada: "Ahora es el momento oportuno, murmuró, ahora cuando ya está libre de su dolencia y no tiene por lo tanto razón de ser tu estúpida compasión. Aprovecha estos instantes en que se halla emocionada y en que pueden afluir con mayor felicidad las lágrimas en los ojos. Mira que está desprevenida para el ataque. Hierre sin temor, no vaciles un segundo. Si eres cobarde o si te descuidas, lo pierdes todo: tu dicha, tu alma y también a ella para siempre. Juzga en la ventura que sería para los dos la redención que ha tiempo anhelas! ¡Poder amarse sin trabas, sin más preocupaciones!... Tú, regenerado por completo, pudiéndole ofrendar a ella todos tus pensamientos, sin tener necesidad de ocultar en los pliegues del alma el eterno acicate que ha hecho de tu

vida un martirio... No, no te detengas más, hiere que es preciso. Haz cuenta que vas a aplicar una medicina que aún dolorosa es saludable”:

Como de continuo mi fatal destino me arrastró al acto. Tratando de dar a mi voz el timbre más dulce que me fue posible, dije torpemente sin tener a que referir mi dicho:

- Amparo, ¿alguna vez no has reparado en la perfidia refinada de ciertas almas que, presentándose bajo una apariencia de humildad y de bondad cautivadoras, causan tal daño, aun a quien les rinde un tributo de amor y de admiración, que sólo el crimen, agazapado en la sombra, espiando su presa puede comparárseles?

Con lentitud levanté la cabeza de la almohada para observar el efecto que mis frases habían producido en la enferma, más ella no respondió a pesar de que sus ojos desmesuradamente abiertos revelaban el asombro por tan extemporánea agresión. Había comprendido perfectamente el sentido de mis palabras y se callaba como tenía por costumbre, sólo que ahora el orgasmo que precede al llanto empezaba a dominar su organismo. Veía los tenues lóbulos de su nariz dilatarse de seguido y sus labios cerrados temblar levemente y oía su respiración escaparse comprimida como quien teme dar libre curso a un sollozo.

Esperaba con vehemencia el momento de recoger los despojos de mi victoria, pero en esta vez mi deseo quedó también burlado, porque ninguna lágrima humedeció sus mejillas, ni el más débil grito de dolor se escapó de su pecho. Al instante mostróse calmada por completo, con el rostro iluminado por la perpetua sonrisa de perdón y con los ojos puestos en mí con una fijeza, que, turbándome, hacíamelos insoportables; hasta el punto de que me fue menester esquivarlos, desviando la vista a otra parte y separándome un poco de su lado.

Un silencio penoso alentaba en la atmósfera. A mi mente agolpábanse en embrión los pensamientos innobles e insensatos de que se hallaba formado mi constante anhelo, en tanto que percibía con toda claridad el zumbido de mi sangre en el corazón y el cerebro. La enferma no se movía, y ya, con los párpados semivelados, parecía querer entregarse de nuevo el sueño, invadida como de una indiferencia hacia todo lo que se encontraba a su alrededor. Estaba más pálida si cabe que la blancura dominante del lecho, y sin que diera más señales de vida que el sutil ritmo del aliento, marcado apenas en las colchas que la arropaban.

La contemplé sin descanso, sin atreverme a pronunciar la menor palabra, por el temor pueril de escuchar mi propio acento, que debía sonar, imaginaba, en aquella quietud de media noche, con un tono lúgubre que anticipadamente me hacía correr escalofrío por todo el cuerpo; además, por mucho que indagaba, no se me ocurría la menor frase vulgar de cariño, de conciliación, que fuera tierna como una caricia fraternal, para calma expectante y fatídica.

De pronto hizo un movimiento tratando de incorporarse, presa de una repentina sacudida espasmódica, semejante a la iniciación de una crisis febril, y yo entonces, despierto, activo, pensando sólo en su bien, me apresuré a ayudarlo. En efecto, poniéndole un brazo por debajo de la cabeza la soliví un poco, mientras ella abría los ojos que en ese momento me parecieron más intensos, más profundos que nunca, rodeados por dos círculos de sombras y fijos en mí con un aire de inconsciencia y de sorpresa que me heló la sangre.

-¿Qué tienes? ¿qué te pasa? grité, lleno de susto.

- No sé... me muero, balbuceó con acento velado que semejaba un quejido.

-¿Pero dónde te duele? ¿Qué quieres? Habla. Di. No me ocultes nada, si me amas. Mírame. ¿Llamo gente? Por Dios, Amparo, amor mío, tú estás muy mala.

La sacudí entre mis brazos temblorosos, tratando de reanimarlo y ansiando inútilmente una voz de sus labios, un movimiento revelador, que no fuera la contracción involuntaria de sus músculos, pero ella continuó en silencio, con la boca apretada y los ojos abiertos en exceso. Proseguí:

-A ver, alma de mi alma, ¿qué tienes? ¿Por qué no respondes? No me abandones... Dime una palabra, una tan sólo, que me muero. ¿Te encuentras muy mal?... ¡Pobrecita!

Pensando que un brote de afecto la reanimaría como otras veces, la besé blandamente en la boca y las mejillas, pero no dio muestra de sentir mi caricia. Permaneció como estaba, insensible, fría, sin que ninguna de sus facciones delatara la persistencia en su corazón del sentimiento que antes lo colmaba, como si se hubiera desligado por completo de todo lo que anteriormente le hacía la vida amable. Transcurrieron unos cuantos minutos de dolorosa expectativa, y de repente, ella, la adoraba, dejó dibujar en su rostro un gesto incalificable, y lanzando un vagido de sofocación, quedó muerta...

¡Muerta! No sé que siento al estampar esta palabra: ¡muerta! ¿Verdad que es aterradora; que sugiere con su sola estructura material toda la soledad y agonía del alma, al perder para siempre al alma hermana? ¿Verdad que sus dos sílabas hieren el pecho como dos golpes de maza?

Aún en mi memoria está aferrada con toda precisión aquella escena desgarradora, que duró menos de los que he gastado en referirla. Aún miro el cadáver querido, desplomado sobre las almohadas, en donde la cabellera en desorden dejaba una mancha de extrema negrura, delineando bajo las sábanas, con suaves ondulaciones y levantamiento, sus gráciles formas. Aún contemplo la estancia alumbrada a medias, con pesados cortinajes, sus muebles antiguos, su tapiz de grandes flores estampadas; lo veo todo con exactitud pasmosa, sin que falte lo menos característico, y hasta percibo el olor del ambiente, en el cual, al olor de las medicinas y a cierto hálito de vejez, emanado de toda la casa, se mezclaba el perfume propio de las ropas de la amada y de su cuerpo impecable.

Después del primer momento de estupor, en el que permanecí paralizado, estúpido, con la sensibilidad ausente, eché a correr por salas y corredores, llamando la servidumbre con roncós gritos, sin detenerme a tomar aliento y poseído de un delirio lúcido que me dejaba, cosa extraña, pensar en las cosas ínfimas y que menos relación tenían con mi irreparable desgracia. Los criados a mis voces se levantaron asustados y me siguieron todos, apresuradamente, en tropel a las habitaciones, marcadas por la muerte con su estigma funesto. Después no supe más de mí. Incapaz de soportar por más tiempo las violentas emociones de aquella noche abrumadora, perdí la conciencia de mi yo, sumiéndome en un nirvana reparador y delicioso.

¿Cuánto duré en aquella situación? Imposible me sería decirlo; muchas horas no obstante debieron volar porque al recobrar el sentido una nueva noche empezaba a invadir la tierra con sus negras falanges de sombras.

Me abandonó el letargo de una manera extraña. Hallábame en estado indefinible, que parece ser la línea de demarcación entre el sueño y la vigilia, en que se nos revela de modo vago la realidad, sin que podemos apreciar con exactitud lo que pasa a nuestro alrededor, aun cuando sí nos damos cuenta de ciertas manifestaciones externas como los ruidos, que por otra parte se perciben adulterados por las ideas e imágenes extravagantes que en híbrida amalgama pueblan el cerebro, cuando se me apareció Amparo, bajo forma de una silueta borrosa e imprecisa, de contornos apenas dibujados y donde sobresalían, haciéndose

perfectamente visibles, sus ojos bellos y profundos que, a causa de la vaguedad de la imagen, brillaban como abandonados en el aire, al estilo de dos astros en un cendal de niebla. Se fijaron en mí con una mirada llena de mansedumbre y de súplica, que resumía todas las congojas del amor y toda la ternura suprema de una hermana que perdona compadeciendo las faltas, y al propio tiempo, aproximándose a mi lado, oí su voz que murmuraba como salida de lo más recóndito de mi pecho.

- Ven a verme por última vez, esposo mío. No quiero dejarte para siempre, sin que hayas sellado mi boca con tus labios y sin que tus caricias me hayan ungido para precaverme contra los maleficios del sepulcro... Ven, que te aguardo... y desapareció.

Desperté sobresaltado, sin poder precisar debidamente el sueño que había tenido, ni la magnitud del dolor que el destino acendrará para mí, juzgándolo todo como parto de una espantosa pesadilla, y presa al mismo tiempo, de una especie de sonambulismo, vecino de la demencia, que embotaba por completo mis pensamientos. Sin saber lo que pretendía me dirigí a la estancia de la muerta.

Aquella había sido convertida en capilla ardiente. Sus muros estaban cubiertos de paños fúnebres que caían hasta el suelo en pliegues severos. Del centro del cielo raso pendían velos negros que, después de formar amplios arcos, iban a adherirse a los rincones de la sala, en donde sus extremos conexionábanse con festones de ciprés, que en línea moreadas daban vuelta a las paredes. Sobre un túmulo tallado, de molduras doradas, descansaba el ataúd donde yacía Amparo, entre las sombras de gasas negras y la albura de un reguero de flores que a medias cubría su cuerpo. Tenía las manos, asombrosamente blancas, cruzadas sobre el pecho y en su rostro, también de blancura perfecta, estaba congelada la sonrisa eterna y dolorosa, el arco iris de mis tormentas morales, el acicate de mis pecados, la revelación constante de su alma grande y pura; la sonrisa simbólica, que ni la misma muerte habíase atrevido a borrar, quizá por haberla contemplado poco antes de dar el golpe definitivo... A ambos lados del féretro diez cirios alumbraban el recinto con llamas temblorosas, chorreando lágrimas de cera, y un poco más hacia afuera dos grandes copas de metal labrado, llenas de carbones enrojecidos, consumían una resina de olor penetrante que se difundía en ondas azulosas por el aire. Un gran Cristo de marfil, extendía los brazos por sobre la cabeza del cadáver.....

.....

Aquí mis recuerdos se oscurecen por completo. Hay en mi cerebro una laguna que abarca mucha parte de mi existencia. Como entre brumas alcanzó a columbrar, con gran trabajo, un aposento estrecho y sucio, mezquinamente alumbrado por la luz escasa que se filtra por una claraboya tallada cerca del techo...; gentes extrañas que gesticulan y gritan...: una regadera de cobre cuyos delgados hilos de agua, atormentaban la piel como una lluvia de alfileres.-.; un hombre severo, de mirada escrutadora, vestido siempre de negro y con la barba blanca y cuidada... Nada más.

Noviembre de 1902 – Febrero de 1903. En la montaña.

V. RELATOS DE LA GUERRA

LAS VACAS DE LA FIESTA

Por: *Lucrecio Vélez*

(Seud: Gaspar Chaverra)

Esto pasaba en Noviembre. La fecha del pronunciamiento se fijó para el 15 de Marzo próximo, día de San Zacarías. Hacía días por Noviembre que la agitación del fondo se dejaba ver sobre la superficie en forma de círculos. La policía estaba orejona, el Bausán más orejón todavía. El abigeato en perspectiva iba dejando desiertas las dehesas y los contratos simulados estaban a al orden del día. El comercio iba mañosamente cerrando las puertas del crédito, levantando los precios de las cosas y poniendo a buen recaudo sus mercancías. Por supuesto que los Bancos no imponían medio real; pero en cambio exigían cuanto se les adeudaba. Las gentes del campo huían de las ciudades como las golondrinas del invierno, y ya no iban quedando para surtir los mercados sino las mujeres. Ranchos de paja en lo más enmarañado del bosque, les daban abrigo nocturno, y por el día volvían con atentados pasos y vista escudriñadora a sus hogares donde a las veces los cazaba la ronda que el Alcalde había emboscado allí desde la víspera por la noche.

Los víveres escaseaban en los mercados, porque los medrosos campesinos no se atrevían a ponerse al riesgo de la autoridad e iban, día por día, subiendo el precio. El pueblo hambreado de las ciudades buscaban en los cuarteles el pan que su trabajo no podía proporcionarle.

La revolución estaba descubierta, pero ya no podía retroceder, y el Gobierno había suspendido las garantías individuales, declarado turbado el orden público y llamado en una proclama altisonante a los hombres de bien, a la defensa de las libertades públicas. La revolución los había llamado también a defender la misma cosa, que el empeño había tomado origen en eso: en defender las libertades públicas, pero los hombres de bien no parecían por parte alguna ni respondían al llamamiento; asustados y medrosos rehuían de aquel fantasma beodo de diez manos, que lleva en cada una, una de las plagas con que la ira de Dios paseó el Egipto.

Para el Gobierno los revolucionarios eran unos facinerosos, enemigos del reposo público; y para éstos, era aquél, traidor, despótico y ladrón, y para los unos y los otros, simbolizaba la libertad o muerte aquel momento histórico en que debían precisamente surgir eternas claridades o densas tinieblas. Aquello era para poner miedo al ánimo más alentado; pero la gente pensaba menos en la luz o las tinieblas que en el novillo gordo o la tienda amenazados.

Un día, cuando menos se esperaba, la fuerza pública que rodea la plaza de mercado y hombres y bestias van entre alaridos, gritos, súplicas y reclamos al cuartel. Detrás de la procesión de hombres iba otra de mujeres lamentándose y gimiendo. Eran las madres, las esposas, las hijas, las hermanas de aquellos presuntos defensores de la libertad. Esta habla al Comandante de la plaza, pero el Comandante es una fiera que responde a gritos; la otra se dirige al Gobernador, pero el Gobernador no recibe, y si recibe no oye; la de más allá ocurre al patrón de la finca donde vive, pero el patrón está oculto o no tiene influencia o tiene miedo. Después de andar todo el día inútilmente en pos de los unos y los otros en busca de amparo, vuelven, entrada ya la noche, cabizbajas y llorosas a su desmantelado hogar. El deudo y la bestiecita de carga quedan encerrados en el cuartel midiendo en la altura de las bardas la grandeza de su desventura. No tuvieron cuatro o cinco tapias aquellos muros y la santa libertad se quedaría sin defensores.

Al otro día vuelve la infeliz mujer a la ciudad a ver que ha habido; porque no hay infortunio que no tenga siempre en frente alguna esperanza; ¡pero qué! el Oficial de guardia es como el letrero dantesco del infierno: allí se entra para no salir. El centinela dice ¡atrás! A la mujer, golpeando el suelo con la culata del

fusil. Alarga la vista la infeliz al través del zaguán y ve allá adentro al deudo de Kepis, blusa de bayeta roja, fusil y cacerina, aprendiendo con el Sargento de la Compañía el arte de ser libre.

La mujer se lamenta, suplica y llora más y al fin con la oración regresa a la alquería con menos esperanza y más tristeza. Allá la esperan, sentados en el suelo alrededor de la ceniza y unos carbones apagados, cuatro angelitos hambrientos. Han comido por junto un caldo de raíces de mafafa mal salado, que una vecina les dio por compasión. Sobre el regazo del mayor, que es una niña de diez años, duermen los dos más pequeñitos.

Al llegar la mujer le cuenta la vecina como se llevaron a Talao, las dos bestias de carga y las enjalmas de “mano” Bautista y como él escapó “por patas” de la ronda. “Cállese la boca comadrita, le dice a la recién llegada, están pasando unas cosas”... La otra por toda respuesta moquea en el revés de la saya y gime. Con la lumbre que desentierra del rescoldo, enciende el fuego y en una olleta de barro se pone a hacer unas dos puchas de aguadulce, con media libra de panela que compró con el último medio que tenía. Beben los angelitos aguadulce y se duermen entre harapos alrededor de las piedras del hogar.

En toda la campiña hay desolación; los hombres han huido o están en el cuartel, y sólo se ven en la soledad del camino, allá de vez en cuando, la ronda cazadora, alguna que otra mujer, niños desnudos o haraposos y el perro extenuado y flaco, eterno compañero de estos pobres campesinos que vela siempre a la puerta de la casa.

A los pocos días no hay lumbre, ni rescoldo, ni perro que ladre, ni alma viviente. Se ven de trecho en trecho entre las albardillas de la vía, cabalgaduras muertas y revolotear de gallinazos. Las tropas han pasado por allí y los habitantes han huido.

Entre aquel hervidero de pasiones pasan desapercibidos muchos incidentes como éste: Un pobre viejo, padre de doce hijos y de quince nietos huérfanos, que vivía en el viso de la cordillera occidental y que ignoraba en absoluto —porque esto era al principio de la guerra— que allá en el valle estrecho del Aburrá había convulsiones de libertad, enalbarda un día muy de mañana, dos yeguas desmedradas, les monta encima sendas cargas de leña y se encamina con todo a la ciudad.

En paz y compañía de su recua bajó la cordillera, arreando sus dos yeguas tardas y pesadas de puro viejas.

Mientras el viejo bajaba paso a paso de la sierra, una pequeña escolta acertó a llegar a la estación a tiempo que el viejo con su recua pisaba el puente. Dejaron entonces la carretera y doblando a la izquierda, se pusieron sobre el camino que traía el hombre de las cargas. Andados veinte pasos, se avistaron, y el jefe de la escolta le gritó en alta voz: “alto, ¿quién vive”? Entendió como si le hablaran en griego, y sin más preguntas ni respuestas, le hicieron descarga cerrada.

La patrulla se marchó con las dos yeguas y quedó allí el cadáver insepulto hasta el siguiente día. No era falta de caridad. El pánico se había apoderado de todos y nadie se atrevía a aventurarse en los caminos.....

.....

LA VUELTA DE JUAN

Por: *Ricardo Olano*

Juan se fue a los ardientes valles del Nus, allá lejos, al Ferrocarril, en busca de un buen salario. En su pueblo difícilmente se ganaba la vida; su pedacito de tierra, donde un frondoso mango sombreaba la pobre casa, ya no tenía savia para las semillas, estaba seco y cansado.

La fortuna se le mostró propicia los primeros días. Logró conseguir en la Empresa un destino que le dejaba algún tiempo libre, el cual empleaba en pequeños negocios que al fin del mes le producían ganancias halagadoras. Y en su tosco lenguaje, bajo el cual palpitaba su sencilla ternura reveladora de la nostalgia del hogar querido, escribía largas cartas a su mujer. “Conseguí esos diez *peruanos* que te lleva Jorge –le decía en una de ellas- para que le compres a la niña un traje de muselina azul y una pavita para la Nochebuena”. Y desde entonces le anunciaba que en ese tiempo estaría con ellas, que les llevaría primorosos aguinaldos.

Pero vino la guerra y su huracán espantoso pasó por el Ferrocarril. El General Mendoza recogió los peones, como corderos, y en un buque viejo los echó río abajo. Juan logró escaparse en Puerto Berrío metiéndose a los montes, huyendo como un criminal. Cuando el hambre y la fiebre lo agobiaron se presentó en Caracolí. Le dieron doscientos palos por desertor y de allí hubieron de llevarlo al Hospital, moribundo.

Esplendoroso llegó Diciembre ese año. El lindo valle, lleno de luz, se poblaba de familias que dejaban a Medellín para gozar del verano del campo. Por la carretera iban las gentes, con sus trajes vistosos, defendidas del sol por los sombreros de amplias alas. Era todo colores, alegrías, risas y cantos.

Pepa —la mujer de Juan- que veía pasar esa ola de dicha desde la colina donde el frondoso mango sombreaba su casita, no envidiaba nada ni a nadie. Ella también era feliz. Pronto vendría Juan. Le aguardaban su casa pobre y limpia, su mujer, su hijita, que cuando le estrenaron el vestido azul y la pavita de paja, corría por el llano, mostrando su galanura llamando a su papá. Porque desde que Juan se fue, la niña soltó la lengua.

Ya mediaba Diciembre. El bello tiempo de los aguinaldos estaba encima, y Juan no parecía, y ni una carta, ni unas simples saludes. Pepa comenzó a sentirse intranquila, dominada por un sentimiento tenaz y cruel, el anuncio secreto de la miseria y del desamparo. Y se pasaba las horas mirando largamente la carretera, esa hermosa carretera blanca, tan bulliciosa en el día, y que de noche, a la luz de las estrellas, da la ilusión de un río que corriera en silencio por entre los sauces y los cañaverales a perderse allá abajo, en la misteriosa claridad que flota sobre Medellín en la calma de la noche.

Una tarde, de larga fila de soldados que pasaba se desprendió uno, y sin rodeos, brutalmente, como quien hiere con el puñal, dio a Pepa la noticia de que Juan se estaba muriendo en el Hospital del Nus: “Quién sabe cómo le habrá ido —añadió- yo hace un mes que me vine de allá”.

Silenciosamente, sin hablar una sola palabra, como si el dolor que le rompía el pecho, le anudase la lengua, la pobre mujer arregló su viaje. Al otro día, muy temprano, se fue por la carretera abajo. Y se llevó a la niña. ¿Cómo dejarla? Ni siquiera pensó en lo duro del viaje, con aquella criatura delicada, tan pequeñita, con sus cuatro años no cumplidos aún.

Era viernes, día de mercado, y unos conocidos le llevaron la niña sobre un carro hasta Medellín. Después la cargaba a ratos, y a ratos caminaba la niña, despacito, por la sombra.

Ya de noche se arrimaron a una casa del camino y las buenas gentes les dieron posada. Muy tarde la chiquita despertó llorando. ¿Era por “su papacito querido que estaba enfermo? Pepa, al estrecharla contra su pecho para que se callara, sintió que la fiebre quemaba el cuerpecito de la niña, y levantándose, pudo ver sus labios secos, su boca contraída en un gesto de agonía.

En aquel tiempo la viruela hacía estragos en esa región; y los dueños de la casa, creyendo que lo de la niña era la fiebre precursora de la enfermedad, temerosas del contagio, hicieron que Pepa se saliera de allí.

Y ella se marchó, muerta de angustia, con su hija en los brazos, por entre la oscura niebla de aquel amanecer de Diciembre.

En un arroyo le humedeció los labios a la enferma. Y allí cerca, a la vera del camino, en un llanito, se sentó dolorida. Su hija se moría. Los ojitos cerrados se hundieron en sus cuencas, se tornaron negros, un frío glacial sucedió al calor de la fiebre... Suavemente la niña se quedó muerta.

Amanecía. El fresco viento empujaba la niebla hacia las montañas azules. Sobre la haz de las aguas en el río dormido, flotaba un tenue vaporcillo blanco. El sol asomó —allí cerca- sobre el alto picacho del Ancón. ¡Y no tembló al ver ese cuadro de muerte, esa madre que en su locura miraba extática al cielo indiferente, mientras el cuerpecito de su hija yacía junto a ella sobre el césped abrigado por el rocío!

Con la fresca de la mañana, acariciado por el sol que nace, Juan va soñando mientras los arrieros que lo acompañan entonan cantos alegres. Aunque flaco y rendido, ese día llegará a su casa, a su casita sombreada por el mango, allá arriba, donde lo aguardan su Pepa y su hijita. Va muy pobre y enfermo. Pero las dulzuras del hogar le volverán la vida y, por lo demás, ¿no fue pobre siempre? Los pocos pesos que lleva —apenas el sueldo de un mes- recibidos al salir del hospital, son para celebrar la fiesta clásica de la familia, la Nochebuena; para los dorados buñuelos, para la temblorosa natilla, para el pesebre rústico, blanco de flores,

con la mula y el buey, y el Niño Dios que mira cariñoso con sus dulces ojos azules. ¡Qué cerca está toda esa ventura!

Embriagado y feliz con su sueño va andando lentamente. En una vuelta del camino encuentra un silencioso cerco de mujeres y de niños. Se llega a él curioso, y sin poderlo creer, clava sus ojos en ese cuadro... en su mujer que loca de dolor mira extática el cielo indiferente, y en el pobre cuerpo de su hijita muerta que yace lívido, medio envuelta en la batica azul, sobre el césped abrigado por el rocío...

UN POLVO... Y NADA MAS

Por: *Eusebio Robledo*

Si uno tuviera seguridad de volver a la casa siempre, hasta de dejarse reclutar para sentir este gusto tan grande que parece coser el cielo...

Y Simón principió a cantar sus coplas, ya casi olvidadas en la campaña cruenta, y aligeró el paso cuando se acercaba a la casita amada donde le aguardaban con anhelo infinito su Teresa, la compañera fiel de largos años, todavía vigorosa, joven y atractiva con las lozanías de la mujer en desarrollo pleno de todas las energías del sexo, y su hija, la pequeña Raquel, único retoño de ese ingerto de aquel montañés fornido y de la *zamba* de ojos negros, que ponía Tenorios de ruana y de levita con el corazón tic, tac, saltando recio, y la boca seca, con su andar de hembra excitadora y ese meneo "entre merced y señoría" de las redondas pulposidades femeninas.

En tal día perdió el sultán del serrallo alado una de sus crespas y fáciles compañeras, que fue a la olla; las escobas cumplieron su misión con celo ardiente hasta quedar espeluznadas y sudorosas en el rincón oscuro, y los trajes nuevos de muselina salieron a lucir sobre Teresa y Raquelita.

- Qué te va a traer, si el pobre viene de la guerra y enfermo. A coger la cama vendrá...

Ambas caminaron larga distancia para ir al encuentro del héroe anónimo que se había salvado de la borrasca revolucionaria.

Y quede a otras plumas el relato del *tope* del esposo y padre, después de un año de ausencia forzada y dolorosa; pinten las artistas de la palabra lo que sintió Simón, eso muy hondo que lo hizo llorar, a él, el sereno soldado, el valeroso montañés: digan los cirujanos del alma, los directores del corazón, cuánto se encerraba en los abrazos mutuos, en los vocablos entrecortados, en los brincos de la niña, en el mirar de Teresa, en el temblor del marido, en los besos calientes y amontonados...

Aquello era para Simón un desbordamiento de la dicha, un respiro de felicidad a pulmón lleno, una mezcla del amor de padre a hija —limpio como jirón de cirrus blanquecino, puro como pompón de acacia- con el amor de esposo a esposa, con el futuro próximo de goces conyugales, con la vista de la casita, que encarnaba una acumulación de largos esfuerzos y economías y que representaba el núcleo de afectos hondos, con la imagen de un porvenir risueño que revoloteaba como mariposa multicolora ante la mente fascinada, con el recuerdo de las torturas de la campaña...

Todo, todo cruzaba por el alma de Simón en montonera confusa y seductora, cuando descansó, por fin, en la antigua tarima de su sala humilde... La noche principiaba a asomarse como avergonzada y temerosa tras las montañas de azules lejanías, y la placidez de la naturaleza formaba concierto con el alma del soldado.

La música y la poesía son los únicos elementos que pueden exteriorizar, así las grandes tempestades y las tragedias dolorosas del corazón, como los poemas de la felicidad humana... Simón tomó su tiple que hacía largos meses permanecía colgado a la pared, envuelto en la mugrosa y empolvada chuspa de género blanco, y principió a cantar con voz que tenía las sonoridades de la dicha. Los altos y bajos de sus canciones parecían traducir los variados movimientos de su corazón en plena exuberancia de goces indefinibles, y sentíase que el soldado se esforzaba por encarnar su ser, su alma entera, en cada nota, en cada palabra que mandaba con la vibración purísima del tiple, como vuelan las parejas de gaviotas blancas bajo el dombo de un cielo azul. Clavaba sus ojazos dulces y humedecidos en Teresa, con el enamoramiento y la dulzura que producen en los seres buenos las entrevistas, después de ausencias largas, y le arrancaba los acentos soberbios a las cuerdas, con fuerza, tal vez con ira, porque no las hallaba a la altura de la música interna de su ser apasionado. Quería decirle a su compañera muchas cosas, quería ahogarla entre los brazos y

envolverla en una atmósfera de cantos, de ternezas, de arrullos, de caricias... pero no podía porque le faltaban estrofas bastante decidoras, y ni el tiple era válvula suficiente para dar escape a todo lo que guardaba su corazón enamorado. Y cantaba:

*Dos cosas llevé a la guerra,
Dos cosas truje con yo,
El bendito escapulario
Y tu retrato de amor;*

*Y junticos en el pecho
Apostaron ellos dos
A cuál llevaba más besos...
Y tu estampita ganó.*

*Con tu recuerdo llevé
El de mi niñita bella,
Vos fuiste ángel, yo fui Mago,
Y la niña fue mi estrella:*

*Qué dicha y satisfacción
Golver a vernos aquí..
Tate quieto corazón
Que m´estas matando así.*

Teresa lo miraba con una expresión indefinible, y cualquiera hubiera podido distinguir un como raro fulgor en aquellas pupilas dilatadas que ora se fijaban en el esposo alegre, ora en la niñita inocente y satisfecha, que se mantenía entre las piernas del padre, adormeciéndose, como en suave deliquio de amor filial, con las coplas del cantor y los arpegios del tiple.

Lista más que nunca, hacendosa y complaciente, fuese Teresa a preparar la cena para el recién venido, operación que interrumpía de cuando en cuando, asomándose a la puerta como en espera de algo importante.

Dos muslos robustos, frisoles en abundancia, buena arepa, estuvieron pronto sobre la mesa de Simón. Este, sentado sobre bochinchoso y desvencijado taburete, cargaba sobre las piernas a la “hija del alma” y de cada uno de aquellos platos le daba un poco, a manera de las aves que alimentan a sus pichones desde el borde de sus nidos ocultos.

Teresa vació en la cocina una gran totuma de mazamorra, y luego tembló, tórnose pálida y haciendo un esfuerzo y metiendo la conciencia en un antro, como el avestruz la cabeza entre la arena, se dijo:

- Sí... sí, nada me sucede. Diré que son consecuencias de sus enfermedades de la guerra. Y ... qué sabroso después!... *E*/no demora en venir, pero cuando venga ya todo está hecho... y la disculpa es muy fácil porque pa' eso m'he manejado muy bien y todos han visto lo contenta qu'estao...

La totuma fue lleva da a la mesa, y...

- Tómatela toda, toda, qu'esta muy buena, la tenía pa'vos solito.

- No puedo más- respondió Simón- si hoy toy tan tomado d'estas jiebres que no me dejan ganas de comer, y en demás con la dicha dioy... Tome Raquelita, tóme se usted unos traguitos a la salud de su mamita tan querida...

- No...! ... no!... no...! gritó desesperada Teresa, y se arrojó sobre el grupo de padre e hija para arrebatarse aquella cuchara e impedir aquel trago de Borgias...

- No... ella no, porque hastao enfermita del estómago...

Pero ya no había remedio: la niña había tragado con precipitud, y el polvo de estricnina hacia sus efectos en aquel organismo de pequeñuela, víctima del destino y envenenada por mano del padre inocente.

No había muerto aún, cuando entró un *señor* de la ciudad al hogar enlutado.

- Es mi marido- le dijo muy paso Teresa... ¡Mi hija fue envenenada! ¿Qué hago... qué hacemos?

- Pero esto qué fue, ¡Dios santo!- exclamaba Simón en la desesperación del más grande, del más hondo de los dolores humanos.

- Te lo dije qu´estaba enferma- gritó Teresa.

Esa noche hubo velorio, y concurrencia, y secretos, y conjeturas, y...

El pobre Simón siguió desde aquel momento arrastrando consigo sus torturas indecibles y balanceándose entre el dilema horrendo de ser él el matador de su hija única e idolatrada, o el de ser su esposa, junto con el *señor* complaciente de la *villa*, quien había visto uno como polvo blanco que pudo distinguir en la mazamorra de la noche nefasta. Al cabo esta opinión última fue arraigándose más y más, hasta tomar proporciones de evidencia.

No volvió a entonar sus coplas alegres, pero sí se propuso cantar algunas otras, sacadas de su repertorio inagotable, y no hubo noche en que dejaran de oírse una voz triste y sugestiva de montañés, que así exclamaba al son de un tiple destemplado:

*Deji´una paloma en casa
Cuando me jui pa la guerra,
Y a golver de la campaña
Me la topé con espuelas.*

*Deji´una oveja sin cachos,
Como todas, y muy mansa;
Y al golver teni´unos largos
Que me los metió hast´el alma.*

*Como esa oveja y paloma
Son las mujeres malditas
Qu´entre picos y entre bromas,
En güevos o en mazamorras*

Se comen hasta las hijas.

-¿Por qué cantas asina?- preguntaba Teresa con los ojos bajos.

- Por nada. Respondía Simón, y continuaba la serie de sus coplas punzantes.

Hasta que las notas arrancadas con maestría al tiple por ese mano encallecida, y las canciones acusadoras del héroe sin nombre fueron penetrando hondo, muy hondo, en el alma de su esposa. Ya no le entraban por los oídos sino por el corazón y eran a manera de punzadas agudas que le producían dolores desesperantes.

Así se fue a la tumba, y aquellas coplas fueron su himno fúnebre y la nota última que pudo oír entre las agonías de la muerte y cuando principiaba a entrar en el imponente silencio del sepulcro.

Simón no olvidó sus cantos, y a ellos agregó después, con delectación, las coplas siguientes, aprendidas de cualquier humilde rapsoda popular y que encarnaban todo el poema trágico de su vida, a la vez que una sátira literaria:

Con versos maté yo un día

A quien su hija mató;

No puede la Polecía

Quitarme con osadía

L'armita qu'esgrimo yo.

Maté con canción hermosa

De mi vigüela al compás;

No me pueden hacer cosa

Porque con versos en prosa

Hay otros que matan más

DE LA GUERRA

Por: *Julio Vives Guerra*

El sol apenas se vislumbraba allá arriba, como una enorme pupila tras los párpados cenicientos de las nubes.

Los soldados, lasos y hambrientos, Sentían renacer sus fuerzas, al aspirar no sé que perfumes de la patria, que los vientos llevaban.

Allá, en los arenales recostados de la Costa, habían quedado muchos compañeros, muchos amigos; pero con el jubilo del regreso, los vivos olvidaban a los muertos, que en las playas ardientes, tendidos cara arriba, servían de festín macabro a los cuervos.

Los soldados cantaban a voz de cuello.

- Pepe, échate una trova, dijo un cabo, dirigiéndose a un recluta que venía taciturno.

- Hombre, no tengo ni ánimo.

-¿Por qué? Vos has sido el más alegre siempre; y, además, vas a ver otra vez a tu mujer y a tu muchachito. Mirá, desde aquí se divisa tu casa.

- Sí, pero no sé qué tengo... Estoy como triste.

- Dejate de bobadas. Rasgá ese tiple y adentro como una trova.

Pepe descolgó el tiple que llevaba a la espalda, lo rasgó y cantó con voz vibrante:

Mientras estuve en la guerra

Mi mujercita gemía,

Y cuando volví a mi casa

Mi mujercita reía.

Ole, morena,

En mi pobre casita

Tú eres la reina.

- No sigo cantando, exclamó. Y sumióse en un mutismo profundo: No sabía por qué, pero regresaba triste. Recordaba la campaña.

Cuando lo reclutaron, Juana su esposa se quedó gimiendo, y el chiquitín Carlitos, se agarraba a los pantalones e los soldados gritando:

- No se lo lleven, no se lleven a mi papacito...

Después vinieron las grandes marchas a pie, ora bajo las lluvias torrenciales, ora bajo el fulgurante sol de la Costa, que escalda la epidermis. Luego los combates, los largos y reñidos combates, en que el pobre recluta espeluznaba de miedo al ver un compañero revolcándose en la sangre y rugiendo de dolor como precito dantesco; los días enteros muerto de sed sin encontrar más que agua mezclada con sangre en charcas nauseabundas; las largas semanas desfallecido de hambre, sin comer más que mendrugos como guijarros; las derrotas, cuando, por entre los zarzales punzadores, tenía que huir, sintiendo casi en las espaldas la respiración jadeante del enemigo que lo perseguía; las victorias, cuando las gentes de las ciudades arrojaba a los soldados coronas de laurel...

Toda su campaña la veía, como delineada en un lienzo.

Ahora volvía triunfante, y sin embargo estaba triste sin saber por qué.

Los soldados en tanto cantaban a grito herido.

Ya Pepe llegaba a su casita, situada en una colina, al lado del camino.

¡Cosa extraña! La puerta estaba cerrada. Ni su mujer ni su hijo parecían aguardarlo.

Se salió de las filas, corrió a la casita y llamó.

-¡Juana!... ¡Carlitos!... ¡Soy yo!

Nada. El eco de las montañas le devolvía sus frases, con implacable mimesis.

Se quedó pensativo. ¿Dónde estarían?

Una risa infantil lo sacó de su abstracción.

Al mismo tiempo oyó la voz de su niño que gritaba:

-¡Si es mi papacito!... ¿Dónde dejó a mi mamá?

¿No vino con usted?

Al oír aquellas preguntas hechas con tanta inocencia olvido hasta abrazar su pequeñín, que insistía:

-¿Dónde está mi mamá?

- Pero si yo la deje aquí?, balbuceó el infeliz.

- Sí, pero un día se fue con unos soldados... Yo me puse a llorar, y me dijo que iba a buscarlo y a traerme un caballito. ¿Me trajo un caballito?

Pepe le interrumpió:

-¿Con quién se fue? ¿Cuándo?

Y zarandeaba al niño que contestó con la voz trémula:

- No me arañe... Yo no tengo la culpa. Yo no quería quedarme y le dije que no se fuera... Mi mamá me dejó donde mi tía... Mi tía casi no me da comida... Vivo con hambre.. Mi mamá dijo que volvía... ¿Mi mamita se murió?

- Sí, Carlitos, exclamó el desgraciado, midiendo todo lo terrible de su infortunio. Tu mamá murió para vos y yo... Pero aquí estoy para que no te falte nada. No volvés a pensar en ella...

Allá a lo lejos, en las vueltas del camino, los soldados cantaban:

Mientras estuve en la guerra

Mi mujercita gemía

Y cuando volví a casa...

El resto del cantar se lo llevó el viento.

Y Pepe, sentado sobre el quicio de la casa que fue nido de sus amores, concluyó la estrofa en voz baja y llorando:

Mi mujercita moría!

¡Adiós, morena,

En mi pobre casita

Tú eras la reina!

Una lluvia comenzó a caer, como llanto del cielo que se adivinaba allá arriba negro y hondo.

BALDOSAS Y TERRONES

Por: *Jorge de la Cruz*

Del pecho de la pobre mujer brotó un sollozo como una explosión. La muchacha se volvió inmediatamente entre asustada y triste.

-¡Pero mamita! Ud. se va a matar.

La madre contestó con un copioso llanto que se desbordó por la herida que abriera a sus penas, el sollozo un tiempo contenido.

Adelantóse la muchacha con actitud resuelta.

-¿No se cansará Ud. nunca de llorar por Carlos?

- Mientras viva, no, Rosario.

- Y él, a estas horas, divirtiéndose con las mujeres de la Villa, y gastando plata. ¡Bonito papel!

- Eso no lo sabe nadie. ¿Quién lo ha visto? Es un suponer tuyo.

-¿Un suponer? ¿qué quien lo ha visto? Pues sépalo: lo vio D. Canuto.

- Lo vio... y ¿cuándo, cuándo?

- Va a hacer dos años por la Candelaria; cuando empezó a trabajar de rescatante. Habíamos convenido en no decirle nada a Ud., hasta que D. Canuto hiciera más averiguaciones; pero ya no estaba en el Colegio por ese tiempo. Después, diz que no lo ha visto por parte alguna en los otros viajes; pueda ser que en este...

-¿Y estaba buen mozo, alentado?

- Pues... sí, aunque diz que algo pálido.

-¿Y no habló con él?

- No pudo, porque Carlos como iba en coche con dos señoronas y otro cachaco, pasó así, como un rayo; pero sí lo conoció muy bien.

Y agregó:

- Es menester que se deje de bobadas y de pensaderas. Con ese no hay qué contar, porque si no viene, será que no le da la gana; si no escribe, será que ya no se acuerda de nosotras; si no nos mandan recursos... pues será que no tiene, o gasta lo que consigue con esas... Yo no lo puedo perdonar el que no haya venido en tanto tiempo, ni por la muerte de mi papita.

Quedaron ambas mudas un momento. La muchacha espació su mirada por el campo, buscando con no ver a la vieja, hasta que, nublados los ojos, y contraída la faz por mueca de amargura, le dijo entre sollozos, volviendo a su faena:

- No le hace mamita; mientras Dios me dé salud aquí estoy yo para acompañarla, y para... dar vida por Ud. Pero... yo... como no sirvo para nada... ni para consuelo...!

Arreglaba el tercio de la leña y aún estaba flojo; hincó una rodilla sobre él, le dio unas cuantas vueltas al torcedor y se irguió satisfecha: era hermosa, con esa hermosura salvaje y ruda, sin expresión, denunciadora de una vida meramente vegetal, monótona, sin cuidados pero sin alegrías. No había nacido para cargar leña, y sin embrago, la necesidad que la obligara esta faena no dejó huella de resignación en su semblante; a los más de indiferencia. Echó atrás la melena de guedejas negras y descuidadas, y asegurólas con un pañuelo pintado de rojo; sujetó en la cintura, alzándola hasta media pierna, su falda descolorida y pobre; de un vuelo llevó el tercio hasta la rodilla, que dobló arrogante, y de ahí a la cabeza. Estaba lista.

- Hasta luego, mamita, dijo sin mirarla.

- Hasta luego hija. Dios la lleve con bien y la traiga pronto, que estoy muy nerviosa.

- Amén.

Hubo una pausa corta, y ambas quedaron como en espera de algo.

- Si veo a D. Canuto le digo... ¿qué le digo?

- Pues será... que estoy muy triste sin saber nada de ese muchacho, que si va a la Villa en este mes, me lo traiga de cualquier modo.

La muchacha gruñó un “está bien” y echó a andar.

La vieja no se movió de su puesto. Sentada, empequeñecida sobre el umbral de su barraca, dejaba el alma perderse tras la cordillera, en busca de la ciudad distante y desconocida, mientras sus ojos seguían el vaivén del trote de su hija. La vio ocultarse en la última vuelta del camino que ondulaba allá bajo, y quedó sola, con la naturaleza pródiga que entona un himno a la vida en cada cosa, bajo el sol de un cielo indulgente.

De pronto irguióse: levantó la diestra y trazó con ella una gran cruz en la dirección del camino y de la ciudad lejana, exclamando:

“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

Se santiguó a su vez y tornó a sentarse, pensativa, meditabunda...

No tenía edad para ser una vieja; pero había sido tan intensamente penosa la vida de sus últimos años, que ya eran carga para ella pesada, los cincuenta a que iba a llegar bien pronto. La carne habíala abandonado por completo y bajo su piel rugosa y descolorida, apenas si movían el débil esqueleto. Su rostro aquilino con todo, imponía respeto y denunciaba a la mujer sana y enérgica de espíritu.

Trabajaba el cerebro, inmovilizando el cuerpo. Dijérase una estatua dolorosa, si sus ojos de rato en rato humedecidos por una lágrima espontánea, no revelaran las añoranzas de dichas idas, las lastimaduras de heridas siempre abiertas. Pensaba...

II

Había sido una familia de honrados campesinos que a fuerza del trabajo pudo lograr un cómodo vivir. Telmo, el padre; Marta, la fiel compañera de su vida, alma de la casa, consejera juiciosa y prudente; Rosario, la hija primogénita; Carlos, el hijo mimado, esperanza de los padres. Los hijos, gente de servir y trabajar, trabajaban y servían, aquélla en la casa, en los menesteres menudos de la huerta; éste al lado de su padre, en la siembra, en la poda, en la recolección y transporte de los frutos. ¡Qué vida más plácida! La naturaleza, grata y pródiga, así devolvía con creces el riego de sudor, como ponía fuerza en los músculos del mozo, e hinchaba con armónica exuberancia las curvas de la muchacha. Durante el día, el sol y el aire, cayendo sobre ellos, apenas si como cariñoso estimulante para sus pieles tostadas; por la noche, el recuento de la faena, el programa para el día siguiente, las esperanzas aleccionadas por el trabajo, la merienda abundante, el rosario en la familia y el lecho generoso brindándoles descanso y calor.

¡Cómo venían a su memoria esos años que apenas fueron días, tan lejanos ya y tan frescos en su mente! ¡Y cómo se agolpaban brutales, los que siguieron hasta traerla a la situación presente! Y en tropel, como de bloques bruscos, agresivos, iban pasando por sus recuerdos.

Todo comenzó con la venida de los misioneros. Cuando los vecinos de El Breñal estaban acostumbrados a ir al pueblo, de tarde en tarde, por la fiesta del Patrono, por Semana Santa o por Corpus, iban de pronto a tener misa todos los domingos, sermones, salves, &c., y lo que es más, capilla; porque a ello estaban resueltos, y D. Cosme, el breñalero rico, había ofrecido una meseta muy bonita para iglesia y plaza.

Nada tenía eso de malo; al contrario. Pero, con todo, el recuerdo de los misioneros se asociaba, invencible, en su cerebro dolorido, con las tristezas de su corazón. Luchaba en su interior, inútilmente, por echar de sí esa idea que la maltrataba. ¡Nada! Que no podía vivir, siendo como era, tan respetuosa de Dios, sus Santos, su Iglesia y sus Ministros con ese pecado tan grande, de no agradecer como debiera, la labor de esos santos varones que por la Fe y la Religión habían ido hasta los riscos más abruptos a enseñar doctrina y levantar capilla.

-¡Cómo! ¡Hasta malas vuelven los hijos a las madres! Decía espantada de sí misma, santiguándose para apartar de sí esos pensamientos.

Era disculpable, no obstante. Carlos cobró más afición a los misioneros que a los recentales; daba más vueltas por la meseta de la capilla que por su era; las faldas de su madre no daban ya el calor que antes buscara solícito... Claro: el muchacho era despabilado, listo; andaba por ahí a los catorce, y su cerebro virgen se abría a las sugerencias de los misterioso.

Tras el llevar a hombros la piedra y la madera para la capilla, compitiendo en peso y cantidad con los otros chicos, y ganándoles siempre, vinieron los cachetes cariñosos; luego un tuteo insinuante que se le entró a Carlos muy hondo, y puso envidia a sus amigos; era el escogido. Fue el dueño del incensario y pronto aprendió a ayudar a decir misa; se improvisó una sotana y un roquete en la primera procesión y llevó la cruz alta. ¿Quién iba a pensar en trabajar ahora? Nadie: Carlos, porque había encontrado algo más suave que hacer; los otros chicos, por quitarle el puesto. Un día le dijo al Padre Frías:

-¿Quisieras irte con nosotros? Estudiarías, aprenderías mucho, tienes vocación, talento. ¡Ah! Si pudieras, cómo habrías de agradecerlo! Pero no; no hay por qué pensar en eso; tus padres no te dejarían porque les haces mucha falta, y aunque te convendría, no debes darle esa pena, ni nosotros lo consentiríamos.

¡Cosa rara! De nada sirvió el *però*; y desde ese día dio en la idea de irse a la ciudad, al colegio. Lo dijo en la casa, le dijo a sus amigos, lo anheló, convirtiendo su anhelo en convicción. Su padre intentó disuadirlo, pero inútilmente. En verdad, pensaba Telmo, que era un crimen contener esa vocación; así se lo decía su conciencia, se lo gritaba su orgullo de padre, se lo imponía la cara de envidia que ponía sus vecinos y amigos cuando de ello se hablaba. Y acabó el bueno de Telmo por ser el más aferrado a la idea y el inmediato ejecutor.

- Con mi gusto no se va el muchacho, le dijo un día Marta. ¿Qué idea es esa de hacer sabios de niños que nacieron para cavar la tierra? Harto hemos hecho con haberles enseñado a leer, a escribir y a contar. No sé qué corazonada me da que ese viaje va a traernos la desgracia. ¡Si hasta me parece que no lo vuelvo a ver!

A otros oídos. Era coa resuelta; y poco trabajo que le había costado sacarles el *sí* a los Padres, que no querían llevarlo por escrúpulos de que a él le hacía falta el muchacho, para salirles ahora con que ya no daba

su consentimiento la familia! Falta sí le hacía; ese hueco en la casa no se llenaría con nada, y ya era una buena ayuda su labor en las faenas de la huerta; pero trabajaría como un animal y se consolaría de la ausencia con la esperanza de sacar un sabio. Era el último vástago de una raza de agricultores, que habían pasado toda la vida al sol, con los ojos y las manos a la tierra; pues a cambiarle la vida! Y ya que la ocasión se presentaba, Carlos sería un sabio, que desde el púlpito o desde el escritorio, haría más bien a su familia que amansando con sudor terrones ya cansados. Porque era lo que más quería en la vida, le iba a economizar las fatigas del trabajo material ¡Por eso!

Y llegó el día del viaje. La madre lloró a grito herido, y protestó vehemente; el padre ocultó sus lágrimas y se armó de valor hasta mostrar alegría; la hermana lloró también un poco, porque veía llorar, por contagio.

Después... vinieron los primeros portillos abiertos a la hacienda por los préstamos de Telmo; la muerte de éste, tan trágica, tan inesperada, sin una ay! sin una queja, en la brecha: trabajando para las contribuciones, parta los usureros, para los ladrones de la huerta; y veía aun palpitante esa figura primitiva y bonachona de patriarca: musculatura recia, cabeza alta, mirar seguro, andar reposado y firme.

Venía luego su hija mayor, su único consuelo hoy, su apoyo. Y sin embargo, cuánto la hacía sufrir esa muchacha, matojo arrancado de una encina bravía, consumida hoy por la triste indolencia de las vidas calladas. ¡Cuánto diera ella por poder infundir un soplo de consuelo, de esperanza, en ese interior y sombrío crematorio donde se consumía una virginidad no muy tarde marchita!

Y a todas estas, sin saber si Carlos era vivo o muerto. No podía ella, no, con estos recuerdos que arrancaban del fondo de sus entrañas doloridas. No!...

III

Camino de El breñal va un hombre que, por su traje, se dijera un mendigo. Anda trabajosamente ayudado por un bordón, y lleva hinchados los pies; aunque mantiene la cabeza inclinada sobre el pecho, deja ver un rostro joven, más dolorido y cansado. Se detiene, alza la cara, espacia sus miradas por todas partes, parece buscar algo, parece reconocer los lugares. Una lágrima se cuaja en sus pestañas largas y combadas, aprieta convulso el palo que lo sostiene, estrangula un sollozo, y sigue.

También piensa, también recuerda los años que lleva vividos cortos pero intensos; van pasando los días, los años, los sucesos que han dejado huellas imborrables, hay fechas, hay sucesiones de tiempo imprecisas.

¡Qué cansancio! ¡Ya llega sí, pero gastar cinco días en el camino que antes hizo en tres! Ese es el desvío que lleva del camino real a las casas de la cordillera; ésta es la misma piedra donde tantas veces se sentó a descansar y a coger fuerzas para emprender la cuesta. ¡Todo estaba lo mismo! Se sentaría otra vez, recordaría sus años en flor. ¡Ah! sí: ese que pasa cantando, tan alegre, es Bartolo el de ño Toribio; Bartolo, su compañero de infancia, el mismo a quien despreció en El breñal, cuando ya tenía seguro el viaje a la ciudad. Sí; él era, no cabía dudarlo, no obstante su cuerpo robusto y fuerte, y su bigote espeso. En cambio, Bartolo lo había mirado sin conocerlo; ¿estaría cambiado? Más flaco, por lo menos, sí que lo estaba. ¿No lo iría a reconocer su madre tampoco?

Bartolo era aún, ahora más que antes el terrón robusto, potente, rezumándose en savia vigorosa por todos sus poros, porque había cultivado su vida al calor del medio ambiente que lo engendrara; en cambio él, terrón metido a baldosa, había perdido su primitiva especie sin conseguir adaptarla. De eso tenía él la culpa; se había desorbitado por su querer y qué tarde venía a verlo! Era preciso que la suerte le hiciera desfilas, inconsciente, la imagen clara, precisa, de lo que él fuera hoy, a no haber pretendido volcar leyes irrevocables de la naturaleza.

Y qué bien se veía de allí todo El Breñal: allá arriba la capilla, a la derecha la casa de D. Cosme, la cerca donde jugó tantas veces con todos los muchachos de entonces, hoy hombres, seguramente como Bartolo. La casa de su padre no se veía de allí, y hasta era mejor no ver lo que ya no era suyo. Más abajo, en la cañada, la choza que la caridad de D. Cosme habilitara para vivienda de su madre.

¡Cuánta paz le traía el campo! Dilataba sus fauces para aspirar íntegro el aliento de las cosas inanimadas, que aun conservaban el calor de los seres que a su contacto vivieron; de lejos veniale nítido el rumor del agua al despeñarse por la cañada, testigo de sus retozos infantiles; descansaba sus ojos irritados del reverbero del sol sobre el camino, en la esmeralda de las primeras hojas; oía, amoroso y puro, el epitalamio entonado por las mirlas en lo más espeso de los helechales; brisas de la montaña refrescaban su

faz calenturienta y le llevaban hasta el alma algo sedante que tranquilizaba sus nervios resentidos, ahora como nunca, del choque de las pasiones irreconciliables y tenaces.

Al fin los volvía a ver, árboles amigos, que ya tenía olvidados. Riscos, breñas, espinas, ¡cuándo le devolverían la rudeza y bríos que le robaran insensiblemente las baldosas encalladas de la ciudad!

¡La ciudad! Qué hermosa se le había antojado al entrar en el Colegio, y juzgando por lo poco que había visto de ella al pasar; pero ¿el Colegio? Ese sí que no había podido entrarle: era una casa grande, donde, sin embargo, no se respiraba fácilmente. Así se había imaginado él la cárcel. Esos muros amarillentos, gruesos, pesados, esos arcos sombríos, parecían amenazarlo a cada paso, imponían silencio; faltábale la respiración en los oscuros pasadizos, y veía caer estéril el sol sobre los patos enarenados; no lograban alegrarlo ni los niños, y eso que había dónde escoger.

Y desde el siguiente día, con un programa fijo, con una distribución del tiempo, precisa, había entrado en la nueva vida tan ansiada. ¡Pero qué vida!

Lo que él no había sentido nunca, lo que no sabía si quiera que existiese, la noción de reglamentación, la infelicidad del rebajamiento, de la humillación: otros muchachos como él, de su color, de su tamaño, con menos puños, le eran superiores; iban calzados, vestidos con elegancia, tenían juguetes, y no tenían, como él, que barrer ni ayudar en la cocina en las horas de huelga. El, que en El Breñal había puesto envidia en todos los muchachos, era ahora el envidioso; él, que en la montaña tenía orgullo de ser el sirviente de los misioneros, se sentía ahora con vergüenza de servirles. Indudablemente él era muy ingrato, porque los Padres tal vez eran ahora más simpáticos, y la ropa y alimentos que le daban, siempre eran mejores que los de El Breñal. Pero algo le hacía falta; ¿qué era? Nada: que no podía saberlo.

Y con todo, así podía seguir. No se daba cuenta por qué lo hacía, pero se resolvió a abandonar del todo la asistencia a clases, y escribirse a su padre, claro, terminante: o sirviente o estudiante; y para lo primero prefería volverse a su casa.

Su padre le había dado la razón; y como no tuviera otro recurso, tómale dinero a interés a D. Cosme, para pagar la pensión de su hijo. Bien claro se lo había dicho en la portería al despedirse, después de arreglarle con el Superior la permanencia decorosa en el colegio.

- Tú madre va a echar pelea conmigo.

-...?

- Porque ella cree que es un disparate lo que estoy haciendo, lo que hice. Pero no importa: queriendo se consigue lo que se desea, y quiere decir que tendré que trabajar más para sostenerte y librar la huerta; y cuando vuelvas hecho un sabihondo, me dará la razón. Yo no puedo volver allá contigo, ni riesgos, con todo lo carilargos y envidiosos que se pusieron todos porque te venías a estudiar.

Y tuvo tanta parte en el colegio como los demás; y tras la primera deuda para la primera pensión, vino una segunda, y tras ésta otra y otras. Tres años y medio de Colegio en que había aprendido tantas cosas!

Sí: lo que había aprendido! A cantar en el coro, a cantar en las procesiones, a jugar a la pelota, a traducir el Epítome y las cartas familiares de Cicerón.

Pero había podido aprender algo más; había podido sacar sabias enseñanzas, que no faltaban, si su mala estrella no lo hubiera llevado por lo peor de los caminos: por el camino que lleva irremediamente al aniquilamiento de la voluntad, empezando por la pérdida de la vergüenza y por el irrespeto de sí mismo. Y al traer a su recuerdo las consecuencias visibles de su falta, falta que no lloraría nunca como debiera, venía también el de sus amigos y compañeros, más diestros, más hábiles, más hipócritas, ciudadanos al fin, que en las luchas del pecado tenían armas más listas y aparentes. En cambio él se había dado íntegro; y fervoroso del culto de los sentidos había despreciado todo lo bueno que se le ofrecía para buscar lo malo que por ahí nadaba clandestino y vergonzante. ¿En qué había parado aquello? En la expulsión del Colegio, necesaria, precisa, demasiado justa...

Y en esta hora de reconstrucción moral, de evocación del pasado tormentoso de una vida que se iba, venía a su memoria, tangibles, aquellos sucesos que tanto influyeron en su existencia; y no por vergüenza, pero sí por odio, la sangre se le agolpaba al rostro, le obscurecía la vista y veía para adentro: un dormitorio que era un salón largo, mal alumbrado, muchas camas simétricas, poco distanciadas; un bedel cabeceando; los muchachos insomnes; cabezas inquietas; nervios sobreexcitados; sensaciones vertiginosas, enervantes...

Ahora que se creía curado, quizás no lo estaba; enfermo el cuerpo, enferma la voluntad, muerta casi. ¿Era acaso un paso seguro para su regeneración la vuelta a la casa? ¿No lo hacía quizá porque a ello lo impulsaba una necesidad de socorro, al verse solo y abandonado sobre la haz de la tierra? ¿Se mandaba él por ventura? ¿Volvería a servir de algo?

¡Ah! Los hombres prácticos! De práctico se jactaba Pedro Ruiz, el amigo que lo recogió en su cuarto el día de la expulsión.

- Pero hombre, ¿cómo caíste en la trampa? Hay que ser práctico, amigo; ¿no ves que tus amigos fueron quizás los que te denunciaron para estar más seguros y ganar simpatías? Esos sí prometen, de esos es el porvenir. Caes, sin embrago, en buena hora, y empiezas con un buen pie, pero has de dejar de ser lo que eres: en mi oficina, en el ramo de baldíos, hay un empleo vacante y yo me encargo de proveerlo: tú eres, desde luego, el elegido; tienes buena letra y eso basta. Vivirás conmigo; te arreglaremos un servicio económico, con la señora de esta casa.

Lo dejó atónito: ¿Con qué podía quedarse en la Ciudad, ganado dinero y ocultando a sus padres la expulsión? ¡Magnífico! Más tarde les contaría, cuando sus economías -que las haría- le permitieran acompañar la carta con una remesa de dinero, algo como la cosecha que empezaba a recoger del hijo sabio. Se iría tras el hombre práctico, tras Pedro Ruiz, el vividor, que de campanero en la iglesia del colegio, había pasado a al oficina de hacienda y ganaba para vestir bien y vivir cómodamente.

Y entró con pie seguro, como habíale dicho Pedro, en un empleo público: le querían todos, desde el jefe hasta el portero: sabía dar gusto a sus superiores, por la rapidez con que se movía dentro de su oficio; porque su letra era clara; porque era madrugador; porque no faltaba nunca a la oficina; porque no bebía aguardiente. En la calle, fuera de la oficina, mejor aún: en tertulia con la patrona y sus hijas, dos solteronas empedernidas, pasaba la tarde y las primeras horas de la noche; después a la cama. No había teatro, no quería ir más a la calle con el *hombre práctico*, porque había averiguado que era jugador y hasta fullero; además, había que gastar en esas salidas, y él quería cumplir su proyecto de reunir una suma gordita para endulzarle la noticia a sus padres.

¡Pero cuán poco había durado ésto! Cosa de seis meses, tranquilo, sin torcedor, sin anhelos casi: no había pensado en las mujeres sino para huírles, ya que esos deleites no eran para quien se respetara un

poco. Por lo demás, él no se atrevería con ellos, les tenía miedo, vergüenza, hasta aversión. ¿Qué falta le hacían? Ninguna. Ver una mujer, de esas cuya especie aprendió bien pronto a distinguir y querer escupirla, era cosa que si no sentía, sí se imaginaba sentir.

Fue un domingo a una corrida de toros. ¿Qué gentío, qué apretura, qué incomodidad! Parecía que como que los nervios todos de los concurrentes convergieran por la excitación del espectáculo, a un solo punto: al triunfo de la carne bien pronto enloquecida y febril.. Hombres y mujeres en apretado revoltijo le hostigaban por doquiera, y era en vano que por su conciencia vituperase la escena, si al mismo tiempo veía en todo aquello un canto a la vida, que estallaba por doquiera: en el brillo de las miradas, en la alegría de los semblantes, en el agitar nervioso de las manos, ya para aplaudir, ya para imprecicar.

De pronto tropezaron sus ojos con otros ojos que lo miraban audaces, imperativos. ¿Por qué lo miraría con tanta insistencia esa mujer? Haría mala cara, ya que era imposible salirse de aquella barahúnda donde la humanidad se hartaba de placeres crueles. Miró el toro, miró a todas partes, pero siempre girando en rededor de aquellos ojos; tornó a mirar y tornó a encontrarlos fijos, imperativos. ¿Si sería alguna conocida, alguna de las muchachas de El Breñal? Porque esa mujer no miraba como las otras.

Y entre el toro y la mujer paseó sus miradas toda aquella tarde, olvidando a fin de todo, del gentío, de la humanidad ebria...

Cuando menos pensó se vio en la calle, parado en la primera esquina, viendo desfilar coches, hombres, mujeres. Sobre su cara, casi azotándolo, voló un pañolón blanco enarbolado por un brazo redondo y grueso, al mismo tiempo que una voz que aún creía oír, le dijo:

- Adiós, buen mozo.

Era la del Circo; ¡qué lástima! ¡Era una de tantas! Y echó a andar corriendo casi, hacia su casa, huyendo del gentío.

Aquella noche no charló con la patrona, como de costumbre; quería estar sólo después de aquel bochorno. Se acostó más tempranos que de ordinario y el sueño no vino; cogió un libro, una novela interesante, y no logró fijar la atención. Entre sus ojos y el libro había una marejada de humanidad ebria de

vida: todos eran jóvenes y de sus bocas febricitantes salían cantos de amor. Y por sobre todo esto, unos ojos, negros, grandes, imperativos, metidos entre los pliegues de una extraña banderola que tenía por asta un brazo grueso y redondo.

El frío de las primeras horas del día siguiente logró amodorrarlo y hubo de levantarse tarde contra su natural costumbre. Por primera vez lo vieron adusto sus compañeros en la oficina, y por primera vez pasó el día sin trabajos, presa de una nerviosidad de movimientos sin objeto, que lo llevaba del escritorio al balcón, del balcón a la mesa del Jefe, de aquí al archivo, del archivo a otra parte. Nada: qué no podía sentarse!

No tuvo hambre en la mesa, no oyó las conversaciones de los comensales, y por primera vez se echó a la calle, en busca de sosiego, lejos de los transeúntes. Andaba sin rumbo con el fin de aguardar la noche sentado en una piedra o tirado de espaldas sobre la yerba.

Ya salía a campo abierto cuando una voz seca le hizo volver la mirada atrás, y se encontró a dos pasos suyos con la muchacha del Circo, que llevaba el mismo camino y lo miraba sonriente.

-¿Qué quieres? La dijo, encendido el rostro y siguiendo su camino.

-¿Yo? Nada. ¡Qué voy a querer! Voy para mi casa. Apretó el paso la muchacha; él lo apretó también.

-¿Dónde vives?

-¿Para qué quieres saber?

- Para nada, curioso que soy.

- Bueno, pues vivo allá arriba.

- Veo arriba dos casas...

- En la primera en la blanqueada. ¿Si que es preguntón, no?

Sentía el corazón en el cuello, golpeando recio, estrangulándolo casi; le temblaban las piernas, las manos; algo como un frío mortal le recorría la epidermis e iba a necesitar un sostén para no caerse. Allí, al lado del camino, había una piedra grande. Se sentó.

La muchacha se detuvo un momento.

- Adiós joven.

- Adiós... mujer. ¿Cómo te llamas?

- Carmen

- Hasta mañana. Carmen.

Volvió a la casa más animado, pero tampoco pudo dormir sino hasta después de media noche.

Ya no le asediaba la humanidad tremante de pasión; pero Carmen se le había metido en el cuerpo, en los sentidos, con honda raigambre. Era el diablo quien le había puesto por delante esa mujer, hecha expresamente para el pecado; mujer tallada en mármol pagano que animara un soplo maléfico y rebelde. Porque como era hermosa, era verdaderamente deslumbrante: alta, flexible, opulenta de carnes sumisas a la armonía de la curva perfecta; blanca; fresca, como si por ella no hubieran pasado ni años, ni penas, ni placeres. Largas pestañas velaban sus ojos grandes, negros, ávidos; nerviosa, pequeña, de dibujo impecable, su boca sedienta; y larga, espesa y negra, su cabellera virgen de cuidados y adornos.

Tenía que ser así. Para algo ella era frívola, sensiblera; para algo le deleitaban las emociones raras, el saborear la locura del amor, a flor de piel, sin la amargura de las pasiones intensas en que el alma domina a los sentidos. Con esa cabeza de Dios niño, metida en un cuerpo de mozo sano y puro, debía ella jugar a su sabor, segura del triunfo; cogería la primera flor para deshojarla en su holocausto.

Tenía que ser y fue. Fue una borrachera de amor, un desborde pasional, en que él había llevado la peor parte. Estudios desordenados, impuestos; exceso de razonamiento; cavilaciones y sufrimientos

precoces, en plena flor de vida, habíanle roto el único resorte. Era un inerte moral, que ya iba de impulso en impulso, casi inconsciente, sin voluntad.

Y el empleado modelo, poseedor del cariño de sus jefes y compañeros, el madrugador impertérrito, el trabajador incansable, sin más anhelo que ayudar a sus padres, se fue hundiendo lenta pero seguramente. ¿Quién era él para luchar contra esos peligros? Un ingenuo, un primitivo, que se daba íntegro, sin reservas, porque ni conocía el medio en que se movía, ni era adaptable. Y al hogar de aquella pareja que, pasada la primera borrasca del deleite, ardía a fuego lento, en plena idealización del goce de los sentidos, en la soñada molicie amorosa en que parecen espiritualizarse las sensaciones, llegó la sed de oro agostándolo todo.

El lo había visto. Aquello se apagaba, se moría, faltó de combustible; el incendio de sus besos se extinguía ante la frialdad serena de los billetes de banco. Los ojos de Carmen, desviados por el vértigo de los coches que desfilaban llevando a otras mujeres ataviadas con sedas y deslumbrantes por la luz de sus joyas, ya no miraban para el pobre, pero coqueto rincón que él le arreglara; la vida fácil, muelle, que pasaba de una emoción a otra emoción con el acicate del oro, enloquecía de envidia; apartábala de él, más hombre que muchos, la seguridad de aplastarlas a todas el día en que volviera de lleno el mundo brillante. Ya no la escalofriaban, como en antes, las caricias ingenuas de aquel muchacho ardiente y enamorado.

Todo lo había visto él, y extremando sus esfuerzos, quiso poner calor y vida donde había soplado eficaz un hálito de muerte. ¿Quería trajes? los tendría; ¿Quería joyas? las tendría también; si sus economías no bastaban, bastaría el crédito, el porvenir entero, su vida, que él inmolaría por esa mujer. Pero ella sabía a que atenerse: él no podía calmar su ansia sino con besos que ya la hostigaban, con lágrimas que le daban risa; y era en vano que intentara pagar con transportes como los primeros, aquel amor intenso, porque no resultaban, y siempre tenían aspecto de limosna.

Un día recibió esta boleta concisa: “No vengas esta noche que está mi madre en la casa”.

No iría: ¿y qué hacer? Su cuarto le pareció sombrío, triste, y se salió a la calle para dar una vuelta por distraerse, por pasar el rato, pero nada: cuando menos lo pensaba se encontró a las puertas de Carmen; fue a llamar, y cayó en la cuenta de que no debía hacerlo. Se sentó en la acera tiritando de frío enfermizo, y al fin se quedó dormido. Algo como un disparo y una carcajada brillante volviéronlo a la realidad. Se acercó a la puerta, echó la visual por el hueco de la cerradura y vio distintamente: una botella coronada de espuma,

sostenida por una mano aristocrática de *clubman*, sobre la mesa un sombrero de seda y un bastón con empuñadura de oro; una mujer que pasaba descalza, friolenta, cubierta apenas por su camisa de noche...

Ciego, loco, impremeditado, fue el arrebato. Crujieron las maderas, rechinaron los hierros y cayó en media sala como una fiera: ella dio un grito, el otro corrió a esconderse en la alcoba inmediata; él se había quedado paralizado, mudo. Fue ella la primera en hablar, perfectamente restablecida del susto al conocer la causa que lo produjera.

- Váyase Carlos, no me ponga pereque. ¡Qué dirán los vecinos!

-¿Y eres tú quién me manda salir?

- Sí; yo: ¿no estoy en mi casa? ¿Tengo yo algo que ver con Ud.?

Ni qué contestar.

- Se va, o llamó a un policía...

- Un policía...!

- Sí, o dos, o tres. Váyase, si quiere evitar un escándalo.

- Un escándalo...!

-¿Qué? ¿Se burla?

Y levantándose sacó fuerzas para sacarlo ella misma; pero no encontró resistencia. Dócil, manso, se dejó llevar hasta la puerta. De allí a la calle no fue más que un empujón.

-¿Qué había sido de él esa noche? Recordaba que había andado al azar mucho rato, sin sentido, atrofiado el pensamiento, rota todas las piezas de su maquina moral. Vio una puerta abierta; en el fondo una

mala luz sobre una mesa donde había botellas, vasos, copas. No había bebido nunca y, súbito, pasó por su mente la idea de beber; había una mujer joven, fea y sucia; de la vecindad vinieron después otras...

- Denos aguardiente.

-¿Grande o chico?

- Grande.

Después bebió otro trago y otros después. Entraron unos cachacos, unos músicos...

-¡Aguardiente para todos...!

.....

Se despertó al día siguiente muy cercado al mediodía; en un rincón, en el suelo, estaba tirado un cachaco, lleno el traje de tierra y cal. Todos dormían aún...

Ese día no fue a la oficina, ni salió de aquella casa, primero por vergüenza de que lo vieran salir de allí a esas horas; luego... porque había bebido más.

Cuando al día siguiente fue a la oficina, llena aún la cabeza de vértigo de la víspera, encontró sobre su escritorio dos cartas. Una era del Jefe, en que le daba severa reprimenda, y le amenazaba con la destitución si no variaba de conducta; la otra era de Rosario, su hermana: le participaba que el domingo anterior había enterrado a su padre, muerto la víspera a consecuencia de haberlo reventado por dentro un palo que le cayó en el monte. Y terminaba:

“Estamos en la miseria más completa porque a D. Cosme le debía mi papita unos reales, y ya mañana hay que entregarle la huerta; y no nos vamos al monte porque nos hizo la caridad de dejarnos el rancho aquél, donde recogían los peones la leña. Mi mamita no tiene ya ojos para llorar; llora por todo: porque D. Cosme nos echa, porque nos deja el rancho, porque nos manda algoito, pero, sobre todo, porque no sabe de su Carlos. ¡Boba que es! No sea tan desconsiderado y venga siquiera, para vernos. En confianza le digo que

le metamos pleito a D. Cosme, porque eso no es como él dice; porque lo que se le debe es menos de lo que vale la huerta. En fin, yo no sé; mi mamita se enoja cuando le mientan esas cosas, y lo que hace es decir que si le hubieran hecho caso...”

¡Qué llanto más copioso! La noticia rompió el dique, y las lágrimas rodaron fáciles, vertiginosas. ¡Tenía tanto por qué llorar y no lo había conseguido!

Un amigo llevolo hasta su pieza, detrás iban todos los empleados, el mismo Jefe, apenas condolido. No le dejaron solo un momento todo ese día y le arreglaron viaje. Todo se lo hicieron esos buenos amigos, hasta conseguirle dinero, comprometiendo con un agiotista, con dos firmas que puso en papel, los sueldos de dos meses; telegrafiaron al pueblo más vecino de El Breñal, avisando la salida para el día siguiente y consiguieron el reemplazo para poder separarse temporalmente del empleo. Con él lloraron todos, porque lloró todo el día, y el llanto es contagioso como la risa. A las diez de la noche se había despedido del último de los amigos.

Inmediatamente entró una sirvienta y entregole una carta que desde temprano le había dejado una señora, con encargo, dijo, de no llevársela sino cuando estuviera solo.

Le abrió y leyó:

“Te espero esta noche sin falta. Tenemos mucho que hablar.

“Carmen”

¡Ah! ¡La infame! ¿Y aún osaba interponerse entre él y la tumba de su padre que lo llamaba imperiosa? No podía ir, no iría, ni aun en el supuesto de que su padre no hubiera muerto, porque antes que esta noticia lo abrumara, ha debido llorar potro muerto: su orgullo. Pero ¿no sabría ella nada tal vez?

Y recordó entonces más lucido, la escena en casa de Carmen, la orgía en un tabuco; todos los disparates hechos.

¿Para qué lo quería Carmen? ¿Para echarle en cara su atropello? ¿Para repetirle que no tenía compromisos con él? ¿Para mostrarle otro hombre quizá? ¿No iría? Uno a uno, severos, lógicos, se hizo a sí mismo una serie de razonamientos que impedían atender a la cita; pero impensadamente se iba haciendo, mientras tanto, el nudo de la corbata, y se cepillaba las botas. Y olvidado del padre muerto, de la casa huérfana en una sierra lejana, de su próximo viaje, de todo, iba pensando en la extraña mujer. ¿Y en resumen porque no ir? ¿No estaba él completamente desengañado? Era el último día de permanencia en la ciudad; ¿por qué no despedirse, pues, para siempre, y aprovechar la ocasión para decirle muchas cosas que se tenía pensadas? Iría un momento, un cuarto de hora no más, que él haría inolvidable para la infame, la ingrata. Y fue...

¡Las explicaciones! Quién estaba allí esa noche era un médico que había ido a ver a su madre enferma de un cólico. Y había tenido que tratarlo duro, porque le daba pena de su madre y del doctor. ¡Qué pensarían ellos! Pero ya lo había perdonado todo, por que ese día había sabido de la muerte de su padre, y el próximo viaje. Sobre todo, si Carlos no la quisiera no hubiera hecho lo que hizo; eso le demostraba a ella que sí la quería de verdad. ¡Nada! A olvidar esas cosas, cosas pasadas, que no había que mentir siquiera, Pero hablarían de lo otro.

¡Con qué hacía días se había muerto el buen señor! ¡Y qué manera tan cruel, Virgen Santísima! Ella había llorado todo el día y eso sin conocerlo; ¿qué tal si lo hubiera conocido? Algo le decía el domingo pasado que alguna desgracia iba a suceder o había sucedido: todo el día triste, como con un aburrimiento, sin saber por qué; era un presentimiento, nadie se lo quitaba de la cabeza; era que el corazón le avisaba la pena que había de afligirlos; aunque no fuera sino esa separación tan a la carrera, tan sin tiempo para despedirse casi, por dos meses, que eran una eternidad. Por Dios, ¿qué iba a ser de ella?

Se reconciliaron. Los besos secaron las lágrimas y poco después aleteaba sobre ellos un amor anémico, tísico; un amor surgido del olvido que da la fiebre; del olvido que así arrojaba inclemente una tumba en El breñal como cubría con velo engañoso las falacias de una irredimible. Y aleteó indeciso, mientras duró el dinero del agiotista. Después... el derrumbamiento definitivo de que no había de levantarse.

Aquí marcaban sus recuerdos una línea borrosa, sin precisión de tiempo, lugar, ni circunstancias. Había caído de muy alto, y había rodado mucho. Sin empleo, sin dinero, sin casa, sin ropas, sin amigos; bebedor, petardista, licencioso; la escala del vicio sin pararse en ninguna parte, si paladear los placeres, pero

apurándolo febril; odiando siempre a todos: al rico, porque lo era; al pobre, porque le servía al rico; al bueno, por juzgarlo hipócrita; al malo, porque le hacía competencia. ¿Para qué quería él la vida? Cualquiera día se suicidaba, si es que no se moría en una orgía...

¿Cuánto había durado aquello? No lo sabía: a veces le parecía que había sido el delirio de un día; otras, fijaba hechos, y abarcaba largos espacios de tiempo. No recordaba donde había comido dos veces seguidas, ni en cuántos jergones había dormido; ni siquiera en fuerza de que circunstancia había ido a parar al Hospital. Debió estar borracho, porque del Hospital la primera memoria suya, fue la llegada del Dr. Puentes, a su cama, a su cama limpia, seguido de los estudiantes de la clínica.

- Vea Ud. Gómez este enfermo.

Gómez era un antiguo condiscípulo, y se acercó simpático. Le examinó la boca, las narices, las orejas, las uñas, las articulaciones todas; le observó las cejas, y estudió y palpó las úlceras de las piernas y de la cabeza.

- Tratamiento mercurial, Doctor,- dijo Gómez.

- Está bien. Póngale una inyección.

¡Y cómo dolían esas inyecciones! Tanto, que por temor de ellas se había tenido que fugar del Hospital, donde estaba tan bien.

Y ahora... a casa, a morir al Breñal, a dejar los huesos junto a la tumba de su padre...

IV

Es la hora de las medias tintas para todo el que no mire al cielo. En el poniente fondo azul y blanco trazó el sol al hundirse, su huella luminosa: es un abanico gigantesco, multicolor, franjado de oro, que irradia en tonos de incendio sobre la casita de Marta. La tierra está quieta, muda ante el misterio de la noche que se acerca silenciosa, con silencio que se oye y que nadie turba.

En su puesto de atisba, en el umbral de su puerta, está Marta; a su lado Rosario arregla los trebejos de la leña.

-¿Por el sendero sube un hombre, Rosario?

- Sí, el Tiñoso que vuelve sin duda a ver que dejamos mal puesto. Cómo arrime el so ladrón, se lo cantó claro.

- Qué sabemos mija, puede que no haya sido él quien nos dejó hoy sin desayuno; no hay qué juzgar...

-¿Qué no? ¿Quién va a ser, pues, sino ese andrajoso, sin vergüenza, que se finge cojo para pedir limosna?

- No sea juzgona mija...

- No sea tan buena, mamita...

-¿Y si sabemos qué tiene hambre? ¡Pobre! Pero viene en realidad para acá; ya está encima. No le vaya a decir nada, Rosario.

-¿Qué no? No faltaba más...

- Ladrón, abusador, tira de aquí que ni tenemos que dar ni nos volvemos a dejar robar.

El recién llegado no contestaba, ni se movía.

-¡Eh! No es el Tiñoso... ¿Quién será mamita? ¿Qué quiere Ud. señor?

Nadie le contestaba; pero a su espalda, alta, erguida, espectral, como visión de ultratumba, los brazos en alto, se movía la pobre Marta en dirección al hombre.

Apenas tuvo tiempo de verla Rosario, porque un grito que salía unísono de dos alma, y el choque de dos cuerpos que cayeron el uno sobre el otro en abrazo estrecho, la dejaron como atolondrada.

-¡¡Carlos!! ¡¡Hijo de mi alma!!

-¡¡Madre querida!!

.....

- Si es Carlos, Rosario; y tú sin reconocerlo; pero a las madres nunca se nos pierden los hijos.

Rosario corrió a abrazarlo, y se retiró bruscamente.

-¿Eh? ¡Hiede a Hospital!

- Sí, de allá vengo. Tengo unas úlceras... Mira, Rosario...

Y se levantó el pantalón hasta media pierna.

-¡¡Ah!!

- Si casi no arrimo... Hace cinco días salí...

-¡Hospital!... ¡Úlceras!... ¡Cinco días de viaje y casi no arrimaba mi hijo!... ¡¡¡Qué es esto, Dios mío!!!...

Y blandiendo los puños apretados y siniestros, rugió colérica:

-¡¡La ciudad!! ¡Ciudad maldita!... ¡lo que me devuelves! ¡¡Ladrona!!!

LA OVEJA DESCARRIADA

Por: *Saturnino Restrepo*

A Ricardo Olano, fundador de ALPHA

A ver!- decía Don Diego dirigiéndose a Rodolfo con voz seca y enérgica, al terminar su arenga: A ver ¿dónde se pasa Ud. los días?- Hoy, tartamudeó Rodolfo, confuso y cabizbajo, me estuve allá arriba en la Tarija y después me fui a casa de Don César.

- Don César! exclamó el padre y con un tono marcado de sarcasmo, añadió: ¿Ud. no piensa sino en Don César? ¡Ud. nació para ser otro Don César...!

Rodolfo no pudo responder. La voluntad fría y tiránica del anciano le había paralizado para siempre. Recordaba, cuando niño, el temor, casi instintivo, con que huía a refugiarse a los brazos de la madre tan luego como Don Diego volvía de los trabajos. Muchas veces había soñado con él. Por todas partes, en todos sentidos, había hallado interpuestos en su vida, limitado sus pasos, los designios paternos, oscuros y opresores.

Un día, cuando tenía 20 años, habiendo caído enfermo, decidió el padre que fuera a pasar algún tiempo en la ciudad. Los médicos aconsejaban el viaje, y Don Diego quería, por otra parte, que entrara en contacto con los hombres y las ideas de un mundo más amplio. Tres años había estado ausente. Recordaba aún su salida, el paso lento, el ánimo apocado con que se había despedido de las riberas malsanas en don estaban los aluviones del Junquero, y poco a poco, esa huida, la sensación de libertad y alegría a medida que avanzaba, respirando la brisa de los montes y alejándose de la cárcel paterna. Varias veces se había tratado de ir de esa casa, pero él seguía quejándose de su mala salud. Además era un muchacho, y el padre, que era avaro, protestaba. A Rodolfo se negaba a trabajar. Tenía aún gustos groseros, pero el amor a la verdad lo refinaba. Se había instruido un poco y cambiado de ideas al contacto de espíritus de mentes juveniles y atrevidas. Pensaba con terror, con fastidio, el volver al ambiente sórdido del hogar tiránico y monótono. Empezaba el cuarto año de ausencia cuando sobrevino definitivamente la crisis. Valiéndose de rodeos y subterfugios había logrado Rodolfo eludir las repetidas órdenes. Pero Don Diego escribió al fin en

imperiosos términos, amenazando, para imponerle el regreso, suprimir los recursos. Rodolfo se rebeló interiormente, ya que la cuestión del dinero, presentada en frases breves y concretas, le hizo experimentar como nunca, la sensación humillante de esclavitud y de inferioridad. Un estado confuso se producía en su pensamiento, paralizando su voluntad. Lentamente, con movimientos automáticos, empezó sus preparativos. Al otro día de recibida la carta —después de leerla y de haberla releído muchas veces- se dirigía a la calle con la intención de anunciar por telégrafo la marcha. A pocos pasos de la vivienda tropezó con un camarada llamado Julián. ¿Sabes? Le dijo éste: Ha estallado la guerra.- ¿La guerra? exclamó desconcertado Rodolfo.

- Sí y es preciso que nos vamos a pelear.

Rodolfo sintió vibrar todos sus nervios. Una visión centelleante de libertad, de lucha tal vez —en lo profundo de su ser, donde habitaban los instintos cardinales de la vida- una visión de venganza iluminó su tristeza desesperada, evocando un hálito de vigor fugitivo.

-¿Nos vamos? Interrogó el compañero.

- Hoy mismo, ahora mismo, contestó Rodolfo, con una deliberación insólita; y corrió a escribir unas líneas coléricas para Don Diego.

Cerraba la noche cuando salieron. Eran tres, Rodolfo, Julián y otro compañero llamado Tulio. Anduvieron gran parte de la noche y los tres días siguientes, sin encontrar tropiezo. Rodolfo tenía el hábito de las excursiones bravías. Los otros, menos acostumbrados, eran fuertes, sin embargo, y avanzaban intrépidos por todas las veredas.

Al cuarto día por la tarde, supieron que el camino estaba, a corta distancia, vigilado por patrullas. Se acercaban a territorio sublevado y había peligro de caer presos. Rodolfo manifestó vacilación; tenía una herida ligera en un pie, y no habiendo podido conseguir víveres en el día, empezaba a experimentar fatiga. Julián opinó por el avance de frente. Se habían procurado, al salir, pasaportes falsificados y los harían valer, pero Rodolfo temía que, por un accidente, les pudieran descubrir, e indicó la posibilidad de trasmontar un ramal de la cordillera y volver al camino más allá de los puestos custodiados. Discutieron y al fin el conductor accedió a las intenciones de Rodolfo. Empezaron a ascender. No había camino. Trepaban una ladera casi a pico, uno de esos muros de las montañas, desnudos y colosales, que parecen bloquear definitivamente el

mundo. Hacía frío, y la noche más oscura cada vez, amenazaba tormenta. Ya tarde, rendidos, se recostaron al pie de unos arbustos en una elevación, donde parecía empezar una meseta. Habían dormido un trecho cuando despertó Rodolfo, creyendo oír ruidos de pasos y aun movimiento de armas. Llamó sobresaltado, a Julián. Oigo gente, le dijo con voz insegura. Por aquí cerca hay soldados.

El otro tendió el oído. Soplaban un viento helado en grandes ráfagas que se sucedían a intervalos. Las ramas de los árboles se movían a los lejos con estruendo. En los arbustos, y a ras de tierra, en la hojarasca muerta, se oían cuchicheos de palabras misteriosas.

- No sé, dijo Julián. Tal vez hay otro camino por aquí; y decidiéndose concluyó: lo mejor será ver.

Rodolfo estiró la mano para cogerse de su brazo como si hubiera querido detenerlo. Pero Julián avanzaba en cuatro pies por el borde de la meseta con cautela de un zorro.

Tardó en regresar. Rodolfo había empezado de nuevo a adormecerse, aunque sentía algún temor. Le causó alarma la vuelta de Julián que venía con rapidez, habiendo vagado largo trecho para volver a encontrarlos.

-¿Qué hay por ahí? Interrogó Rodolfo ansiosamente.

- Pues... dijo el otro, vacilando —creo que hay un puesto de guardia-. Aquí —y señaló hacia arriba- sigue un pedazo casi llano, cubierto de matorrales; luego, se levanta algo el terreno y allá alcance a distinguir una cosa blanca, que es probablemente una tienda. Me pareció también ver tizones.

-¿Y qué hacemos entonces? Preguntó alarmado Rodolfo, volviendo a mirar al otro compañero que seguía inmóvil durmiendo.

Julián no contestó por el momento. Permanecía indeciso. Luego dijo: en todo caso me inclino a creer que no es gente del Gobierno. Por aquí no hay caminos públicos y puede que sean más bien guerrilleros... Rodolfo siguió preguntando. Sentía temor. Si allí había soldados le parecía inevitable que los capturaran. Aun si eran revolucionarios, sería difícil que los acogieran bien, no conociéndolos.

Julián parecía contrariado con el suceso y también con las preguntas de Rodolfo. No sé, dijo al fin: mientras no amanezca, nada se puede saber, y entre tanto hay que dormir.

Rodolfo se quedó en vela, atento al oído, lleno el espíritu de ideas contradictorias. Pensó huir, deslizarse montaña abajo hasta volver al camino y tomar una dirección cualquiera. Pero le parece ridículo. Le daba vergüenza de Julián, y en el camino y más allá del camino, por todas partes, veía alzarse ante sus ojos el gesto despótico del padre.

El sueño volvió a rendirlo. Recostado a un barranco durmió un trecho. Despertó luego, otra vez. El cielo se aclaraba, tenía un tinte lechoso, semitransparente, en el cual se destellaban, como ópalos fulgentes, los luceros. Por todas partes, en torno, cerraban el horizonte, de lejos y de cerca, las montañas, en nudos y cadenas irregulares y potentes.

La claridad crecía. El cielo parecía ensancharse. Julián despertó súbitamente. ¡Es de día! dijo llamando al compañero; los tres consultaron: Julián decidió que iría a explorar otra vez y echo a andar rápidamente. Volvió a poco llamándolos. Rodolfo y el otro avanzaron unos pasos y descubrieron a Julián en compañía de dos hombres armados. Eran dos campesinos de traza robusta y animosa, que llevaban escopetas de cazadores bajo el brazo. Saludaron con afabilidad. Julián sonreía. La tienda que había creído él entrever era una gran piedra triangular y cenicienta. A un lado, en medio de las malezas, se distinguía un rancho de paja que servía de guarida a los campesinos. Allí dormían doce o más, temerosos de las patrullas nocturnas que andaban por campos y caminos reclutando. Los viajeros avanzaron hasta el rancho. A un lado de la piedra, en una concavidad, chisporroteaba una hoguera. Atizaba el fuego un gigante de algunos 30 años, con los brazos velludos y curtidos, de musculatura formidable. Todos salieron al encuentro de extraños. Julián contó sus temores de la noche, su gira de inspección y su alarma causada por la piedra.

Los campesinos reían comentando los sucesos y cambiando miradas de curiosidad. Al pie de la piedra, al resoplido del coloso, la hoguera se animaba. El fuego crecía, subía en lenguas diáfanas, rizadas y temblorosas, lamiendo el costado de la roca con silbidos anhelantes y convulsos.

Julián interpelaba a los campesinos, sondeando con astucia sus intenciones.

Tenían todos instintos revolucionarios. Les irritaba el pensamiento de ser capturados y de pelear como reclutas. Pero la idea de la guerra, en su conjunto, palpitaba latente, como una fuerza cósmica en sus naturalezas agrestes. Uno de ellos había bajado la víspera, escurriéndose por las rocas, agarrado a los bejucos, escudado por las sombras del crepúsculo, hasta cerca de un puesto de guardia en el camino real. Había espiado de cerca de los soldados. Opinaba que cualquiera, con un poco de arrojo, hubiera podido desarmarlos.

Tulio prestó atención esmerada. Hizo preguntas concretas. Julián meditaba. Rodolfo, cruzado de brazos, seguía con atención a los hechos. Y los otros, los hombres rústicos, rodeándoles en círculo, fumaban silenciosos sus pipas de hierro, con los ojos pensativos, como una trabilla de perros adictos y sanguinarios que presentía la partida. Más allá, alejado un poco de ellos, el vigilante del fuego permanecía medio absorto, contemplando la hoguera desmelanada, con ojos amorosos e inocentes, como una criatura primitiva que acabara de brotar del consorcio del Fuego con la Tierra.

Poco a poco, valiéndose de los datos que recibían, concluyeron Tulio y Julián un plan de operaciones: asaltar el primer puesto de guardia, que consistía en una veintena de hombres, algunos de los cuales les seguirían sin duda, y con las armas tomadas y los nuevos informes que allí se recogieran, apoderarse de un caserío cercano, en donde había una guarnición más numerosa.

Tenía que esperar la noche. En el rancho les dieron algunos víveres. Comieron y durmieron un rato. Rodolfo recordaba con cierto asombro sus temores nocturnos, pusilánimes. Ahora se sentía reanimado, tranquilo, libre sobre todo, feliz en la certeza de que no volvería nunca a pesar sobre su espíritu la dominación paterna.

Uno de los campesinos se había ausentado en busca de noticias, y volvió al atardecer con varios compañeros, de los cuales, uno como de cuarenta años, había sido soldado en varias guerras. Traían, en sacos a la espalda, algunas provisiones, cobertores y diversas armas.

Julián y Tulio parecían entusiasmados. Al caer el sol, poco antes de las cinco, se pusieron en marcha. A tiempo de partir, el gigante del fuego, que había permanecido aparte, ajeno a las deliberaciones, se resistió a acompañarlos.

- Es que es muy bruto, dijo para explicar su resistencia y en calidad de atenuación, el más viejo de todos.

Un patio de brumas densas y lívidas orlaba el sol. A lo lejos, se empinaban en las cumbres de los montes penachos fantásticos de fuego. Un dragón de oro radiante parecía dormitar en el último confín.

El descenso, de apenas una legua, era espantoso. Tulio y Julián, menos práctico que los otros, bajaban con auxilio de los campesinos. Eran cerca de las seis cuando llegaron a la base de la montaña, ya cerca del camino. Pararon en una espesura silenciosa y tupida. Julián y Tulio avanzaron acompañados del guía para reconocer el terreno. Tulio volvió en pocos minutos, con órdenes definidas. El puesto de guardia estaba a pocos pasos, en un recodo, a la sombra de una brusca saliente de la montaña, donde el camino partía en dos direcciones. Los soldados —reclutas casi todos— mataban el tiempo, dormido los unos, otros jugando, u ocupándose en limpiar las armas. El Oficial de guardia, un hombre de facha estúpida y siniestra, dormitaba en un asiento recostado aun pilar, ajeno en absoluto a la proximidad del peligro. Julián había discurrido, con su audacia habitual, un plan osado: avanzar de frente con Tulio, como dos pasajeros comunes, hasta llegar cerca al cuerpo de guardia. Los otros compañeros les seguirían de cerca. El Oficial detendría a los primeros, pidiéndoles sus pasaportes; y ellos, asaltándolo improviso, darían señal para el ataque. Sugestionados con la osadía del proyecto, los campesinos aprobaron, examinando con atención el juego de los gatillos en las escopetas. Tulio hizo rápidamente sus preparativos. Terciándose un lío de ropas bajo la ruana y agachándose el ala del sombrero, presentaba el aspecto de un viajero humilde. Llevaban otro lío para Julián, que seguía inspeccionando más abajo. Rodolfo bajó con Tulio. Le inspiró seguridad el aire despreocupado y travieso con que Julián modificaba el aspecto de su vestido. Pronto estuvieron listos y se pusieron en marcha. Un tinte de misterio se cernía sobre los rostros, parecía difundirse en el silencio de los árboles tranquilos. En el último momento Rodolfo observó que Julián escondía entre los pliegues de su lío, el alcance inmediato de su mano, un puñal resplandeciente. Tulio llevaba oculto un revólver y un pequeño machete pendiente de la cintura. De un salto se pusieron los dos en el camino. Los otros, uno a uno, les siguieron, agazapándose en las piedras y las ramas. Rodolfo cruzó el camino y se escondió entre un matorral, observando la marcha de los sucesos. En un minuto desembocaron Tulio Y Julián frente al cuerpo de guardia, caminando con pasos que simulaban la fatiga del andar prolongado. Parecían dos buhoneros cansados. Apenas lo hubieron percibido el Oficial de la patrulla se puso en pie y avanzó hacia ellos, deteniéndolos con un ademán autoritario. ¡Alto! Oyó Rodolfo que les dijo. Los dos se detuvieron.

-¡A ver los pasaportes! Continúo el Oficial.

Julián empezó a buscar en los bolsillos y en el pecho, dejando que el Oficial avanzara. Dos soldados se habían puesto en pie y se acercaban al Oficial.

- Aquí como que están, añadió luego Julián, retrocediendo dos pasos y buscando en el lío. El oficial avanza aún, con el brazo estirado, pidiendo los papeles.

Entonces, en menos de un segundo, vio Rodolfo la mano de Julián salir del lío, vibrar como un relámpago en el aire y caer sobre el pecho del oficial, que se dobló dando un grito confuso de cólera y terror. Al mismo tiempo, Tulio descargó un machetazo en la cabeza del soldado más inmediato, y los compañeros ocultos saltaron al camino, con las armas en alto, intimidando la rendición a los soldados estupefactos. Uno de éstos disparó sobre Tulio rozándole un brazo. Pero casi simultáneamente cayó herido por una bala de revólver. Los demás se entregaron. Rodolfo salió entonces de su escondite. En medio del camino yacía el Oficial, muerto, con la herida enorme sobre el corazón y el rostro desfigurado. Rodolfo miró el cadáver, miró a Julián, a Tulio, vio el soldado herido en la cabeza que había rodado hasta cerca de la casa, y sintió un estremecimiento, con la sensación indefinida de ser cómplice de un crimen. Julián, entre dando daba órdenes. Había entre los soldados de la guardia, varios conocidos de los campesinos. Casi todos estaban por acompañarlos. Les era indiferente la causa, pero cedían a la atracción de la guerra y al poder sugestivo —de audacia y de violencia- que ejercitaba Julián.

Sobre la base de los informes recogidos, se adoptó un proyecto de operaciones para esa noche y el siguiente día. Rodolfo escuchaba con atención, fijos siempre los ojos en los dos muertos que ya habían sido recogidos. En el corredor, en el camino, desde donde habían caído, se veían huellas sangrientas. Con el hecho trágico, violento, contrastaba con la serenidad de los ejecutores. Julián no había mirado siquiera los cadáveres. Tulio, que los había hecho recoger, los miraba, al pasar, con la expresión de un carnicero ante las reses muertas. Los soldados contaban en tono risueño anécdotas de matanza y crueldad. Había anochecido cuando emprendieron la marcha. A dos leguas de distancia pensaban detenerse y enviar exploradores para asegurar el otro golpe. Tulio marchó adelante, con un compañero conocedor de las veredas. Se había tratado de conseguir algunas bestias y provisiones. En un punto intermedio, indicaron los soldados una propiedad de gente enemiga, donde sería lícito y fácil tomar lo necesario. Llegaron antes de la media noche. Había gentes en la casa. Se oían voces altas, ladrar de perros y una canción destemplada

que entonaban al son de la guitarra. Uno de los soldados, conocedor del terreno, suministró las indicaciones requeridas. Julián le ordenó que avanzara con Tulio. Los otros irían en pos, se apoderarían de la vivienda, y de grado o por fuerza tomarían lo que quisiesen. Pero el soldado era tímido. Le inspiraba respeto la casa y vacilaba. Julián lo comprendió, y con acento frío de intimación y de desdén le dijo:

- Si tiene escrúpulos, váyase, que yo no necesito de cobardes!

- No es escrúpulos, dijo el soldado, sino que ai me conocen a yo y después es pa'... cosas ...

Julián se encogió de hombros, y apartándolo con el codo avanzó hablándole a Tulio:

- Si hay alguno de los dueños, tendremos que llevarlo prisionero ¿no?

- Pues, tal vez, dijo Tulio con un gesto equivoco, y se puso en camino. Los perros ladraban furiosamente abajo. La casa se ocultaba entre algunos árboles. Había que rodearla de lejos, cortando la retirada a los fugitivos posibles. En el camino, la expectativa fue larga. Julián permanecía inmóvil, fumando pensativo al pie de un árbol. Los otros cuchicheaban. Un arroyo cruzaba merodeando entre las piedras. De pronto se oyeron abajo grito, voces coléricas y resonó un disparo. Rodolfo se sobresaltó. Los demás tendieron al oído. Julián permanecía inalterable. Uno de los que andaban con Tulio regresó diciendo que la casa estaba en poder de éste.

-¿Y el tiro? Preguntó Rodolfo.

Fue que el cuidandero le disparó a *mano* Luis cuando le dijo que se diera preso, pero no le pegó y *mano* Luis...

Julián le interrumpió la relación preguntando con sequedad: ¿está todo?

- Allá fueron a coger las bestias.

- Vayan, ordenó Julián al que hablaba y a otro: ayúdenles a terminar que sigamos.- Rodolfo noto que Julián no se había válido de él para nada. Le pareció reservado. Por otra parte, sentía nuevos escrúpulos;

mataban y robaban como una verdadera cuadrilla de malhechores. ¿No habría hecho matar a Tulio al cuidadero de la casa asaltada...?Todas las nociones de subordinación, de orden, de respeto, inculcadas por la costumbre, arraigadas en su carácter sumiso como hechos absolutos, enturbiaban su percepción de las cosas. Julián y Tulio le infundían un vago temor, el primero sobre todo, con el aire imperturbable de convicción y de frialdad que asumía para mandar.

Tulio llegó pronto con los otros. Traían una mula ensillada, un caballo y diversas provisiones. Venían riéndose. Contaron que se habían presentado en calidad de amigos, como soldados del Gobierno. Pero el guardián de la casa, que estaba un poco ebrio, rehusaba recibirlos y escuchar sus exigencias. Por último, terminó Tulio, le intimamos prisión “en nombre de la ley”, pero él se rebeló y hubo que someterlo por la fuerza.

Rodolfo juzgó, por el tono cínico de Tulio, que lo habían asesinado.

Desanduvieron un trecho para tomar otra vía que abreviaba la distancia. Los cabecillas conversaban aparte. Al cabo de un tiempo hicieron alto para reposar. Se dispuso que dormirían dos horas. Cuando despertaron, Julián había forjado su proyecto de ataque al caserío. Debían sorprender la avanzada y exterminarla si era preciso. Al oírlo, Rodolfo experimentó otra vez desazón, remordimiento, temor, no el temor físico del peligro, sino la repugnancia profunda de incurrir en la responsabilidad de actos punibles. Habría querido interrogar a Julián, disuadirlo, descargar sobre él la culpa; pero sería pueril e inútil. Entonces, de pronto, cambió de ánimo; le pareció necesario intervenir en la refriega, ir el primero, distinguirse y adquirir autoridad para hablar, influyendo en la conducta de los otros.

A las cuatro y media llegaron frente al caserío. Julián designó a los que debían ir adelante. Rodolfo se acercó en actitud de incorporarse a ellos; pero el primero, mirándole interrogativamente, le contuvo. Había dispuesto que una decena de soldados, conducidos por un guerrillero de experiencia, se dirigieran, siguiendo la derecha del camino, al caserío, y penetraran repentinamente, en el momento del choque, como refuerzo decisivo. Si Ud. quiere se va con ellos, dijo Julián solamente, asignándole su papel. Rodolfo se sintió contrariado. Julián parecía ex profeso coartarlo, ciñéndolo a un orden de atribuciones.

Se acercó al grupo que le indicaban, pero sin incorporarse en él. Observó a los compañeros. Uno de ellos, un muchacho de veinte años, temblaba. Tenía miedo. Miraba a todos lados como buscando refugio.

Rodolfo sentía decepción, contrariedad, arrepentimiento de haberse juntado con Julián. Se volvió a mirarlo. Había montado en la mula y seguía aislado, sereno, en una vuelta del camino, donde dominaba el conjunto.

El guerrillero ordenó avanzar hasta ponerse al abrigo de una barranca donde quedarían ocultos. Empezaba a rayar el alba. La luz se cernía tenue y difusa a través de un velo pálido de nieblas. Pendiente abajo, se discernían, a corto espacio, las ondulaciones de un camino. Rodolfo se quedó atrás. No quería ser el subordinado de Julián, ni participar en sus hechos ni avanzar más allá. Bajó unos pasos. El terreno derivaba en falda rápida. Siguiendo el sentido de la pendiente, pronto se llegaría al camino. Rodolfo empezó a andar, resuelto a huir, aumentando en velocidad a cada paso. Había bajado largo trecho. Un instante se detuvo, al oír tiros que crepitaban en lo alto y cuyo estruendo le llegaba ensordecido, como si viniera del fondo de la tierra. En el pueblo se batían. Un momento se arrepintió de haber huído. Disminuyó el paso. Querría otra vez haber estado allá arriba, en el puesto fortificante del peligro, afianzando su voluntad en el conflicto, persiguiendo en la victoria de las armas la victoria fundamental sobre su destino. Se sentía avergonzado, en derrota ante sí mismo, vuelto de un golpe a la realidad de su cautiverio humillante... Cuando notaran su fuga. Tulio diría que había huído por miedo; y Julián... Julián se encogería de hombros con uno de sus gestos sencillos y definitivos. A lo lejos, los tiros aislados y dispersos indicaban, después de la sorpresa, la resistencia débil y el abandono del campo. Julián salía de nuevo victorioso.

Rodolfo seguía andando. Era cosa de las seis cuando llegó al camino, atravesado en aquel lugar por un torrente. Después el terreno ascendía un poco. Al llegar a la altura, bajo el sol que empezaba a despuntar, se descubría un vasto horizonte. A la derecha, en la distancia, corría un río; más allá, entre un mar de brumas densas, arremolinadas y confusas, se erguían las cordilleras, de un tinte azul sombrío, con los picos excelsos, dorados y bruñidos por el sol. Rodolfo hizo alto repentinamente, Cruzando el río lejano, trepando aquellos montes, y otros, y otros, al pie de los últimos que veía, estaban las minas de El Junquero...

Siguió andando. Paró en una casucha en donde ardía el fuego alegremente. Pidió algo de comer. Se sentía rendido de hambre, de sueño, y de cansancio. Le indicaron una venta que había a corta distancia, donde conseguiría provisiones. Echó andar otra vez, pero no hallaba la venta. El camino era de travesía, levemente ascendente, y se alargaba sin dejar ver vivienda alguna. Por fin, en una vuelta rápida desembocó frente a la casa, llena de movimiento y de luz. Rodolfo paró asustado, quiso huir, los corredores estaban llenos de soldados. En el camino había bestias ensilladas. Un Oficial, en pie, al extremo del corredor,

masticaba tranquilamente un pedazo de pan. Todos fijaron los ojos en Rodolfo. Él, desconcertado, dándose por perdido, se presentó al Oficial y lo saludo tímidamente.

-¿De dónde viene? Le preguntó éste.

-... No sé, dijo Rodolfo. Yo no soy de por aquí. Vengo de allá arriba.

Algunos formaron corro en torno.

-¿Qué hay por allá? Preguntó entonces el Oficial con una mirada en que Rodolfo creyó adivinar intención maliciosa.

- Yo... no sé, murmuró apenas Rodolfo, mirando a todos lados y sintiéndose cogido.

Salió otro Oficial. Se acercó al grupo. Había oído la última pregunta, y a su vez, con aire más decidido, preguntó:

-¿Ud. no sabe dónde están los guerrilleros?

- No... señor; yo no sé, contestó aún Rodolfo con tono vacilante.

- Quién sabe! exclamó el Oficial severamente. Ud. debe haber sido guerrillero. ¿Diga su nombre!

- Rodolfo Aguilar, contestó aún más confuso el interrogado.

-¿Y dónde ha pasado Ud. la noche? siguió el Oficial imperativamente.

- Allá arriba, contestó Rodolfo cabizbajo.

-¿Y dónde es allá arriba? Interpeló el otro.

Rodolfo no supo que contestar.

- Llamen al Mayor, dijo entonces el Oficial a un soldado.

Vino el mayor. Era un hombre de mediana edad, de rostro imberbe insignificante. Al oír el nombre de Rodolfo, se quedó pensativo unos momentos. Luego lo llamó aparte,

-¿De dónde es Ud.? le preguntó.

Rodolfo, alentado por la benevolencia del Oficial, habló serenamente. Poco a poco, el otro, sin perder su aire de autoridad, le obligó a confesar todo. Al decir los nombres de sus compañeros titubeó. Pero el Mayor insistía y amenazaba. Y él habló, ocultando hechos, falsificando detalles, pero en conjunto delatando a los compañeros, en una lucha sorda consigo mismo, sintiéndose vencido, vendido él mismo por el terror y la angustia del momento.

Pasó un rato. EL Mayor habló con los Oficiales. Cuando volvió había resuelto enviar a Rodolfo prisionero a la población cercana, dando instrucciones para que lo remitieran a su casa bajo custodia. Rodolfo se sometió pasivamente, sintiendo que una fuerza invisible, inevitable, lo volvía de los caminos más alejados, por sobre los más altos esfuerzos de su espíritu, al dominio inflexible de la autoridad paterna.

Al cabo de una hora emprendieron la marcha. El Mayor, con su tropa, iba en persecución de los rebeldes. Un cabo y dos soldados regresaban con él.

Cuatro días anduvo, cambiando de escoltas y durmiendo en las cárceles para llegar a El Junquero. La víspera de la llegada, en un pueblo, el Alcalde lo trató con deferencia. Conocía a don Diego, conocía a Rodolfo, y, al despedirlo, le pidió excusas por que le enviaba con guardia. La actitud del Alcalde, el paisaje familiar, le hacían sentir por momentos una especie de bienestar, como si hubiese adquirido un poderío repentino. A veces tropezaba con gentes que lo saludaban respetuosamente y manifestaban asombro viéndolo conducir entre guardias.

Pero una reflexión repentina y terminante se imponía a su espíritu. Esos saludos, la sumisión, el respeto, como las líneas vagas, monótonas y tristes del paisaje inmediato. En redor, todo, hasta la

naturaleza exterior, con su aspecto peculiar de sumisión y abatimiento, sugería al pensamiento de Rodolfo imágenes vagas de violencia, de sujeción, de cautiverio silencioso. Las impresiones violentas y tumultuosas, los sufrimientos físicos, la magnitud misma del choque inminente que sobrevendría con el padre, habían oscurecido, en el curso del viaje, sus nociones, hasta el punto de ser aquél un hecho que presentía sin precisar ni atreverse a mirarlo frente a frente.

La casa de Don Diego quedaba en la parte baja del villorio, a corta distancia de las minas, en un paraje solitario. Rodolfo llegó allí lentamente. Don Diego pensaba, como siempre, apoyado a una pilastras en su puesto se costumbre, y con su rostro inmutable. Tocaba en los sesenta años. Era alto y vigoroso. Tenía el cabello crespo y cano, los ojos grandes, de mirar firme, bajo la frente poderosa, y los ademanes breves que completaban por un fuego vivaz e imperativo, los mandatos de su lenguaje conciso.

Cuando Rodolfo llegó al frente suyo, Don Diego, que había permanecido inmóvil, sin verlo, avanzó a grandes pasos.

-¡Hola! Exclamó con una voz llena en que vibraba el regocijo. ¡La oveja descarriada! Y estrechó con avidez a Rodolfo. La presión entre sus brazos robustos, la caricia semi-brutal de las manos ásperas del padre, anonadaban a Rodolfo. Había esperado hallarlo frío, severo, armado, como un Juez hostil, de sus miradas más hondas y de sus más duros sarcasmos. Un momento, en las primeras palabras creyó sentir el aguijón dañino, cuando le dijo el padre: ¿Estábamos tumbando mi gobierno? ¡Eh! ¡Bandoleros!

¡Por fortuna nos quedan buenas armas!

Rodolfo pensó sin replicar: ¡Las mismas con que vamos a triunfar! Pero el recuerdo instantáneo de sus actos, el drama breve, mudo, irreparable de su viaje con Julián y la fuga y la delación abyecta, cruzaron su memoria y paralizaron su voz.

Por la noche y al otro día, repetidas veces le interrogó Don Diego con minuciosidad; quería saber los detalles de la expedición, la salida, los preparativos, el plan que se proponía y la naturaleza de los compañeros. Ni una palabra, ni un reproche por el intento revolucionario ni por la carta de rebelión y despedida. Apenas le reconocía Rodolfo. Al contarle el asalto a la casa en donde habían robado las bestias, como insistiera en la culpabilidad de Tulio, había sonreído Don Diego por primera vez con un aire burlón y compasivo. Más tarde, poco a poco, en medio de preguntas y de respuestas equívocas, llegaron en pocas

palabras al último episodio. Bien, dijo Don Diego: ¿Y a Ud. lo cogieron a la entrada del pueblo o en las calles?

Rodolfo, acorralado, sintió una confusión como la que le había sobrecogido al verse en la venta en manos de los Oficiales.

Don Diego le dirigió una mirada rápida —una de esas miradas rápidas y terribles en que descubría todos los motivos y juzgaba todas las flaquezas— y se quedó en silencio, con la frente empañada en una sombra de reflexión honda y amarga.

La víspera le había hablado algo de negocios, diseñando en líneas generales una vasta operación de valores. Rodolfo quiso volver los pensamientos del padre en ese sentido, arrancándole de su meditación terrible. Per él, después de escucharle unos segundos, desvió de nuevo la mirada, y el rostro y el pensamiento, encerrándose en su mutismo habitual.

Entonces empezaron días siniestros. Don Diego salía temprano. Volvía tarde, acompañado de un hombrequito seco y adusto, un ingeniero que escribía toda la noche y trabajaba todo el día, bajo el agua y el sol, en los cauces afluentes de El Junquero. Apenas dirigía ninguno de los dos a Rodolfo la palabra.

Y él aislado, como un preso sin carcelero y sin libertad, divagaba por la casa, muy amplia y solitaria, dando órdenes menudas a los criados y viendo desfilan los días abrumadores. A veces cogía los periódicos. Leía noticias de la guerra. Hablaban con frecuencia de Julián. Le daban por vencido, por prisionero, por muerto; y añadían acusaciones infamantes a su nombre. Había robado, asesinado, incendiado. Rodolfo creía, a cada vez, verlo pasar por caminos y pueblos, con la figura sombría de la última mañana, dictando a la chusma de soldados y tenientes feroces sus órdenes inexorables.

Un día trajeron una orden de Don Diego para Rodolfo. Había olvidado, al salir, un instrumento y debía remitirlo. Se fue él mismo a llevarlo. Halló a Don Diego trepado con el Ingeniero en una especie de andamio, lleno de cadenas y poleas. Lo acogieron con buen modo y le dieron a tener, durante un rato, la extremidad de una cuerda. Era lejos de la casa. Hacía calor y no se podía beber del agua cenagosa que había en la inmediación. Rodolfo tenía sed. Le indicaron unas viviendas en el camino cercano. —Por ahí mismo puede volverse a la casa, indicó el padre. Rodolfo subió poco a poco una pendiente; abajo, por todas partes, el

paisaje de tiempo atrás, había cambiado. Grandes barrancas habían sido demolidas, cauces de agua cambiados, y arriba, en la vertiente sólida de la cordillera, se percibían montículos grises que indicaban los trabajos iniciados a última hora sobre las minas del filón. Quiso subir allá. Había un cuarto de legua al trabajo más cercano. El terreno ascendía en gradientes duras, escalonadas, y se vestía de verdura sonriente, en contraste con la aridez de los terrenos inferiores. A distancia, la cordillera principal elevaba su vertiente maciza, vestida de florestas. Rodolfo subió con lentitud, meditabundo, casi gozoso, bajo la luz viva del día, como si ese camino hubiese debido conducirlo muy lejos, a una región de libertad y de dicha. Regresó pronto por otra vía. Toda esa parte alta, inexplorada cuatro años atrás, se había modificado. A cada paso había viviendas, labores, cursos de aguas desviados y aprisionados. En un sitio tranquilo, medio alejado del resto, oyó Rodolfo, al pasar, los sonidos apacibles de una flauta. Era Don César, el viejo músico que había sido en otro tiempo maestro de la Escuela primaria del lugar. Después, enfermo de los ojos, había dejado la enseñanza y comprado la casucha en que vivía. Rodolfo quiso verlo. Era a un lado del camino, en el fondo de un prado diminuto, en una leve depresión del terreno. Había al frente tres árboles silvestres, cubiertos de flores purpuradas. La flauta seguía tocando. Las notas, ondeantes y melodiosas, parecían difundir un encanto somnífero al aire. Al entrar Rodolfo, volvió el viejo los párpados apagados había él, y llamó con voz chillona y alarmada: ¡Javier! ¡María! ¡María! ¡aquí hay gente! y se puso en pie extendiendo las manos temblorosas.

- Soy yo, dijo Rodolfo medio alarmado.

El viejo tendió el oído, la faz dulcificada dudando. -¿Usted?... dijo.

- Sí, yo, Rodolfo.

-¡Ah! exclamó Don César, avanzando a su encuentro. Sus pasos eran firmes, su voz aún sonora, su aspecto casi hermoso, cuando estaba en calma. Pero sus nervios susceptibles y enfermos solían sobresaltarse hasta el terror. Y añadió: - Perdone que haya gritado. Por aquí hay gente muy mala, ladrones y muchachos, que se entran cuando estoy solo y me roban lo que tengo...

A los gritos del viejo había acudido María. Se detuvo al ver al extraño. Pero aquel, con sus sentidos misteriosos de ciego, adivinaba la proximidad de la hija, repitió: venga acá, hijita.

Ella avanzó entonces. —Es Rodolfo, añadió el ciego, Rodolfo Aguilar... debe ser ya todo un hombre.

Rodolfo no la recordaba. Hacía años, desde los tiempos de la Escuela, que no la veía. Era delgada, de breve estatura, con los ojos fulgentes —unos ojos extraños verde- oscuros, matizados de oro- que prestaban al rostro, de líneas firmes, raras, la expresión enigmática de un ídolo pensativo y ardiente. Hablaba pausadamente con una voz grave y metódica, una voz que parecía haberse impregnado, con el tiempo, del timbre familiar de las notas de la flauta.

Rodolfo se despidió pronto. Bajó a la casa. Llevaba una impresión grata. Cuando volvieron esa tarde, Don Diego y el Ingeniero, parecían satisfechos. Hablaron de sus proyectos, y el Ingeniero se dirigió a él, haciéndole preguntas, pueriles primero, después más serias y discutiendo sus respuestas. Pero ante todo, refrescaba su espíritu al recuerdo de la casa de Don César, el recuerdo de las notas escuchadas, que persistían en sus oídos, el recuerdo de la voz melodiosa —grave y honda- impregnada de vibraciones musicales, con que le hablaba María. A la tarde siguiente salió de nuevo, subió a los altos y, poco a poco, medio vacilante, se dirigió otra vez a la casa de Don César.

- Don César, le dijo: quiero que Ud. me haga un favor: toque algo en su flauta.

Don César vacilaba, temía hacer un triste papel. Pero tocó al fin. Y siguió tocando esa tarde, hasta entrada la noche y las siguientes para complacer a Rodolfo. Tenía un vasto repertorio de músicas viejas y ejecutaba con un arte raro, inesperado, difundiendo en el ambiente semisalvaje sus notas delicadas, como las voces de una lengua desconocida, de la que él se servía para expresar sus pensamientos solitarios. Pronto intimó Rodolfo con ellos. Javier, el hijo de Don César, era un muchacho de 13 años alegre y hermoso. María era despierta, sensible, de espíritu vibrátil, lleno de curiosidades y fantasías insólitas. A veces insinuante, otras retraída, como si hubiera temido que, al más leve contacto, le arrancaran lo íntimo de su misterio. En las mañanas solía Rodolfo permanecer con el Ingeniero, que parecía interesarse por él. Don Diego seguía, siempre alejado, dándole órdenes breves sobre asuntos mediocres, sin interés, ocasionalmente dejando percibir una palabra, en un gesto, su reprobación constante. A veces, el Ingeniero, pretendía explorarlo, conocer a fondo su situación moral. Rodolfo comprendió que había hablado con Don Diego también. Solía explicarle las empresas del padre, el porvenir, su riqueza futura.

Un día dejó Rodolfo comprender con alguna precisión, su descontento, su humillación constante, su contrariedad bajo aquel régimen de opresión invisible y de desprecio callado.

El Ingeniero meditó unos momentos.

- Lo comprendo todo —dijo— y lo que es peor, no puedo culpar a su padre. El es una máquina que produce voluntad como produce energía eléctrica un dínamo. Tiene un instinto de dominación que se alimenta de voluntades inferiores, como los animales de presa se alimentan de la carne de los otros animales. Sería necesario que Ud. tuviera una energía como la de él para escapar a su opresión. Y es... lo da o lo niega la naturaleza.

Rodolfo sonrió plácidamente. El Ingeniero había concretado simplemente lo que sabía él, lo que sentía y comprendía. Pero la situación definida en los términos gráficos del Ingeniero, se le hizo más insostenible. Y entonces, en su angustia interior, huyó con avidez hacia el nido de ensueños que había empezado a construir en la casa del flautista. A su tormento y a su inquietud, sucedía allá, lentamente, la sensación de reposo, de olvido, sobre todo la sensación bienhechora de indiferencia gozosa!

María seguía acogiéndolo con palabras familiares y festivas de agasajo.

Javier daba volteretas y contaba anécdotas del lugar y noticias extravagantes de la guerra. Había desde la casa, una vista amplia, distinta del horizonte murado, estéril, lúgubre del villorio. Un jazmín florecido sombreaba la extremidad del corredor. El suelo, desigual, árido, carcomido de El Junquero y de los aluviones, se perdía de vista, y a lo lejos, las cumbres escalonadas de los cerros y las cordilleras se dilataban en un espectáculo maravilloso. El sol moría suntuosamente entre oros fúlgidos; en medio de púrpuras se hundía en lagos azules y violados o se dormía plácidamente en un lento crepúsculo que decoraban los astros como piedras divinas de aguas pálidas. Una sierra lejana, de picos rutilantes, ardía con lentitud, hasta entrada la noche. Don César, hacía sonar en su flauta aires lentos de somnolencia y dulzura como un hermano terrestre del crepúsculo, que hablara del idioma de las luces moribundas.

Los árboles, delante de la casa, vibraban de pronto bajo la brisa. Caían pétalos sueltos y el jazmín del corredor se deshacía en rumores vagos y embalsamaba de hábitos penetrantes el aire. María escuchaba la

música en un asiento bajo, a los pies del padre, en silencio, con una expresión singular de alejamiento y de ensueño.

Una vez habló Rodolfo incidentalmente del Ingeniero. María soltó a reír. El, disgustado, le preguntó si lo conocía. Pero nada pudo saber. Optó por preguntar al Ingeniero; -no se resolvía, sintiendo un temor vago. Entre tanto volvió a hablar de él ante María, y la misma risa aguda y chocante apareció sobre los labios de ella. Una noche, por fin, habló Rodolfo. El Ingeniero no sabía nada. Había andado por cerca de la casa en sus trabajos. La había visto. Era todo. Rodolfo sintió alivio y alegría. A la tarde siguiente preguntó a María:- ¿Sabe Ud. bien cuál es? Ella se encogió de hombros, miró fijamente a Rodolfo y volvió a reír.- ¿Pero lo sabe Ud.? Insistió él. Como no, dijo ella. Un viejito alto, delgado, que anda siempre con unos fierros en la mano.

Rodolfo dejó de preguntar! María no conocía al Ingeniero.

Este, a su vez, a los pocos días interrogó a Rodolfo.

-¿Ud. está enamorado de esa muchacha? Le dijo. Sería error más grave que pudiera cometer. Yo he emprendido favor suyo una obra de verdadera conquista sobre la voluntad de su padre. Pero todo sería en vano, si él lo viera inclinarse a una mujer de condición oscura.

-¿Y por qué? Exclamó Rodolfo desconcertado.

- Porque Don Diego no puede tolerar, ni en sí mismo ni en los otros, y menos que en cualquiera, en Ud., un pensamiento humilde ni una aspiración mediocre.

Rodolfo calló amargamente.

Al otro día, Don Diego empezó a darle instrucciones sobre un punto definido. Quería, una vez más, ponerlo a prueba, cediendo a las sugerencias del Ingeniero. Rodolfo cumplió bien su cometido. Pero Don Diego no dijo nada, y en la noche le oyó Rodolfo que hablaba al Ingeniero.

- Es un buen instrumento, pero buen instrumento es cualquier pedazo de metal, una piedra o un palo.

¡Los instrumentos no deliberan ni pueden nada solos! Rodolfo comprendió que se trataba de él. Siguió, no obstante recibiendo ordenes. Las cumplía, pero la actividad fundamental del padre, el silencio insultante, el despotismo sordo, el pan cotidiano de desprecio, lo seguían lastimando. Y su aventura guerrera, cuyo desenlace había sabido Don Diego elucidar de un golpe, llegaba a surgir, inopinadamente, en alusiones difusas o precisas, envenenadas de ironía. Rodolfo pensaba, por momentos, en Julián. Se figuraba el ceño duro, la mirada arrogante, la distensión mortífera de esa otra máquina productora de energías, si hubiera tropezado por un segundo con Don Diego. Él, no sabía qué hacer, cómo empezar, en dónde herir para emanciparse.

La observación del Ingeniero sobre sus relaciones con María, le produjo primero dolor, después una ira sorda que germinaba en ideas de rebelión. Pensó un momento en fugarse con María, casarse secretamente con ella. Pero ella... ¿lo querría? ¿La quería él siquiera a ella?... Volvió allá, día por día, meditabundo, con el rostro pálido y el aire cansado. La música de Don César flotaba en el ambiente, parecía mezclarse al vaivén de los árboles, a la caída de las flores, que seguían esparciéndose en el tapiz del prado, y por una secreta consonancia, interpelar las ondulaciones del pensamiento de María y Rodolfo.

Hacía viento en las tardes. A una hora casi fija, un soplo fresco y amplio de brisa, venía, como un mensajero remoto de la vida, a serenar los ardores del día y la agitación de las almas. Mecía dulcemente los árboles, susurraba en las hojas. María, distraída, callada, mirando al frente lejos, hacia un confín desconocido del mundo, parecía esperar el soplo vivificante. Sus cabellos castaños, casi rubios, se estremecían bajo la caricia invisible. Su traje ondulaba, ceñía las curvas firmes, airosas, del busto y de los flancos. En torno suyo se difundía una fragancia fugaz de juventud, de carnes tibias y vibrantes, como una emanación de flor cerrada. Una vez y otra, quiso Rodolfo acercarse a ella, inclinarse en un segundo y murmurarle en el oído: -¡te quiero! ¡eres mía! ¡Vente conmigo!

Pero la idea de la lucha, del esfuerzo violento contra el padre, del gesto y la mirada con que lo acogería Don Diego, surgían, a cada vez en su imaginación, como un obstáculo definitivo y último. Y al mismo tiempo, la imagen de María, la idea de amarla y el pensamiento de que ella quisiera y lo siguiera, se asociaban con una persistencia incomprensible, a la noción de libertad, de redención, como si ese amor hubiese tenido por sí solo la virtud de disolver, para siempre, el vínculo que lo sujetaba a Don Diego.

Un día domingo, tuvo que irse, por orden del padre, al pueblo inmediato, a tres leguas de distancia.

Hubo de permanecer la semana. Tenía allí parientes lejanos, humildes y benévulos. Le hicieron preguntas de su viaje, de la vida que llevaba. Le envidiaban, por ser hijo de Don Diego.- ¿Es cierto que se casa? Le preguntó una señora.

-¿Yo? Exclamó él con asombro.

- Sí, nos han dicho que se casa con María, la hija de Don César.

Rodolfo sonrió desdeñoso y meditabundo sin saber que decir, sin saber qué pensar, ni qué sentir. Había, en el tono con que le hacían la pregunta, una desaprobación implícita, la impresión de estar afirmando algo imposible. Y él sintió, en ese momento, que era imposible que él quisiera a María y que se casara con ella.

¿Con qué no es verdad? Insistió la que le hablaba. Pues nos lo han dicho y repetido, que Ud. va a verla todos los días.

Rodolfo sonrió de nuevo, con aire profundo de incredulidad. Entonces notó que los circunstantes cambiaban, sonriendo levemente, una mirada. La señora de las preguntas, sonrojándose, desvió el curso de la conversación. El sintió que se sonrojaba también. Pero después, al partir, de regreso a la casa, entró a una tienda y viendo una estampa, con el nombre de María, la compró inmediatamente. Deseó entonces comprar más, comprar otra cosa, un obsequio espléndido para ella. No hallaba qué. Finalmente adquirió un pañuelo de seda negro y grande, para llevarlo a Don César.

Cuando entró, esa tarde, a la casa del flautista, María no estaba allí. Rodolfo no sabía que hablar. Don César había tenido una crisis nerviosa. A cada instante los ojos se le llenaban de lágrimas. Meneaba tristemente la cabeza al hablar, y sus labios y sus mejillas temblaban con una convulsión pertinaz.

- Dígame Rodolfo, preguntó de pronto:- ¿no es cierto que hay un pájaro negro, allí en la puerta?

Rodolfo volvió a mirar. —No hay nada, dijo, experimentando un sacudimiento indeciso de terror. El ciego calló, indiferente; hizo otras preguntas, calló de nuevo y volvió en breve preguntar, abiertos los párpados por un esfuerzo supremo, volviendo ávidamente los ojos muertos en torno:- Dígame, Rodolfo ¿no es cierto que hay un pájaro negro allí en la puerta?- No hay nada Don César, no hay nada, dijo Rodolfo en vano de aplacar los terrores que inspiraba la alucinación al ciego.

Luego, se oyó una voz, la voz de María, que se acercaba entonando una canción. Rodolfo sintió alivio. Le pareció que Don César iba a morir de un momento a otro. Al verlo allí, María se ruborizó un instante. Sonrió con una sonrisa enigmática, levemente burlona. Y en tanto que hablaban de cosas indiferentes, de la salud de Don César, del viaje, de los parientes y conocidos, varias veces observó Rodolfo la misma que sonrisa que volvía sobre los labios pálidos y sutiles de ella.

Pronto se despidió. Había olvidado entregar a Don Diego uno de sus encargos. En el camino tropezó con un hombre que iba en su busca, de parte de Don Diego. Corrió entonces. El padre le recibió airado con palabras ásperas y brutales. Era extraño. Jamás había sido así, dejando solamente sentir su autoridad, su irritación y su desprecio desde una especie de altura fría, como un Juez inaccesible. Al otro día, inesperadamente, se repitió la escena. Don Diego enfurecido, alzaba la voz, profería injurias y amenazas. Rodolfo sintió una rabia de bestias exasperada que se abalanza a morder y desgarrar. Y de un grito horrible, en que vibraban, desencadenadas todas las desesperaciones y las impotencias depositadas en sus años de sumisión, hizo callar al padre. Se había transfigurado. Sus ojos melancólicos tenían un destello feroz. Estaba lívido, e inconscientemente crispaba en el aire los puños, sólidos y grandes a punto de golpear.

El Ingeniero y un empleado inferior se lo llevaron. Quedó extenuado. Hablo de suicidarse. Por momentos, despertaba su cólera otra vez, quería buscar al padre, provocarlo, luchar con él físicamente, seguro de triunfar y de aplastarlo. El carcelero invisible, la mano oculta, siempre listo a someterlo, se había desembozado bruscamente, despertando en su carne, más fuerte y activa que su espíritu, los instintos de resistencia y de combate.

Lentamente se calmó. El Ingeniero intervino otra vez. Le aconsejó que se fuera, que buscara apoyo en sí mismo, abriéndose paso en el mundo. Don Diego no tardaría en secundarlo, espontáneamente, a la primera señal de vigor y de iniciativa que él diera. Pero esa idea, de tener que reconciliarse jamás, le hería y envenenaba. Pensaba en María y en Don César. Pensaba en ella con más intensidad que antes, con un

ardor real de pasión, como si la sacudida violenta de la víspera, hubiera activado y precisado todas sus emociones y todos sus instintos. Pero no se atrevía a ir. Una fuerza oculta, indecisa, le detenía. Le parecía que al verla, había de experimentar más dolor que placer, más incertidumbre y vacilación que aliento. Permaneció encerrado hasta el anochecer. De pronto sintió los pasos de Don Diego, que cruzaba en frente a su habitación. Se puso en pie, alerta. Pero el anciano siguió.

Entonces le ocurrió la idea. El padre pensaría, al verlo encerrado, que él tenía miedo. Cogió el sombrero y salió apresuradamente. Otra vez exaltado, seguro de que saldrían a detenerlo, echó a andar calle arriba. Hizo alto. No quería, no podía ir a casa de Don César. Retrocedió. Había luna, y las casas y las piedras, daban sombra fantástica en el suelo. Calle abajo se oía ruido de músicas y canto. Al extremo del lugar, en una casa bonita, vivían unos amigos. Entró a verlo. Hacía tiempo que no veía a nadie, que no tocaba con nadie, sepultado su ánimo bajo la tristeza invencible. Se sorprendieron al verlo. Había otras visitas, una señora de nariz aguileña, anciana y parlanchina, que parecía un pájaro viejo. Una hija de ella, alta, enjuta, vestida con lujo y adornada profusamente de joyas antiguas, relucientes.

-¿Quiénes son? Preguntó Rodolfo, por lo bajo, a una niña de la casa.

-¡Ajá! ¿No las conoce? Josefina Prado y la madre. Tiene que haberlas conocido.

- No recuerdo, dijo Rodolfo.

-¡Ah! Tal vez se había ido Ud. cuando vinieron ellas hace tres años. Son riquísimas. Pero debe de conocerlas, el padre de Josefina, Don Leonidas, tuvo un pleito con su papá, según creo. Entonces recordó Rodolfo. Había oído hablar vagamente en la Oficina de Don Diego. A poco entró con conversación con ellas, con la hija sobre todo. Era mimosa. Hablaba mucho. Envidiaba a Rodolfo porque había vivido en las ciudades y podía, cuando quisiera, volverse. —Yo, dijo, sí por mi fuera, me iba para una población bien grande y no volvía nunca. Pero mamá no quiere sino vivir aquí sus últimos momentos. Ahora, hacía seis meses estábamos en La Ahumada, desde que empezó la guerra y a mamá le parecía que no volvíamos.

Al día siguiente supo Rodolfo más. El padre de Josefina había quitado a Don Diego una de sus mejores minas, llamada “Negro de oro”. Por el mismo tiempo había comprado, siempre en competencia con Don Diego, y valiéndose de recursos inusitados de astucias, las tierras frías y hermosas de La Hurtada. La viuda

del comprador había convertido ese nombre en La Ahumada por temor a los juegos malignos de palabras. Era la única vez que Don Diego se hubiera visto vencido, pero jamás hablaba de aquel asunto odioso. Rodolfo, conociéndolo, juzgó que debía guardar un rencor eterno a los sobrevivientes del vencedor.

Le ocurrió una idea perversa. Hacerle el amor a la muchacha y casarse con ella, heredando los bienes quitados a Don Diego. El pensamiento de mortificar la padre, de hostilizarlo de cualquier forma, le obsesionaba sin tregua. Poco a poco se ampliaron sus ideas y se vio, en su imaginación, dueño de la heredad y sus caudales, dueño de sí mismo, libre, por fin, del despotismo paterno, saliendo otra vez de El Junquero, donde el padre pensaría con amargura y con rabia en los giros extraños de la suerte.

No había vuelto a hablar a Don Diego, ni a entrar en la Oficina, ni a tocar los trabajos empezados, dirigiendo miradas de través al anciano, que seguía silencioso, en su mesa de trabajo, como un autómatas, ejecutando su tarea. Algunas veces se encontraba de frente al pasar. Un segundo, Don Diego le clavaba los ojos. Rodolfo esperaba otro choque, hacía alto un instante, cerraba instintivamente los puños, temblorosos. Don Diego, seguía impávido. Pero una sombra nueva, una grado más de silencio, parecía pesar sobre la casa, en los trabajos, don quiera que aparecía Don Diego.

Por las tardes, y aún en el curso del día, Rodolfo rondaba a Josefina. Algunas veces pensaba en María, fugazmente, sintiendo una punzada interna de dolor, una especie de remordimiento indefinible. Le ocurría un instante ir, trepar la colina tras la cual vivía ella, llegar, decirle... ¿Qué podría decirle? ¿Y qué podría hacer?

Josefina lo aceptaba visiblemente. Todos lo decían y comentaban el suceso con la sonrisa inevitable de ironía, ante la ironía de los hechos, que saldaban, una vez más, con amor, las deudas de odio.

El Ingeniero, absorto como nunca en los trabajos, no había vuelto hablar con Rodolfo. La situación desastrosa de la casa, la lucha declarada, el episodio brutal, le hacían también callar. Una noche, sin embargo, preguntó: -¿Ud. sigue yendo a la casa del ciego? Rodolfo pensó que lo interrogaba en nombre de Don Diego - Sí dijo con énfasis. El otro calló.

Josefina se iba ese día con la madre a una vivienda en la parte alta de El Junquero, hacia la cordillera. Tenían una propiedad bonita allí, a una legua de distancia. Se quedarían dos semanas. Rodolfo le anunció que iría diariamente a verla.

Con cierta mezcla de temor y de audacia, sacaba ostensiblemente una bestia de la casa y se marchaba. Volvía tarde, a las diez u once de la noche y entraba con estrépito. Cada vez, al salir, pensaba tomar el camino que pasaba por la casa de Don César y hacer una visita al ciego y a la hija, pero no lograba decidirse. Le inspiraba malestar el pensamiento de verlos. Confiaba que habría de tener pronto una oportunidad para volver... El Ingeniero, al verlo salir cada tarde, lo miraba con una expresión significativa de desaprobación y aun de temor. Seguía creyendo que Rodolfo visitaba a Don César y sentía que Don Diego preparaba una resolución siniestra. Le había dirigido preguntas inesperadas, pidiéndole opiniones generales cuya aplicación concreta le parecía adivinar. Días antes le había visto sacar de un legajo antiguo de ciertos papeles. Esa tarde, cuando Rodolfo pasó por la Oficina, Don Diego hizo inmediatamente llamar a un leguleyo que ejercía de abogado y de agente para cuestiones menudas. Había una correlación evidente entre los diversos hechos. Era sábado. Rodolfo tardó hasta el lunes, Josefina y la madre habían ido al pueblo, donde había estado Rodolfo un mes antes. El se fue en pos. Al sábado siguiente repitieron el viaje. Era delicioso ir juntos, un poco adelante o atrás de la madre, en la libertad del camino, bajo el cielo radioso que ocultaban los ramajes espesos del monte sombrío y perfumado. Pasó el domingo. Pasó el lunes, cediendo la madre a las súplicas de Josefina, que no quería volverse aún. El martes regresaron. A la entrada del pueblo, ya solo, un conocido preguntó a Rodolfo si ya había visto al Ingeniero que le buscaba con afán. Corrió a la casa. El Ingeniero no estaba. Fue a los trabajos, de un lado para otro, sin encontrarlo. Por fin le vio que bajaba el camino de las minas altas. Apretó el paso. El otro se apresuró también a verlo. Tenía una mirada triste, una expresión de reproche, casi de repugnancia en el rostro. —Lo he hecho buscar a Ud. por todas partes, le dijo. —¿Qué hay? Interrogó con ansiedad Rodolfo— Ah, dijo el otro— Ud. no sabe, Don Diego va a hacer arrojar al ciego de la casita de allá arriba.

-¿Y por qué? Volvió Rodolfo a preguntar estupefacto.

- Por culpa suya, para cerrarle el paso a esos amores absurdos de Ud. con María, y... en fin. Ud. conoce mejor que yo a su padre.

- Pero, él no puede echarlos. Esa casa es de Don César, exclamó Rodolfo.

-¡Oh! Dijo el Ingeniero, aquí nada es nadie; aquí todo es de Don Diego, y todos somos de él. La casa de Don César estaba hipotecada hacía tiempo a Don Diego. El no había querido cobrarle por lástima, pero hace quince días más o menos dio órdenes para proceder al cobro!

-¡Pero... si yo no tengo amores con María, ni voy allá desde el día de la pelea! Gritó aturdido y espantado Rodolfo.

-¡A buenas horas! Contestó el otro. Ayer, averiguando por Ud., luchando por salvar a esos infelices, vine a enterarme de que Ud. anda en persecución de Josefina Prado... Tanto peor! Don Diego juzga que María es la querida de Ud. y otros lo dicen.

-¡Es una infamia digna de él! volvió Rodolfo ebrio de cólera y de terror ante la idea de su responsabilidad terrible.

- No! Dijo el Ingeniero, no es una infamia de él. Su padre es severo consigo mismo y con todos. El problema no ha versado solamente sobre los amores de Ud., sino sobre la deuda del viejo. El mismo me le ha dicho: - quien supiera todo esto, juzgaría que yo estaba pagándole a ese viejo, con un acto de caridad vulgar, la honra de su hija! –Como Ud. ve, no hay tal infamia, Rodolfo.

-¿Y yo qué hago? ¿Cómo los salvo? Interrogó éste, vencido.

- Autorizándome para que yo diga a su padre la verdad, y comprobándola.

-¡Inmediatamente!- contestó el otro horrorizado.

Se despidieron. Rodolfo se quedó en medio del camino, reflexionando, lleno de angustia y de terror. Pensaba en Josefina, en sus amores y proyectos con ella y sentía miedo absoluto y moral y físicamente, pareciéndole que también ese camino, esa escapatoria, se la cerraría el padre con algún acto implacable. Luego María; le parecía quererla ahora con una ternura súbita, engrandecida, como un pedazo de su dicha, como una condición de su felicidad. Rápidamente volvió riendas, decidido a correr, a llegar por sobre toda vacilación antes de toda duda y pedirle perdón y consolarla. Hubo de detenerse. El camino por esa parte estaba cortado. Habían hecho una gran zanja que impedía el tránsito. Dio un rodeo, pasando por su propia

casa y por la puerta de la oficina. Alcanzó a ver en el fondo sombrío, inclinado sobre la mesa cargada de papeles, el cuerpo y el rostro de Don Diego, trabajando. Siguió con rapidez.

A pocos pasos de la casa de Don César, el camino describía una curva rápida. Rodolfo empezaba a flaquear. ¿Cómo presentarse sin haber hecho nada definitivo, sin llevar una certidumbre? ¿Y María...? ¿Qué certidumbre, de qué especie, podía llevar para María? El dicho del Ingeniero se hundía en su pensamiento, aumentaba en su significación en cada paso. Don Diego, había juzgado. Los demás. Todo el mundo lo había dicho. ¿Habían llegado a ella esos rumores?

Rodolfo se detuvo, echó pie a tierra. Seguía pensando, inerte. Era la hora del viento, y las ráfagas pasaban, más fuertes cada vez, dando silbidos en las ramas y en los alambres que cruzaban el camino. De pronto oyó Rodolfo la voz de la flauta, en la casa, a pocos pasos. Empezaba a tocar. Se interrumpía. Volvía de nuevo. Don César tocaba una de sus fragmentos mejores, una música antigua, melancólica y lenta. Las notas fluían, quejumbrosas y largas, difundiendo un encanto de desolación solitaria en el espacio. El viento se aplacaba, parecía ceder, obediente a la magia del Cántico del Olvido. El músico se detuvo. Rodolfo oyó su voz destemplada y dura, que llamaba con vibraciones de miedo. -¿María! ¡María! ¡Javier! ¡Aquí hay alguien!

Rodolfo se asustó. ¿Había acaso, el viejo adivinado su presencia?

Avanzó sin reflexionar ni contenerse.

El viento empezaba de nuevo a soplar, mecía duramente los árboles, azotaba la casa.

En la puerta, hundido en la silla, estaba Don César. Volvía a tocar, dulce y suavemente, su canto desolado de olvido y de pesar. Rodolfo se detuvo, miró con sigilo en torno, miró de nuevo al viejo, miró hacia el interior. Había algo extraño. Dio un paso más y exhaló un aullido, inarticulado, sintiendo rígidas las fauces y erizados los cabellos. De una viga, en medio de la sala, con un gesto espantoso de horror y fealdad, pendía un cadáver blanco. Las ráfagas de viento, apaciguadas otra vez, mecían el cadáver, a compás de las notas de la flauta. Rodolfo quería huir, pero sentía que se doblaban sus rodillas. Había caído de bruces y no podía moverse ni gritar. Empezó a arrastrarse, retorciéndose con esfuerzos dislocados, como una culebra herida. Don César sintió algo y Rodolfo le oyó que gritaba otra vez con su voz destemplada en que vibraba el terror: -¡María! ¡María! ¡Javier! ¡Aquí hay alguien! María...

NOBLEZA OBLIGA

Por: *J.A. Gaviria*

I

EL LEÓN

Era D. Gumersindo Rincón el hombre más acaudalado que pisaba suelo en muchas leguas a la redonda. Y digo que era sin que me conste que lo haya dejado de ser, sino que como ésto muy cierto que aquí voy a contar, sucedió en época no lejana, y en país y comarca que fácilmente colegirá el que leyere, quiero dar a entender que, vivan o no los personajes de esta historia, yo los doy por bien muertos en acabando de relatarla, aunque desde el último suceso hasta el día en que los escribo no haya mediado espacio bastante para que cese de existir sin grande escándalo tanta gente cuanta ha de pasear por los capítulos de éste que bien podrá parecer cuento o novela.

No le di a D, Gumersino su gran poderío por acción de hijuela alguna, que el ganapán de su padre, por no tener nada, ni educación mediana tuvo para dejarle. Mas lo que no heredó se lo vinieron dando a montones su buena estrella y un cierto instinto de acertar que lo conducían como de la mano a las cimas de la fortuna.

Empresas y tentativas de que otros huyeran por descabelladas traían para D. Gumo (que así le recortaron sus paisanos el bautismo) la ventura del buen éxito, y tanta y tan sin tregua fue su suerte, que en pocos años y con poca lucha acumuló hacienda, casas, minas, plantíos y caudales sin cuento, amén de no pocas guineas que el astuto D. Gumo creyó prudente aislar lejos del país venturoso donde le cupo en suerte nacer, y donde se daba periódicamente ciertas zambras políticas de padre y muy señor mío.

Con ser hombre de recia catadura y pletórico de la vida, sólo tenía D, Gumo una pasión: los negocios, a los que dedicaba las más de sus horas, y cuenta que de no escasas había menester para desenredar y enderezar la maraña de especulaciones y de asuntos en que lo traía metido su avidez insaciable.

¡Y ay! Del que llegara a caer en la tela de araña de sus combinaciones, que de ella saldría chupado y exangüe, pues aquel león de la banca no se andaba con chiquitas, y en punto a transigencias y contemporizaciones sólo las gastaba con su propia conciencia.

La palabra “usura” no tenía sentido apreciable que él le conociera, ni quería saber si andaba por su culpa el monstruo de la miseria enseñando su dentadura fría a huérfanos y viudas: D. Gumo sabía como se gana el dinero y lo ganaba, sin meter jamás los pies, eso sí, donde pudieran enredarlo los intrincados hilos del Código Penal.

Con todo, y para que las cosas de Dios luzcan como Él quiso, y campeen los fueros de la naturaleza, que puso partículas de ternura hasta en el corazón de las hienas mismas, tenía D. Gumo una debilidad (así la llamaba él) y era el grande amor que le profesaba a su hijo.

Porque D. Gumo, aunque vivió siempre engolfado en el maremágnum de los negocios, se dio una vez solaz bastante para casarse y para tener tres hijos, de los cuales el último solo vino a este mundo a morirle sin haber recibido siquiera el agua bautismal, y a llevarse de calle a Da. Luz, que dejó viudo a D, Gumo antes de cumplir los cincuenta años, por donde vino a quedar Jorgito, el último, bajo la protección y cuidado de Paula, la mayor, que se miraba en sus ojos.

Paula lo educó y supo cultivar en él lo mucho bueno que en sentimientos y delicadezas heredaron ambos de la madre, y estuvo solícita a su lado hasta que las exigencias de la educación lo arrancaron de sus manos para llevarlo a un Colegio de Jesuitas, de donde pasó, con lucido bachillerato, a las aulas de la Escuela de Medicina.

Digo que era tan grande el cariño de D. Gumo por su hijo, que hasta de aspecto mudaba el león sin entrañas cuando sus ojos se recreaban en el talante varonil de Jorge, y sus oídos en las continuas alabanzas que de sus buenas prendas solían oír.

Cuanto a Paula, D. Gumo la quería por instinto natural, y más que amor había para ella gratitud por lo mucho que quería y mimaba al príncipe del hogar, al heredero presunto de la inmensa y sólida fortuna, que no por ser amasada con lágrimas ajenas dejaba de acarrearle a D. Gumo la respetuosa consideración de propios y extraños.

De qué ralea descendía D. Gumersindo, a nadie le preocupaba, ni la limpieza de sus antecedentes. El apareció un día, va para muchos años, y se dijo que era hombre rico. ¿Algún oscuro gamonal de aldea atraído por la ambición a mayor centro? ¿Acaso algún tahúr enriquecido por los favores del tapete verde?

Tanto daba: ante la fastuosa riqueza de D. Gumo, que se veía crecer a simple vista, la opinión cerró la boca, y todas las puertas se abrieron.

Menos una.

II

EL LUNAR

El reverso de la medalla era D. Segismundo de Lamus, cuyas señas y perfiles tengo que trazar aquí, sin economías, porque, o poco entiendo yo de protagonistas, o ha de ser ése el protagonista de esta historia.

Era D. Segismundo hombre pulcro y cuidadoso de su persona, pero mucho más de su buen nombre, y no porque temiera verlo escarnecido, ni menos que fuera, pues limpio lo heredó y limpio lo vio siempre, sino que, como se tenía por linajudo y bien nacido, cuidaba mucho de que así lo entendieran los demás.

Su padre, que no sufrió esa inocente chifladura, se había llamado tranquilamente D. Antoñito Lemos, y Lemos fue asimismo el hijo hasta que en vueltas de casarse, y por andar buscando en genealogías y tradiciones el parentesco que lo unía con su novia, topó con la novedad inesperada de que un su antepasado se llamaba D. Juan de Lamus, o fue ello que a D. Segismundo le vino bien el creer que, como iba tan poco de Lemos a Lamus, fácilmente pudiera ser aquel D. Juan bisabuelo suyo, es lo cierto que D. Segismundo, sin mucho ahondar, y obrando a su talante (que la fin y al cabo los nombres son palabras y a nadie le roban)

optó por condimentar el suyo cual si de veras fuera vástago en la línea directa de los Lamus de Castilla, y, para poner de un salto las cosas en su punto, declaró llamarse Lamus ante el Cura párroco a quien le incumbía saberlo para asuntos del casorio.

De allí a llamarse *de* Lamus mediaba el grueso de una partícula y el trámite de una resolución, y un día D. Segismundo tomó ambas, resolución y partícula, y sin dar aviso emprendió tan campante a titularse: Segismundo de Lamus.

A tan apreciable persona, sus paisanos le perdonaron fácilmente el desguisado contra los fueros de la heráldica, y no sólo le aceptaron el cambio sin discutirlo, sino que le dieron la sanción de la práctica.

De tal suerte que cuando Da. Petra abrió por la primera vez sobre él sus alas protectoras, que fue en la vicaría, recibió su nuevo apellido ya acicalado y compuesto, de que ella no recabó gran pesar sino al contrario mucha satisfacción, pues a remilgada y quisquillosa en puntos de jerarquía no le iba en zaga ni al mismo D. Segismundo.

Sólo que la muy estirada y noble Da. Petronila Ramos de Lamus, tenía su lado flaco (en lo moral, que en lo físico no tuvo ninguno gordo), y era una desmesurada ambición de lujo que llegaba a hacerla transigir con su vanidad de abolengos, hasta el punto de admitir que la opulencia sin blasones pudiera también ser un género de grandeza.

En cuyo único punto se atrevía a contradecirla su marido, apoyada como estaba por sus distinguidísimas hijas mayores, que eran no menos de cuatro, todas flacas, todas largas, todas nobles.

En cuanto a los dos menores, Antonio y Lucía, parecían venidos de otra raza; tanta influencia tuvo en ellos el haber gozado en su niñez de otro ambiente que el de la *casa solariega*, aislada del trato de la gente común, y donde la anemia del encierro había blanqueado las caras y el austero retraimiento agriado los genios.

Lucía y Antonio se habían educados en escuelas y colegios, no en el hogar como las mayores, y con el trato de gentes habían logrado sacudir la idiosincrasia de la familia.

Ni del físico enjuto ni del gesto avinagrado de las otras heredaron un átomo, como tampoco de la venturosa manía de grandezas que era norma y orgullo de la casa.

Al bueno de D. Segismundo el alma le quedaba corta, y en sacándolo de la consabida chifladura, resultaba una serenísima nulidad. Su parecer era trasunto del parecer de Da. Petra, y su voluntad, si es que la tuvo, no hay constancia de que jamás usara de ella.

Era lo que se suele llamar un bendito: resignado, apacible y candoroso, cuyas tres virtudes, decían las malas lenguas, le fueron traídas en dote por su mujer, no que ella las tuviera para usar y repartir, sino que su genio levantisco y dominante había anulado y convertido en virtudes pasivas lo poco que el marido había aportado en carácter y en propia voluntad.

Más con todo, así como en una mejilla blanca y tersa suele hallarse a lo mejor un pícaro lunar, así había en el fondo blanco de aquella dulcedumbre un punto de negrura que en veces subía del fondo a la cimera, y entonces, ¡Dios de Dios!, qué cosas pasaban por el alma de ese cántaro!, ¡qué propósitos llegaban a alterar esa mente tan serena, y qué despropósitos esa lengua tan bien quista!

En tremendas ocasiones el punto negro del alma de D. Segismundo rebosaba por todo su ser y lo transformaba de tal suerte, que hasta voluntad propia llegó un día a parecer que tuviera.

Sabido el efecto, sépase la causa, cuyo relato cae aquí como de molde:

Cuando una guerra, allá por los años de 18... vino a aumentar desdichas en la más desdichada de las tierras habitables, era D. Segismundo un hombre rico, merced a buenas herencias y a no poco trabajar, que linajudo y todo como él se creía, jamás pensó para sí honra que el trabajo humillara.

Aconteció, o había acontecido que en la guerra anterior a ésta de que se habla (pues hay que saber que en el país donde esto sucedió se cuentan las guerras como las cosechas), D. Segismundo, que aún se llamaba Lemos y era soltero, lo que vale decir que su mujer no le había sorbido el seso y las energías, tuvo en mala hora un arranque belicoso y se alzó en ramas en defensa de sus ideales, y como era de familia de mucho viso y tenido hasta entonces por tranquilo y poco dado a correr aventuras, la cosa sonó mucho y fue causa de que D. Segismundo hiciera gran papel de político y guerrero de lo que él apetecía

De todo lo cual le vino el castigo a pocos años, cuando una nueva guerra implantó un nuevo gobierno, y ese nuevo gobierno inició tareas con la bendición de un reparto colosal, cuyo prorrato desfavoreció, naturalmente, a los enemigos de más jugo.

El gobierno constituyó para el efecto una junta compuesta de hombres capaces de llevarse auestas la maldición del prójimo, y para que se eche de ver con cuanto acierto fue elegida, baste decir que de tal junta fue presidente y alma y vida D. Gumersindo Rincón, adicto incondicionalmente a ese y a cualquier gobierno, y hombre de influencia, de mucho peso y poca entraña como es sabido.

O recordó D. Gumo que en aquella ocasión los desdenes que los altivos de los de Lamus había infligido a su fastuosidad de advenedizo, y vio en su memoria cerrada para él a piedra y lodo la puerta del viejo caserón, o quiso cumplir su cometido ensañándose contra los que habían pasado por enemigos activos del nuevo orden, es lo cierto que D. Segismundo resultó gravado en suma tan excesiva y tan arbitraria, que el pobre hombre resolvió arrostrarlo todo antes que entregar el fruto de sus sudores, y empezó el huir y ocultarse por meses y meses para eludir el pago, y vinieron entonces las rondas, los atropellos y los vejámenes a la familia indefensa, y más tarde la prisión cuando el escondite de D. Segismundo fue delatado por el propio D. Gumo, a quien se lo contaron las brujas, y luego siguieron los embargos y las vías ejecutivas y finalmente el pago ineludible, pues D. Segismundo, para detener la serie de iniquidades, tuvo que soltar una parte de su riqueza, si no igual a la que el Gobierno pretendía, si lo bastante grande para menoscabar una fortuna que nunca más logró rehacerse.

Pero si menoscabada quedó la fortuna, menoscabada y media quedó la genial bondad de D. Segismundo, quien jamás logró perdonarle a D. Gumo, y tanto resentimiento cobró de la ofensa y de la ruina, que llegó a alojar y a consentir en su corazón aquella mancha negra, aquel odio invencible contra el autor de su desdicha.

Júzguese ahora cuál pudo ser el pasmo de D. Segismundo cuando, años después, vino a enterarse de los amores de Lucía con el hijo de D. Gumo, amores nacidos en las bancas de la escuela infantil y cultivados después a despecho del alejamiento en que ambas familias se tenían, y júzguese de la imprecisión que recibió cuando se fue a poner la nueva iniquidad en conocimiento de Da. Petra, y halló que su noble esposa no lograba indignarse en el grado que solía por menores atropellos.

-¡Pero tú te has fijado bien!- exclamó D. Segismundo, las mejillas arreboladas y adusto el ceño- ¿te has fijado bien en los que significa eso? ¡Has caído bien en la cuenta de que el hijo de ese hombre cree que puede llegar a entrar en mi familia! ¡Y tú tomas las cosas con esa calma!

La verdad del caso es que Da. Petra no se le hacía cuesta arriba el aflojar un tanto el estiramiento de raza a trueque de henchir la bolsa, y como en ella no vivía latente aquel odio imperecedero que transformaba a su marido, ella soportaba con cierta indulgencia la idea de que su hija menor pudiera unir su suerte a la del superabundante y sanísimo capital del hijo de D. Gumo.

No era sin embargo tanta su audacia ni tan cínica su ambición, que dejara traslucir ante Segismundo la prevaricadora idea, que habría sido alborotar sin fruto el avispero. Da. Petra tomó el camino de hacer a un lado su autoridad y dejar que D. Segismundo, cuyo ánimo se galvanizaba en energías terribles en tratándose del odio por *ese hombre*, empuñara las riendas del asunto, convencida como estaba de que en su casa, al fin y a la postre, lo que ella atara sería atado, y desatado lo que ella destara.

D. Segismundo, para empezar, declaró de una manera solemne y en actitud por cierto terrible, que el hijo de Gumersindo Rincón entraría en aquella casa, porque todo era posible en este mundo de miserias, pero que pasaría para entrar por encima del cadáver de Segismundo de Lamus.

De la campaña de oposición que emprendió a raíz de aquel acceso, podrían dar razón y cuenta las ventanas de la casa con las clausuras estrepitosas que sufrieron; pero mejor cuenta podría dar la misma Lucía, a quien su padre, en conferencia solemne y reservada, notificó la prohibición absoluta de andar en más trapicheos con el hijo de D. Gumo.

Lo que fue echarle leña a la hoguera, porque más sal tiene amarse a hurtadillas que a la vista de todos, y nunca vio Lucía tan realzadas y patentes las cualidades de su novio como al través del celo paternal, y jamás lo quiso tanto como desde que fue notificado que era prohibido quererlo.

De la oposición y terminantes resoluciones de D. Segismundo no tardó en enterarse D. Gumo, y como iba en el caso nada menos que la felicidad de su hijo, tomó el asunto a pechos y se dio, antes que todo, a indagar cómo andaban de bien encaminadas las tendencias de Jorge, y luego supo las muchas prendas de

Lucía y lo muy digna que era de ser amada, resolvió tomar el asunto bajo su inmediata dirección y se prometió así mismo el éxito, que era mucho prometer en hombre tan habilidoso.

-¡Oh esto saldrá como yo pienso o no entiendo yo una jota de lo que puede un plan bien manejado!

III

¡OTRA MAS!

Sucedió esto: que unos hombres gobernaban y otros querían gobernar; que unos manejaban a su sabor y talante la ubre del presupuesto y los otros se roían las uñas y ponían aquellos de concusionarios y ladrones que no había por donde agarrarlos; que los del presupuesto no se daban mayor prisa en soltarlo, y que la situación finalmente, llegó a ser tachada de insostenible por parte de los que no gobernaban, tanto y tan bien que se pensó en poner remedio, y los que no gobernaban, hartos de lanzar improperios y denuestos sin fruto, depusieron las plumas y empuñaron los sables, después de haberse pactado de un ámbito a otro para que el remedio fuera simultáneo y por ende más eficaz.

Los que gobernaban sólo querían el bien del país, y los otros ansiaban gobernar por el bien del país.

La refriega que estalló fue el resultado inevitable de un exceso de amor patrio, lo que no deja de ser consolador, porque siendo como es el patriotismo virtud aparatosa y que suele asumir formas tan heroicas, no habrán de faltar hombres abnegados que revuelvan periódicamente el orden por buscar el bien de la patria.

Como los del presupuesto ni los otros eran horacios y curacios para gastarse el lujo de vaciar entre ellos la pendencia, se dieron a engrosar filas y trajeron a las suyas cada cual de grado o por fuerza, a todo bicho viviente, que fue el primer beneficio hecho al pro común cuando empezaron a quedar sin amparo los hogares, los campos sin cultivo y las industrias detenidas.

Como un reguero de pólvora había cundido hasta los últimos rincones el monstruo de la matanza, y hoy un levantamiento, mañana un asalto, en tal campo un combate y en tal otro una batalla monstruosa, la conflagración abarcó el país entero, y todo vino a quedar revuelto y volcado.

En los campos se peleaba y en los centros todo era consternación y miedo.

Bien pronto empezaron a llover noticias abultadas que el gobierno publicaba con gran bombo cuando le eran propicias, y ocultaba y castigaba por blasfemias si le resultaban adversas, y eran entonces los de la oposición los encargados de propalarlas bajo cuerda.

Los unos celebraban sus triunfos con música y gritos, y los otros, en conciliábulos misteriosos, se regocijaban de los suyos.

Tan pegajoso es para las gentes de cierta raza ese patriotismo épico que propende por el bien común a tiro limpio, que pocos son los que se libran del contagio. Al año de estallada la guerra que duró dos, más que largos, estaba ya en armas gran parte de los que habían empezado por condenarla, y cuando ella terminó apenas se contaba hombre hábil que no hubiera vestido la chaqueta.

En la juventud el entusiasmo no fue por cierto tardío. Los del bando de la oposición huían de las ciudades en pequeñas partidas y se iban en busca de campamentos, y los adictos al gobierno formaban la oficialidad de los ejércitos que salían a campaña, o bien cuerpos de guardia que rodeaban la autoridad y constituían una reserva.

Entretanto la desolación y la ruina iban cubriendo la patria con su manto de miseria.

Las industria, la agricultura, el comercio, las profesiones todas se hallaban paralizadas, y los pocos que aún quedaban lejos de las filas miraban venir con horror las consecuencias del ocio.

El Gobierno, para obtener medios de defensa, lanzó una fuerte emisión de papel moneda que se agotó bien pronto, y vino entonces otra más cuantiosa, que la voráGINE creciente engulló en un minuto. Mientras más se combatía en los campos mayores se hacían los apremios que el Gobierno satisfacía a fuerza de

emisiones, y tantas vinieron a ser y tan sin tasa, que la cuenta se perdió y nadie supo a punto fijo a lo que ascendía la marejada de billetes.

Por causa de la revuelta, el país se vio pronto imposibilitado para exportar los pocos frutos que solía, y el cambio sobre el exterior se dio a subir por centenares y muy luego por millares de puntos.

A cada revés de los que sufrían las tropas oficiales seguía una nueva emisión y unos tantos miles de alza en el cambio. Cuando estallaban por suerte los cohetes de algún triunfo, se creía nerviosamente en el fin de la guerra y el cambio bajaba... para volver a subir pocas horas después por encima de toda previsión.

Así vino a establecerse un oleaje sin vallas de alzas y de bajas que dio al traste con la seguridad de todo negocio, y echó por tierra la probabilidad de todo cálculo.

En el campo del trabajo ya nada había seguro, y el trabajo fue abandonado para correr tras los halagos del agio, de donde vino tal desconcierto y tal locura de especulaciones, que de sol a sol se improvisaban caudales, y de sol a sol se venían a pique fortunas amasadas por la constancia en muchos lustros.

La fiebre del juego se apoderó de unos y de otros, y ya no hubo más negocios que los que realizara la ciega ventura del azar. En esa época de incertidumbres y de horrores, bien contados los que lograron escapar de la ruina, y muchísimos los que vieron perderse en el vacío o pasar a peores manos su riqueza.

Y las lágrimas seguían corriendo, y la sangre bañando la tierra, porque el bien de la patria pedía que aquellos héroes, ciegos de patriotismo, se exterminaran hasta el último en sus zambras de machetazos y de tiros.

IV

¡A LA GUERRA!

A poco de estallada la refriega cerró la Universidad sus aulas, y los estudiantes se huyeron a los campamentos o se presentaron en las filas del Gobierno.

Entre los que constituyeron el cuerpo cívico de reserva fueron los primeros alistados Jorge, el hijo de D, Gumo, y Antonio de Lamus. Por largos meses hicieron en un escuadrón de caballería el servicio de rondas y avanzadas, y venían perdiendo la esperanza de que llegara para ellos algo más digno de su entusiasmo, cuando un día corrió como una bomba la noticia de un revés formidable sufrido por el Gobierno, noticia que se confirmó a poco por un reclutamiento feroz que asoló la ciudad.

En pocos días quedó levantada una nueva división en la que se refundió la reserva de los estudiantes, y que fue movilizada sin pérdida de tiempo.

Jorge y Antonio ingresaron en una misma compañía, y no se cambiaron por Napoleón en persona cuando llegó el momento de vestir el matachinesco traje de campaña, y de salir, caballeros en acémilas de poco a alcance, a buscar los azares de la guerra.

Muchas fueron, sin duda, las comisiones que hubieron de desempeñar antes de asistir al último toque de partida, porque se les vio desde el amanecer luciendo los pantalones rojos y la chaqueta galoneada por esas calles llenas de gentes alarmadas y entristecidas.

Jorge pasó y repasó al trote de su infeliz cabalgadura de los sitios de él tan frecuentados, donde esperaba ver algo más que las ventanas cerradas del viejo caserón, en cuyo interior había mucho llanto y grande ira por la iniquidad del hijo de la casa, que, por encima de ruegos y de lágrimas, se iba a pelear la suerte del mismo Gobierno que arruinó a su padre, seducido quizás por el temerario que osaba aspirar al amor de Lucía.

A la cual le faltaban lágrimas para llorar por uno y por otro.

En casa de Jorge la escena había sido patética. Paula por no ver salir al pedazo de su alma que se iba a correr tantos peligros, se encerró a dar rienda suelta al llanto. D. Gumo que había movido en vano todos los resortes para hacer desistir a Jorge de su empeño, terminó por tomar las cosas por el lado práctico, y ya que era forzosa la partida, al menos quiso que se hiciera en las mejores condiciones, y usó su influencia para que su hijo militara al lado de un jefe serio y en prestigiosa compañía.

Y cuentan que cuando a la hora de salir se llegó Jorge, ceñida la virginal espada y calzadas las espuelas a decir adiós a su padre, éste lo comprimió contra su pecho, y algo como dos lágrimas brotaron de sus ojos.

- Ya que te vas –le dijo- procura volver sano; mira mucho por tu conducta, y si adquiere alguna gloria , tanto mejor. Yo por mi parte te perdono lo mucho que te duele verte ir, y no cesaré de pensar en tu suerte.

Y luego, al darte el último abrazo, agregó:

-¡Quién quita que mientras tú estás ausente haya conseguido yo desenterrar la llave misteriosa con que te abrimos las puertas de cierta casa que tú sabes!...

Sonó al fin el último toque y la división se puso en marcha. En las esquinas y en las calles se agrupaban los curiosos, y los que ansiaban ver al través del llanto a los que se iban, quizá para no volver, y que pasaban agobiados por armas y morrales, unos cabizbajos y otros sonrientes, emocionados por el entusiasmo contagioso de aquel séquito de guerra que se movía al son de clarines y de vítores.

La tropa se alejó del camino de la muerte, y los grupos curiosos se fueron dispersando, taciturnos y silenciosos.

V

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

Dicho se está que D. Gumo, como hombre amigo del orden, era partidario del Gobierno legal, sin que eso obste para que en su fuero interno tolerara el desorden cuando en su torbellino se podían redondear, como a él le fue dado en aquel entonces, facilísimas y pingües ganancias.

Y lo bueno del caso es que no sólo D. Gumo era partidario del Gobierno, sino que el Gobierno era partidario de D. Gumo, si por tal se sigue entendiendo al que algo recaba por ser adicto a un poder.

Al poder de D. Gumo era tanto más adicto al gobierno cuanto en no escasas ocasiones hubo de recurrir a él cuando se sentía asfixiado por los apuros de la época.

Eran dos potencias que se complementaban: el gobierno recostaba el hombro contra las arcas del magnate, y el magnate, bien agarrados los hilos, las tramoyas y los secretos de la administración, llenaba con su favor esas mismas arcas.

De cuantas noticias llegaban obtenía él las primicias, y antes de que tres personas las supieran ya se había preparado a explorar la situación que esas noticias habían de crear.

Así se comprende cómo, en esa baraúnda de especulaciones ciegas, donde pocos atinaban y muchos se perdían, sólo D. Gumo daba ciento en el clavo y ni una en la herradura.

Muy al contrario de lo que le venía aconteciendo al bueno de D. Segismundo de Lamus, que, arrastrado por la tormenta, se había ido también a las luchas del agio y tuvo no pocos desfalcos que doler.

No daba el pobre pie con bola: evolución en que enredaba, había de resultar un fracaso; las noticias de triunfos que se empeñaba en creer, se volvían derrotas formidables, y el cambio subía cuando él veía venir la baja, y bajaba cuando más le importaba el alza.

Para recargo de desdichas recibió un día una carta anónima en la que, a vueltas de explicarle cómo andaba por entonces la situación de la guerra, le encajaba una serie de consejos sobre lo que debiera y no debiera hacer, consejos que a él se le antojaron burlescos aunque traían tono de seriedad, y que se apresuró, naturalmente, a no seguir. ¡Más cuál no fue su asombro cuando a dos días de allí vio como se iban desarrollando las previsiones en que el anónimo fundaba sus consejos, y hubo D. Segismundo de lamentar amargamente el no haberlos seguido!

El oficioso asesor, sin embargo, no se dio por lastimado, y pocas semanas después, allá te va otra misiva de consejos y de datos que pusieron a nuestro hombre a cavilar muy hondo.

¿Qué podría significar aquello? El no atinaba con qué alguno hallara gracia en escarnecerlo con bromas sin mayor sal, y mucho menos creía tener un ángel de la guarda que se diera incógnito a la tarea de guiarlo a fuerza de consejos por los laberintos intrincados de las especulaciones de bolsa.

Fuera de ello lo que fuere, D. Segismundo tuvo la corazonada de atenerse por esa vez las indicaciones del anónimo, y bien lo supo, porque las operaciones que llevó a cabo le dieron un resultado redondo y sonante.

Con lo cual echó ánimo y cobró la audacia huida, y sin perder la serenidad y mucho menos los consejos del misterioso protector, que no volvieron a faltarle en las grandes ocasiones, se lanzó de lleno al torbellino del agio.

Por mucho que se quebraba la cabeza de tanto cavilar sobre lo que le acontecía, ni sospechas logró tener de quién fuera el que así se obstinaba en salvarlo. Pero si su caletre, que nunca pecó por sobra de malicia, no llegó a salir de las tinieblas por más luz que buscara en el misterio de los anónimos, en cambio de malicia de Da. Petra desde muy luego sospechó quien fuera el autor de ellos y cuál su intención, y con el propósito de cerciorarse por algún modo, coleccionó los escritos y esperó.

D. Segismundo, bien encarrilado como estaba en el camino del éxito, casi llegaba a bendecir la guerra a cuya sombra iba recobrando poco a poco lo que otra guerra le había arrebatado, cuando un tremendo golpe vino a hacerlo maldecir una y mil veces la hora en que estalló la fatal revuelta, y más aquella en que su hijo había dado en el antojo de salir a buscar glorias que le costarían la vida, pues no la gozó muy larga el infeliz Antonio después de que se sentó en la plaza y salió a campaña con más ánimos de honrar los galones que de volver sin muchos a su tierra.

Las riquezas adquiridas, y más que pudiera adquirir las habría dado D. Segismundo a trueque de no haber sentido el dolor inmenso que sintió cuando vino la triste nueva de la muerte de Antonio, que había caído, roto el pecho por una bala.

Esa noticia, que sumió la casa de Lamus en las tenebrosidades del más negro duelo, la trajo una nota oficial en que el gobierno daba parte al padre del heroico sacrificio del Capitán Lamus, que había sucumbido como bueno al pie de las trincheras.

Más tarde llegaron a la familia, transmitidos de boca en boca, algunos detalles de la muerte, sabidos en la ciudad por cartas del hijo de D. Gumo, en cuyos brazos había expirado Antonio.

VI

LA BOLSA Y LA VIDA

Después de mucho y mucho combatir, día llegó en que la montonera gobernista redujo a la montonera revolucionaria a sus últimos atrincheramientos, y allí estuvo la guerra en punto de cesar. Como unos y otros estaban hartos ya de privaciones y sustos, y más anhelaban la calma que proseguir en el jaleo, faltaba sólo que uno dijera: “tengamos la fiesta en paz” para que el otro tendiera la mano y viniera la concordia.

Los que habían imaginado el ingenioso y novísimo remedio de urdir una revolución armada para curar los males de la patria, al verse amenazados en sus últimos reductos, dijeron habían cometido gran yerro de que se dolían; que el tomado por ellos no debía de ser el camino para alcanzar lo que buscaban, y que como la experiencia ya costaba la friolera de cien mil cadáveres y la total ruina del país, ellos querían dar de barato su empresa, y listos estaban a deponer al punto armas y coraje, siempre que hubieran de tener en cambio vida salva y libertad.

Los del presupuesto contestaron que tan listos estaban ellos a exterminar hasta el último de los aspirantes, como a no exterminarlo si éstos querían volver a tierra la punta de sus tizonas y pasar silencioso y resignados a ocupar sus respectivos puestos en los trillados “peladeros de la oposición”.

Se acallaron entonces los cañones, se envainaron las espadas, se izó bandera blanca, y saltaron a la arena los que debían pactar los detalles de una paz por todos tan suspirada.

Mientras así se planteaban las bases de la capitulación final, aquellos otros guerreros de la lucha incruenta; aquellos llamados hombres pacíficos, que por serlo no se alejaron ni un estadio del alero de su casa mientras las balas estuvieran encargadas de zanjar una cuestión, continuaban destrozándose en esa

riña feroz de la avidez contra la avidez, en la que no se atentaba a la vida sino a la bolsa, y contribuían más eficazmente al pavoroso hundimiento que los que, fusil en mano, corrieron a los campos a matarse.

Cuando se apagaban los últimos fogonazos y se aguardaba un momento a otro la noticia del final acuerdo entre los combatientes, los hombres pacíficos languidecían de tedio al ver llegar la paz, y empezaron a echar menos las convulsiones a cuyo impulso saltaban los resortes del agio. Sólo se ansiaba al fin de la contienda como un incidente más que ofreciera nuevas ocasiones de lucro.

Y ya que no sobre las probabilidades de la paz, que se tenía por segura, se especulaba sobre los detalles de la capitulación, que habría de producir, según ellos fueran, mayores o menores agitaciones sobre el movimiento bursátil.

Se suponía que aquel golpe habría de ser el último a cuyo favor se realizaran las fáciles ganancias del juego, y todos asestaban cálculos, urdían maquinaciones y se apercebían para reñir el último de los grandes combates.

Cuando se conocieron al fin los detalles tanto ansiados, había que ver como contrastaban con las músicas y los festejos los rostros acontecidos de aquéllos que por haber basado mal sus profecías, resultaban mal librados por los rigores de la paz, y había que ver la infinita alegría de los revolucionarios de mostrador que ayer clamaban por la guerra y hoy celebraban con la paz la derrota de sus ideales, porque esa paz había favorecido su ambición.

Líbreme Dios de que algún día llegara la integérrima persona de D. Segismundo de Lamus a darse por aludida en lo que dejo dicho, y líbreme también de que él sepa que yo haya referido aquí lo que dijo entonces la voz pública cuando se obstinaba en repetir que D. Segismundo había hecho tales evoluciones capaces de llevar al duplo su ya crecido caudal; pero es el caso que aquel rumor debía de tener fundamento bien sentado, porque se sabe que el propio D. Segismundo, al día siguiente de publicada la paz, en coloquio íntimo con su mujer, después de lamentar, con los ojos hechos agua, la muerte de Antonio, en quien tanto habrían lucido las riquezas, contó en detalle la evolución salvadora y explicó sin ambages cómo era cierto el haber duplicado de un día a otro su fortuna.

- Fue una jugada atrevida en la que hube de arriesgar, no sólo mi haber, sino mi crédito; pero ya comprenderás que no me pesará el haberme lanzado en ella.

-¿Y si en vez de resultar lo que resultó hubiera resultado lo contrario, no estaríamos hoy sumidos en la ruina?

- Mujer: hay en esto una cuestión de que quiero hablarte confidencialmente que ni a mis hijas ha de llegar una palabra de lo que voy a decirte: tú me conoces lo bastante para saber que mi genio es de pocas aventuras y que no soy yo el hombre para arriesgar el todo en una suerte. Cuando me lancé sin vacilar en la operación que me ha salvado puedes estar convencida de que obraba sobre seguro. Ahora te contaré el cómo y el porqué para que te maravilles de veras, pues vas a oír lo más inesperado, lo más extraño que ha podido sucederme en la vida.

Y ante los oídos estupefactos de Da. Petra contó D. Segismundo cómo andábase él por los sitios donde la Bolsa solía tener sus convulsiones, husmeando aquí un dato, pescando allí una noticia, hasta que cansado de oír embustes y triquiñuelas, regresaba a su casa, cabizbajo y pensativo, cuando vio que en sentido opuesto venía D. Gumo, sudoroso, jadeante, con la cara de hombre a quien algo gordo acontece.

D. Segismundo bajó la cabeza como siempre hacía por no ver a su eterno enemigo, pero ¡cuál no fue su sobresalto al ver que D. Gumo enderezaba sus pasos hacia él, y antes de que D. Segismundo se repusiera del susto, lo agarró de la solapa, lo atrajo lejos de los grupos de bolsitas que obstruían la vía, y entregándole un papel doblado le dijo estas palabras al oído:

- Lea eso: Obre sin pérdida de tiempo, y guarde el secreto que es para Ud. y para mí.

Dicho lo cual soltó la solapa y se perdió entre la turba de especuladores.

-¿Sabes ahora —continuó D. Segismundo al dar al fin a la historia —lo que contenía el papel? Pues era nada menos que el telegrama oficial en que se daba parte detallado al Gobierno de la última capitulación. Ya ves cómo, al arriesgarme yo a hacer lo que hice era porque tenía como base fija el conocimiento de esa noticia, cuyos detalles nadie sabía, y merced a la cual pude sigilosamente lanzarme en la magnífica operación que ya conoces. Dime si no es maravilloso; si no es perfectamente increíble lo que me ha sucedido, porque

o yo he soñado, o es a mi personal, a mi único enemigo a quien debo la ganancia nada despreciable que hice ayer!

- Y las que había hecho antes- contestó Da. Petra, cuyos músculos no pudieron contener una sonrisa de placidez que irradiaba en su rostro.

-¿Qué quieres decir con eso?- preguntó su marido.

- Quiero decir lo que dije: que a D. Gumo y no a otro debes tú las ganancias de ayer y todas las que has venido realizando desde que empezaste a recibir ciertos anónimos que ...

-¿Tú crees- exclamó D Segismundo repentinamente herido por una sospecha- tu crees que aquellas cartas...?

-¡Pero hombre de Dios! ¡que no aprendas tú nunca a caer en el chiste de las cosas! ¿De quien otro han de ser esos anónimos sino de quien vive al tanto de todo lo que pasa; de quien maneja los secretos del Gobierno como los suyos propios; de quien, finalmente, ayer, por imprevisión o por cálculos se denunció abiertamente con lo que hizo?

-Pero- arguyó, penetrado a medias por la certidumbre- ¿pero que interés puede tener en favorecerme un hombre que antes me había hecho tanto mal gratuitamente?

- El interés que tenga cualquier arrepentido en reparar el daño causado.

-¡Caramba!- exclamó D. Segismundo- pues los buenos años se ha tomado para pensarlo!

-¡Qué sabes tú desde cuando acechaba él la ocasión, que no siempre se había de presentar propicial!- contestó Da. Petra.

Pues, a pesar de todo, mujer, y por muchas bondades que él haya tenido últimamente, se me hace a mí duro eso de ver bueno y arrepentido de la noche a la mañana a hombre de tan mala reputación.

-¡Segismundo: mira que la ingratitud es más fea que la maldad misma!!

- Ingrato no soy. Trato únicamente de ver claras las cosas. Desde que reconozco los beneficios que he recibido es porque los sé agradecer.

- Mucho me gusta verte en ese terreno, que es de pura hidalguía —dijo Da. Petra- tanto más cuando que, honroso y todo como es lo que piensas, te has colocado en mitad de un dilema difícil de resolver. Porque, dime: ¿cómo harás que se compadezca la gratitud que hoy debes con el imperecedero rencor que nunca te podrás arrancar del alma?

Poco olfato tenía el candoroso D. Segismundo para percatarse del humillo que soltaban las últimas palabras de su esposa, y mucho menos cuando traía todos los sentidos concentrados en meditar sobre el terrible dilema, que no era efectivamente para ser resuelto por D. Segismundo en estado normal, y mucho menos lo habría de ser por el Segismundo anonadado y perplejo, que con el codo en la rodilla y la mano en la barba, miraba los florones desteñidos de la alfombra, y pensaba mucho.

Era evidente que se había creado una situación difícil de llevar con el decoro que su nombre pedía, y que de tal situación era forzoso salir, por un camino o por otro. ¿Devolver el fruto de los beneficios recibidos? ¿Cómo? si eran de aquellos que no se pueden deshacer. Y aunque no lo fueran ¿Podía él decentemente, cristianamente siquiera responder a un favor con una injuria? Además, la enemistad de ese hombre había probado ya ser muy cara, y su buen querer en cambio, cuán productivo. Por otra parte bien claro veía D. Segismundo que quien vive por el favor de otro, a éste pertenece en cuerpo y alma.

¡Ah! la situación era bien crítica, y el pobre D., Segismundo no lograba definirla ni atenerse a nada fijo por muchas vueltas que le daba, hasta que al fin un rayo de luz vino a ilustrar su ya casi extenuado meollo.

-¡Ese es el camino- exclamó de pronto al sentir el brote de la inspiración- y como no veo otro, a él me atengo!

¿Qué resolución grandiosa y atinada había tomado aquel hombre, enérgico, que así se debatía entre la disyuntiva del más tremendo dilema?

Una muy sencilla: no salir más de su casa para no correr el riesgo de hallarse cara a cara con su terrible bienhechor.

VII

EL REGRESO

Terminada la guerra, las huestes vencedoras regresaron a sus respectivos cuarteles, y fueron recibidas en la ciudad bajo arcos de triunfo y en medio de alborozos y de aclamaciones.

Jorge, después de dos años de fatigas y vicisitudes, volvió a su casa cargado de laureles y de merecimientos bien habidos, y si lágrimas habían rodado el día de su partida, lágrimas, las dulces lágrimas de la alegría, corrieron en la hora del regreso.

Paula se creyó volver loca. Nunca había entrado en su corazón un goce tan intenso, ni se habían jamás sus ojos recreado en un cuadro tan deleitable como era para ella la vista de Jorge que regresaba vivo y sano después de haber corrido los peligros a millares.

D. Gumo, la víspera de la llegada del ejército habíase ido al campamento, impaciente como estaba en ver a su hijo y de admirarlo en los arreos de campaña que tan de perlas caían en su figura varonil y hermosa.

Después de la entrada triunfal, que fue una lluvia de laureles y discursos, gran festín en casa de D. Gumo, al que asistieron los amigos de Jorge que habían salido ese día a su encuentro.

En el mucho discurrir de andanzas y de combates vino a cuento la muerte de Antonio, cuyo heroísmo ensalzó Jorge al contar cómo se había sacrificado en el empeño de un asalto desigual.

Los amigos hablaron del riguroso luto de la familia que se había encerrado en el más completo retraimiento. A. D. Segismundo no se le veía ni siquiera en los sitios adonde antes solían llevarlo sus nuevas aficiones de bolsista, y la madre y las hijas sólo salían a la iglesia, y tan enlutecidas y tapadas, que más parecían espectro que gente de este mundo.

Después se habló mucho de Lucía, y los amigos dieron cuenta el recién llegado del duelo que ella había hecho a su ausencia, y menudearon entonces bromas y cuchufletas que Paula escuchaba sonreída mientras D. Gumo hacía como si nada oyera.

Esa noche, cuando llegó la hora del reposo, Jorge, metido entre las pulcras sábanas de su lecho, muy más blando y confortable que el catre de campaña, durmió mal, quebrantado como se hallaba por las emociones del día. La escena de la muerte de Antonio de obstinó en atormentar su recuerdo como una obsesión tenaz. Lo veía, la faz desencajada, las ropas tintas en sangre, tirado bajo el toldo de la Ambulancia, retorcerse en las angustias de la agonía, y escuchaba las palabras de adiós que había pronunciado, apenas inteligibles. Después lo vio ya muerto, en medio de un grupo de oficiales, que lo rodeaban en silencio, y volvió a vivir en su recuerdo la amargura de aquella noche eterna, pasada en vela al lado del cadáver, mientras los compañeros, rendidos por las fatigas de un día de combate, dormían, y solo se oía a lo lejos, el grito monótono de los centinelas que pasaban el número. Para ahuyentar la triste visión, evocaba en vano los rasgos de su novia, que aparecían borrosos y luego se ocultaban entre la niebla de mil quimeras que la imaginación calenturienta ya por el desvelo, se empeñaba inútilmente en rechazar.

VIII

LA LLAVE MISTERIOSA

Al día siguiente Paula, en pie desde el amanecer, ardía de impaciencia porque las horas no corrían, y no llegaba el momento de ver a Jorge y de tenerlo para ella sola sin que amigos ni curiosos le robaran parte alguna de sus atenciones y de sus relatos.

Ella quería oírlo en la intimidad referir sus hazañas y contar hasta en sus más nimios detalles la vida de los dos años pasados.

Cuando Jorge salió de su cuarto y tuvo Paula la dicha de verlo aparecer en traje de ciudadano, preteridas para más nunca espada y chaqueta, creyó que presenciaba una resurrección y no atinaba a quitar sus ojos sonrientes de los ojos no menos complacidos de su hermano.

En el coloquio a que se dieron, sentados en la alcoba de Paula, enredando ésta los hilos de una interminable y enmarañada labor, fumando él cigarro tras cigarros, Paula lo acribillaba a preguntas y le atajaba las respuestas para contarle mil historias tontas que él escuchaba complacido.

La familia de Lamus vino a colada repetidas veces, porque Paula suponía, y no torcidamente, que mientras ella hablara de Lucía y de los suyos, Jorge habría de hallarse a gusto.

Ella dijo de lo mucho que el traje de duelo realzaba la belleza de Lucía; de cuántas veces la había visto y cuándo y cómo; de si la había saludado afable o seria. Habló largo y tendido sobre la enfurruñada distinción de las cuatro hermanas mayores, tan distintas de la otra, que era dulce y acequible. Después pasó la madre, de quiénes más alabanzas dijo que desfavores, porque bien se le alcanzaba la tolerancia que Da. Petra había gastado siempre con los amores de Jorge.

Contó después la buena fortuna de D. Segismundo, de quien todos decían que estaba poderosamente rico, y en quien todos admiraban el tino y previsión con que había luchado en medio de la borrasca, no ya para salvar, sino para engrandecer sus riquezas.

De cada uno, en fin, y de todos los habitantes de aquella casa, que por lo austera y cerrada parecía que no diera muchos recursos a las parlerías de costurero, contó la expansiva narradora cuanto sabía. Y sabía mucho.

A la hora del almuerzo Paula, que de tanto hablar tenía ya la boca seca, cedió a ratos la palabra a su padre, y los temores serios, la política, los negocios, los asuntos trascendentales hicieron el gasto de la conversación. Volvió a lucir la historia, traídas esta vez por D. Gumo, de las ganancias fabulosas que el público atribuía a D. Segismundo de Lamus, por donde no tardaron en llegar de nuevo las bromas con que Paula se obstinaba en alegrar los oídos de Jorge, y como aquella recalcara por la centésima vez sobre lo mucho que ella sentía que la hija menor de D. Segismundo estuviera privada de ver lo muy arrogante y gallardo que había vuelto su novio, Jorge, por seguir la broma, dijo que la culpa de que Lucía y él no pudieran verse era de D. Gumo, que no sabía cumplir sus promesas.

-¿Crees que yo he olvidado- agregó dirigiéndose a su padre- lo que me dijiste en el momento en que montaba a caballo para irme a la guerra?

- Tampoco yo lo he olvidado- contestó D. Gumo- y bien sé a qué promesas aludes.

-Yo- agregó Jorge- hice cuanto pude por satisfacer tus recomendaciones, y me gustaría saber si las das por bien cumplidas.

- Perfectamente: te recomendé que fueras bueno, que volvieras sano y que trajeras algo de glorias si podías. De lo primero jamás dudé; lo segundo lo has cumplido, y en cuanto a las glorias, si por tal se toman las coronas de laurel que ayer te llovían y los pentagramas de galones de tu chaqueta, las creo suficientes para un militar de ocasión. Porque supongo que ahora habrás de entrar por un camino más serio, que arrimarás al chafarote y te dedicarás a completar tu doctorado.

- De suerte que- insistió Jorge- habiendo yo cumplido tus recomendaciones de manera tan cabal, tengo derecho a preguntarte ¿cómo has cumplido tu ofrecimiento y qué hay de la famosa llave misteriosa con que yo podría abrir las puertas de cierta casa... te acuerdas?

-¡Ah! la famosa llave misteriosa- exclamó D. Gumo- si yo te contara el trabajo concienzudo que me has costado!

- Ya me los supongo: te habrás pasado los dos años cavando inútilmente...

- Al contrario, no cavando sino llenando: llenando un hoyo con proporciones del abismo.

- Ya empiezo a no entender- dijo Jorge.

- Yo también empiezo a no entender cómo pude echar tan mal mis cálculos cuando emprendí la tarea de llenar el abismo; yo estaba convencido de que, cuando tú regresaras...

En ese momento entró un sirviente que traía sobre bandeja de plata una cubierta de papel con ancha faja de luto, y dijo que una criada de fuera traía eso para D. Jorge.

El cual sacó del sobre una tarjeta no menos enlutada, la leyó para sí, y al leerla sintió ligero sobresalto y sus mejillas se colorearon.

-¡Cosa más extraña!- dijo pasándole a su hermana la tarjeta, que ésta leyó y que, en minúsculos caracteres ingleses decía:

“Petronila de Lamus e hijas”.

-¿Por qué encuentras tú extraño esto?- preguntó Paula- extraño habría sido que no te mandaran saludar cuando esa familia sabe que Antonio estaba contigo cuando fue herido y que tú lo viste morir. La madre, como es justo, querrá saber los detalles de la muerte y comprende que sólo tú se los puede dar.

- No importa: después de la crudísima oposición con que toda aquella familia me rechazaba, es muy raro que ahora se demuestren tan amables.

- No creas en tal oposición: esas eran chocheces de D. Segismundo, y bien sabido es que allí quien manda no es él. Te digo que lo de la tarjeta me parece tan natural, que yo lo estaba esperando. Tú comprendes cómo estará de ansiosa Da. Petra por saber si hijo al morir dejó contigo alguna recomendación, y sobre todo si murió como buen cristiano.

-¡Ah!- exclamó D. Gumo- conque ¿tú estabas esperando lo de la tarjeta? Pues si me hubieras dicho nos habríamos juntado para esperar, pues has de saber, mi querido Jorge, que ese bendito trozo de papel enlutado era lo último que faltaba para colmar mi abismo. Verás ahora como no sólo tú cumples lo que prometes.

D. Gumo entonces se echó el último sorbo de café y abandonó la mesa. Al pasar cerca de Jorge tomó la tarjeta y entregándosela, como quien hace una preciosa donación, le dijo:

- La famosa llave misteriosa que te ha abierto las puertas de cierta casa, ¡ahí la tienes! Si no entras ahora, no será ya por culpa mía.

EPILOGO

De Lamus Rincón & Ca.

Un crítico.- Este es un cuento de amores en que el lector se queda sin saber cómo habla la novia, y si es rubia o morena.

Otro crítico.- ¿Y las cuatro hijas mayores de D. Segismundo que utilidad tenían en el enredo?

Otro crítico.- ¡Y vamos a ver a lo que se reduce el pastel: un hombre arruina a otro, y después lo enriquece! ¡Vaya un argumento interesante y complicado!

Otro crítico.- ¿Y la moraleja, dónde está que no parece?

¡Señores del areópago! El autor se redujo a trasladar aquí lo que sabía y no pretendió hacer cuentos con tendencia. En cuanto a la novia, era rubia y de hablar melodioso, cual conviene a la amada de un novio como el suyo, discreto y de buen saber.

De las cuatro Lamus mayores, personajes meramente decorativos del telón de fondo, sólo se saben que existían y que eran largas, y que el gesto de nobleza distinguida no lo aflojaron ni en las fiestas de las bodas de Lucía, en que hasta el mismo D. Segismundo fue atacado de un acceso de plebeya cordialidad que las pasmó a todas en un mismo grado de asombro.

¡Pues no vieron sus ocho atónitas pupilas que su noblísimo progenitor, congestionada la faz por la champaña, reía como cualquier mortal con los chistes cínicos de D. Gumo, que hacían las delicias de un grupo de invitados!

¡Y no presenciaron ellas cuando el austero D. Segismundo, llorosos los ojos de tanto reír, alzó la voz en tono descompuesto para pedir que trajeran más champaña!

¡Oh manes de D. Juan de Lamus, y de vosotros todos nobles Lamus de Castilla, quién hubiera podido columbrar la noble mueca de vuestra noble y justa indignación!